



arthur c. clarke  
**RELATOS  
DE DIEZ  
MUNDOS**

«Relatos de diez mundos» es quizás una de las antologías más unitarias de Arthur C. Clarke, pues todos los cuentos aquí reunidos tienen como tema principal los viajes y la exploración del espacio y, sobre todo, las consecuencias que de ello pueden derivarse para el hombre y la sociedad. Sin embargo, dentro de la unidad, también puede apreciarse la variedad de registros de Clarke, que van de los cuentos más o menos humorísticos a las visiones más pesimistas.

Clarke es el novelista de ciencia ficción más sólido en activo, y tanto desde el campo de la literatura como desde el de la ciencia ha obtenido un reconocimiento internacional que lo convierte en la mayor figura de la ciencia ficción de todos los tiempos.



Arthur C. Clarke

# **Relatos de diez mundos**

**ePub r1.1**

**Rusli 04.09.14**

Título original: *Tales of Ten Worlds*

Arthur C. Clarke, 1961

Traducción: M. Figueroa

Traduc. «En el cometa»: Ingrid Tempel de Graells

Editor digital: Rusli

Corrección de erratas: el nota

ePub base r1.1



A mi madre (y ya era hora)

## Contenido (Relatos cortos)

—Recuerdo a Babilonia - *I Remember Babylon* - 1960.

—Verano en Ícaro - *Summertime on Icarus* [«*The Hottest Piece of Real Estate in the Solar System*»] - 1960.

—Fuera de la cuna, para siempre en órbita... - *Out of the Cradle, Endlessly Orbiting* - 1959.

—¿Quién está ahí? - *Who's There?* - 1958.

—Odio - *Hate* [«*At the End of the Orbit*»] - 1961.

—En el cometa - *Into the Comet* [«*Inside the Comet*»] - 1960.

—Una mona en la casa - *An Ape About the House* - 1962.

—La salida de Saturno - *Saturn Rising* - 1961.

—Hágase la luz - *Let There Be Light* - 1958.

—La muerte y el senador - *Death and the Senator* - 1961.

—Problemas de horario - *Trouble with Time* [«*Crime on Mars*»] - 1961.

—Antes del Edén - *Before Eden* - 1961.

—Un ligero caso de insolación - *A Slight Case of*

*Sunstroke* [«*The Stroke of the Sun*»] - 1958.

—Perra estrella - *Dog Star* [«*Moondog*»] - 1962.

—El camino al mar - *The Road to the Sea*  
[«*Seeker of the Sphinx*»] - 1951.

# Reconocimiento

Desearía agradecer al Dr. John Pierce del Bell Telephone Laboratory por la idea que originó «Un Ligerero Caso de Insolación», adelantada en el capítulo 10 de su libro *Electrones, Ondas y Mensajes*.



# Recuerdo a Babilonia

Mi nombre es Arthur C. Clarke, y desearía no tener relación alguna con todo este sórdido asunto. Pero como la integridad moral —repito, moral— de los Estados Unidos está comprometida, primero debo mostrar mis credenciales. Sólo así comprenderán ustedes cómo, con la ayuda del difunto doctor Alfred Kinsey, he provocado involuntariamente una avalancha que puede barrer con gran parte de la civilización occidental.

Allá en 1945, siendo operador de radar en la Real Fuerza Aérea, tuve la única idea original de mi vida. Doce años antes que el primer Sputnik comenzara a emitir señales, se me ocurrió que un satélite artificial sería un lugar maravilloso para transmitir televisión, pues una estación a varios miles de kilómetros de altura podría radiar para la mitad del globo. Escribí la idea la semana posterior a Hiroshima, proponiendo una red de satélites de retransmisión a treinta y cinco mil kilómetros por encima del Ecuador; a esa altura tardarían exactamente un día en completar una revolución, y así permanecerían fijos sobre el mismo punto de la

Tierra.

Ese trabajo apareció en *Wireless World* en el número de octubre de 1945; como no esperaba que los instrumentos espaciales llegaran a ser comercializados durante mi vida, no intenté patentar la idea; de todas formas, dudo que hubiera podido hacerlo. (Si estoy equivocado, preferiría no saberlo.) Pero continué insertándola en mis libros, y hoy en día la idea de satélites de comunicación es tan común que nadie conoce su origen.

Hice un dolorido intento de aclaración cuando fui abordado por el Comité de Astronáutica y Exploración Espacial de la Cámara de Representantes; ustedes encontrarán mi testimonio en la página treinta y dos de su informe *Los próximos diez años en el espacio*. Y como ustedes verán en seguida, mis últimas palabras tenían una ironía que no pude apreciar en el momento: «Viviendo como vivo en el Lejano Oriente, constantemente tengo a la vista la lucha entre el Mundo Occidental y la URSS por los millones no comprometidos de Asia... Cuando las transmisiones de televisión vía satélite sean posibles, el efecto propagandístico puede ser decisivo...»

Todavía pienso lo mismo, pero había ángulos que yo no había previsto..., y que otras personas, desgraciadamente, sí lo hicieron.

Todo comenzó en una de esas recepciones oficiales tan características de la vida social en las capitales asiáticas. Son más comunes todavía en Occidente, por supuesto, pero en Colombo no hay mucha competencia de entretenimientos. Por lo menos una vez a la semana, si uno es alguien, recibe una invitación a cócteles en una embajada o legación, el Consejo Británico, la Misión de Operaciones de los EE. UU., L'Alliance Française, o una de las incontables agencias alfabéticas engendradas por las Naciones Unidas.

Al principio, sintiéndonos más cómodos bajo el Océano Índico que en círculos diplomáticos, mi socio y yo éramos personas insignificantes, y nos dejaban en paz. Pero después que Mike apadrinó la gira de Dave Brubeck en Ceilán, la gente comenzó a fijarse en nosotros. Y más aún cuando Mike desposó a una de las bellas más conocidas de la isla. De modo que ahora nuestra consumición de cócteles y canapés está limitada principalmente por el rechazo a abandonar nuestros cómodos sarongs por absurdos occidentales como pantalones, smokings y corbatas.

Era la primera vez que íbamos a la Embajada

Soviética, que daba una fiesta para un grupo de oceanógrafos rusos que acababan de llegar al puerto. Bajo los inevitables retratos de Lenin y Marx, un par de cientos de invitados de todos los colores, religiones e idiomas se arremolinaban hablando con amigos, o atacando obsesionadamente el vodka y el caviar. Yo estaba separado de Mike y Elizabeth, pero los veía al otro lado de la sala. Mike hacía su acto de «Allí estaba yo a cincuenta brazas» frente a un auditorio fascinado, mientras Elizabeth lo miraba enigmáticamente..., y más gente todavía miraba a Elizabeth.

Desde que perdí un tímpano buscando perlas en la Gran Barrera de Coral, me veo en desventaja en estas reuniones; el ruido de superficie es unos doce decibeles más alto de lo que yo puedo dominar. Y eso no es poco impedimento cuando le presentan a uno gente con nombres como Dharmasiriwardene, Tissaveerasinghe, Goonetilleke, y Jayawickrema. Por lo tanto, cuando no estoy asaltando el bufete, busco un lugar relativamente tranquilo donde tenga alguna posibilidad de seguir más del cincuenta por ciento de cualquier conversación en la que pudiera verme metido. Estaba dentro de la sombra acústica de una enorme columna, estudiando la escena con mi aire de indiferencia tipo Somerset Maugham, cuando noté

que alguien me miraba con esa expresión de «¿No nos hemos visto antes?»

Lo describiré con algún cuidado, porque debe haber mucha gente que pueda identificarlo. Tenía treinta y tantos años, y supuse que era norteamericano. Mostraba la pulcritud, el corte de pelo, el aire del hombre que acostumbra a andar por Rockefeller Center, esa apariencia que era marca de pureza hasta que los diplomáticos jóvenes y los consejeros técnicos rusos comenzaron a imitarla con tanto éxito. Medía un metro ochenta, tenía astutos ojos castaños y pelo negro, prematuramente gris en las sienes. Aunque yo estaba bastante seguro del hecho que no nos habíamos encontrado nunca antes, su cara me recordaba a alguien. Tardé un par de días en darme cuenta a quien: ¿recuerdan al difunto John Garfield? Era tan parecido que casi no había diferencia.

Cuando un extraño me llama la atención en una fiesta, mi procedimiento clásico entra en acción automáticamente. Si parece una persona agradable, pero no tengo deseos de conocerla en el momento, uso con ella la Mirada Neutral, dejando que mi vista la recorra rápidamente sin un parpadeo de reconocimiento, aunque no con verdadera hostilidad. Si parece un chiflado, recibe el *Coup d'oeil*, que

consiste en una larga mirada de incredulidad, seguida de una vista sin prisa de mi nuca. En casos extremos se puede agregar una expresión de asco durante unas milésimas de segundo. Generalmente el mensaje llega.

Pero este personaje parecía interesante, y yo me estaba aburriendo, así que le ofrecí el Saludo Afable. Minutos después se acercó entre la gente, y yo volví hacia él mi oído sano.

—Hola —dijo (sí, era norteamericano)—, me llamo Gene Hartford. Estoy seguro que nos hemos encontrado antes.

—Es muy posible —respondí—. He pasado mucho tiempo en los Estados Unidos. Soy Arthur Clarke.

En general eso produce una mirada vacía, pero algunas veces no. Casi pude ver las fichas IBM revoloteando tras esos duros ojos pardos, y me halagó su rapidez.

—¿El escritor de ciencia?

—Así es.

—Bueno, esto es extraordinario. —Parecía genuinamente sorprendido—. *Ahora* sé dónde lo he visto. Fue una vez en el estudio, cuando usted estaba en el programa de Dave Garroway.

(Podría valer la pena seguir esta pista, aunque lo

dudo; y estoy seguro que ese «Gene Hartford» era falso; era demasiado artificial.)

—¿Así que usted está en la televisión? —le pregunté—. ¿Qué hace aquí? ¿Recoge material, o simplemente anda de vacaciones?

Me brindó la sonrisa franca y amistosa del hombre que tiene mucho para esconder.

—Oh, mantengo los ojos abiertos. Pero esto es sorprendente. Leí su libro *La Exploración al Espacio* cuando salió en..., eh...

—En el cincuenta y dos; el Club del Libro del Mes nunca volvió a ser el mismo desde entonces.

Todo ese tiempo estuve tratando de juzgarlo, y aunque había algo en él que no me agradaba no pude saber bien qué era. De todas formas yo estaba dispuesto a hacer grandes concesiones a una persona que había leído mis libros y que además trabajaba en televisión; Mike y yo siempre estamos buscando mercados para nuestras películas submarinas. Pero ésa, para decirlo suavemente, no era la línea de negocios de Hartford.

—Mire —dijo ansiosamente—, estoy trabajando en un asunto importante para una cadena de televisión que le interesará; en realidad, *usted* ayudó a darme la idea.

Esto sonaba prometedor, y mi coeficiente de

avaricia saltó varios puntos.

—Me alegro. ¿De qué se trata?

—No puedo discutirlo aquí. ¿Qué le parece si nos encontramos en mi hotel, mañana a las tres?

—Déjeme ver la agenda; sí, está bien.

En Colombo hay solamente dos hoteles frecuentados por norteamericanos, y acerté la primera vez. Estaba en el Mount Lavinia, y aunque quizá ustedes no lo sepan han visto el lugar donde tuvimos nuestra charla privada. Cerca de la mitad de *El Puente sobre el Río Kwai* hay una breve escena en un hospital militar, donde Jack Hawkins conoce a una enfermera y le pregunta dónde puede encontrar a Bill Holden. Tenemos debilidad por este episodio, porque Mike era uno de los oficiales navales convalecientes que se ven al fondo. Si miran atentamente, lo verán a la extrema derecha, con la barba en pleno perfil, firmando con el nombre de Sam Spiegel su sexta vuelta de bar. Tal como resultó la película, Sam podía permitírselo.

Fue aquí, en esta meseta diminuta, sobre las playas bordeadas de palmeras, donde Gene Hartford comenzó a hablar..., y mis ingenuas esperanzas de beneficios financieros comenzaron a evaporarse. En cuanto a los motivos de Gene Hartford, si es que él mismo los conocía, todavía no estoy seguro. La



sorpresa de encontrarme, y un equivocado sentimiento de gratitud (del cual yo habría prescindido con alegría), jugaron indudablemente su papel, y a pesar de todo su aire de confianza debe haber sido un hombre amargado y solo, que necesitaba desesperadamente aprobación y amistad.

De mí no obtuvo ninguna de esas cosas. Siempre he tenido algo de compasión por Benedict Arnold, como debe tenerla cualquiera que conozca todos los aspectos del caso. Pero Arnold sólo traicionó a su país; nadie, antes de Hartford, trató de seducirlo.

Lo que desvaneció mis sueños de dólares, fue la noticia asegurando que la conexión de Hartford con la televisión norteamericana se había roto, algo violentamente, a principios de la década del cincuenta. Estaba claro que lo habían echado de la Avenida Madison por afiliarse al Partido, y también estaba claro que en este caso no habían cometido ninguna injusticia. Aunque hablaba con cierta furia controlada de su lucha contra la torpe censura, y lloraba por una brillante —aunque innominada— serie de programas culturales que habría comenzado justo antes de ser echado del aire, a esa altura yo empezaba a oler tantas ratas que mis respuestas eran muy cautelosas. Mi interés pecuniario en el señor Hartford disminuía, pero mi curiosidad personal

umentaba. ¿Quién estaba detrás de él? No la BBC...

Cuando logró sacar del cuerpo toda la autocompasión, habló finalmente del asunto:

—Tengo una noticia que lo hará levantarse —dijo presumidamente—. Las cadenas norteamericanas tendrán pronto competencia. Y será en la forma que usted predijo. La gente que envió a la Luna un transmisor de televisión puede poner uno mucho mayor en órbita alrededor de la Tierra.

—Los felicito —dije cautelosamente—. Siempre estoy a favor de la sana competencia. ¿Cuándo lo lanzan?

—En cualquier momento. El primer transmisor lo estacionarán al sur de Nueva Orleans; en el ecuador, claro. Eso significa que estará bien afuera sobre el Pacífico; no quedará sobre el territorio de ninguna nación, y no surgirán por lo tanto complicaciones políticas. Sin embargo estará allí en el cielo, bien a la vista de todo el mundo, desde Seattle a Key West. Piense: ¡la única estación de televisión que podrán sintonizar todos los Estados Unidos! ¡Sí, incluso Hawai! No habrá forma de provocar interferencias; por primera vez habrá un canal que puede entrar en cada hogar norteamericano. Y los Niños Exploradores de J. Edgar no pueden hacer nada para bloquearlo.

De modo que ése es tu pequeño fraude, pensé; por lo menos eres franco. Hace tiempo que aprendí a no discutir con marxistas, pero si Hartford decía la verdad quería sonsacarle todo lo que fuera posible.

—Antes que se entusiasme demasiado —dije—, hay algunos puntos que usted puede haber olvidado.

—¿Por ejemplo?

—Esto funcionará en dos direcciones. Todos saben que la Fuerza Aérea, la NASA, los Laboratorios Bell, la ITT, Hughes, y otras varias docenas de agencias están trabajando en el mismo proyecto. Cualquier cosa que Rusia le haga a los Estados Unidos en materia de propaganda le será devuelto a interés compuesto.

Hartford sonrió con tristeza.

—¡Caramba, Clarke! —dijo. (Me alegró que no me tuteara.) Estoy un poco desilusionado. Usted debe saber que los Estados Unidos llevan varios años de atraso en capacidad de carga. ¿Cree usted que el viejo T. 3 es la última palabra de Rusia?

Fue en ese momento cuando comencé a tomarlo muy en serio. Tenía toda la razón. El T. 3 podía transportar por lo menos cinco veces más carga útil que cualquier cohete norteamericano a esa órbita crítica de treinta y cinco mil kilómetros, la única que permitiría a un satélite permanecer fijo sobre la

Tierra. Y para cuando los Estados Unidos pudieran igualar esa hazaña sólo el cielo sabe donde estarían los rusos. Sí, el cielo lo *sabría* de veras...

—Muy bien —concedí—. ¿Pero por qué cincuenta millones de hogares norteamericanos tendrían que comenzar a cambiar de canal tan pronto como puedan sintonizar Moscú? Admiro a los rusos, pero sus entretenimientos son peores que su política. Luego del Bolshoi, ¿qué les queda?

Recibí otra vez esa sonrisa triste y extraña. Hartford había guardado el golpe más fuerte.

—Fue usted quien trajo los rusos a colación —dijo—. Están en esto, seguro; pero sólo como contratistas. La agencia independiente para la cual trabajo les paga sus servicios.

—Esa —observé fríamente— debe ser toda una agencia.

—Lo es; la más grande. Aunque los Estados Unidos pretendan que no existe.

—Oh —dije, algo estúpidamente—. De modo que *ése* es su patrocinador.

Ya había oído esos rumores asegurando que la URSS iba a lanzar satélites para los chinos; ahora parecía que los rumores apenas dejaban vislumbrar parte de la verdad.

—Usted tiene toda la razón —continuó Hartford,

quien obviamente se estaba divirtiendo— sobre los entretenimientos rusos. Luego de la novedad inicial, el índice de audiencia bajaría a cero. Pero no con el programa que *yo* proyecto. Mi trabajo es encontrar material que deje a todos los demás canales fuera de combate cuando salga al aire. ¿Usted cree que no se puede hacer? Termine esa bebida, y suba a mi habitación. Tengo una larga película sobre arte religioso que me gustaría mostrarle.

Bueno, no estaba loco, aunque durante algunos minutos lo dudé. Podía pensar pocos títulos mejor calculados para que el espectador sintonizara el canal que el que apareció en la pantalla: ASPECTOS DE LA ESCULTURA TÁNTRICA DEL SIGLO XIII.

—No se inquiete —rio Hartford, sobre el zumbido del proyector—. Ese título me ahorra problemas con los inspectores de Aduana. Es correcto, pero lo cambiaremos por algo más taquillero cuando llegue el momento.

Sesenta metros más adelante, luego de unas largas tomas inocuas de arquitectura, comprendí lo que quería decir.

Ustedes saben que hay ciertos templos en la India cubiertos de esculturas soberbiamente ejecutadas, de un tipo que nosotros en Occidente jamás asociaríamos con religión. Decir que son francas es

risible; no dejan nada a la imaginación..., cualquier imaginación. Pero al mismo tiempo son genuinas obras de arte. Y también lo era la película de Hartford.

Había sido filmada, en caso que les interese, en Konarak, el Templo del Sol. Luego me informé; está en la costa de Orissa, a unos treinta y cinco kilómetros al noroeste de Puri. Los libros de referencia son bastante tímidos; algunos se disculpan por la «obvia» imposibilidad de mostrar ilustraciones, pero la *Arquitectura Hindú* de Percy Brown no ahorra palabras. Las esculturas, dice, son de «un desvergonzado carácter erótico que no tiene paralelo en ningún edificio conocido». Parece exageración, pero lo creo luego de haber visto esa película.

La fotografía y el montaje eran excelentes; la antigua piedra despertaba a la vida ante los lentes. Había largas tomas del sol ahuyentando sombras de cuerpos entrelazados en éxtasis, que dejaban sin aliento; asombrosas tomas, en primer plano, de escenas que al principio la mente se negaba a reconocer; estudios suavemente iluminados de piedra esculpida por un maestro, en todas las fantasías y aberraciones del amor; incansables movimientos cuyo significado eludía la comprensión, hasta que se

inmovilizaban en dibujos de deseo intemporal, de satisfacción eterna. La música —principalmente percusión, entrelazada con el agudo sonido de algún instrumento de cuerdas que no pude identificar— se adecuaba perfectamente al tempo del montaje. Por momentos era lenta y suave, como los primeros compases de «L'Après-midi» de Debussy; luego, los tambores llegaban velozmente a un clímax de frenesí casi insoportable. El arte de los antiguos escultores, y el talento del cineasta moderno, se habían combinado a través de los siglos para crear un poema de éxtasis, un orgasmo en celuloide que nadie podría presenciar sin conmoverse.

Hubo un largo silencio cuando la pantalla se inundó de luz y la música lasciva terminó de apagarse.

—¡Mi Dios! —dije, cuando recuperé algo de mi compostura—. ¿Van a transmitir eso?

Hartford rio.

—Créame —respondió—, eso no es nada; ocurre que es la única película que puedo llevar conmigo sin peligro. Estamos dispuestos a defenderla apoyándonos en el verdadero arte, el interés histórico, la tolerancia religiosa..., oh, hemos pensado en todos los ángulos. Pero en realidad no importa; nadie puede detenernos. Por primera vez en

la historia toda forma de censura se vuelve imposible. Simplemente no hay manera de aplicar la ley; el cliente obtiene lo que desea, y en su propia casa. Cierre la puerta, encienda el televisor; los amigos y la familia jamás lo sabrán.

—Muy ingenioso —dije—, ¿pero no cree usted que una dieta semejante cansa muy pronto?

—Por supuesto; en la variedad está el gusto. Tendremos muchos entretenimientos convencionales; deje que *yo* me preocupe por eso. Y de vez en cuando tendremos programas de información —odio esa palabra «propaganda»—, para decirle al enclaustrado pueblo norteamericano lo que realmente sucede en el mundo. Nuestras películas especiales serán solamente la carnada.

—¿Le importa si tomo un poco de aire fresco? —dije—. Esto se está poniendo irrespirable.

Hartford corrió las cortinas, y dejó que la luz volviera al cuarto. A nuestros pies se extendía una larga playa curva. Las batangas de los botes de pesca se alzaban bajo las palmeras, y las pequeñas olas se deshacían en espuma, al concluir su fatigosa marcha desde África. Uno de los paisajes más hermosos del mundo, pero no me pude concentrar en él. Aún veía esos miembros retorcidos, esos rostros helados con pasiones que ni los siglos podían extinguir.



La voz libidinosa continuó a mi espalda.

—Se sorprendería si supiera cuánto material hay. Recuerde, no tenemos ningún tabú. Si se puede filmar, nosotros podemos televisarlo.

Caminó a su escritorio y levantó un pesado volumen, bastante usado.

—Ésta ha sido mi Biblia —dijo—, o mi Sears, Roebuck, si usted lo prefiere. Sin ella nunca habría vendido la serie a mis patrocinadores. Son grandes creyentes en la ciencia, y tragaron toda la cosa, hasta el último punto.

Asentí. Siempre que entro en un cuarto analizo los gustos literarios de mi huésped.

—El doctor Kinsey, ¿no?

—Creo que soy el único hombre que lo leyó de tapa a tapa, en vez de mirar solamente las estadísticas. En ese campo es la única investigación de mercado. Hasta que aparezca algo nuevo le sacaremos todo el jugo. Nos dice lo que el cliente quiere, y nosotros vamos a dárselo.

—¿*Todo*?

—Si la audiencia es suficientemente grande, sí. No nos preocuparemos por los campesinos tontos que se vuelven adictos a la mercancía. Pero los cuatro sexos principales recibirán un tratamiento completo. Ésa es la belleza de la película que usted acaba de

ver: atrae a todo el mundo.

—De eso no queda duda.

—Nos divertimos mucho planeando la película que titulé «Rincón del homosexual». No se ría; ninguna agencia emprendedora puede permitirse ignorar a *esa* audiencia. Por lo menos diez millones, contando a las damas. Si cree que yo exagero mire en los quioscos todas las revistas que hay de arte masculino. No fue fácil chantajear a algunos de los más delicados, y lograr que actuaran para nosotros.

Vio que estaba comenzando a aburrirme; hay cierto tipo de obsesión que encuentro deprimente. Pero fui injusto con Hartford, como él se apresuró a probar.

—Por favor no piense —dijo ansiosamente— que el sexo es nuestra única arma. ¿Alguna vez vio el trabajo que Ed Murrow hizo con el difunto Joe McCarthy? Eso no es nada, comparado con los perfiles que estamos planeando en «Washington Confidencial».

»Y está nuestra serie «¿Puede usted soportarlo?», destinada a separar a los hombres de los maricas. Publicaremos tantas advertencias por anticipado que todo norteamericano se sentirá obligado a ver el programa. Comenzará en forma inocente, basado en un tema muy bien preparado por Hemingway. Se

verán algunas secuencias de toreo que literalmente lo levantarán del asiento, o lo enviarán corriendo al baño, porque muestran todos los pequeños detalles que nunca se ven en esas pulcras películas de Hollywood.

»Seguiremos después con un material realmente único, que no nos cuesta nada. ¿Recuerda las pruebas fotográficas de los juicios de Nüremberg? Usted nunca la vio porque no eran publicables. Había varios fotógrafos aficionados en los campos de concentración, y sacaron todo el jugo a una oportunidad que no volvería a presentárseles. Algunos de ellos fueron colgados gracias al testimonio de sus propias cámaras, pero su trabajo no se perdió. Será una buena introducción para nuestra serie «La tortura a través de los siglos»; muy erudita y exhaustiva, aunque de gran atractivo.

»Y hay docenas de enfoques, pero ahora usted tiene una idea. La Avenida cree saberlo todo sobre Persuasión Oculta. Créame que no lo sabe. Los mejores psicólogos *prácticos* del mundo están ahora en Oriente. ¿Recuerda Corea, y el lavado de cerebro? Hemos aprendido mucho desde entonces. No hay ya necesidad de violencia; a la gente le gusta que le laven el cerebro, si se hace bien.

—Y ustedes van a lavarle el cerebro a los

Estados Unidos —dije—. Todo un trabajito.

—Exactamente. Y al país le encantará, a pesar de todos los gritos del Congreso y de las Iglesias. Sin mencionar las cadenas de televisión, por supuesto. Son las que harán más escándalo, cuando vean que no pueden competir con nosotros.

Hartford miró el reloj, y silbó con alarma.

—Es hora de empacar —dijo—. A las seis tengo que estar en ese impronunciable aeropuerto. ¿No sería posible que usted volara a Macao alguna vez, para vernos?

—No, pero ya me he formado una buena idea del asunto. A propósito, ¿no tiene miedo a que le arruine el negocio?

—¿Por qué? La publicidad nos favorecerá. Aunque nuestra campaña no sale hasta dentro de varios meses creo que usted se ha ganado esta primicia. Como le dije, sus libros ayudaron a darme la idea.

¡Su gratitud era genuina, mi Dios! Me dejó completamente mudo.

—Nada puede detenernos —declaró, y por primera vez no pudo controlar el fanatismo que se escondía tras la fachada amable y cínica—. La Historia está de nuestra parte. Utilizaremos la propia decadencia de los Estados Unidos contra ellos

mismos; es un arma ante la cual no tienen defensa alguna. La Fuerza Aérea no intentará cometer piratería espacial, derribando un satélite completamente alejado del territorio norteamericano. La Comisión Federal de Comunicaciones no puede siquiera protestar a un país que no existe a los ojos del Departamento de Estado. Si tiene alguna otra sugerencia estaría muy interesado en escucharla.

No tenía ninguna entonces, y no tengo ninguna ahora. Quizás estas palabras puedan servir de breve advertencia, antes que aparezcan los primeros anuncios provocadores en los periódicos, alarmando a las cadenas de televisión. ¿Pero lograré algo? Hartford creía que no, y tal vez tenía razón.

«La Historia está de nuestra parte». No pude sacarme esas palabras de la cabeza. Tierra de Lincoln y Franklin y Melville, te amo y te deseo lo mejor. Pero en mi corazón sopla un viento frío del pasado, pues recuerdo a Babilonia.

# Verano en Ícaro

Cuando Colin Sherrard abrió los ojos luego del choque, no comprendió dónde estaba. Aparentemente se encontraba atrapado en algún tipo de vehículo, en la cima de una loma que descendía escarpadamente en todas direcciones. La superficie de la loma estaba chamuscada y ennegrecida, como si la hubiera barrido un gran fuego. Arriba, sobre un cielo azabache, se apiñaban las estrellas. Una de ellas colgaba como un sol diminuto y brillante, muy abajo en el horizonte.

¿Sería el Sol? ¿Estaría él tan lejos de la Tierra? No, imposible. Un fastidioso recuerdo le dijo que el Sol no estaba tan distante como para ser una simple estrella: el Sol estaba cerca, espantosamente cerca. Y con ese pensamiento, recobró todos los sentidos. Sherrard supo exactamente qué era aquel sitio, y ese conocimiento fue tan terrible que casi volvió a desmayarse.

Estaba más cerca del Sol de lo que había estado antes hombre alguno. Su dañada cápsula espacial no descansaba en una loma, sino en la empinada superficie curva de un mundo de sólo tres kilómetros

de diámetro. Esa estrella brillante que se hundía rápidamente en el oeste era la luz de *Prometeo*, la nave que lo había llevado a través de tantos millones de kilómetros. *Prometeo* flotaba entre las estrellas, preguntándose por qué su cápsula no había vuelto como una paloma mensajera a la percha. En pocos minutos habría desaparecido de la vista, cayendo bajo el horizonte, en un perpetuo juego de escondidas con el sol.

Ése era el juego que Sherrard había perdido. Todavía estaba en el lado nocturno del asteroide, en la fresca seguridad de la sombra, pero la corta noche terminaría pronto. El día de Ícaro, de sólo cuatro horas, avanzaba rápidamente hacia el terrible amanecer, cuando un sol treinta veces mayor del que brillaba sobre la Tierra, haría saltar las rocas con su fuego. Sherrard sabía demasiado bien por qué todo a su alrededor estaba quemado y ennegrecido, Ícaro se encontraba todavía a una semana de su perihelio, pero la temperatura al mediodía había llegado ya a quinientos grados centígrados.

Aunque éste no era momento para el humor, recordó la descripción del Capitán McClellan: «El terreno más caliente de todo el Sistema Solar». La verdad de esa broma había sido probada, sólo unos pocos días antes, por uno de esos experimentos

simples y poco científicos, mucho más impresionantes que cualquier número de gráficas y lecturas de instrumentos.

Poco antes del alba, alguien colocó un pedazo de madera en la cima de una de las lomas pequeñas. Sherrard miró desde la seguridad del lado nocturno, mientras los primeros rayos del sol naciente tocaban la cumbre. Cuando sus ojos se adaptaron a la súbita explosión de luz, vio que la madera ya había comenzado a ennegrecerse y carbonizarse. Si hubiera habido atmósfera, el palo habría estallado en llamas; así era el amanecer en Ícaro...

Sin embargo, cuando aterrizaron por primera vez en Ícaro, cinco semanas antes (al pasar la órbita de Venus), el calor no era insoportable. *Prometeo* alcanzó al asteroide cuando éste comenzaba a lanzarse hacia el Sol; igualó la velocidad del pequeño mundo y aterrizó en su superficie tan suavemente como un copo de nieve. (Un copo de nieve en Ícaro; qué pensamiento...) Luego, los científicos se desplegaron en forma de abanico a través de los treinta y cinco kilómetros cuadrados de dentado hierro-níquel que cubría la mayor parte de la superficie del asteroide, instalando instrumentos y puestos de control, recogiendo muestras y haciendo infinitas observaciones.



Todo había sido cuidadosamente planeado, años antes, como parte de la Década Astrofísica Internacional. Aquí había una oportunidad única para que una nave de investigación llegara a sólo veintisiete millones de kilómetros del Sol, protegida de su furia por un escudo de roca y hierro de tres kilómetros de ancho. A la sombra de Ícaro, la nave podía flotar segura alrededor del fuego central que calentaba todos los planetas, y del cual dependía la existencia de toda vida. Como el Prometeo de leyenda que llevó el regalo del fuego a la Humanidad, una nave con el mismo nombre volvería a la Tierra desde los planetas, cargada de secretos nunca imaginados.

Hubo tiempo suficiente para colocar los instrumentos y hacer el reconocimiento topográfico antes que *Prometeo* tuviera que despegar, buscando la permanente sombra de la noche. Incluso entonces, los hombres, viajando en diminutas cápsulas de autopropulsión —naves espaciales en miniatura, de sólo tres metros de largo—, podían trabajar en el lado nocturno durante una hora, mientras no fueran alcanzados por la ascendente línea del amanecer. Ésa había parecido una condición simple de cumplir en un mundo donde el alba avanzaba a sólo un kilómetro y medio por hora; pero Sherrard no la había

cumplido, y la pena era la muerte.

Todavía no estaba seguro de qué había sucedido. Había estado reemplazando un transmisor sismográfico en la Estación 145, extraoficialmente llamada Monte Everest porque se alzaba treinta metros por sobre el territorio circundante. El trabajo había sido sencillo, a pesar de tener que hacerlo por control remoto con los brazos mecánicos de la cápsula. Sherrard era un experto en el manejo de esos brazos; podía atar nudos con los dedos metálicos casi tan rápidamente como con los suyos de carne y hueso. La tarea le había llevado poco más de veinte minutos, y luego el radiosismógrafo comenzó a transmitir, registrando los pequeños sismos y temblores que barrían a Ícaro con intensidad creciente, a medida que el asteroide se aproximaba al Sol. Saber que había hecho un aporte gigantesco de conocimientos no lo satisfacía ahora.

Luego de verificar las señales, reemplazó cuidadosamente las pantallas solares alrededor del instrumento. Era difícil creer que dos débiles láminas metálicas, no más gruesas que el papel, podían desviar una ola de radiación que derretiría el plomo o el estaño en segundos. Pero la primera pantalla reflejaba más del noventa por ciento de la luz solar que caía en su superficie de espejo, y la segunda

desviaba la mayor parte del resto, de modo que tan sólo las traspasaba una inofensiva fracción de calor.

Sherrard informó que la tarea estaba concluida, recibió la conformidad de la nave, y se preparó para volver. Los reflectores de *Prometeo* —sin los cuales el lado nocturno del asteroide habría estado sumido en una completa oscuridad— eran un inconfundible objetivo en el cielo. La nave estaba a sólo tres kilómetros de altura, y en la débil gravedad él podría haber saltado esa distancia si hubiera llevado un traje espacial de tipo planetario, con piernas flexibles. En su situación actual, los microcohetes de bajo poder de la cápsula lo llevarían allí en unos cómodos cinco minutos.

Apuntó la cápsula con los giróstatos, puso los propulsores traseros en Fuerza Dos, y apretó el botón de encendido. Hubo una violenta explosión cerca de sus pies y se remontó alejándose de Ícaro..., pero no hacia la nave. Algo andaba muy mal; fue arrojado hacia un lado del vehículo y no pudo alcanzar los controles. Sólo funcionaba uno de los propulsores, y la cápsula giraba en el cielo como una rueda de fuegos artificiales, cada vez más rápido bajo el impulso desequilibrado del cohete. Trató de encontrar la llave de apagado pero las vueltas lo habían desorientado por completo. Cuando por fin

localizó los controles, su primera reacción empeoró las cosas: movió la llave hacia velocidad máxima como un conductor nervioso que pisa el acelerador en lugar de los frenos. Tardó sólo un segundo en corregir el error y apagar el cohete, pero ya giraba tan rápidamente que las estrellas le daban vueltas alrededor.

Todo fue tan rápido que no hubo tiempo para el miedo, ni tiempo para llamar a la nave e informar lo que estaba pasando. Sacó la mano de los controles; tocarlos ahora sólo empeoraría las cosas. Retomar el rumbo significaría dos o tres minutos de maniobras hábiles, y por las parpadeantes apariciones de las rocas, cada vez más próximas, era obvio que no disponía de tantos segundos. Sherrard recordó un consejo del *Manual del Astronauta*: «Cuando no sepa qué hacer, *no haga nada*». Seguía atendiendo a ese consejo cuando Ícaro cayó sobre él, y las estrellas se apagaron.

Era un milagro que la cápsula no se hubiera roto, y que él no estuviera respirando espacio. (Dentro de treinta minutos quizá se alegraría de hacerlo, cuando el aislamiento térmico comenzara a fallar...) Había algunos daños, por supuesto. Los espejos retrovisores, fuera de la cúpula de plástico transparente que le cubría la cabeza, ya no estaban

más, de modo que no podía ver lo que había detrás sin torcer el pescuezo. Pero ése era un contratiempo trivial; mucho más serio era que las antenas de la radio habían sido arrancadas por el impacto. No podía llamar a la nave, y la nave no podía llamarlo a él. Todo lo que salía de la radio era una débil crepitación, probablemente producida dentro del aparato mismo. Estaba completamente solo, aislado del resto de la raza humana.

Aunque su situación era desesperada, había un débil rayo de esperanza. Después de todo no estaba completamente indefenso. Aunque no podía utilizar los propulsores de la cápsula —creía que el motor de estribor había explotado, destrozando un tubo de alimentación de combustible, algo que según los diseñadores era imposible— todavía podía moverse. Tenía los brazos.

¿Pero en qué dirección debía arrastrarse? Había perdido el sentido de la orientación, y aunque había despegado del Monte Everest ahora podía estar a miles de metros de distancia. No había marcas reconocibles en este mundo diminuto; su mejor guía era la luz poniente de *Prometeo*, y si podía mantener la nave a la vista estaría seguro. Que descubrieran su ausencia era cuestión de minutos, si no la habían descubierto ya. Pero sin radio sus colegas podían

tardar un largo tiempo en encontrarlo; por más pequeño que fuera Ícaro, en sus treinta y cinco kilómetros cuadrados de terreno fantásticamente escabroso podía esconder bien a un cilindro de tres metros. Tal vez tardasen una hora en encontrarlo, y eso significaba que tendría que adelantarse al alba mortal.

Deslizó los dedos en los controles de los miembros mecánicos. Fuera de la cápsula, en el hostil vacío que lo rodeaba, revivieron los brazos sustitutos. Se apoyaron en la superficie de hierro del asteroide y levantaron la cápsula del suelo. Sherrard los flexionó, y la cápsula se sacudió hacia delante, como un extraño insecto bípedo..., primero el brazo derecho, luego el izquierdo, luego el derecho...

Era menos difícil de lo que había temido, y por primera vez sintió que volvía a tener confianza. Aunque los brazos mecánicos habían sido diseñados para trabajos livianos de precisión, se necesitaba poca fuerza para mover la cápsula en este medio donde el peso casi no existía. La gravedad de Ícaro era diez mil veces menor que la de la Tierra; Sherrard y su cápsula espacial pesaban aquí unos pocos gramos, y una vez que se puso en movimiento flotó hacia delante sin esfuerzo.

Sin embargo, esa misma facilidad tenía sus

peligros. Había recorrido varios cientos de metros, y estaba alcanzando rápidamente la estrella poniente de *Prometeo* cuando el exceso de confianza lo traicionó. (Es extraño cómo la mente puede pasar de un extremo al otro; unos pocos minutos antes había escapado a la muerte; ahora se preguntaba si llegaría tarde para la cena.) Quizás la novedad del movimiento, tan diferente a lo que había probado antes, fue la causante de la catástrofe; o quizás estaba sufriendo todavía de los efectos del choque.

Como todos los astronautas, Sherrard había aprendido a orientarse en el espacio, y se había acostumbrado a vivir y a trabajar cuando los conceptos terrestres de arriba y abajo no tenían significado. En un mundo como Ícaro era necesario pretender que había un planeta real y verdadero «debajo», y que cuando uno se movía era sobre un plano horizontal. Si fallaba este inocente autoengaño, el vértigo espacial era inevitable.

El ataque llegó sin aviso previo, como de costumbre. Súbitamente, Ícaro ya no pareció estar debajo, ni las estrellas arriba. El Universo se inclinó en ángulo recto; Sherrard se estaba moviendo *hacia arriba* por un risco vertical, como un alpinista que escala la pared de una roca, y aunque la razón le decía que era sólo ilusión, todos sus sentidos

gritaban que era real. En un momento, la gravedad tendría que arrancarlo de esa pared, y caería interminablemente hasta hacerse pedazos en el olvido.

Quedaba por suceder lo peor; la falsa vertical oscilaba todavía como una brújula descompuesta. Ahora Sherrard estaba bajo un inmenso techo de roca, que pronto volvería a convertirse en pared: pero esta vez descendería por ella, en vez de subir...

Había perdido todo control sobre la cápsula, y el pegajoso sudor que comenzaba a rociarle el rostro le advirtió que pronto perdería el control del cuerpo. Sólo le quedaba una cosa por hacer; cerró los ojos con fuerza, se acurrucó lo más atrás posible en el diminuto mundo cerrado de la cápsula, e hizo como si el universo exterior no existiese. Ni siquiera permitió que el lento y suave golpe del segundo choque interfiriera con su autohipnosis.

Cuando se atrevió a mirar afuera nuevamente, descubrió que la cápsula descansaba contra un enorme canto rodado. Los brazos mecánicos de la cápsula habían atenuado la fuerza del impacto, pero a un precio mayor del que Sherrard podía pagar. Aunque aquí la cápsula no tenía prácticamente ningún peso, todavía poseía los acostumbrados doscientos cincuenta kilos de inercia, y se había estado



moviendo quizá a unos seis kilómetros por hora. Los brazos metálicos no habían logrado absorber el ímpetu, y uno se había roto, y el otro estaba irremediablemente torcido.

Cuando Sherrard vio lo que había sucedido, su primera reacción no fue de desesperación sino de cólera. Había estado tan seguro del éxito cuando la cápsula comenzó a deslizarse sobre la árida superficie de Ícaro. ¡Y ahora esto, debido solamente a un momento de debilidad física! Pero el espacio no hacía concesiones a las fragilidades humanas ni a las emociones, y un hombre que no aceptaba ese hecho no merecía estar allí.

Por lo menos había ganado un tiempo precioso al perseguir a la nave; había puesto otros diez minutos, si no más, entre él y la aurora. Pronto sabría si esos diez minutos le prolongarían la agonía o darían a sus compañeros más tiempo para encontrarlo.

¿Dónde estaban? ¡Seguro que ya habían comenzado la búsqueda! Esforzó los ojos tratando de ver el fulgor de la nave, con la esperanza de encontrar las débiles luces de las cápsulas. Pero no se veía nada nuevo en la giratoria bóveda celeste.

Era mejor que utilizara sus propios recursos, por exiguos que fueran. Sólo le quedaban unos pocos minutos antes que *Prometeo* y sus reflectores se

hundieran bajo el borde del asteroide y lo dejaran en la oscuridad. Era cierto que la oscuridad sería muy breve, pero antes que cayese sobre él podría encontrar algún refugio para protegerse del día que se acercaba. Esta roca contra la que había chocado, por ejemplo...

Sí, le daría un poco de sombra, hasta que el sol estuviera a una cierta altura en el cielo. Nada podría protegerlo si pasaba por encima de él, pero quizás estuviese en una latitud donde el sol no ascendía muy alto sobre el horizonte en esa época del año de Ícaro, de cuatrocientos nueve días. Entonces podría sobrevivir al breve período de luz diurna; ésa era su única esperanza, si los salvadores no lo encontraban antes del amanecer.

Allá desaparecía *Prometeo* y sus luces, bajo el borde del mundo. Con esa partida, las estrellas resplandecieron con redoblado fulgor. Más gloriosa que cualquiera de ellas —tan hermosa que con sólo mirarla casi se llenaban de lágrimas los ojos— estaba la flameante luz de la Tierra, con su luna al lado. Sherrard había nacido en una, y caminado sobre la otra. ¿Volvería a verlas?

Era extraño que hasta ahora no hubiera pensado en la mujer y en los hijos, y en todo lo que amaba de la vida y que ahora parecía tan lejano. Sintió un fugaz

espasmo de culpa. Los lazos afectivos no estaban debilitados, ni siquiera por los ciento cincuenta millones de kilómetros que ahora lo separaban de la familia. Esa distancia no tenía ningún significado. Él era ahora un animal primitivo y egocéntrico que luchaba por su vida, y que tenía una única arma: el cerebro. En este conflicto no había lugar para el corazón; el corazón sería un simple estorbo, que le estropearía el juicio y le debilitaría la firmeza.

Y entonces vio algo que desterró todo pensamiento de su lejano hogar. Sobre el horizonte, a su espalda, extendiéndose entre las estrellas como una bruma láctea, había un débil y espectral cono de fosforescencia. Era el heraldo del sol, el hermoso, nacarado espectro de la corona, visible desde la Tierra sólo durante los raros momentos de eclipse total. Si la corona ascendía, el sol no podía estar lejos, para castigar esa pequeña tierra con su furia.

Sherrard aprovechó el aviso. Ahora podía juzgar, con cierta precisión, el punto exacto donde saldría el sol. Arrastrándose lenta y torpemente sobre los rotos muñones de los brazos metálicos, llevó la cápsula hasta el lado de la piedra donde debería dar la mayor sombra. Apenas había llegado allí cuando el sol le saltó encima como una bestia de presa, y aquel mundo diminuto explotó en luz.

Sherrard levantó los filtros oscuros dentro del casco, una capa tras otra, hasta que pudo soportar el resplandor. Fuera de la zona cubierta por la ancha sombra de la piedra, era como mirar dentro de un horno. Alrededor, la despiadada luz mostraba cada detalle del terreno; no había grises, sólo blancos cegadores y negros impenetrables. Todas las ensombrecidas grietas y depresiones eran charcos de tinta, mientras que el suelo más alto parecía estar ardiendo ya. Y sin embargo, era sólo un minuto después del alba.

Ahora Sherrard podía comprender cómo el abrasador calor de mil millones de veranos había convertido a Ícaro en un carbón cósmico, cocinando las rocas hasta sacarles las últimas burbujas de gas. «¿Por qué —se preguntó amargamente— los hombres tenían que viajar a través del abismo de estrellas, con tanto gasto y riesgo, para aterrizar en un basural giratorio?» Por la misma razón, sabía, que cuando lucharon por alcanzar el Everest y los polos y los lugares distantes de la Tierra: la excitación del cuerpo que era la aventura, y la más duradera excitación de la mente que era el descubrimiento. La respuesta lo consolaba muy poco, ahora que estaba a punto de ser asado como un animal en el giratorio asador de Ícaro.

Ya sentía el primer aliento de calor sobre la cara. La gran piedra contra la cual se apoyaba lo protegía de los rayos directos del sol, pero el resplandor que reflejaban las llameantes rocas cercanas lo golpeaba a través del plástico transparente de la cúpula. Ese resplandor crecería rápidamente en intensidad a medida que el sol subiera; tenía menos tiempo de lo que había pensado, y al saberlo sintió una embotada resignación que estaba más allá del miedo. Esperaría hasta que el amanecer lo envolviese y la unidad refrigeradora de la cápsula se rindiera ante la desigual lucha; entonces rompería la cápsula y dejaría que el aire saliera al vacío espacial.

Sólo podía permanecer sentado y pensar en los minutos que le quedaban, antes que la sombra se contrajera. No trató de dirigir los pensamientos: los dejó ir hacia donde quisieran. Qué extraño morir ahora, todo porque allá en la década del cuarenta — años antes que él naciera— un hombre en Monte Palomar encontró una raya de luz en una placa fotográfica y la bautizó, apropiadamente, como el muchacho que voló cerca del Sol.

Un día, pensó, le construirían un monumento en esta llanura calcinada. ¿Qué pondrían en él? «Aquí murió Colin Sherrard, ingeniero en astronáutica, por la causa de la Ciencia». Eso sería gracioso, pues

nunca había comprendido ni la mitad de las cosas que los científicos querían hacer.

Sin embargo, parte de la excitación de esos descubrimientos le había llegado. Recordó cómo los geólogos habían raspado la chamuscada piel del asteroide, y pulido la superficie metálica debajo. Esa superficie estaba cubierta de curiosas rayas y arañazos, como una pintura abstracta de los decadentes posteriores a Picasso. Pero esas líneas tenían algún significado; en ellas estaba escrita la historia de Ícaro, aunque sólo un geólogo podía leerla. Revelaban —así le habían dicho a Sherrard— que ese pedazo de hierro y roca no siempre había flotado solo en el espacio. En un remoto pasado, había sufrido una enorme presión, y eso podía significar solamente una cosa. Miles de millones de años antes, había sido parte de un cuerpo mucho mayor, quizás de un planeta como la Tierra. Por alguna razón, el planeta explotó. Ícaro, y miles de asteroides más, eran fragmentos de esa explosión cósmica.

Incluso ahora mientras se acercaba la línea incandescente de luz solar, lo emocionaba ese pensamiento. Sherrard estaba sobre el núcleo de un mundo, un mundo que quizás había conocido la vida. En una forma extraña, irracional, lo consolaba saber

que quizá no iba a ser el suyo el único fantasma que andaría por Ícaro hasta el fin del tiempo.

El casco se le estaba empañando; eso anunciaba que la unidad refrigeradora estaba a punto de fallar. Había trabajado bien; aun ahora, aunque las rocas a sólo unos pocos metros debían estar al rojo vivo, el calor dentro de la cápsula no era insoportable. Cuando fallara la refrigeración todo sería súbito y catastrófico.

Sherrard tendió la mano hacia la palanca roja que le arrebataría la presa al sol; pero antes de moverla miraría la Tierra por última vez. Bajó los filtros oscuros con gran precaución, ajustándolos de modo que desviarán el resplandor de las rocas pero no le impedirían ver el espacio.

Las estrellas eran tenues ahora, apagadas por el creciente brillo de la corona. Y asomando apenas sobre la roca había una punta de llama carmesí, un torcido dedo de fuego que sobresalía del borde mismo del sol. A Sherrard sólo le quedaban segundos.

Allí estaba la Tierra, allí estaba la Luna. Adiós a ambas, y a los amigos y seres queridos en cada una de ellas. Mientras miraba al cielo, la luz solar había comenzado a lamer la base de la cápsula, y sintió la primera punzada de fuego. En un reflejo tan

automático como inútil, retiró las piernas, tratando de escapar a la ola de calor que avanzaba.

*¿Qué era eso?* Un brillante relámpago de luz, infinitamente más luminoso que cualquier estrella, explotó de pronto allá arriba. A varios kilómetros de altura un gigantesco espejo navegaba en el cielo, reflejando la luz solar, mientras giraba lentamente. Eso no podía ser; estaba comenzando a sufrir alucinaciones; era hora de despedirse. El sudor le corría por el cuerpo, y en pocos segundos la cápsula sería un horno.

No esperó más; tiró del disparador de emergencia con toda la fuerza que le quedaba, preparándose para enfrentar el fin.

No sucedió nada; la palanca no se movía. Tiró de ella una y otra vez hasta que comprendió que estaba trabada. No había fácil escape, no había una muerte piadosa mientras el aire huía de los pulmones. Fue entonces, al sentir el golpe del verdadero terror de la situación, que sus nervios cedieron y comenzó a gritar como un animal atrapado.

Cuando oyó la voz del Capitán McClellan que le hablaba débil pero claramente, pensó que era otra alucinación. Sin embargo, algún residuo que le quedaba de disciplina y autocontrol le reprimió los gritos; apretó los dientes y atendió a esa voz familiar



e imperativa.

—¡Sherrard! ¡Aguante, hombre! Lo hemos localizado, ¡pero siga gritando!

—¡Aquí estoy! —gritó Sherrard—. ¡Pero apúrense, por el amor de Dios! ¡Me estoy quemando!

En las profundidades de lo que quedaba de su mente racional, comprendió lo que había sucedido. Alguna débil sombra de señal se escapaba de las antenas rotas, y los que lo buscaban habían oído sus gritos del mismo modo que él escuchaba sus voces. Eso significaba que debían estar muy cerca, y saberlo le dio nuevas fuerzas.

Miró a través del humeante plástico de la cúpula, buscando una vez más aquel imposible espejo en el cielo. Allí estaba otra vez; y ahora entendió que la desconcertante perspectiva del espacio le había engañado los sentidos. El espejo no estaba a kilómetros de distancia, ni era enorme. Estaba casi encima suyo, y se movía rápidamente.

Sherrard todavía estaba gritando cuando el espejo se deslizó ante la cara del sol naciente, y su bendita sombra cayó sobre él como un viento fresco que soplara desde el corazón del invierno sobre kilómetros de nieve y hielo. Ahora que estaba tan cerca, lo reconoció inmediatamente. Era una gran pantalla de hoja metálica contra la radiación, que sin

duda habían arrebatado apresuradamente a un puesto de instrumentos. Los amigos habían estado buscándolo en la seguridad de la sombra de esa pantalla.

Una cápsula para trabajos fuertes, de dos plazas, sostenía allá arriba el centelleante escudo con un grupo de brazos, y tendía otro hacia él. Aun a través de la empañada cúpula y de la ola de calor que todavía le debilitaba los sentidos, reconoció el rostro ansioso del capitán McClellan que lo miraba desde la otra cápsula.

De modo que así era el nacimiento, pues realmente había vuelto a nacer. Estaba demasiado exhausto para agradecer —eso vendría después—, pero al alejarse de las rocas ardientes, sus ojos buscaron y encontraron la brillante estrella de la Tierra.

—Aquí estoy —dijo silenciosamente—. De vuelta.

De vuelta a disfrutar y apreciar todas las bellezas del mundo que había creído perdido para siempre. No..., no todas.

Nunca más disfrutaría del verano.

# Fuera de la cuna, para siempre en órbita...

Antes de comenzar, quisiera señalar algo que demasiada gente parece haber olvidado. El siglo veintiuno *no* comienza mañana, sino un año después, el 1° de enero de 2001. Aunque el calendario marca 2000 desde medianoche, al viejo siglo le quedan todavía doce meses. Cada cien años los astrónomos debemos volver a explicarlo. Sin embargo, las celebraciones comienzan tan pronto como aparecen los ceros...

Así que ustedes quieren conocer el momento más memorable de mis cincuenta años de exploración espacial... ¿Ya entrevistaron a Von Braun? ¿Cómo está? Magnífico. No lo he visto desde que festejamos su octogésimo cumpleaños con un banquete en Astrogrado, la última vez que bajó de la Luna.

Sí, presencié algunos de los momentos más importantes en la historia de los vuelos espaciales, comenzando por el lanzamiento del primer satélite. Yo tenía entonces veinticinco años, y era un joven matemático en Kapustin Yar. No era tan importante como para estar en el centro de control durante la

cuenta regresiva. Pero escuché el despegue: fue el segundo sonido más imponente que haya oído en toda mi vida. (¿El primero? Ya hablaré de eso luego.) Cuando supimos que estaba en órbita, un veterano científico pidió su Zis, y fuimos a Stalingrado para festejar. Como ustedes saben, sólo los grandes personajes tenían automóvil en el Paraíso de los Trabajadores. Recorrimos la distancia de cien kilómetros casi en el mismo tiempo que le llevó al Sputnik dar una vuelta a la Tierra, y *eso* era ir muy rápido. Alguien calculó que la cantidad de vodka consumida al día siguiente podría haber lanzado al satélite que estaban construyendo los norteamericanos, pero creo que exageró.

La mayoría de los libros de historia dicen que la Era Espacial comenzó entonces, el 4 de octubre de 1957; no voy a discutir con ellos, pero creo que los momentos más emocionantes vinieron después. Como acontecimiento dramático es imposible superar la carrera de la Marina estadounidense para pescar a Dimitri Kalinin del Atlántico Sur, antes que su cápsula se hundiera. Luego, aquel comentario radial de Jerry Wingate, con adjetivos que ninguna cadena se hubiera atrevido a censurar, mientras daba vueltas alrededor de la Luna y se convertía en el primer hombre que vio el lado oculto. Y, por supuesto, sólo

cinco años después, esa emisión televisiva desde la cabina del *Hermann Oberth*, cuando aterrizó en la Bahía de los Arcoiris, donde todavía permanece, eterno monumento a los hombres enterrados a su lado.

Aquellos fueron los grandes demarcadores en el camino al espacio, pero están equivocados si creen que voy a hablarles de ellos; pues lo que más me emocionó fue algo muy, muy diferente. Ni siquiera estoy seguro de poder compartir la experiencia, y si lo logro ustedes no podrán hacer una historia a partir de la misma. Por lo menos no una nueva, ya que estuvo en todos los periódicos de la época. Pero la mayoría de esos periódicos erró el enfoque completamente; para ellos era buen material con interés humano, y nada más.

Sucedió veinte años después del lanzamiento del Sputnik I, y para entonces, con muchas otras personas, yo estaba en la Luna..., y era demasiado importante, ¡ay!, para continuar siendo un verdadero científico. Hacía doce años que no programaba una computadora electrónica; tenía entonces una tarea algo más difícil: programar seres humanos, pues era Jefe Coordinador del Proyecto Ares, la primera expedición tripulada a Marte.

Salíamos de la Luna, por supuesto, a causa de la

baja gravedad; es unas cincuenta veces más fácil, en términos de combustible, despegar de allí que de la Tierra. Habíamos pensado construir las naves en una órbita de satélite, que habría reducido más aún la necesidad de combustible. Pero cuando la estudiamos, la idea no era tan buena como habíamos pensado. No es fácil instalar fábricas y talleres de máquinas en el espacio; la ausencia de gravedad es una molestia en vez de una ventaja, si uno quiere que las cosas no se muevan. Pero entonces (fin de los años setenta), la Primera Base Lunar estaba bien organizada. Tenía plantas de procesado químico y realizaba operaciones industriales de todo tipo a pequeña escala, para producir las cosas que necesitaba la colonia. De modo que decidimos utilizar las instalaciones existentes, en lugar de exigir nuevas en el espacio, con grandes dificultades y gastos.

*Alfa, Beta y Gamma*, las tres naves de la expedición, estaban siendo construidas dentro de los muros de Platón, quizás la planicie amurallada más perfecta de este lado de la Luna. Platón es una planicie tan grande que si uno se detiene en el medio no adivinará nunca que está en el centro de un cráter; el anillo de montañas se esconde más allá del horizonte. Las cúpulas a presión de la base estaban a

unos diez kilómetros de la plataforma de lanzamiento, conectadas a la misma por medio de los funiculares adorados por los turistas pero que han arruinado el paisaje lunar.

La época de los pioneros fue dura, pues carecíamos de los lujos actuales. La Cúpula Central, con sus parques y lagos, era todavía un sueño en las mesas de dibujo de los arquitectos; y de existir, hubiéramos estado demasiado ocupados para disfrutarla, pues el Proyecto Ares devoraba cada momento disponible. Iba a ser el primer gran salto del Hombre al espacio; ya entonces veíamos a la Luna como un simple suburbio de la Tierra, un escalón en el camino a lugares que realmente importaban. Nuestras creencias estaban claramente expresadas en la famosa frase de Tsiolkovsky, que yo había colgado en mi oficina para que todos la vieran al entrar:

LA TIERRA ES LA CUNA DE LA MENTE. PERO  
NO SE PUEDE VIVIR EN LA CUNA PARA  
SIEMPRE.

(¿Cómo? ¡No, *claro* que no conocí a Tsiolkovsky! En 1936, cuando él murió, yo tenía solamente cuatro años.)

Luego de media vida de secretos era bueno poder trabajar libremente con hombres de todas las naciones, en un proyecto respaldado por el mundo entero. De mis cuatro asistentes uno era norteamericano, uno hindú, uno chino, y uno ruso. A menudo nos felicitábamos por escapar a Seguridad y a los peores excesos del nacionalismo, y aunque existía una amable rivalidad entre los científicos de diferentes países, eso estimulaba nuestro trabajo. A veces yo me jactaba frente a visitantes que recordaban las épocas malas del pasado: «No hay secretos en la Luna».

Bueno, yo estaba equivocado; *había* un secreto, lo tenía delante de la nariz, en mi propia oficina. De no haber estado tan absorto en todos los detalles del Proyecto Ares, quizás habría sospechado algo. Reflexionando después, por supuesto, vi todo tipo de pistas e indicios, pero en aquel momento no me di cuenta.

Noté vagamente, es cierto, que Jim Hutchins, mi joven asistente norteamericano, estaba cada vez más abstraído, como si algo lo preocupara. Una o dos veces tuve que llamarle la atención por errores pequeños; siempre pareció herido, y prometió que no volvería a suceder. Era uno de esos típicos muchachos honestos que los Estados Unidos



producen en tanta cantidad; generalmente muy de confianza, pero no excepcionalmente brillantes. Estaba en la Luna desde hacía tres años, y fue de los primeros en traer a su mujer desde la Tierra cuando se levantó la prohibición sobre personal no esencial. Nunca comprendí cómo lo logró; debe haber tenido algunas influencias, pero indudablemente era la última persona que se esperaba encontrar en el centro de una conspiración mundial. ¿Dije mundial? No, fue mayor, ya que se extendió hasta la Tierra. Docenas de personas estuvieron involucradas, incluyendo al alto mando de la Autoridad Astronáutica. Todavía parece un milagro que hayan podido mantener el secreto.

El lento amanecer había comenzado hacía ya dos días —tiempo de la Tierra—, y aunque las agudas sombras se acortaban, faltaban todavía ciento veinte horas para el mediodía. Estábamos listos para hacer las primeras pruebas estáticas de los motores de *Alfa*, pues la planta de energía había sido instalada, y el armazón de la nave estaba completo. Allí, en la planicie, parecía más una refinería de petróleo a medio construir que una nave espacial, pero nosotros la encontrábamos hermosa, por su promesa de futuro. Era un momento de tensión; nunca antes se había puesto en funcionamiento un motor termonuclear de

tal tamaño, y a pesar de todas las precauciones de seguridad, nunca se podía estar tranquilo... Si algo salía mal, podría demorar el Proyecto Ares por años.

La cuenta regresiva había comenzado ya cuando Hutchins, algo pálido, vino corriendo.

—Debo presentarme a la Base inmediatamente — dijo—. Es muy importante.

—¿Más importante que *esto*? —repliqué sarcásticamente, pues estaba sumamente disgustado.

Dudó un momento, como queriendo contarme algo; luego contestó:

—Me parece que sí.

—Muy bien —dije, y se fue como un relámpago.

Podría haberlo interrogado, pero hay que tener confianza en los subordinados. Mientras volvía al tablero de control central, malhumorado, decidí que ya estaba cansado del temperamental joven norteamericano, y que pediría su traslado. Era extraño: en la prueba se había mostrado tan inteligente como los demás, y ahora volvía precipitadamente a la Base en el funicular. El cilindro roto del tren estaba ya a medio camino de la torre de suspensión más próxima, deslizándose por cables casi invisibles, moviéndose por encima de la superficie lunar como un extraño pájaro.

Cinco minutos más tarde mi humor era todavía

peor. Un grupo vital de instrumentos de grabación se descompuso repentinamente, y habría que retrasar la prueba por lo menos tres horas. Furioso, recorrí el fortín diciéndole a todo aquel que me quisiera oír (y por supuesto, todos tenían que hacerlo) que en Kapustin Yar hacíamos las cosas mucho mejor. Me había calmado un poco y estábamos ya en la segunda vuelta de café cuando los altavoces transmitieron la señal de Atención General. Sólo hay un llamado de mayor importancia: el lamento de las alarmas de emergencia, que he oído dos veces en la Colonia Lunar, y espero no oír nunca más.

La voz que resonaba en todos los espacios cerrados de la Luna, y en las radios de todos los que trabajaban allá afuera, en las silenciosas planicies, era la del General Moshe Stein, Presidente de la Autoridad Astronáutica. (En aquella época todavía existían muchos títulos de cortesía aunque ya no significaban nada.)

—Hablo desde Ginebra —dijo—, y tengo que hacer un importante anuncio. Durante los últimos nueve meses ha estado en marcha un gran experimento. Lo hemos mantenido en secreto a causa de las personas involucradas, y porque no queríamos provocar falsas esperanzas o miedo. No hace mucho, como ustedes recordarán, algunos expertos se

negaban a creer que el hombre pudiera sobrevivir en el espacio. También esta vez hubo pesimistas; dudaban que pudiéramos llevar a cabo el paso siguiente en la conquista del Universo. Hemos probado su error, y ahora quisiera presentarles a George Jonathan Hutchins, primer Ciudadano del Espacio.

Se oyó un chasquido cuando la comunicación pasó a otro circuito; luego hubo una pausa llena de murmullos y ruidos vagos. Y entonces, en toda la Luna y la mitad de la Tierra, se oyó el sonido del que prometí hablarles: el sonido más imponente que haya escuchado en mi vida.

Era el llanto de un bebé recién nacido: el primer niño en la historia de la Humanidad dado a luz fuera de la Tierra. Nos miramos en el fortín súbitamente silencioso, y luego miramos las naves que estábamos construyendo allá afuera, en la brillante planicie lunar. Habían parecido tan importantes unos pocos minutos atrás... Todavía lo eran; pero no tan importantes como lo que había sucedido en el Centro Médico, y que volvería a suceder billones de veces en incontables mundos durante todas las eras por venir.

Pues en ese momento, caballeros, supe que el hombre *de veras* había conquistado el espacio.



## ¿Quién está ahí?

Cuando me llamó el Satélite de Control estaba escribiendo el informe de los progresos del día en la cúpula del Observatorio, aquella oficina recubierta por una burbuja de cristal situada en el eje de la Estación Espacial como el cubo de una rueda de carreta. Realmente no era un buen sitio para trabajar; pero la visión que se tenía desde allí resultaba sobrecogedora e impresionante. Sólo a unos pocos metros de distancia podía ver los equipos de construcción poniendo en práctica sus movimientos, que parecían tomados a cámara lenta en una extraña especie de ballet cósmico, mientras iban ensamblando la Estación como si reunieran piezas de un rompecabezas gigante. Y más allá de todo aquello, a treinta mil kilómetros más abajo, el glorioso azul verde de la Tierra llena flotando contra las miríadas de estrellas de la Vía Láctea.

—Aquí la Estación Supervisora —repuse—. ¿Hay alguna dificultad?

—Nuestro radar muestra un pequeño eco a tres kilómetros de distancia, aproximadamente a cinco grados al oeste de la estrella Sirio. ¿Puede darnos un

informe visual?

Cualquier cosa que pudiera acercarse a nuestra órbita con tanta precisión difícilmente podía ser un meteorito; debía ser alguna pieza que se nos había escapado en el espacio, tal vez una pieza sin asegurar que quedó a la deriva. Eso supuse al menos; pero cuando eché mano de los binoculares y rebusqué por el cielo en dirección a la constelación de Orión, pronto descubrí mi error. Aunque aquel viajero del espacio estaba hecho por la mano del hombre, no tenía absolutamente nada que ver con nosotros.

—Lo encontré —dije a Control—. Se trata de un satélite de pruebas en forma de cono, con cuatro antenas y lo que parece un sistema de lentes en la base. Probablemente fue lanzado por las Fuerzas Aéreas de los Estados Unidos a principios de los sesenta, a juzgar por su diseño. Sé que perdieron la pista de varios cuando fallaron sus transmisores. Intentaron varias veces conseguir esta órbita antes de lograrlo definitivamente.

Tras una breve búsqueda en los archivos, Control pudo en efecto confirmar mi suposición. Les llevó algún tiempo más el saber que Washington no tenía el menor interés en nuestro descubrimiento de aquel satélite extraviado desde hacía veinte años, y al parecer todo indicaba que se quedarían tan contentos

si lo perdíamos de nuevo.

—Bien, no podemos hacer eso —dijo Control—. Incluso aunque nadie lo desee, esa cosa es una amenaza para la navegación. Alguien tiene que salir y traerlo a bordo.

Ese alguien, comprendí, tenía que ser yo. No me atrevía a relevar de su trabajo a ninguno de los hombres de los equipos de ensamblaje, ya que íbamos retrasados en el programa de trabajo y cada día de retraso en el proyecto costaba un millón de dólares. Todas las redes de televisión de la Tierra esperaban impacientes el momento en que pudieran canalizar sus programas a través de nuestra Estación Espacial y lograr así el primer servicio global, extendido de Polo a Polo.

—Saldré yo mismo a rescatarlo —repuse finalmente, mientras ponía una banda elástica a mis papeles para evitar que las corrientes de aire procedentes de los ventiladores los dispersaran en el interior de la cúpula. Aunque lo dije en un tono que daba a entender que iba a hacerles un gran favor, lo cierto es que aquel trabajo me gustaba. Hacía ya casi dos semanas desde que había salido al exterior la última vez, y ya estaba cansado de hacer informes de mantenimiento, observaciones, cálculos, y de archivar datos y todos aquellos otros ingredientes



que hacen la vida tediosa en el interior de la cúpula de un Supervisor en una Estación Espacial.

El único miembro de la tripulación a quien encontré en el camino fue a Tommy, nuestro gato recién adquirido. Un animal doméstico significa mucho para los hombres que se encuentran a miles de kilómetros de la Tierra; pero no hay muchos de estos animales que, como el gato, se adapten por sí mismos a un entorno de ingravidez. Tommy maulló suplicante cuando comencé a enfundarme en mi traje espacial; pero yo tenía demasiada prisa para detenerme a jugar con él.

En este momento quizá deba recordarles a ustedes que los trajes espaciales que utilizamos en la Estación son completamente diferentes a esos trajes flexibles que el hombre utiliza cuando tiene que marchar por la superficie de la Luna. Los nuestros, en realidad, son unas diminutas naves espaciales, lo suficientemente pequeñas como para contener a un solo hombre en su interior. Son unos cilindros rechonchos de unos dos metros de largo, con cohetes de propulsión de baja potencia y un par de brazos en forma de acordeón en la parte superior, que coinciden con los del operador. Normalmente, sin embargo, uno mantiene las manos en el interior y acciona los controles manuales desde un pequeño

panel de control a la altura del pecho.

Tan pronto como estuve debidamente acondicionado en el interior de mi aparato personal, accioné la energía que lo ponía en marcha y comprobé los calibradores del diminuto panel de control. Existe una palabra mágica, «CORB», que con frecuencia oirán mencionar ustedes a los hombres del espacio cuando saltan a sus cápsulas, y que recuerda sistemáticamente la absoluta necesidad de comprobar el combustible, oxígeno, la radio y las baterías. Todas las agujas de mi panel de control estaban situadas en la zona de seguridad, por lo que bajé el transparente hemisferio sobre mi cabeza y me encerré herméticamente en su interior. Para un corto viaje como aquél, no tenía por qué comprobar los compartimientos internos que corrientemente se utilizaban para transportar alimentos, material y equipo en misiones de más larga duración.

Mientras la cinta transportadora me depositaba en la cámara de vacío, me sentí como un niño indio llevado a espaldas de su madre, hecho un fardo. Después, las bombas actuaron debidamente hasta bajar la presión a cero, se abrió la compuerta exterior, y los últimos vestigios de aire me arrojaron hacia las estrellas, dando vueltas ligeramente sobre mí mismo.

La Estación se hallaba a sólo unos pocos metros de distancia pero, pese a todo, yo era un planeta independiente..., un pequeño mundo formado por mí mismo. Estaba encerrado en el interior de un diminuto y móvil cilindro, con la vista más soberbia que pueda conseguirse del Universo, pero apenas si disponía prácticamente de libertad alguna de movimientos en el interior de la cápsula. El asiento acolchado y el arnés de seguridad me impedirían dar vueltas de un lado para otro, pero me permitían alcanzar los controles con ayuda de manos y pies.

En el espacio el gran enemigo es el Sol, que puede dejarle a uno ciego en cuestión de segundos. Abrí con mucho cuidado los filtros oscuros correspondientes a la parte «noche» de mi cápsula y volví la cabeza para mirar las estrellas. Al mismo tiempo, dispuse en mi casco el dispositivo automático de ajuste de luz solar, de tal forma que, aunque mirase en cualquier dirección, me hallase escudado de aquel intolerable resplandor.

Poco después encontré mi objetivo, un brillante objeto plateado cuyo destello metálico le hacía claramente diferenciable de las estrellas que le rodeaban. Presioné con el pie el control de propulsión en la dirección conveniente y sentí la suave aceleración producida por los cohetes de baja

potencia que me alejaban de la Estación. Tras unos diez segundos de empuje estimé que mi velocidad era ya lo bastante grande y corté la propulsión. Me llevaría unos cinco minutos llegar hasta mi objetivo, y no mucho más volver con él en aquella misión de salvamento.

Y fue en aquel instante en que me lanzaba al abismo cuando me di cuenta que algo iba terriblemente mal.

Nunca existe un completo silencio en el interior de un traje o una cápsula espacial; siempre se oye el suave silbido del oxígeno, el débil zumbido de ventiladores y motores, el susurro de la propia respiración e incluso, escuchando con cuidado, los rítmicos latidos de tu corazón. Todos esos sonidos reverberan a través de la cápsula, incapaces de escapar al vacío circundante; son en realidad el fondo, del que no parece uno darse cuenta, de la vida en el espacio, ya que uno sí los nota cuando cambian.

Y habían cambiado: a ellos se había unido un sonido que no pude identificar. Era como un roce intermitente y apagado, acompañado a veces por un ruido chirriante como si se tratase de la fricción de un metal contra otro.

Detuve en el acto hasta mi propia respiración, intentando localizar auditivamente aquel extraño

sonido. Los calibradores del panel de control no me proporcionaban la menor pista; todas las agujas se hallaban firmes como una roca en sus diferentes escalas, y no existía tampoco ningún parpadeo de luces rojas, que son las que automáticamente avisan del inminente desastre que se te pueda venir encima por cualquier circunstancia imprevista. Bien, aquello me proporcionó cierta seguridad, aunque no mucha. Ya hacía tiempo que había aprendido a confiar en mis instintos en tales cuestiones; sus luces de alarma parpadearon ahora, diciéndome que volviese a la Estación antes que fuese demasiado tarde...

Incluso ahora, me disgusta recordar aquellos minutos que siguieron, cuando el pánico se extendió por mi mente como una marea incontenible, rebasando los diques de la lógica y la razón que todo hombre ha de erigir frente al misterioso Universo. Supe entonces lo que debía ser encararse con la locura, ninguna otra explicación encajaba con los hechos. Porque resultaba ya imposible pretender que el ruido que oía correspondiese a cualquier mecanismo que no funcionase correctamente. Aunque me hallaba en una total situación de aislamiento, y lejos de cualquier ser humano e incluso de cualquier objeto material, en realidad no estaba solo. Aquel vacío en donde no existe el sonido estaba llevándome

al oído ese leve pero inequívoco conjunto de sensaciones que son la vida.

En aquel momento capaz de helar el corazón a cualquiera, tuve la sensación que algo intentaba penetrar en el interior de mi cápsula..., algo invisible que intentaba buscar refugio del cruel y espantoso vacío del espacio. Me giré como un loco en el arnés de seguridad, rebuscando febrilmente en todas las direcciones del espacio, excepto en el cono prohibido que proyecta la destructora luz del Sol. No había nada, por supuesto. No podía haberlo, pero aquel rascar misterioso y deliberado se hacía cada vez más claro y evidente.

A despecho de cuanto se ha escrito sobre nosotros y que considero absurdo, es falso que los hombres del espacio seamos supersticiosos. Pero ¿puede reprochárseme el que, habiendo agotado todos los razonamientos de la lógica, recordara repentinamente cómo había muerto Bernie Summers, a la misma distancia de la Estación a la que yo me encontraba en ese momento?

Fue uno de esos accidentes «imposibles»; siempre lo son. Tres cosas habían ido mal a un mismo tiempo. El regulador de oxígeno de Bernie se había estropeado y aumentado la presión, la válvula de seguridad había fallado en expulsar el aire

excedente..., y una junta cedió. En una fracción de segundo su traje quedó abierto al vacío.

Nunca llegué a conocer a Bernie; pero de repente su destino se convirtió en algo sobrecogedor para mí..., ya que una horrible idea acababa de penetrar en mi mente. Uno no habla sobre esas cosas; pero una cápsula espacial es demasiado valiosa para desecharla, aunque haya matado a su portador. Se repara, vuelve a numerarse..., y se utiliza de nuevo como otra cualquiera en perfectas condiciones.

*¿Qué ocurre con el alma de un hombre que muere entre las estrellas, lejos de su mundo natal? ¿Estás ahí todavía, Bernie, aferrado a la última cosa que te liga a tu perdido y distante hogar?*

Mientras luchaba contra las pesadillas que me asaltaban por doquier, ya que por aquel entonces parecía que los rasguños y los misteriosos ruidos provenían de todas direcciones, apareció una última esperanza a la que me aferré con desesperación. En bien de mi salud mental, tenía que probar que aquél no podía ser el traje espacial de Bernie, que aquellas paredes metálicas que me rodeaban tan de cerca no habían sido nunca el ataúd de otro hombre.

Tuve que hacer varios intentos antes de poder pulsar el botón adecuado y conectar la frecuencia de emergencia.

—¡Estación! —llamé jadeante—. ¡Estoy en graves dificultades! ¡Consigan inmediatamente los registros relativos a mi cápsula y...!

Nunca acabé de transmitir lo que deseaba; me dijeron después que mi grito había estropeado el micrófono. Pero..., ¿qué hombre solo en el completo aislamiento de un equipo espacial no habría gritado cuando algo le rozó suavemente la nuca?

Sin duda debí lanzarme hacia delante en un movimiento desesperado, pese al arnés de seguridad, yendo a dar con la cabeza en la parte superior del panel de control. Cuando el equipo de salvamento me alcanzó a los pocos minutos todavía estaba sin sentido, con una amplia herida en la frente.

Y debido a ello, resultó que yo fui la última persona en toda la inmensa Estación Espacial de enlace que se enteró de lo que había sucedido. Cuando volví a la realidad horas más tarde, todos los médicos de a bordo estaban reunidos junto a mi cama, pero pasó un buen rato antes que los doctores se molestaran en mirarme a mí. Estaban mucho más interesados jugando con los tres pequeños gatos que nuestro mal llamado Tommy había tenido la humorada de criar en el tranquilo rincón que representaba el pequeño espacio superior trasero de mi cápsula número cinco.





# Odio

Sólo Joey estaba despierto sobre cubierta, en la fresca quietud antes del alba, cuando el meteoro cruzó el cielo de Nueva Guinea envuelto en llamas. Miró como subía por el firmamento hasta que pasó directamente por encima, siguiendo a las estrellas y arrojando sombras veloces sobre la atiborrada cubierta. La luz áspera delineó los desnudos aparejos, las arrolladas cuerdas y los tubos de aire, los cascos de cobre para bucear, prolijamente acomodados para la noche..., hasta la isla de pinos a media milla de distancia. Al alejarse hacia el sudoeste, sobre la vacuidad del Pacífico, comenzó a desintegrarse. Estalló en glóbulos incandescentes que ardieron dejando un rastro de fuego a través de un cuarto de cielo. Ya se apagaba cuando desapareció de la vista, pero Joey no vio el fin. Ardiendo furiosamente, el meteoro se hundió en el horizonte, como si quisiera lanzarse contra la cara del sol ya oculto.

Si la escena era espectacular, el silencio, en cambio, era enervante. Joey esperó y esperó y esperó, pero ningún sonido llegó desde el cielo.

Cuando, minutos más tarde, escuchó un súbito chapoteo en el mar, cerca suyo, tuvo un involuntario sobresalto. Luego se maldijo por asustarse de un pez raya. (Un pez enorme, sin embargo, para hacer tanto ruido cuando saltaba.) No sintió más ruidos y pronto volvió a dormirse.

En la estrecha litera, a popa del compresor de aire, Tibor no escuchó nada. Dormía tan profundamente luego de la jornada de trabajo que casi no le quedaban energías para los sueños; y cuando los sueños venían no eran los que él desearía. En las horas de oscuridad su mente daba vueltas en el pasado, y nunca descansaba entre recuerdos del deseo. Tenía mujeres en Sydney y Brisbane y Darwin y la Isla Jueves, pero en sueños ninguna. Todo lo que recordaba al despertar, en la fétida quietud de la cabina, eran el polvo y el fuego y la sangre cuando los tanques rusos entraron a Budapest. Sus sueños no eran de amor, eran solamente de odio.

Cuando Nick lo sacudió para despertarlo, estaba esquivando a los guardias de la frontera austriaca. Tardó algunos segundos en recorrer dieciséis mil kilómetros hasta la Gran Barrera de Arrecifes; luego bostezó, apartó a patadas las cucarachas que le rozaban los pies y bajó de la litera.

El desayuno, por supuesto, era el mismo de

siempre: arroz, huevos de tortuga y carne enlatada, todo bajado con té fuerte y dulzón. La única virtud de la cocina de Joey era la abundancia. Tibor estaba acostumbrado a la dieta monótona; cuando regresaba a tierra se resarcía de esa y de otras privaciones.

Apenas asomaba el sol por el horizonte cuando ya los platos estaban apilados en el pequeño fogón y el lugre se puso en movimiento. Nick parecía alegre cuando tomó el timón y se alejaron de la isla; el viejo pescador de perlas tenía todo el derecho a estarlo, pues la zona en que trabajaban era la más rica que Tibor hubiera visto. Con suerte llenarían la bodega en uno o dos días, y navegarían de regreso a Isla Jueves con media tonelada de valvas a bordo. Y luego, con un poco más de suerte, podría abandonar ese apestoso y peligroso trabajo para volver a la civilización. No es que se lamentara; el griego lo había tratado bien, y había encontrado algunas piedras buenas al abrir las valvas. Pero ahora comprendía, luego de nueve meses en los Arrecifes, por qué el número de buceadores blancos podía contarse con los dedos de una mano. Los japoneses, los hawaianos y los isleños, podían soportarlo; pero no así los europeos.

El motor diesel tosió, calló, y el *Arafura* se detuvo. Estaban a unas dos millas de la isla, que se

extendía verde y chata sobre el agua, aunque bruscamente delimitada por la estrecha franja de playa deslumbrante. No constituía más que una anónima faja bordeada de un pequeño bosque, y sus únicos habitantes eran miríadas de estúpidos pajarracos, que horadaban el suelo blando y llenaban la noche de espanto con sus ruidos agoreros.

Se habló poco mientras los tres buceadores se vestían; cada hombre sabía lo que tenía que hacer, y no perdía tiempo. Mientras Tibor se abotonaba la gruesa chaqueta de sarga, Blanco, su ayudante, lavó la placa de revestimiento con vinagre, para que no se nublase. Luego Tibor trepó a la escalera de cuerda, mientras le colocaban la pesada escafandra y el corselete de plomo sobre la cabeza. Aparte de la chaqueta, cuyo relleno distribuía el peso en forma uniforme sobre sus hombros, llevaba las ropas de siempre. En esas aguas templadas no eran necesarios los trajes de goma, y la escafandra actuaba como una minúscula campana de buzo, mantenida en posición tan sólo por su peso. En una emergencia, el portador podía (si tenía suerte) zambullirse fuera de la misma y nadar de regreso hacia la superficie, sin estorbos. Tibor había visto como se hacía, y no tenía deseo alguno de llevar a cabo el experimento.

Cada vez que llegaba al último peldaño de la

escalera, aferrando la bolsa de recolección con una mano y la línea de seguridad con la otra, el mismo pensamiento atravesaba la mente de Tibor. Dejaba el mundo que conocía, pero ¿era por una hora o era para siempre? Allá abajo, en el fondo del mar, estaba la riqueza y la muerte, y no se podía estar seguro de ninguna. Era probable que éste fuese otro día fatigoso y sin peripecias, como casi todos los días en la vida rutinaria del buceador de perlas. Pero Tibor vio morir a uno de sus compañeros, cuando el tubo de aire se le enredó en la escora del *Arafura*, y presenció la agonía de otro cuyo cuerpo se retorció con calambres. En el mar, nada era jamás seguro o cierto. Se aceptaban los riesgos con ojos abiertos; si se perdía, ¿servía lamentarse?

Se apartó de la escala, y el mundo de sol y cielo dejó de existir. Desequilibrado por el peso de su escafandra, debía pedalear furiosamente hacia atrás, para mantener el cuerpo en posición vertical. Sólo veía una vaga bruma azul mientras se hundía, y esperó que Blanco no largara demasiado rápidamente la línea de seguridad. Tragando y resoplando, trató de aclararse los oídos al aumentar la presión; el derecho «chasqueó» pronto, pero un penetrante e intolerable dolor creció rápidamente en el izquierdo, que lo había molestado durante varios días.

Trabajosamente llevó una de sus manos debajo del casco, se apretó la nariz y sopló con toda su fuerza. Hubo una súbita y silenciosa explosión en algún sitio dentro de su cabeza, y el dolor desapareció instantáneamente. No tendría más problemas durante esa inmersión.

Tibor sintió el fondo antes de verlo. Como no podía inclinarse, a menos que se arriesgara a inundar el casco abierto, su visión hacia abajo era muy limitada. Podía mirar alrededor, pero no abajo. Lo que vio era tranquilizador en su trillada monotonía: una llanura fangosa suavemente ondulada, que desaparecía de la vista a unos tres metros de distancia. Un metro a su izquierda, un pez diminuto mordisqueaba un trozo de coral del tamaño y la forma de un abanico de mujer. Eso era todo; allí no había belleza, ni país encantado submarino. Pero había dinero, y eso era todo lo que importaba.

La línea de seguridad dio un suave tirón y el lugre comenzó a deslizarse hacia abajo, moviéndose de costado sobre el terreno. Tibor caminó hacia adelante, con el paso saltarín y lento al que lo obligaban la ingravidez y la resistencia del agua. Como buceador Número Dos, trabajaba desde la proa; en medio del navío estaba Stephen, todavía comparativamente inexperimentado, mientras que en

popa estaba el buceador principal, Billy. Los tres hombres rara vez se veían durante el trabajo; cada uno tenía su propia zona de búsqueda, mientras el *Arafura* se deslizaba silenciosamente frente al viento. Sólo en los extremos de sus zigzags podían alguna vez vislumbrarse unos a otros, formas borrosas que se asomaban en la bruma.

Se necesitaba un ojo entrenado para distinguir a las ostras bajo su camuflaje de algas y de hierbas, pero a menudo los moluscos se traicionaban. Cuando sentían las vibraciones del buceador que se aproximaba, se cerraban con un chasquido, y había un momentáneo y nacarino aleteo en la oscuridad. Pero aún así escapaban algunas veces, pues el barco, al moverse, arrastraba al buzo antes que éste pudiera recoger el premio, que se le escapaba por centímetros. En los primeros días de aprendizaje, Tibor se perdió varios de los grandes labios plateados y cualesquiera de ellos pudo contener alguna perla fabulosa. O se imaginó, antes que se desvaneciera el hechizo de la profesión, y comprendiera que las perlas eran tan raras que más valía olvidarlas. La piedra más valiosa que subió fue vendida por cincuenta y seis dólares, y las ostras que juntaba durante una buena mañana valían mucho más que eso. Si la industria dependiera de las gemas y no



de las madreperlas, habría quebrado años atrás.

No había sentido del tiempo en ese mundo brumoso. Se caminaba bajo el invisible buque a la deriva, con el latido del compresor de aire golpeando en los oídos, la niebla verdosa moviéndose ante los ojos. A largos intervalos se encontraba una ostra, se la arrancaba del fondo marino y se la guardaba en el bolso. Con suerte se podía juntar un par de docenas en cada recorrido.

Se estaba alerta al peligro, pero no preocupado por él. Los riesgos reales eran cosas simples, nada espectaculares, como tubos de aire o líneas de seguridad enredados; no lo eran los tiburones, los meros, ni los pulpos. Los tiburones corrían al ver las burbujas de aire, y en todas sus horas de buceo Tibor vio sólo un pulpo. En cuanto a los meros, bueno, *esos* sí eran de cuidado, pues podían tragar a un buceador de un bocado, si estaban hambrientos. Pero había pocas probabilidades de encontrarlos en esa planicie llana y desolada; no había cuevas de coral como las que acostumbraban habitar.

El susto no habría sido tan grande, por lo tanto, si esa grisácea uniformidad no lo hubiera adormecido en un sentimiento de tranquilidad. En cierto momento se vio caminando hacia una inalcanzable pared de niebla que retrocedía a medida que él se acercaba. Y

entonces, sin aviso, su pesadilla privada lo envolvió.

Tibor odiaba las arañas, y había una criatura marina que parecía ingeniárselas deliberadamente para aprovecharse de esa fobia. Nunca había encontrado una, y su mente siempre apartó el pensamiento de un encuentro, pero Tibor sabía que el cangrejo marino japonés puede abarcar tres metros de punta a punta entre sus largas patas. Que fuera inofensivo no importaba en absoluto; una araña tan grande como un hombre no tenía derecho a existir.

Tan pronto como vio surgir la caja de finas patas articuladas desde el mundo grisáceo que lo rodeaba, Tibor comenzó a gritar con terror incontrolable. No recordaba haber tirado de la línea de seguridad, pero Blanco reaccionó con la instantánea percepción del ayudante ideal. Con sus gritos aún resonando en la escafandra, Tibor se sintió arrebatado del fondo del mar, levantado hacia la luz y el aire..., y la cordura. Al ascender, vio lo absurdo de su error, y recobró un poco el dominio de sí mismo. Pero cuando Blanco le levantó el casco, todavía temblaba tan violentamente que transcurrió algún tiempo antes que pudiera hablar.

—¿Qué demonios pasa allí abajo? —preguntó Nick—. ¿Todo el mundo abandona el trabajo temprano?

Entonces Tibor comprendió que no fue el primero en subir. Stephen estaba sentado en medio del barco, fumando un cigarrillo y con un aspecto de total indiferencia. El buceador de popa, indudablemente sin saber que sucedía, estaba siendo izado por su ayudante, pues el *Arafura* se detuvo y todas las operaciones fueron suspendidas hasta que se resolviera el problema.

—Hay algún tipo de naufragio allí abajo —dijo Tibor—. Tropecé con él. Todo lo que pude ver fue un montón de alambres y varillas.

Por su enojo y desagrado el recuerdo lo hizo estremecerse de nuevo.

—No veo por qué *eso* debería hacerte temblar —gruñó Nick. Tampoco lo veía Tibor; allí en la cubierta inundada de sol era imposible explicar cómo una forma inofensiva vislumbrada a través de la bruma podría aterrorizar la mente.

—Casi me enredé con él —mintió—. Blanco me izó justo a tiempo.

—Hum —dijo Nick, obviamente no convencido—. De todas formas no es un barco. —Hizo un gesto hacia el buceador del medio de la nave—. Steve se encontró con un lío de cuerdas y tela, como nylon grueso, dice. Suena como algún tipo de paracaídas. —El viejo griego miró con disgusto el empapado

resto de su cigarro y luego lo tiró por la borda—. En cuanto Billy suba, bajaremos a ver. Puede valer algo; recuerda lo que le sucedió a Jo Chambers.

Tibor recordó. La historia era famosa a lo largo de toda la Gran Barrera de Arrecifes. Jo era un pescador solitario que en los últimos meses de la guerra encontró un DC-3 en aguas poco profundas, a pocas millas de la costa de Queensland. Luego de prodigios de salvataje, sin ayuda, logró romper el fuselaje, y comenzó a descargar cajas de herramientas y matrices, perfectamente protegidas por sus envolturas engrasadas. Durante un tiempo estuvo metido en un floreciente negocio de importación, pero cuando la policía lo atrapó, reveló de mala gana su fuente de aprovisionamiento. Los polizontes australianos pueden ser muy persuasivos.

Y fue entonces, luego de semanas y semanas de agotador trabajo submarino, cuando Jo descubrió lo que su DC-3 había transportado. Además de herramientas, que estuvo vendiendo por unos miserables cientos de dólares a garajes y talleres, las grandes cajas que nunca llegó a abrir contenían la paga de una semana para las fuerzas de los Estados Unidos en el Pacífico. La mayor parte en piezas de oro de veinte dólares.

Aquí no había tanta suerte, pensó Tibor al

hundirse nuevamente; pero el avión —o lo que fuera — podía contener instrumentos valiosos, y podía existir una recompensa por su descubrimiento. Además, se lo debía a sí mismo; quería ver exactamente que fue lo que tanto lo asustó.

Diez minutos más tarde supo que no era un avión. Tenía otra forma, y era demasiado pequeño: sólo unos seis metros de largo y la mitad de ancho. Aquí y allá, en el cuerpo suavemente cónico, habían escotillas de acceso y diminutas troneras a través de las cuales instrumentos desconocidos espiaban al mundo. Parecía intacto, aunque un extremo se había fundido, probablemente a consecuencia de un terrible calor. Del otro, brotaba una maraña de antenas, todas quebradas o dobladas por el impacto con el agua. Aún ahora tenían una increíble semejanza con las patas de un insecto gigantesco.

Tibor no era tonto; inmediatamente adivinó lo que era. Sólo quedaba un problema, y lo resolvió con facilidad. Aunque parcialmente chamuscadas por el calor, todavía podían leerse algunas palabras marcadas en las escotillas. Las letras eran cirílicas y Tibor sabía suficiente ruso para comprender referencias a repuestos eléctricos y sistemas de presurización.

—De modo que han perdido un sputnik —se dijo

con satisfacción. Podía imaginar lo sucedido; la cosa descendió con demasiada velocidad, y en el lugar equivocado. Alrededor de un extremo estaban los restos andrajosos de las bolsas de flotación; habían estallado con el impacto, y el vehículo se hundió como una piedra. La tripulación del *Arafura* debería disculparse con Joey; no había estado tomando grog. Lo que había visto llameando entre las estrellas tenía que haber sido el porta cohetes, separado de su carga y cayendo desenfrenadamente en la atmósfera terrestre.

Durante largo tiempo anduvo Tibor por el fondo, agazapado, las rodillas dobladas, mientras miraba esa criatura espacial atrapada ahora en un elemento extraño. Su mente estaba llena de planes a medio cristalizar. Ya no le importaba el dinero del salvamento; mucho más importante era el proyecto de venganza. Aquí estaba una de las más arrogantes creaciones de la tecnología soviética. Y Szabo Tibor, de Budapest, era el único hombre en el mundo que lo sabía.

Tenía que existir alguna forma de explotar la situación, de hacer daño al país y la causa que ahora odiaba con tan furiosa intensidad. En las horas de vigilia rara vez era consciente de ese odio, y menos aún se detenía para analizar la causa real. Aquí, en

este solitario mundo de mar y cielo, de humeantes pantanos de mangles y deslumbradoras costas de coral, nada había que le recordara el pasado. Sin embargo, nunca podía escapar de él, y algunas veces los demonios de la mente despertaban y lo arrojaban a una viciosa, desenfrenada destructividad. Hasta ahora fue afortunado; no había matado a nadie. Pero algún día...

Un ansioso tirón de Blanco le interrumpió los sueños de venganza. Envió una tranquilizadora señal al ayudante, y comenzó un cuidadoso examen de la cápsula. ¿Cuánto pesaba? ¿Podría ser izada con facilidad? Había muchas cosas por descubrir, antes de decidirse por un plan definido.

Se apoyó contra la acanalada pared metálica, y empujó cautelosamente. Hubo un movimiento, y la cápsula se balanceó en el fondo marino. Quizás pudiese ser izada aun con los pocos aparejos del *Arafura*. Probablemente era más liviana de lo que parecía.

Tibor apretó el casco contra una parte plana de aquella superficie metálica y escuchó atentamente. Quizás esperaba oír algún ruido mecánico, como el zumbido de motores eléctricos. Sin embargo, el silencio era completo. Con la empuñadura del cuchillo golpeó vivamente el metal, tratando de

calcular el espesor y localizar algún punto débil. Al tercer intento obtuvo resultados; pero no fue los que había previsto.

En una furiosa y desesperada retreta, de la cápsula salieron unos golpes en respuesta.

Hasta el momento, Tibor nunca soñó que pudiese haber alguien adentro; la cápsula parecía demasiado pequeña. Entonces comprendió que había estado pensando en términos de aviación convencional; aquí había suficiente espacio para una pequeña cabina de presión, en la cual un devoto astronauta podía pasar unas pocas horas apretado.

Como calidoscopio, que puede cambiar completamente los dibujos en un instante, así los planes a medio formar en la mente de Tibor se disolvieron y cristalizaron luego en una nueva figura. Detrás del grueso vidrio del casco se pasó la lengua por los labios. Si Nick hubiera podido verlo en ese momento se habría preguntado —como lo había hecho antes— si su buceador Número Dos estaba totalmente cuerdo. Todos los pensamientos de una venganza remota e impersonal contra algo tan abstracto como una nación o una máquina habían desaparecido; ahora sería hombre contra hombre.



—Te tomaste tu tiempo, ¿no es así? —dijo Nick —. ¿Qué encontraste?

—Es ruso —dijo Tibor—. Algún tipo de sputnik. Si pudiéramos pasar una cuerda alrededor de él, creo que lograríamos levantarlo del fondo. Pero es demasiado pesado para izarlo a bordo.

Nick mascó pensativo su eterno cigarro. El capitán estaba preocupado por algo que Tibor no había pensado. Si se realizaban operaciones de salvamento por allí, todo el mundo sabría dónde estuvo navegando el *Arafura*. Cuando la noticia llegara a Isla Jueves, su zona privada de ostras sería limpiada inmediatamente.

Tendrían que callar el asunto, o transportar la maldita cosa ellos mismos y no decir dónde la habían encontrado. Sucediera lo que sucediese, parecía más una molestia que otra cosa. Nick, que compartía la desconfianza de todos los australianos hacia la autoridad, ya había decidido que todo lo que obtendría por sus trabajos sería una amable carta de agradecimiento.

—Los muchachos no quieren bajar —dijo—. Piensan que es una bomba. Quieren dejarla.

—Diles que no se preocupen —replicó Tibor—.

Yo me ocuparé.

Trató que su voz pareciera normal y sin emoción; esto era demasiado bueno para ser cierto. Si los otros buceadores escuchaban el golpeteo de la cápsula sus planes fracasarían.

Hizo un gesto hacia la isla, verde y hermosa en el horizonte.

—Sólo podemos hacer una cosa. Si logramos alzarla medio metro desde el fondo, podremos ir hacia la costa. Una vez que estemos en aguas poco profundas no será demasiado difícil transportarla hasta la playa. Podemos utilizar los botes, y atar poleas y un soporte a uno de esos árboles.

Nick consideró la idea sin demasiado entusiasmo. Dudaba que pudieran pasar el sputnik a través de los arrecifes, aun en el lado a sotavento de la isla. Pero sí estaba a favor de halarlo fuera de la zona de ostras; siempre podrían arrojarlo a otra parte, abalizar el sitio y todavía obtener reconocimiento por ello.

—Muy bien —dijo—. Baja. Esa cuerda de cinco centímetros es la más fuerte que tenemos; será mejor que la lleves. No te quedes todo el maldito día; ya que hemos perdido demasiado tiempo.

Tibor no tenía intención de quedarse todo el día. Seis horas serían más que suficiente. Ésa era una de

las primeras cosas que supo gracias a las señales que escuchó a través de la pared.

Era una pena no escuchar la voz del ruso; pero el ruso podía oírlo, y eso era lo que realmente importaba. Cuando apoyaba el casco contra el metal y gritaba, casi todas sus palabras eran escuchadas. Hasta ahora había sido una conversación amistosa; Tibor no tenía intención de mostrar la mano hasta el momento psicológico adecuado.

El primer paso consistió en establecer un código; un golpe para «sí», dos para «no». Luego, era cuestión de idear las preguntas apropiadas; con tiempo, no existía hecho o idea que no pudieran ser comunicados mediante estas dos señales. Habría sido más arduo si Tibor hubiese tenido que utilizar su indiferente ruso; se alegró de encontrar que el piloto atrapado comprendía inglés a la perfección, aunque eso no lo sorprendió.

En la cápsula había aire para otras cinco horas; el ocupante no estaba herido; sí, los rusos sabían donde cayó la cápsula. Esta última respuesta hizo vacilar a Tibor. Quizás el piloto mentía, pero podía ser cierto. Aunque obviamente algo anduvo mal en el regreso a la Tierra, los buques rastreadores en el Pacífico debían haber localizado el punto de impacto; ¿con cuánta exactitud? Eso no podía adivinarlo y no

importaba demasiado. Podrían tardar días en llegar allí, aun si iban directamente a aguas territoriales australianas, sin preocuparse de solicitar permiso a Camberra. Él era el dueño de la situación; todo el poderío de la URSS no podría interferir con sus planes..., hasta que fuera demasiado tarde.

La pesada cuerda cayó en rollos sobre el lecho marino, levantando una nube de cieno que se elevó como humo en la tranquila corriente. Ahora que el sol estaba más alto en el cielo, el mundo submarino no se hallaba ya envuelto en una bruma gris y crepuscular. El lecho marino era incoloro pero brillante, y el campo de visión abarcaba ahora casi cuatro metros. Por primera vez, Tibor pudo ver la cápsula espacial en su totalidad. Era un objeto tan singular (había sido diseñado para condiciones que estaban más allá de toda experiencia normal) que parecía burlarse de la vista. En vano se buscaba la parte delantera o trasera; era imposible adivinar hacia dónde apuntaba al volar en su órbita.

Tibor apoyó el casco contra el metal, y gritó:

—Estoy aquí otra vez. ¿Puedes oírme?

*Toc.*

—Tengo una cuerda, y voy a atarla a los cables del paracaídas. Estamos a unos tres kilómetros de una isla, y en cuanto te hayamos amarrado iremos

para allá. No podemos izarte con el equipo del lugre, de modo que trataremos de arrastrarte fuera del agua en la playa. ¿Comprendes?

*Toc.*

En sólo unos momentos estuvo asegurada la cuerda; ahora convenía alejarse antes que el *Arafura* comenzara a levantar la cápsula. Pero primero debía hacer algo.

—¡Hola! —gritó—. Ya sujeté la cuerda. Te levantaremos en un minuto. ¿Me oyes?

*Toc.*

—Entonces puedes escuchar esto también. Nunca llegarás allá con vida. También *arreglé* eso.

*Toc, toc.*

—Tienes cinco horas para morir. Mi hermano tardó más, cuando tropezó con vuestro campo minado. ¿Comprendes? Soy de Budapest. Te odio a ti y a tu país y a todo lo que significan. Se apoderaron de mi hogar, de mi familia, esclavizaron a mi pueblo. Ojalá pudiera ver tu rostro ahora; ojalá pudiera verte morir, como tuve que ver a Theo. Cuando estemos a mitad de camino hacia la isla, esta cuerda se romperá donde yo la corté. Bajaré y colocaré otra..., que también se romperá. Puedes sentarte ahí y esperar los porrazos.

Tibor calló de pronto, agitado y exhausto por la

violenta emoción. No existía lugar para la lógica o la razón en ese orgasmo de odio; no se detuvo a pensar, pues no se atrevía. Sin embargo, desde las profundidades de la mente, la verdad se abrió paso hacia la luz de la conciencia.

No eran los rusos a quienes odiaba, pese a todo lo que hicieron. Era a sí mismo, pues él hizo más. La sangre de Theo y de diez mil compatriotas le manchaban las manos. Nadie fue mejor comunista que él, ni creyó más supinamente la propaganda de Moscú. En la escuela, y en el colegio fue el primero en perseguir y denunciar a los «traidores». (¿Cuántos había enviado a los campos de trabajos forzados o a las cámaras de tortura?) Cuando vio la verdad era ya demasiado tarde; e incluso entonces no luchó: corrió.

Corrió a través del mundo, tratando de huir de esa culpa; y las dos drogas del peligro y del libertinaje lo ayudaron a olvidar el pasado. Los únicos placeres que le daba la vida ahora eran los abrazos sin amor que tan febrilmente buscaba cuando estaba en tierra, y su actual modo de existencia probaba que no bastaba con eso. Si ahora tenía el poder de dispensar la muerte era solamente porque él mismo vino aquí a buscarla.

De la cápsula no salía sonido alguno; el silencio parecía despreciativo, burlón. Furioso, Tibor la

golpeó con el mango del cuchillo.

—¿Me oíste? —gritó—. ¿Me oíste?

No hubo respuesta.

—¡Maldito! ¡Sé que me estás escuchando! ¡Si no contestas perforaré la cápsula y dejaré entrar el agua!

Estaba seguro de poder hacerlo, con la afilada punta del cuchillo. Pero no quería; sería un fin demasiado rápido, demasiado fácil.

Seguía sin escuchar respuesta. Quizás el ruso se había desmayado. Tibor esperaba que no, pero no había razón para quedarse allí quieto. Dio un último golpe maligno a la cápsula, e hizo la señal a su ayudante.

Nick tenía noticias para él cuando llegó a la superficie.

—La radio de Isla Jueves ha estado protestando —dijo—. Los rusos piden a todo el mundo que busque uno de sus cohetes. Dicen que debería estar flotando en alguna parte, sobre la costa de Queensland. Parece que están muy interesados en recuperarla.

—¿Dijeron alguna otra cosa sobre ella? —preguntó Tibor ansiosamente.

—Oh, sí...; ha dado la vuelta a la Luna un par de veces.

—¿Eso es todo?

—Nada más que yo recuerde. Había mucha jerga científica que no comprendí.

Era muy de los rusos callar todo lo que podían acerca de un experimento que había fracasado.

—¿Avisó a Isla Jueves que la encontramos?

—¿Estás loco? De todas formas, el radio anda mal; no podríamos aunque quisiéramos. ¿Ajustaste bien esa cuerda?

—Sí; vea si puede levantarla desde el fondo.

Habían arrollado la punta de la cuerda alrededor del mástil principal, y en pocos segundos se puso tensa. Aunque el mar estaba calmo había una ligera marejada, y el lugre se inclinaba diez o quince grados. Con cada bamboleo las bordas se elevaban medio metro, y volvían a caer. Había fuerza para alzar varias toneladas, pero era necesario tener cuidado al utilizarla.

La cuerda vibraba, el maderamen gemía y crujía, y por un momento Tibor tuvo miedo que la debilitada línea se rompiera demasiado pronto. Pero resistió y levantaron la cápsula. En la segunda y tercera oleada la elevaron aún más. La cápsula estuvo entonces fuera del lecho marino, y el *Arafura* escoró ligeramente hacia el puerto.

—Vamos —dijo Nick, tomando el timón—. Deberíamos poder arrastrarla media milla antes que



vuelva a chocar con el fondo.

El lugre comenzó a navegar lentamente hacia la isla, arrastrando su oculta carga. Al recostarse en las barandillas, dejando que el sol le secara la humedad de la empapada vestimenta, Tibor se sintió en paz por primera vez en..., ¿cuántos meses? Incluso su odio dejó de arder como un fuego en su cerebro. Quizá, como el amor, era una pasión que nunca podía satisfacerse; pero por el momento, al menos, estaba saciada.

Su resolución no se había debilitado; estaba implacablemente decidido a ejecutar la venganza que tan extrañamente —tan milagrosamente— se puso a su alcance. La sangre pedía sangre, y ahora los fantasmas que lo perseguían podían por fin descansar. Sin embargo sintió una extraña compasión, incluso piedad, por el desconocido gracias al cual ahora podía devolver el golpe a los enemigos que alguna vez fueron sus amigos. Les robaba mucho más que una simple vida pues, ¿qué era un hombre, aun un científico altamente entrenado, para los rusos? Lo que les sacaba era poder y prestigio y sabiduría, las cosas que valoraban más.

Comenzó a preocuparse cuando estuvieron a dos tercios del camino hacia la isla, y la cuerda aún no se rompía. Todavía quedaban cuatro horas, y eso era

demasiado tiempo. Por primera vez se le ocurrió que todo su plan podría echarse a perder, y recaer incluso sobre su cabeza. ¿Qué pasaría si, a pesar de todo, Nick lograba llevar la cápsula hasta la playa antes del plazo?

Con una profunda vibración que conmovió toda la nave, la cuerda salió retorciéndose del agua, rociando espuma en todas direcciones.

—Debería haberlo previsto —murmuró Nick—. Justo comenzaba a chocar. ¿Te gustaría volver a bajar, o mando a alguno de los muchachos?

—Yo me haré cargo —respondió Tibor apresuradamente—. Puedo hacerlo más rápidamente que ellos.

Eso era cierto, pero tardó veinte minutos en localizar la cápsula. El *Arafura* se había deslizado bastante lejos antes que Nick lograra detener el motor, y por un momento Tibor se preguntó si alguna vez volvería a encontrarla. Revisó el lecho marino describiendo grandes arcos, y recién cuando se enredó accidentalmente en el paracaídas finalizó su búsqueda. Las jarcias ondulaban como un extraño y horrible monstruo marino. Pero a nada temía ya Tibor, excepto al fracaso, y su pulso apenas se aceleró al ver la masa blanca y reluciente.

La cápsula estaba arañada y cubierta de lodo,

pero parecía intacta. Ahora descansaba sobre un costado, y hacía pensar en una gigantesca mantequera ladeada. Con seguridad, el pasajero había recibido algún golpe; pero si había caído desde la Luna tenía que estar bien protegido, y probablemente estuviera aún en buenas condiciones. Tibor así lo esperaba; sería una pena que se desperdiciaran las tres horas siguientes.

Nuevamente apoyó el cobre verdoso del casco contra el metal ya no tan reluciente de la cápsula.

—¡Hola! —gritó—. ¿Puedes oírme?

Quizás el ruso trataría de contrariarlo permaneciendo silencioso, pero eso, seguramente, era pedir demasiado del autocontrol de cualquier hombre. Tibor tenía razón; casi inmediatamente llegó el golpe agudo en respuesta.

—Me alegro que estés ahí —respondió—. Las cosas están saliendo exactamente como te dije, aunque me parece que tendré que cortar la cuerda más profundamente.

La cápsula no respondió. No volvió a contestar, aunque Tibor golpeó y golpeó en la siguiente inmersión..., y en la siguiente. Pero entonces ya no lo esperaba, pues tuvieron que detenerse un par de horas para enfrentar una borrasca, y el plazo expiró mucho antes que efectuara su descenso final. Estaba

algo molesto por eso, pues había planeado un mensaje de despedida. Lo gritó igual, aunque sabía que estaba malgastando el aliento.

Temprano en la tarde, el *Arafura* estaba ya muy cerca de la isla. Sólo había unos metros de profundidad, y la marea estaba bajando. Con cada ola la cápsula quedaba descubierta; estaba firmemente encallada en un banco de arena. No había esperanzas de moverla más allá; estaba atascada, hasta que la marea alta la arrastrara.

Nick miró la situación con ojos expertos.

—Esta noche habrá una marea de dos metros —dijo—. Por la forma en que yace, deberá quedar sólo a medio metro de profundidad. Podremos llegar a ella con los botes.

Esperaron fuera del banco de arena, mientras bajaba el sol y la marea, y la radio transmitía informes intermitentes de una búsqueda que se acercaba, pero aún estaba lejana. Hacia el fin de la tarde, la cápsula estaba casi fuera del agua; la tripulación, de mala gana (una sensación que Tibor compartía, con disgusto), dirigió hacia ella el pequeño bote.

—Tiene una puerta al costado —dijo Nick súbitamente—. ¡Caramba! ¿Creen que haya alguien adentro?

—Podría ser —respondió Tibor, con voz no tan firme como pensaba. Nick lo miró con curiosidad. El buceador actuó en forma extraña durante todo el día, pero no pensaba preguntarle qué andaba mal. En esa parte del mundo, pronto se aprendía a no inmiscuirse en los asuntos de los demás.

El bote, balanceándose ligeramente en el mar picado, llegó al lado de la cápsula. Nick sacó la mano y tomó la punta de una antena torcida. Luego, con agilidad felina, trepó a la curva superficie metálica. Tibor no efectuó intento alguno por seguirlo; observó silenciosamente desde el bote mientras Nick examinaba la escotilla.

—A menos que esté trabada —murmuró Nick—, debe existir alguna forma de abrirla desde afuera. Quizás haya que utilizar herramientas especiales.

El temor de Nick no estaba justificado. La palabra «abrir» fue grabada en diez idiomas alrededor de la hundida cerradura y sólo fueron necesarios unos pocos segundos para deducir su funcionamiento. El aire salió siseando, y Nick dijo «Oh» y palideció súbitamente. Miró a Tibor como buscando ayuda, pero Tibor apartó la mirada. Entonces, de mala gana, Nick se metió en la cápsula.

Tardó un largo rato. Desde adentro llegaron primero unos golpes sordos, seguidos de una sarta de

profanidades bilingües. Y luego un prolongado silencio.

Cuando la cabeza de Nick apareció por la escotilla, su rostro curtido y bronceado estaba gris y surcado de lágrimas. Tibor vio ese increíble espectáculo, y tuvo un horrible presentimiento. Algo había salido muy mal, pero su mente estaba demasiado embotada para anticipar la verdad. Luego, cuando Nick depositó su carga, no mayor que una muñeca, comprendió.

Blanco la tomó, mientras Tibor retrocedía hacia la popa del bote. Cuando miró el tranquilo rostro de cera sintió que unos dedos de hielo se le cerraban no sólo alrededor del corazón sino de la espalda. En ese mismo instante, al conocer el precio de su venganza, en él murieron para siempre el odio y el deseo.

La cosmonauta muerta era quizás más hermosa en la muerte que en la vida; aunque pequeña, debió ser fuerte y muy bien entrenada para esta misión. Tendida a los pies de Tibor no era ni rusa ni el primer ser humano que vio la cara oculta de la Luna; era simplemente la niña que él asesinó.

Nick estaba hablando, muy lejos.

—Ella llevaba esto —dijo, con voz insegura—. La tenía firmemente apretada en la mano; tardé un largo rato en poder sacársela.

Tibor apenas lo escuchó, ni miró la diminuta cinta grabada en la palma de Nick. No podía adivinar, en ese instante más allá de todo sentimiento, que las Furias se apoderarían aún de su alma, y que el mundo entero escucharía una acusadora voz de ultratumba, marcándolo más irrevocablemente que a hombre alguno desde Caín.

## En el cometa

—No sé por qué grabo esto —dijo lentamente George Takeo Pickett en el micrófono que flotaba ante él—. No es posible que alguien lo escuche alguna vez. Parece que el cometa no nos llevará a las cercanías de la Tierra sino dentro de dos millones de años, en su próxima vuelta alrededor del Sol. Me preguntó si la humanidad existirá todavía, y si el cometa se aparecerá a nuestros descendientes con el mismo esplendor que se nos apareció a nosotros. Quizá organizarán una expedición, como nosotros, para ver qué pueden encontrar. Y nos encontrarán a nosotros...

»Pues la nave estará todavía en perfectas condiciones, aun luego de tantos años. Habrá combustible en los tanques, y quizá aire también, pues ante todo se nos terminará la comida. Pero no creo que esperemos a morirnos de hambre. Será más rápido abrir las esclusas y terminar así de una vez.

»Cuando era niño leí un libro que contaba una exploración al polo y se llamaba *Una Invernada entre los Hielos*. Bien, así estamos ahora, rodeados de hielo, entre gigantescos témpanos porosos. El



*Challenger* flota en medio de un racimo de témpanos que giran unos alrededor de otros, pero tan lentamente que es necesario mirarlos varios minutos para advertir que se mueven. Pero ninguna expedición a los polos de la Tierra tuvo que afrontar un invierno parecido. Durante la mayor parte del viaje de dos millones de años la temperatura será de cuatrocientos cincuenta grados Fahrenheit bajo cero. Estaremos tan lejos que el Sol no dará más calor que las estrellas. ¿Y quién ha tratado de calentarse las manos a la luz de Sirio en una noche fría de invierno?

Esta imagen absurda, que se le había ocurrido de pronto, le quitó el poco ánimo que tenía. No podía hablar de campos de nieve a la luz de la luna, de carillones de Navidad que tocaban en un país a ochenta millones de kilómetros. Se echó a llorar como un niño, destrozado por el recuerdo de las bellezas familiares y desatendidas de una Tierra que había perdido para siempre.

Y todo había empezado tan bien, en un clima de excitación y de aventura. Recordaba ahora (¿habían pasado sólo seis meses?) la primera vez que había salido a mirar el cometa, poco después que el joven Jimmy Randall, de dieciocho años, lo descubriera con su telescopio casero y enviara el famoso telegrama al observatorio de monte Stromlo. En

aquel tiempo el cometa era sólo una niebla débil que se movía por la constelación de Eridanus, un poco al sur del ecuador. Había estado siempre muy lejos, detrás de Marte, deslizándose a lo largo de una órbita inmensamente alargada. Cuando había brillado por última vez en los cielos de la Tierra, todavía no había hombres, y quizá no los hubiera tampoco cuando apareciese de nuevo. La raza humana estaba contemplando el cometa Randall por primera y quizá por última vez.

Al acercarse al Sol, el cometa creció, proyectando chorros de vapor y de gas: el más pequeño era mayor que cien Tierras. Como un gigantesco gallardete que ondeaba en una brisa cósmica, la cola del cometa tenía ya sesenta millones de kilómetros de largo cuando pasó rozando la órbita de Marte. En ese momento los astrónomos comprendieron que éste sería el espectáculo celeste más extraordinario de todos los tiempos, muy superior al de la aparición del cometa Halley en 1986. Y en ese mismo momento los administradores de la Década Astrofísica Internacional decidieron enviar una nave de observación, el *Challenger*, en pos del astro, pues ésta era una ocasión que no se presentaría otra vez hasta el próximo milenio.

Durante semanas, en las horas que precedían al

alba, el cometa se extendió en el cielo como una nueva Vía Láctea, pero mucho más brillante. A medida que se aproximaba al Sol, y sentía de nuevo los fuegos que había conocido por primera vez en el tiempo en que los mamuts sacudían la Tierra, manifestó una creciente actividad. Unas gotas de gas luminoso brotaron del núcleo en grandes abanicos que giraban como lentos reflectores en medio de las estrellas. La cola, ahora de ciento cincuenta millones de kilómetros de largo, se dividió en cintas y bandas entrecruzadas que cambiaban completamente de forma en el curso de una noche. Se alejaban siempre del Sol, como arrastradas por un viento huracanado que soplabá desde el centro mismo del Sistema Solar.

Cuando le dijeron que partiría en el *Challenger*, George Pickett apenas se atrevió a creer en su suerte. Ningún periodista había tenido nunca una oportunidad semejante desde los tiempos de William Lawrence y la bomba atómica. Todo lo había favorecido evidentemente: había estudiado ciencias, era soltero, tenía buena salud, pesaba menos de sesenta kilos, le habían quitado el apéndice. Había habido otros, seguramente, que tenían las mismas calificaciones. De cualquier modo, la envidia de estos hombres pronto se transformaría en alivio.

Como la escasa capacidad de carga del *Challenger* no permitía transportar a un simple periodista, Pickett había tenido que actuar en sus horas de ocio como segundo de a bordo. Esto significaba, en la práctica, la obligación de llevar el cuaderno de bitácora, servir de secretario al capitán, supervisar el movimiento de los almacenes. Era una suerte, pensaba a menudo, que en el mundo sin peso del espacio bastaran tres horas de sueño de cada veinticuatro.

Para cumplir separadamente las dos tareas había tenido que recurrir a todo su tacto. Cuando no estaba escribiendo en la oficina, del tamaño de un armario, o examinando los miles de artículos de los almacenes, iba de un lado a otro por la nave con el magnetófono bajo el brazo. Había tenido la precaución de entrevistar, en un momento o en otro, a todos los hombres de ciencia que comandaban al *Challenger*. No todas las grabaciones habían sido transmitidas a la Tierra. Algunas habían sido demasiado técnicas, o demasiado incoherentes, y otras demasiado lo contrario. Pero lo menos ninguno podía acusarlo de favoritismo, y nadie se había quejado de nadie. Aunque ahora todo eso importaba poco.

Se preguntó cómo sería la reacción del doctor

Martens. El astrónomo había sido uno de los entrevistados más difíciles, pero también el que había proporcionado mayor información. Obedeciendo a un impulso repentino, buscó la primera grabación de Martens y la colocó en el aparato. Sabía que trataba así de escapar al presente, refugiándose en el pasado, pero este relámpago de lucidez tuvo como único efecto hacerle esperar que la tentativa tuviese éxito.

Guardaba aún un recuerdo vívido de aquella primera entrevista, pues el micrófono sin peso, que la corriente de aire de los ventiladores movía ligeramente, lo había hipnotizado hasta el punto de hacerlo caer en la incoherencia. Nadie lo hubiera sospechado, sin embargo. La voz de la grabación mostraba la misma seguridad profesional de costumbre.

Se encontraban a treinta millones de kilómetros detrás del cometa, pero seguían acercándose, rápidamente, cuando atrapó al doctor Martens en el observatorio y le hizo a boca de jarro la primera pregunta.

—Doctor Martens, ¿cuál es la naturaleza exacta del cometa Randall?

—Oh, algo bastante complejo —respondió el astrónomo—, y está cambiando continuamente a

medida que nos alejamos del Sol. Pero la cola está compuesta principalmente por amoníacos, metano, bióxido de carbono, vapor de agua, cianógeno...

—¿Cianógeno? ¿No es un gas venenoso? ¿Qué ocurriría si la cola tocara la Tierra?

—Nada. Aunque sea todo un espectáculo para los ojos humanos, la cola de un cometa es principalmente vacío. Un volumen del tamaño de la Tierra contiene tan poco gas como el que cabe en una caja de fósforos.

—¿Y esa cantidad mínima es la causa de todo ese esplendor?

—Ocurre lo mismo con los gases raros de los anuncios eléctricos. La cola de un cometa brilla porque el Sol la bombardea con partículas eléctricas. Es un anuncio celeste cósmico. Un día, me temo, la gente que trabaja en publicidad descubrirá la triquiñuela y escribirá *slogans* en el cielo.

—Una perspectiva deprimente, aunque supongo que algunos hablarían de un triunfo de la ciencia aplicada. Pero dejemos la cola. ¿Cuándo entraremos en el corazón del cometa, lo que ustedes llaman el núcleo?

—Alcanzar algo que corre adelante siempre lleva tiempo. Pasarán dos semanas antes que entremos en el núcleo. Nos hundiremos primero más y más

profundamente en la cola. Pero aunque el núcleo está aún a treinta millones de kilómetros de nosotros, ya hemos aprendido bastante de él. Ante todo, es extremadamente pequeño. Tiene menos de ochenta kilómetros de diámetro. Y no es tampoco una masa sólida, sino, probablemente, un conjunto de miles de cuerpos pequeños que se mueven en una nube.

—¿Lograremos penetrar en el núcleo?

—Lo sabremos cuando estemos allí. Quizá sea mejor no correr riesgos y estudiarlo con ayuda de los telescopios desde una distancia de unos pocos miles de kilómetros. Pero, personalmente, me sentiré decepcionado si no entramos en el núcleo. ¿Usted no?

Pickett apagó el aparato. Sí, Martens había tenido razón. *Hubiese* sido decepcionante, sobre todo porque no habían sospechado nada peligroso. En verdad el peligro no había venido del cometa, sino de la nave.

Habían navegado atravesando una tras otra las amplias cortinas de gas, increíblemente tenues, que el cometa emitía siempre mientras corría alejándose del Sol. No obstante, aun ahora, aunque se acercaban a las regiones más densas del núcleo, estaban realmente en un vacío casi perfecto. La niebla luminosa que había rodeado al *Challenger* durante

tantos millones de kilómetros apenas oscurecía las estrellas, pero adelante, donde flotaba el núcleo del cometa, había una mancha brillante de luz difusa, que los atraía como un fuego fatuo.

Las turbulencias eléctricas que casi se desencadenan ahora con una violencia cada vez mayor habían cortado las comunicaciones con la Tierra. Desde hacía unos días se limitaban a enviar mensajes de «sin novedad» en Morse. Cuando se apartaran del cometa para regresar a la Tierra, las comunicaciones volverían otra vez a la normalidad, pero por ahora estaban tan aislados como los exploradores terrestres en los días anteriores a la radio. Era un inconveniente, pero nada más. En realidad, Pickett sentía una cierta satisfacción. Tenía ahora más tiempo para dedicarse a sus tareas de segundo. Aunque el *Challenger* navegaba en el corazón de un cometa, en un viaje que ningún capitán hubiese podido soñar antes del siglo XX, era necesario aún que alguien contara las provisiones y revisara los almacenes.

Muy lenta y cuidadosamente, sondeando con el radar todo el espacio de alrededor, el *Challenger* se metió en el núcleo del cometa. Y allí se quedó..., entre los hielos.

Whipple, de Harvard, ya había sospechado la



verdad allá por el año 1940, pero era difícil creerlo, aún ahora, con la prueba ante los ojos. El núcleo relativamente pequeño del cometa era una acumulación de témpanos, que flotaban y giraban en órbitas entrecruzadas. Pero no eran de un cegador color blanco, ni estaban compuestos de agua como los témpanos de los mares polares. Tenían un color gris sucio, y eran muy porosos, como la nieve fundida a medias. Y estaban acribillados de bolsillos de metano y amoníaco helados que estallaban ocasionalmente en gigantescos chorros de gas cuando absorbían el calor del Sol. Era un espectáculo maravilloso que Pickett había admirado apenas, por falta de tiempo. Ahora el tiempo le sobraba.

Examinaba como de costumbre las provisiones del navío cuando tropezó con el desastre, aunque tardó en darse cuenta. Pues los víveres no habían sido hasta entonces un problema, y alcanzaban suficientemente para el viaje de regreso. Había verificado las existencias con sus propios ojos, y ahora bastaba con confirmar las cantidades en la sección del cerebro electrónico del navío reservada a estos cálculos, del tamaño de una cabeza de alfiler.

Cuando brillaron en la pantalla las primeras cifras disparatadas, Pickett pensó que se había equivocado al apretar los botones. Borró el resultado

y metió otra vez en la computadora la tarjeta de información.

60 cajas de carne en conserva embarcadas. 17 consumidas. Resto: 99999943.

Probó otra vez y otra, sin mejor resultado. Luego, un poco molesto, pero no alarmado, fue en busca del doctor Martens.

Encontró al astrónomo en la Cámara de Torturas, el gimnasio minúsculo que los diseñadores habían metido entre el depósito de herramientas y el tanque principal de combustible. Todos los miembros de la tripulación tenían que hacer ejercicios allí, una hora por día, para evitar que los músculos perdieran elasticidad en ese medio sin peso. Martens luchaba con un poderoso sistema de resortes, apretando torvamente los dientes. La cara se le ensombreció todavía más cuando oyó el informe de Pickett.

Bastaron algunas pruebas en el tablero principal.

—La computadora ha enloquecido —dijo Martens—. Ni siquiera es capaz de sumar o restar.

—¡Pero podemos arreglarla!

Martens meneó la cabeza. Había perdido todo su aire de tremenda seguridad. Parecía ahora, se dijo Pickett, un muñeco de goma que empezaba a perder aire.

—Ni siquiera los constructores serían capaces.

Es una masa sólida de microcircuitos tan apretados como las células de un cerebro humano. Las unidades de la memoria operan aún, pero la calculadora no sirve para nada. No calcula, mezcla los números.

—¿Y qué significa eso para nosotros?

—La muerte —respondió Martens secamente—. Sin la computadora estamos perdidos. Es imposible calcular una órbita que nos lleve de vuelta a la Tierra. Un ejército de matemáticos tardaría semanas.

—¡Es ridículo! La nave está en perfectas condiciones, tenemos comida y combustible, y usted dice que moriremos sólo porque no podemos hacer unas pocas sumas.

—¡Unas *pocas* sumas! —replicó Martens con algo de su viejo espíritu—. Un cambio importante de trayectoria, cómo el que necesitamos para alejarnos del cometa y situarnos en una órbita que nos lleve a casa implica un centenar de miles de cálculos. La computadora misma necesita varios minutos para llevar a cabo esa tarea.

Pickett no era un matemático, pero sabía bastante de astronáutica como para entender la situación. Una nave que navegaba por el espacio estaba sometida a la influencia de muchos cuerpos celestes. La fuerza principal era la gravedad del Sol, que mantenía a todos los planetas firmemente encadenados a sus

órbitas. Pero los planetas mismos tironeaban hacia aquí y hacia allá, aunque con una fuerza mucho más débil. Tener en cuenta todas esas atracciones contradictorias —y sobre todo aprovecharlas para alcanzar en el momento justo una meta prevista a millones de kilómetros de distancia— era un problema de fantástica complejidad. Entendía la desesperación de Martens. Ningún hombre puede trabajar sin las herramientas propias de su oficio, y no había ningún oficio que necesitase herramientas más complejas.

Aun luego del anuncio del capitán, y de la primera conferencia de emergencia en la que todos los tripulantes discutieron la situación, pasaron horas antes que los hechos cobraran toda su realidad. Estaban sentenciados a muerte, pero tenían aún demasiados meses por delante. Y el espectáculo era todavía espléndido...

Más allá de las nieblas luminosas que envolvían la nave, y que serían un panteón celeste hasta el fin de los tiempos, podía verse el gran faro que era Júpiter, más brillante que todas las estrellas. Algunos hombres estarían quizá con vida, si los otros estaban dispuestos a sacrificarse a sí mismos, cuando la nave dejara atrás el mayor de los hijos del Sol. ¿Valdría la pena vivir algunas semanas más, se preguntaba

Pickett, para observar a simple vista lo que Galileo había observado con su telescopio primitivo hacía cuatro siglos: los satélites de Júpiter que avanzaban y retrocedían como abalorios deslizándose a lo largo de un hilo invisible?

Abalorios en un hilo. Un olvidado recuerdo de la infancia estalló en el subconsciente de Pickett. Debía estar luchando desde hacía días por salir a luz.

—¡No! —exclamó—. Es ridículo. ¡Se reirán de mí!

¿Pero qué importa eso en verdad? No había nada que perder. Por lo menos mantendría ocupados a todos mientras se acababan la comida y el oxígeno. Una esperanza muy débil era mejor que ninguna...

Dejó de jugar con los botones del aparato grabador. El humor melancólico había quedado atrás. Se libró de la red elástica que lo retenía a su asiento y se encaminó al depósito de herramientas donde encontraría el material necesario.

—Si esto es una broma, no me parece graciosa — dijo el doctor Martens tres días más tarde, mirando desdeñosamente la frágil estructura de madera y alambre que Pickett tenía en la mano.

—Ya sabía yo que usted reaccionaría así —

replicó Pickett dominándose—. Pero, por favor, escúcheme un minuto. Mi abuela era japonesa, y hace muchos años me contó una historia que yo olvidé completamente hasta esta semana. Creo que puede salvarnos la vida.

»Poco tiempo después de la segunda guerra mundial hubo un torneo entre un norteamericano con una calculadora eléctrica de mesa y un japonés con un ábaco como éste. Ganó el ábaco.

—La calculadora debió haber sido bastante primitiva, o el operador muy incompetente.

—Emplearon la mejor máquina del ejército norteamericano. Pero no discutamos más. Hagamos una prueba. Una multiplicación, por ejemplo. Deme un par de números de tres cifras.

—Este..., 856 por 437.

Los dedos de Pickett bailaron sobre las cuentas, deslizándose hacia arriba y abajo por los alambres con asombrosa velocidad. Había doce alambres en total, de modo que el ábaco podía operar con números altos —hasta el 999.999.999.999— o podía ser dividido en secciones separadas cuando era necesario sacar varios cálculos a la vez.

—374.072 —dijo Pickett al cabo de un tiempo increíblemente corto—. Ahora veamos cuánto tarda usted con papel y lápiz.

Pasó un tiempo mucho más largo antes que Martens —malo en aritmética como casi todos los matemáticos— anunciara:

—375.072.

Una verificación rápida confirmó que Martens había tardado por lo menos tres veces más que Pickett y había obtenido un resultado erróneo.

El rostro del astrónomo era todo un estudio de distintas expresiones: decepción, asombro, curiosidad.

—¿Dónde aprendió ese truco? —preguntó—. Yo pensaba que estos aparatos sólo podían sumar y restar.

—Bueno..., una multiplicación es sólo una suma repetida, ¿no es cierto? Todo lo que hice fue sumar 856 siete veces en la columna de las unidades, tres veces en la columna de las decenas, y cuatro veces en la columna de las centenas. Lo mismo que cuando usted utiliza lápiz y papel. Por supuesto, hay procedimientos para abreviar las operaciones, pero si usted cree que yo soy rápido tendría que haber visto a mi tío abuelo. Trabajaba en un banco de Yokohama y a veces uno apenas podía verle los dedos. Me enseñó algunos trucos, pero han pasado veinte años y los he olvidado. He practicado sólo un par de días, de modo que todavía soy lento. De

cualquier modo habrá visto usted que mi idea no es disparatada.

—Sí, realmente, estoy muy sorprendido. ¿Es posible dividir con la misma rapidez?

—Sí, prácticamente, cuando el operador tiene bastante experiencia.

Martens tomó el ábaco y movió las cuentas hacia adelante y hacia atrás. Luego suspiró.

—Ingenioso pero no nos servirá de nada. Aunque sea diez veces *más* rápido que un hombre con lápiz y papel, y esto es ya bastante, la velocidad de la calculadora era un millón de veces superior.

—He pensado en eso —replicó Pickett, un poco impaciente.

Martens, pensó, era un debilucho. Se daba por vencido en seguida. ¿Cómo creía que se las habían arreglado los astrónomos cien años antes, cuando no había computadoras?

—He aquí mi propuesta —continuó en voz alta—. Dígame si advierte usted alguna falla en mi plan...

Expuso el plan con ardor y precisión. La cara de Martens fue distendiéndose y al fin estalló en una carcajada, la primera que se oía desde hacía días a bordo del *Challenger*.

—Quiero verle la cara al capitán —dijo el



astrónomo— cuando usted le anuncie que volveremos todos al cuarto de los niños a jugar con abalorios.

El escepticismo inicial se borró tan pronto como Pickett hizo algunas demostraciones. Para hombres que habían crecido en el mundo de la electrónica, el hecho que una simple estructura de alambre y cuentas pudiera realizar esos aparentes milagros era toda una revelación. Era también un desafío, y como estaban en juego las vidas de todos, respondieron con entusiasmo.

Tan pronto como el equipo de ingenieros hubo construido unas copias mejoradas del tosco prototipo de Pickett, comenzaron las clases. Bastaron unos minutos para explicar los principios básicos. La práctica, en cambio, requería tiempo: horas y horas de ejercicios hasta que los dedos volaron automáticamente por los alambres moviendo las cuentas a las posiciones adecuadas sin intervención del pensamiento consciente. Hubo algunos miembros de la tripulación que no consiguieron adquirir ni rapidez ni precisión, aun luego de toda una semana de ejercicios. Pero otros dejaron atrás muy pronto al mismo Pickett.

Soñaban con columnas de cifras y manipulaban el

ábaco mientras dormían. Tan pronto como superaron la primera etapa fueron divididos en equipos que competían fieramente unos con otros por alcanzar un mayor coeficiente de habilidad. Al fin hubo hombres a bordo del *Challenger* capaces de multiplicar dos números de cuatro cifras en quince segundos y seguir así durante horas.

Era un trabajo mecánico: requería habilidad pero no inteligencia. La única tarea realmente difícil era la de Martens, y nadie podía ayudarlo. Martens tenía que olvidar todas las técnicas basadas en máquinas a las que estaba habituado y reordenar los cálculos de modo que un equipo de hombres —que ignoraban el significado de aquellas cifras— pudiera trabajar con ellos automáticamente. Tenía que proporcionarles los datos básicos, y ellos llevaban adelante el programa previsto. Al cabo de unas pocas horas de paciente trabajo rutinario el resultado emergía en el extremo de una cadena de producción matemática..., si no se había cometido ningún error. Para evitar este peligro, dos equipos trabajaban independientemente, confrontando de cuando en cuando los resultados.

—Hemos inventado una computadora que emplea seres humanos en vez de circuitos electrónicos —dijo Pickett en el micrófono del grabador cuando tuvo tiempo de pensar en posibles oyentes—. Es unos

pocos miles de veces más lenta, no puede manejar muchos dígitos, y se cansa con facilidad, pero está haciendo el trabajo. No el de establecer toda una trayectoria hasta la Tierra, eso sería demasiado complicado. Basta con que encontremos una órbita que nos lleve a una zona accesible a las ondas de radio. Una vez que escapemos a las interferencias eléctricas de alrededor, podremos transmitir por radio nuestra posición y los grandes cerebros electrónicos de la Tierra nos dirán lo que debemos hacer.

»Ya nos hemos apartado del cometa y no nos alejamos más del Sistema Solar. Nuestra nueva órbita coincide con los cálculos previos dentro de los límites previsibles. Nos encontramos dentro de la cola del cometa, pero el núcleo está ahora a varios millones de kilómetros de distancia y ya no vemos esos témpanos de amoníaco. Se alejan rápidamente hacia las estrellas hundiéndose en la noche helada, entre los soles, mientras nosotros regresamos...

»Hola, Tierra. Hola, Tierra. Aquí el *Challenger*. Respondan cuando oigan nuestras señales. Es necesario que se encarguen ustedes de nuestros ejercicios de aritmética..., antes que se nos despellejen los dedos.



# Una mona en la casa

Abuelita pensó que mi idea era horrible; claro que ella todavía podía recordar los días en que los sirvientes eran *humanos*.

—Si piensas que compartiré la casa con una mona, estás muy equivocada —resopló.

—No seas tan anticuada —respondí—. De todos modos, Dorcas no es una mona.

—Entonces, ¿qué es...?

Recorrí las páginas del manual de la Corporación de Ingeniería Biológica.

—Escucha esto, abuela: «El Superchimp (Marca Registrada) *Pan Sapiens* es un antropoide inteligente, obtenido a partir del chimpancé mediante una reproducción selectiva y modificaciones genéticas».

—¡Justo lo que dije! ¡Una mona!

—«... y con un vocabulario suficientemente amplio para comprender órdenes sencillas. Se lo puede entrenar para hacer todo tipo de tareas domésticas o trabajos rutinarios, y es dócil, afectuoso, domesticado y especialmente bueno con los niños...»

—¡Niños! ¿Confiarías a Johnnie y Susan a un...

gorila?

Suspirando, dejé el manual.

—Tienes razón. Dorcas *es* cara, y si encuentro a los pequeños monstruos golpeándola...

Afortunadamente, en ese instante sonó el timbre.

—Firme, por favor —dijo el recadero. Firmé, y Dorcas entró en nuestras vidas.

—Hola, Dorcas —dije—. Espero que seas feliz aquí.

Bajo las cejas prominentes, asomaron dos grandes ojos melancólicos. Aunque tenía un cuerpo ridículo, he conocido seres humanos más feos. Medía alrededor de un metro veinte de altura, y casi tanto de ancho. En su pulcro y simple uniforme, parecía una doncella de aquellos primeros filmes del siglo xx. Sus pies, no obstante, estaban descalzos, y cubrían una enorme superficie.

—Día, señora —respondió farfullando, aunque de forma perfectamente inteligible.

—¡Puede hablar! —graznó abuelita.

—Por supuesto —respondí—. Puede pronunciar más de cincuenta palabras, y comprender doscientas. Aprenderá más a medida que se habitúe a nosotros, pero por el momento debemos atenernos al vocabulario de las páginas cuarenta y dos y cuarenta y tres del manual.

Le entregué el manual de instrucciones a abuela; esta vez no logró encontrar una sola palabra para expresar *sus* sentimientos.

Dorcas se adaptó rápidamente. Su entrenamiento básico —Doméstica Clase A, más Quehaceres de Niñera— era excelente, y a fines del primer mes eran pocas las tareas domésticas que no podía hacer, desde poner la mesa hasta vestir a los niños. Al principio tenía el fastidioso hábito de levantar las cosas con los pies; le parecía tan natural como utilizar las manos, y llevó mucho tiempo acostumbrarla. Finalmente, una colilla de abuelita resolvió el problema.

Dorcas era afable, concienzuda, y no refunfuñaba. Por supuesto, no era demasiado inteligente, y algunos trabajos debían serle explicados extensamente para que los comprendiera. Me llevó varias semanas descubrir sus limitaciones y permitir las; al principio era muy difícil recordar que no era exactamente humana, y que era inútil tratar de atraerla al tipo de conversaciones que tanto nos gustan a las mujeres. Ciertamente le interesaba la ropa, y la fascinaban los colores. Si le hubiese permitido vestirse de la forma que ella quería, hubiese parecido disfrazada para el carnaval.

Para mi alivio, los niños la adoraban. Sé lo que

la gente dice sobre Johnnie y Sue, y admito que algo de razón tienen. Es tan difícil educar niños cuando el padre está lejos la mayor parte del tiempo... Y para empeorar las cosas, abuelita los malcria cuando no estoy mirando. Lo mismo hace Eric, cuando su nave está en la Tierra, y después me toca a mí hacer frente a las pataletas. Nunca se case con un astronauta si le es posible evitarlo; la paga puede ser buena, pero el hechizo pronto se desvanece.

Cuando Eric volvió del viaje a Venus, con tres semanas de licencia acumuladas, nuestra nueva criada era ya parte de la familia. Eric se acostumbró a ella; después de todo, había encontrado criaturas mucho más extrañas en los planetas. Rezongó por el gasto, claro. Pero yo le hice notar que ahora que me veía aliviada de gran parte de los quehaceres domésticos podríamos pasar más tiempo juntos y hacer las visitas que nos habían resultado imposibles en el pasado. Ahora que Dorcas podía cuidar a los niños, yo esperaba tener otra vez un poco de vida social.

Pues la vida social de Puerto Goddard era intensa, aunque estábamos aislados en medio del Pacífico. (Desde lo que le sucedió a Miami, todos los lugares importantes de lanzamiento han estado muy, muy alejados de toda civilización.) Había una



continua corriente de visitantes distinguidos y viajeros de todas partes de la Tierra, sin mencionar otros puntos más remotos.

Cada comunidad tiene su árbitro de la moda y la cultura, su *grande dame* odiada y sin embargo copiada por todas sus desafortunadas rivales. Christine Seanson lo era en Puerto Goddard; su esposo era comodoro del Servicio Espacial, y ella nunca nos dejaba olvidarlo. Siempre que aterrizaba una nave, invitaba a todos los funcionarios de la Base a una recepción en su elegante mansión estilo siglo diecinueve. Era aconsejable ir, a menos que la excusa fuese muy buena, aun cuando eso significase tener que mirar los cuadros. Christine tenía el capricho de creerse una artista, y de las paredes colgaban mamarrachos multicolores. Pensar cumplidos sobre los mismos, constituía uno de los mayores riesgos de sus fiestas; otro era su boquilla de un metro de largo.

Desde la última partida de Eric, había producido una nueva tanda de pinturas; Christine había entrado en su período «cuadrado».

—Como ustedes ven, mis queridos —nos explicó—, los viejos cuadros oblongos son terriblemente anticuados, simplemente no concuerdan con la Era Espacial. Allá no existen los conceptos de arriba y abajo, horizontal y vertical, de modo que ninguna

pintura moderna debería tener un lado más largo que otro. Idealmente, una pintura debería tener el mismo aspecto fuera cual fuese la forma en que estuviese colgada. En eso estoy trabajando ahora.

—Parece muy lógico —dijo Eric diplomáticamente (Después de todo, el comodoro era su jefe.) Pero cuando nuestra anfitriona estuvo lejos, agregó—: No sé si sus cuadros están colgados con el lado superior para arriba, pero sí estoy seguro que tendrían que estar de cara contra la pared.

Estuve de acuerdo; antes de casarme pasé varios años en la Escuela de Bellas Artes, y algo sabía al respecto. En el lugar de Christine, yo podría haber sido todo un éxito con mis lienzos, que ahora se llenaban de polvo en el garaje.

—Sabes, Eric —dije algo maliciosamente—, yo podría enseñar a Dorcas a pintar mejor que esto.

Eric rio, y dijo:

—Puede ser divertido intentarlo algún día, si perdemos de vista a Christine.

Luego olvidé todo. Hasta un mes después, cuando Eric estaba otra vez en el espacio.

El origen exacto de la pelea no tiene importancia; surgió a causa de un proyecto para el desarrollo de la comunidad. Christine y yo tuvimos puntos de vista opuestos. Ella ganó, como de costumbre, y yo salí

echando fuego. Al llegar a casa, lo primero que vi fue a Dorcas, mirando las fotografías en colores de uno de los semanarios, y recordé las palabras de Eric.

Dejé la cartera, me saqué el sombrero, y dije con firmeza:

—Dorcas, ven al garaje.

Llevó algún tiempo extraer las pinturas y el caballete, enterrados bajo juguetes arrumbados, viejos adornos navideños, equipos de buceo, cajas vacías de embalaje y herramientas rotas (parecía que Eric nunca tenía tiempo para ordenar las cosas antes de lanzarse nuevamente al espacio). Sepultados bajo los desechos, había varios lienzos inconclusos, que servirían para comenzar. Coloqué sobre el caballete un paisaje que no había avanzado más allá de un árbol esquelético, y dije:

—Bueno, Dorcas..., voy a enseñarte a pintar.

Mi plan era simple, y no del todo honesto. Aunque algunos monos habían salpicado pintura sobre lienzos en el pasado, ninguno de ellos había creado una obra de arte genuina y correctamente compuesta. Yo estaba segura que Dorcas tampoco era capaz, pero nadie necesitaría saber que mía era la mano directriz. Ella podía quedarse todo el mérito.

Sin embargo, no pensaba mentir. Aunque yo haría el dibujo, mezclaría los pigmentos y ejecutaría la

mayor parte, dejaría que ella hiciese todo el trabajo que le fuera posible, y desarrollar quizás un estilo durante ese proceso, una pincelada característica. Calculé que con algo de suerte, Dorcas sería capaz de hacer, quizás, una cuarta parte del trabajo total. Entonces yo podría sostener que ella lo había hecho todo, con la conciencia razonablemente limpia. ¿Acaso Miguel Ángel y Leonardo no habían firmado pinturas que en su mayor parte habían sido realizadas por sus asistentes? Yo sería el «asistente» de Dorcas.

Debo confesar que me sentí algo desilusionada. Aunque Dorcas pronto comprendió el uso del pincel y de la paleta, su trabajo era bastante torpe. Parecía incapaz de decidir cuál mano utilizar, y no dejaba de pasar el pincel de una mano a la otra. Finalmente tuve que hacer la mayor parte del trabajo, y ella contribuyó apenas con unas pocas pinceladas.

No obstante, no podía esperar que se convirtiese en una experta en un par de lecciones, y en realidad no tenía importancia. Si Dorcas resultaba ser un fracaso artístico, yo debería forzar un poco más la verdad cuando pretendiese que la obra era suya.

Yo no tenía apuro; no podía precipitar el asunto. Luego de un par de meses, la Escuela de Dorcas había producido una docena de cuadros, todos ellos temas cuidadosamente elegidos, familiares a un

Superchimp de Puerto Goddard. Había un estudio de la laguna, una vista de nuestra casa, una impresión de lanzamiento nocturno (todo resplandor y explosiones de luz), una escena de pesca, un bosquecillo de palmeras. Clisés, por supuesto, pero cualquier otra cosa hubiese despertado sospechas. No creo que antes de vivir con nosotros Dorcas haya visto mucho del mundo fuera de los laboratorios donde la criaron y entrenaron.

Colgué las mejores pinturas (y algunas *eran* buenas; después de todo, yo debería saberlo) en lugares de la casa que mis amigos difícilmente podrían pasar por alto. Todo funcionó a la perfección; las preguntas admirativas eran seguidas de asombrados «¡No me digas!», cuando yo modestamente negaba toda responsabilidad. A algunos les costaba bastante creerlo, pero yo destruí rápidamente esa incredulidad: dejé que unos pocos y privilegiados amigos vieran a Dorcas trabajando. Elegí a los espectadores por su ignorancia en materia artística, y el cuadro era una abstracción en rojo, oro y negro que nadie se atrevió a criticar. A esta altura, Dorcas podía fingir muy bien, como un actor de cine que simula tocar un instrumento musical.

Simplemente para divulgar la noticia, regalé algunas de las mejores pinturas, simulando que las

consideraba simples novedades divertidas. Al mismo tiempo, deslicé un comentario celoso:

—Contraté a Dorcas para mi servicio, no para el Museo de Arte Moderno —dije malhumorada. Y tuve *mucho* cuidado de no hacer ninguna comparación entre sus cuadros y los de Christine; eso se podía confiar a nuestros amigos mutuos.

Cuando Christine vino a verme, ostensiblemente para tratar nuestra pelea «como dos personas sensatas», supe que estaba alarmada. De modo que capitulé graciosamente mientras tomábamos té en la sala, bajo una de las obras más impresionantes de Dorcas. (Luna llena sobre la laguna; muy fría, azul y misteriosa. En realidad, me enorgullecía bastante.) No se dijo una palabra sobre la pintura o sobre Dorcas; pero los ojos de Christine me dijeron todo lo que yo quería saber. La semana siguiente, canceló sin ruido una exposición que tenía planeada.

Los jugadores dicen que se debe abandonar cuando se va ganando. Si me hubiese puesto a pensar, me habría dado cuenta que Christine no iba a dejar las cosas así. Tarde o temprano, el contraataque era inevitable.

Eligió bien el momento. Esperó a que los niños estuvieran en el colegio, abuelita paseando y yo en el supermercado, al otro lado de la isla. Probablemente

haya telefonado antes para asegurarse que no hubiera nadie en casa; es decir, nadie humano. Le habíamos dicho a Dorcas que no respondiese a las llamadas. Los primeros días lo hizo, pero mal. En el teléfono, un Superchimp suena igual que un borracho, lo cual puede ocasionar todo tipo de complicaciones.

Puedo reconstruir toda la secuencia de los acontecimientos: Christine debe haber conducido hasta la casa y entrado, mostrándose profundamente desilusionada por mi ausencia. No debe haber perdido tiempo en interrogar a Dorcas, pero afortunadamente yo había tomado la precaución de instruir a mi antropoide colega.

—Dorcas hacer —le repetía cada vez que finalizábamos una de nuestras producciones—. Señora no hacer, *Dorcas* hacer.

Estoy segura que al final ella misma se lo creyó.

Si mi lavado cerebral y las limitaciones de un vocabulario de cincuenta palabras desconcertaron a Christine, no fue por largo tiempo. Era una mujer de acción directa, y Dorcas una criatura dócil y obediente. Christine, resuelta a desenmascarar fraude y confabulación de mi parte, debe haberse sentido satisfecha por la rapidez con que fue conducida al garaje-estudio, también debe haberse sorprendido un poquito.

Llegué a casa una media hora más tarde, y supe que habría dificultades en cuanto vi el automóvil de Christine estacionado contra la acera. Mi única esperanza era haber llegado a tiempo, pero tan pronto como entré en la casa misteriosamente callada, comprendí que era demasiado tarde. *Algo* había sucedido; Christine hablaría aunque tuviese solamente a un simio por oyente, Para ella, todo silencio era un desafío tan grande como un lienzo en blanco; tenía que llenarlo con el sonido de su propia voz.

La casa estaba en total silencio. Con creciente temor, atravesé en puntas de pie la sala, el comedor y la cocina, hacia la parte posterior. La puerta del garaje estaba abierta. Atisé prudentemente.

Fue el amargo momento de la verdad. Liberada de mi influencia, Dorcas había por fin desarrollado un estilo propio. Estaba pintando rápida y confiadamente, pero no en la forma que *yo* le había enseñado. En cuanto a tema...

Me sentí muy herida cuando vi la caricatura que tanto placer estaba dando a Christine. Luego de todo lo que yo había hecho por Dorcas, esto parecía una ingratitud. Por supuesto, sé que no había malicia, y que solamente se estaba expresando. Los psicólogos, y los críticos que escribieron esas absurdas notas



para los programas de su exhibición en Guggenheim, dicen que sus retratos arrojan una viva luz sobre la relación hombre-animal, y por primera vez nos permiten ver la raza humana desde afuera. Pero yo no lo vi en *esa* forma cuando ordené a Dorcas que volviese a la cocina.

Pues no fue solamente el tema lo que me trastornó: lo que realmente me enojó fue pensar en todo el tiempo que había desperdiciado mejorándole la técnica..., y los modales. Ignoraba todo lo que yo le había explicado, sentada frente al caballete con los brazos cruzados e inmóviles sobre el pecho.

Incluso entonces, en los comienzos de su carrera como artista independiente, fue dolorosamente obvio que Dorcas tenía más talento en cualquiera de los veloces pies que yo en mis dos manos.

# La salida de Saturno

Sí, es cierto. Conocí a Morris Perlman cuando yo tenía unos veintiocho años. En esa época conocí a miles de personas, desde presidentes para abajo.

Cuando volvimos de Saturno todo el mundo quería vernos, y casi la mitad de la tripulación salió en gira de conferencias. Siempre me ha gustado hablar (no me digan que no lo notaron), pero algunos de mis colegas dijeron que preferían ir a Plutón antes que enfrentar otra audiencia. Algunos lo hicieron.

Mi territorio era el Medio Oeste, y la primera vez que me topé con el señor Perlman —nadie lo llamaba de otra forma; al menos nunca lo llamaban «Morris»— fue en Chicago. La agencia siempre me registraba en hoteles buenos, pero no demasiado lujosos. Eso me agradaba; prefería los lugares donde podía ir y venir a mi antojo, sin cruzarme con un montón de lacayos con librea, y donde podía ponerme cualquier cosa razonable sin que me hicieran sentir un vago. Ya veo que sonrían sarcásticamente; bueno, entonces yo sólo era un muchacho, y han cambiado tantas cosas...

Ha pasado ya mucho tiempo, pero debo haber

estado dictando conferencias en la Universidad. De todas formas, recuerdo mi desilusión porque no pudieron mostrarme el lugar donde Fermi activó la primera pila atómica. Dijeron que ese edificio había sido derribado cuarenta años antes, y sólo quedaba una placa para marcar el sitio. La miré un rato, pensando en todo lo que había ocurrido desde aquel lejano día de 1942. Había nacido yo, entre otras cosas; y el poder atómico me había llevado hasta Saturno y traído de vuelta. Eso era quizá algo que Fermi y Cía. nunca habían pensado cuando construyeron su primer enrejado de uranio y grafito.

Yo estaba desayunando en la cafetería cuando un hombre menudo, de mediana edad, se sentó al otro lado de la mesa. Dijo buenos días cortésmente, y luego dio un respingo de sorpresa al reconocermé. (Él había planeado el encuentro, por supuesto, pero en aquel momento no me di cuenta.)

—¡Qué placer! —dijo—. Anoche estuve en su conferencia. ¡Cómo lo envidié! —Sonreí algo forzosamente; nunca soy muy sociable durante el desayuno, y había aprendido a estar en guardia contra los maniáticos, los latosos y los entusiastas que parecían considerarme su legítima presa. El señor Perlman no era un latoso, aunque por cierto era un entusiasta, y supongo que podríamos llamarlo

maniático.

Tenía la apariencia de cualquier hombre de negocios medianamente próspero, y supuse que era un huésped como yo mismo. Que hubiera asistido a mi conferencia no era sorprendente: fue abierta al público y, por supuesto, bien publicitada en prensa y radio.

—Desde la niñez —dijo mi no invitado compañero— me ha fascinado Saturno. Sé exactamente cuándo y cómo empezó todo. Debo haber tenido unos diez años cuando conocí aquellas maravillosas pinturas de Chesley Bonestell, mostrando cómo se vería el planeta desde sus nueve lunas. Supongo que usted las habrá visto.

—Creo que sí —respondí—. Aunque tienen casi medio siglo nadie las ha superado. Había un par de ellas a bordo del *Endeavor* colgando al lado de los planos. A menudo miraba los cuadros y luego los comparaba con el original.

—Entonces sabe cómo me sentía, allá en la década del cincuenta. Acostumbraba sentarme durante horas tratando de aprehender el hecho que este objeto increíble, con sus anillos de plata girando alrededor, no era el sueño de un artista sino que realmente existía; que era un mundo diez veces mayor que la Tierra. En esa época no imaginé que podría

ver esa maravilla con mis propios ojos; pensé que sólo los astrónomos, con sus gigantescos telescopios, podrían ver ese espectáculo. Pero entonces, a los quince años, hice otro descubrimiento, tan emocionante que casi no pude creerlo.

—¿Qué descubrimiento? —pregunté. Me había reconciliado ya con la idea de compartir el desayuno; mi compañero parecía una persona bastante inofensiva, y había algo de simpático en su obvio entusiasmo.

—Descubrí que hasta un tonto podía construir un poderoso telescopio astronómico en su propia cocina, por unos pocos dólares y con el trabajo de un par de semanas. Fue una revelación: como miles de otros muchachos saqué de la biblioteca pública un ejemplar de *Construya su Telescopio* de Ingall, y seguí adelante. Dígame: ¿usted se construyó alguna vez un telescopio?

—No; soy ingeniero, no astrónomo. No sabría cómo empezar.

—Es increíblemente simple, si se siguen las instrucciones. Se comienza con dos discos de vidrio, de una pulgada de espesor. Los míos los compré por cincuenta centavos a un abastecedor de buques; eran cristales de tronera que ya no servían porque estaban astillados en los bordes. Entonces se pega un disco a

una superficie plana y firme. Yo usé un viejo barril colocado de pie.

»Luego hay que comprar diversos grados de polvo de esmeril, desde el más grueso y arenoso hasta el más fino que existe. Se pone una pizca del polvo más grueso entre ambos discos, y se comienza a frotar el superior para delante y para atrás con movimientos regulares. Al hacer eso se va rotando lentamente.

»¿Ve qué sucede? El polvo de esmeril ahueca el disco superior, que se transforma en una superficie cóncava y esférica. De vez en cuando hay que cambiar el polvo por un grado más fino, y hacer algunas pruebas ópticas sencillas para ver si la curva está bien.

»Después se cambia el esmeril por colcótar, hasta que finalmente se obtiene una superficie tan suave y pulida que parece increíble que la haya hecho uno mismo. Ahora sólo queda un paso, aunque es algo más complejo. Todavía hay que platear el espejo, y convertirlo en un buen reflector. Eso significa conseguir algunos productos químicos en la farmacia, y hacer exactamente lo que dice el libro.

»Aún recuerdo el placer que sentí cuando la película de plata comenzó a extenderse como por arte de magia sobre la cara de mi pequeño espejo. No era

un espejo perfecto, pero era bastante bueno, y yo no lo hubiera cambiado por nada de lo que había en Monte Palomar.

»Lo fijé al extremo de un tablón; no había necesidad de preocuparse por un tubo telescópico, aunque puse medio metro de cartón alrededor del espejo, para que no entrase luz. Como ocular, utilicé un pequeño lente de aumento que conseguí en una tienda de chatarra por unos pocos centavos. En total no creo que el telescopio me haya costado más de cinco dólares, aunque eso era mucho dinero para mí cuando niño.

»Vivíamos entonces en un ruinoso hotel que mi familia poseía en la Tercera Avenida. Luego de armar el telescopio subí al techo y lo probé, entre la jungla de antenas de TV que cubría cada edificio en aquellos días. Tardé un rato en alinear el espejo y el ocular, pero no había cometido ningún error, y funcionó. Como instrumento óptico, probablemente fuera desastroso (después de todo era mi primera prueba) pero aumentaba por lo menos cincuenta veces, y apenas pude esperar hasta la caída de la noche para probarlo en las estrellas.

»Había mirado en el almanaque, y sabía que Saturno estaba alto en el este luego de la puesta del sol. En cuanto oscureció estuve nuevamente en el

techo, con mi loco artefacto de madera y vidrio apuntalado entre dos chimeneas. Era a fines del otoño, pero no noté el frío, pues el cielo estaba lleno de estrellas..., y eran todas mías.

»Tomé el tiempo necesario para establecer la distancia focal con la mayor exactitud posible, utilizando la primera estrella que entró en el campo. Entonces comencé a perseguir a Saturno, y no tardé en descubrir lo difícil que es localizar algo en un telescopio de reflexión que no está correctamente montado. Pero pronto el planeta atravesó rápidamente el campo de visión; moví el instrumento hacia aquí y hacia allá unas pocas pulgadas y allí estaba.

»Era diminuto, pero perfecto. Creo que no respiré durante un momento; apenas si podía creer lo que veían mis ojos. Luego de todos los dibujos allí estaba la realidad. Parecía un juguete colgando en el espacio, con los anillos ligeramente abiertos e inclinados hacia mí. «Parece tan *artificial*..., ¡como un adorno de un árbol de Navidad!» Había una sola estrella brillante a su lado, y supe que era Titán.

Perlman hizo una pausa, y durante un momento debimos haber compartido los mismos pensamientos. Pues para ambos Titán ya no era simplemente la luna mayor de Saturno, un punto luminoso conocido sólo



por los astrónomos. Era el feroz mundo hostil sobre el que había aterrizado el *Endeavor*, y donde tres de mis compañeros de la tripulación yacían en sus tumbas solitarias, más lejos de sus hogares de lo que había descansado jamás muerto alguno de la Humanidad.

—No sé cuánto tiempo miré, esforzando los ojos y moviendo el telescopio a través del cielo, mientras Saturno subía sobre la ciudad. Estaba a mil millones de kilómetros de Nueva York; pero pronto volví a la realidad de Nueva York.

»Ya le hablé de nuestro hotel; pertenecía a mi madre, pero lo manejaba mi padre, y no muy bien. Había perdido dinero durante años, y a lo largo de toda mi infancia atravesamos continuas crisis financieras. Así que no culpo a mi padre por beber; debe haber estado medio loco de preocupación la mayor parte del tiempo. Y yo había olvidado completamente que debía ayudar al dependiente en la recepción...

»De modo que papá vino a buscarme, sumido en sus propias preocupaciones, y sin saber nada de mis sueños. Me encontró observando a las estrellas en el techo.

»No era un hombre cruel; no habría podido comprender el estudio y la paciencia y los cuidados

con que construí mi pequeño telescopio, ni las maravillas que éste me mostró el corto tiempo que lo utilicé. Ya no lo odio, pero recordaré toda mi vida el sonido de mi primer y último espejo cuando se hizo trizas contra la mampostería.

No había nada que yo pudiera decir. Hacía tiempo que mi resentimiento inicial por esta interrupción se había transformado en curiosidad. Ya presentía que había mucho más en esa historia que lo que había escuchado hasta entonces, y noté otra cosa. La camarera nos trataba con exagerada deferencia..., y sólo un poco de esa deferencia estaba dirigida a mí.

Mi acompañante jugó con el azucarero mientras yo esperaba en comprensivo silencio. Para entonces sentía que había algún lazo entre nosotros, aunque no sabía exactamente en qué consistía.

—Nunca construí otro telescopio —dijo—. Algo más se rompió, aparte de ese espejo: algo en mi corazón. De todas formas estaba demasiado ocupado. Ocurrieron dos cosas que trastornaron mi vida. Papá nos abandonó, dejándome como cabeza de familia. Y demolieron el elevado de la Tercera Avenida.

Debe haber notado mi perplejidad, porque me sonrió por encima de la mesa.

—Oh, no lo sabe. Pero cuando yo era niño había una vía de tren elevada que corría encima de la

Tercera. Hacía que toda la zona fuera sucia y ruidosa; la Avenida era un barrio bajo, lleno de bares, casas de empeño y hoteles baratos como el nuestro. Todo eso cambió con la desaparición de la vía elevada. Los precios de los inmuebles subieron y de pronto nos encontramos en la prosperidad. Papá volvió rápidamente, pero era demasiado tarde: yo manejaba el negocio. Pronto comencé a moverme en toda la ciudad; luego en todo el país. Ya no era un distraído buscador de estrellas, y le di a papá uno de mis hoteles más pequeños, donde no podía hacer mucho daño.

»Hace cuarenta años que vi a Saturno, pero nunca he olvidado ese espectáculo único, y anoche sus fotografías me recordaron todo. Solamente quería decirle lo agradecido que le estoy.

Buscó a tuestas en la billetera y sacó una tarjeta.

—Espero que me busque cuando venga otra vez a la ciudad; puede usted estar seguro que no faltaré si da más conferencias. Buena suerte, y lamento haber abusado de su tiempo.

Y se fue, antes que yo pudiera decir palabra. Miré la tarjeta, la guardé en el bolsillo y terminé el desayuno, algo pensativo.

Cuando firmé el cheque, camino a la cafetería, pregunté:

—¿Quién era ese caballero sentado a mi mesa?  
¿El jefe?

La encargada me miró como si yo fuera un retardado mental.

—Supongo que podría llamarlo así, señor —respondió—. Por supuesto que este hotel le pertenece, pero nunca lo he visto antes por aquí. Siempre se queda en el Ambassador cuando está en Chicago.

—¿Y *ese* también le pertenece? —dije, sin demasiada ironía, pues ya sospechaba la respuesta.

—Claro que sí. También... —y dijo a la carrera toda una retahíla de hoteles, incluyendo a los dos mayores de Nueva York.

Estaba impresionado, y también me hacía gracia, pues era claro que el señor Perlman había ido con la deliberada intención de encontrarme. Parecía una forma indirecta de hacerlo; en aquella época yo no sabía nada de su notoria timidez y reserva. Desde el principio conmigo nunca fue tímido.

Luego lo olvidé durante cinco años. (Oh, debería decir que cuando pedí la cuenta me dijeron que no la había.) En esos cinco años hice el segundo viaje.

Esta vez sabíamos qué esperar, y no íbamos hacia lo desconocido. No había más preocupaciones por el combustible, pues todo lo que necesitábamos nos

aguardaba en Titán; sólo teníamos que comprimir su atmósfera de metano dentro de los tanques, y habíamos incluido eso en nuestros planes. Visitamos las nueve lunas, una tras otra; y luego entramos en los anillos...

Aunque había poco peligro era una experiencia que destrozaba los nervios. Como ustedes saben el sistema de anillos es muy delgado: sólo unos treinta kilómetros de ancho. Descendimos lenta y cautelosamente luego de ajustarnos a su movimiento, de modo que íbamos exactamente a la misma velocidad que el anillo. Era como subir a un carrusel de doscientos sesenta mil kilómetros de diámetro...

Pero un carrusel fantasmagórico, pues los anillos no son sólidos y se puede mirar a través de ellos. De cerca son casi invisibles; los billones de partículas que los forman están tan separadas que lo único que se ve cerca de uno son ocasionales trozos pequeños, flotando lentamente. Es sólo al mirar a lo lejos cuando los incontables fragmentos se funden en una superficie continua, como una granizada que girase alrededor de Saturno para siempre.

Esa frase no es mía, pero es buena. Pues cuando llevamos a la compuerta de aire el primer trozo de genuino anillo de Saturno, se derritió en pocos minutos, convirtiéndose en un charco de agua

barrosa. Alguna gente piensa que la magia desaparece al saber que los anillos en un noventa por ciento son de simple hielo. Pero esa actitud es estúpida; serían igualmente maravillosos, e igualmente hermosos, si fueran de diamante.

Cuando volví a la Tierra, en el primer año del nuevo siglo, salí en otra gira de conferencias; una gira corta, pues ahora tenía una familia, y quería verla lo más posible. Esta vez me encontré con el señor Perlman en Nueva York, mientras hablaba en Columbia y mostraba nuestra película «Explorando Saturno». (Un título engañoso, ya que lo más cerca que estuvimos del planeta fue a unos treinta mil kilómetros. Nadie soñaba, en aquellos días, que los hombres descenderían alguna vez en el turbulento fango helado que es la superficie de Saturno.)

El señor Perlman me esperaba luego de la conferencia. No lo reconocí, pues había visto algo así como a un millón de personas luego de nuestro último encuentro. Pero cuando me dio su nombre, todo volvió tan claramente que comprendí que debía haber dejado una profunda impresión en mi mente.

De alguna forma me apartó de la multitud; aunque le desagradaba encontrar a alguien en medio de la masa, tenía el extraordinario arte de dominar cualquier grupo cuando era necesario, y luego

desaparecer antes que sus víctimas supieran qué había sucedido. Aunque lo vi en acción muchas veces, nunca supe exactamente cómo lo hacía.

De todas formas, media hora después estábamos disfrutando de una soberbia cena en un restaurante exclusivo (suyo, por supuesto). Fue una comida maravillosa, especialmente después del pollo y helado de la gira, pero me hizo pagarla. Metafóricamente, quiero decir.

Las experiencias y las fotos recogidas por ambas expediciones a Saturno estaban al alcance de todo el mundo, en cientos de informes y libros y artículos populares. El señor Perlman parecía haber leído todo el material que no fuera demasiado técnico; lo que quería de mí era algo diferente. Incluso entonces pensé que su interés era el de un hombre solitario, envejecido, que trata de recapturar un sueño perdido en la juventud. Tenía razón; pero ésa era sólo una parte de la verdad.

Estaba detrás de algo que todos los informes y artículos no pudieron transmitir. ¿Qué *sentía* uno al despertarse a la mañana, y ver ese gran globo dorado con sus etéreos cinturones de nubes dominando el cielo? ¿Y los anillos mismos, en qué hacían pensar cuando estaban tan cerca que llenaban el cielo de lado a lado?

—Usted quiere un poeta —dije—, no un ingeniero. Pero le diré esto: por más tiempo que mire a Saturno, y vuele alrededor y entre sus lunas, nunca puede creerlo. A menudo se sorprende pensando: todo esto es un sueño: algo así *no puede* ser real. Va a la escotilla más cercana..., y allí está, quitándole el aliento.

»Debe recordar que, aparte de nuestra cercanía, podíamos mirar a los anillos desde ángulos muy ventajosos, completamente imposibles desde la Tierra, donde siempre los vemos vueltos hacia el Sol. Volábamos bajo su sombra, y entonces ya no centelleaban como plata; era una débil bruma, un puente de humo entre las estrellas.

»Y la mayor parte del tiempo podíamos ver la sombra de Saturno cayendo todo a lo ancho de los anillos, eclipsándolos tan completamente que parecía como si les hubieran sacado un gran mordisco. También sucedía a la inversa: en el lado diurno del planeta siempre estaban las sombras de los anillos corriendo como una banda polvorienta paralela y no muy lejana al Ecuador.

»Además —aunque hicimos esto sólo unas pocas veces—, podíamos elevarnos sobre cualquiera de los polos del planeta y mirar desde arriba ese maravilloso sistema. Entonces observábamos que, en



lugar de los cuatro visibles desde la Tierra, había por lo menos una docena de anillos entrecruzados. Cuando vimos eso nuestro comandante hizo una observación que nunca he olvidado: «Aquí —dijo, y no había impertinencia en sus palabras— es donde los ángeles estacionan sus aureolas».

Todo esto, y mucho más, se lo conté al señor Perlman en ese restaurante pequeño pero oh-tan-caro al sur del Central Park. Cuando terminé pareció muy complacido, aunque no habló durante varios minutos. Luego dijo, tan casualmente como cuando se pregunta el horario del próximo tren en la estación local:

—¿Cuál sería el mejor satélite para un centro turístico?

Cuando comprendí lo que él acababa de decir casi me atraganté con el brandy de cien años. Luego respondí, muy paciente y cortésmente (después de todo había sido una cena exquisita):

—Escuche, señor Perlman. Usted sabe tan bien como yo que Saturno está a casi mil quinientos millones de kilómetros de la Tierra; mucho más, en realidad, cuando estamos en lados opuestos del Sol. Alguien calculó que nuestros pasajes de ida y vuelta llegaban a siete millones y medio de dólares por persona. Y puede creerme, no había comodidades de primera clase en el *Endeavor I* ó *II*. De todas formas,

por más dinero que tenga, nadie puede comprar un pasaje a Saturno. Sólo los científicos y las tripulaciones espaciales viajarán allá, durante todo el tiempo que se pueda imaginar.

Pude ver que mis palabras no tenían efecto alguno; el señor Perlman sonrió, simplemente, como si supiera algún secreto.

—Lo que usted dice es cierto *ahora* —respondió—. Pero he estudiado historia. Y comprendo a la gente: ése es mi negocio. Permítame recordarle algunos hechos.

»Hace dos o tres siglos casi todos los grandes centros turísticos mundiales y lugares hermosos estaban tan lejos de la civilización como lo está hoy Saturno. ¿Qué sabía Napoleón, por ejemplo, del Gran Cañón, de las Cataratas de Victoria, de Hawai o del Monte Everest? Y mire al Polo Sur; llegaron a él por primera vez cuando mi padre era un muchacho. Pero hay un hotel allí hace ya una generación.

»Ahora *todo* comienza de nuevo. *Usted* puede apreciar solamente los problemas y las dificultades porque está demasiado cerca de esas cosas. Sean cuales sean, el hombre las superará, como siempre lo ha hecho en el pasado.

»Pues dondequiera que haya algo extraño o hermoso, la gente querrá verlo. Los anillos de

Saturno son el mayor espectáculo de todo el universo conocido: siempre lo he pensado, y ahora usted me ha convencido. Hoy día cuesta una fortuna llegar a ellos, y los hombres que van deben arriesgar sus vidas. Lo mismo hicieron los primeros hombres que volaron; pero ahora hay un millón de pasajeros en el aire cada segundo del día y de la noche.

»Lo mismo ocurrirá con el espacio. No ocurrirá en diez años, ni en veinte quizá. Pero veinticinco años fue todo lo que hizo falta, recuerde, para que comenzaran los primeros vuelos comerciales a la Luna. No creo que con Saturno pase tanto tiempo...

»No estaré aquí para verlo. Pero cuando ocurra quiero que la gente me recuerde. Así que..., ¿dónde deberíamos construir?

Todavía pensaba que ese hombre estaba loco, pero por lo menos empezaba a comprender sus motivaciones. Y no había ninguna razón para no seguirle la corriente, de modo que pensé el asunto cuidadosamente.

—Mimas está demasiado cerca —dije—, y lo mismo pasa con Encélado y Tetis. —No me importa confesar que me costó pronunciar todos esos nombres luego de tanto brandy—. Saturno simplemente llena el cielo, y usted piensa que está a punto de caerle encima. Además, las lunas no son suficientemente

sólidas; son sólo enormes bolas de nieve. Dione y Rhea son mejores: de ambas se tiene una vista magnífica. Pero todas esas lunas interiores son tan pequeñas..., hasta Rhea tiene sólo mil seiscientos kilómetros de diámetro y las otras son mucho más pequeñas.

»No creo que se pueda discutir: tendrá que ser Titán. Ése es un satélite a la medida del hombre, mucho mayor que nuestra luna, y casi tan grande como Marte. Hay una gravedad razonable, además (casi un quinto de la terrestre), de modo que sus invitados no andarán flotando por todo el lugar. Y siempre será un importante punto para la carga de combustible, a causa de la atmósfera de metano, que debería ser un factor importante en sus cálculos. Cada nave que salga para Saturno aterrizará allí.

—¿Y las lunas exteriores?

—Oh, Hiperión, Japeto y Febe están demasiado alejadas. ¡Desde Febe casi no se ven los anillos! Olvídelas. Quédese con Titán. Aunque la temperatura es de noventa grados bajo cero, y la nieve de amoníaco no es la más agradable para esquiar.

Me escuchó con mucha atención, y si pensó que me estaba burlando de sus imprácticas y acientíficas nociones no lo demostró. Pronto nos separamos —no recuerdo nada más de esa cena— y luego deben

haber pasado quince años hasta que volvimos a encontrarnos. No me necesitó en todo ese tiempo; pero cuando le hice falta, me llamó.

Ahora veo qué estuvo esperando: fue más previsor que yo. No podía adivinar, por supuesto, que el cohete seguiría el camino del motor a vapor en menos de un siglo; pero sabía que *algo* mejor surgiría, y creo que financió los primeros trabajos de Saunderson sobre el Impulso de la Paragravedad. Pero recién se puso en contacto conmigo cuando comenzaron a construir plantas de fusión que podían calentar doscientos kilómetros cuadrados de un mundo tan frío como Plutón.

Era un hombre muy anciano, y moribundo. Me hablaron de lo rico que era, y casi no pude creerlo. No hasta que me mostró los elaborados planes y los hermosos modelos que sus expertos habían preparado con tan notable falta de publicidad.

Permaneció sentado en la silla de ruedas como una momia arrugada, observando mi rostro mientras yo estudiaba los modelos y los planos. En un momento me dijo:

—Capitán, tengo un trabajo para usted...

Y aquí estoy. Es lo mismo que manejar una nave espacial, por supuesto. Muchos de los problemas técnicos son idénticos. Y a esta altura soy demasiado

viejo para comandar una nave, de modo que estoy muy agradecido al señor Perlman.

Ha sonado el gong. Si las damas están listas, sugiero que vayamos a cenar, atravesando la Sala de Observación.

Aún después de todos estos años me gusta mirar la salida de Saturno. Y esta noche se verá casi lleno.

# Hágase la luz

La conversación había vuelto a versar sobre rayos de la muerte, y algún criticón se estaba burlando de las viejas revistas de ciencia ficción, cuyas carátulas mostraban tan a menudo rayos multicolores creando estragos en todas direcciones.

—Qué disparate científico tan elemental —resopló—. Todas las radiaciones visibles son inofensivas; no estaríamos vivos si no lo fueran. Cualquiera debería saber que los rayos verdes y los rayos púrpura y los rayos escoceses son tonterías. Incluso se podría hacer una regla: si logras ver un rayo, ese rayo no puede hacerte daño.

—Una teoría interesante —dijo Harry Purvis—, pero no se ajusta a los hechos. El único rayo mortal que yo he encontrado personalmente era perfectamente visible.

—¿Sí? ¿De qué color era?

—Volveré a eso en un minuto, si ustedes lo desean. Pero hablando de vueltas...

Atrapamos a Charlie Willis antes que pudiera escurrirse del bar, y practicamos un poco de jiu-jitsu con él, hasta que los vasos estuvieron nuevamente

lentos. Entonces descendió sobre el Ciervo Blanco uno de esos silencios curiosos, llenos de suspenso, que todos los parroquianos reconocen como el preludio de una de las improbables historias de Harry Purvis.

Edgar y Mary Burton eran una pareja un tanto incompatible, y ninguno de sus amigos podía explicarse por qué se habían casado. Quizás la explicación cínica era la correcta; Edgar tenía casi veinte años más que la mujer, y había hecho un cuarto de millón en el mercado cambiario antes de retirarse a una edad excepcionalmente temprana. Se había fijado ese objetivo financiero, y había trabajado duro para lograrlo; y cuando su balance bancario llegó a la cifra deseada, instantáneamente perdió toda ambición. De ahora en adelante se proponía vivir la vida de un rico terrateniente, y consagrar los últimos años a su única y absorbente pasión: la astronomía.

Por alguna razón, parece sorprender a mucha gente que el interés por la astronomía sea compatible con la agudeza para los negocios, o incluso con el sentido común. Esto es un error, dijo Harry con mucho calor; una vez casi fui desollado vivo en un juego de póquer por un profesor de astrofísica del



Instituto de Tecnología de California. Pero en el caso de Edgar, la astucia y una vaga falta de sentido práctico parecían combinarse en una sola persona; una vez que hizo dinero éste dejó de interesarle, lo mismo que todo lo que no fuera la construcción de telescopios de reflexión cada vez mayores.

Cuando se retiró, Edgar se compró una hermosa casa antigua en lo alto de los páramos de Yorkshire. La zona no era tan yerma y parecida a Cumbres Borrascosas como suena; tenía una vista espléndida, y el Bentley llegaba a la ciudad en quince minutos. A pesar de eso Mary no estaba satisfecha por el cambio, y no es difícil sentir algo de pena por ella.

Mary no tenía ningún trabajo que hacer, pues los sirvientes se ocupaban de la casa, y ella tenía pocos recursos intelectuales a los cuales recurrir. Se dedicó a la equitación, se hizo socia de todos los clubes de lectura, leía *El Chismoso* y *Vida de Campo* de tapa a lapa, pero aún sentía que le faltaba algo.

Tardó unos cuatro meses en descubrir qué era lo que quería; y luego lo encontró en una fiesta de aldea que, de no ser por eso, habría sido una fiesta aburrida. Medía un metro noventa, había pertenecido a los Coldstream Guards, y su familia pensaba que la Conquista Normanda era una reciente y lamentable impertinencia. Se llamaba Rupert de Vere Courtenay

(olvidaremos los otros seis nombres propios), y era el soltero más codiciado de todo el distrito.

Pasaron dos semanas enteras antes que Rupert — un caballero inglés de altos principios, criado en las mejores tradiciones de la aristocracia— sucumbiera a las zalamerías de Mary. Esa caída fue acelerada por el hecho que su familia estaba tratando de concertar un matrimonio con la Honorable Felicity Fauntleroy, que no era una gran belleza. Ciertamente se parecía tanto a un caballo que le resultaba peligroso acercarse a los famosos establos del padre cuando los padrillos se ejercitaban.

El aburrimiento de Mary, y la determinación de Rupert a tener una última y desesperada aventura, produjeron el resultado inevitable. Edgar veía cada vez menos a su mujer, que encontraba una sorprendente cantidad de razones para ir a la ciudad durante la semana. Al principio le alegró que el círculo de conocidos se agrandara tan rápidamente, y tardó varios meses en comprender que sucedía todo lo contrario.

Es casi imposible, en una pequeña ciudad rural como Stocksborough, mantener en secreto una relación durante mucho tiempo, aunque esto es algo que cada generación debe aprender por sí misma, generalmente de la manera más difícil. Edgar

descubrió la verdad por accidente, pero algún buen amigo se lo hubiera dicho tarde o temprano. Había ido a la ciudad para la reunión de la sociedad astronómica local —tomando el Rolls, pues su mujer ya había salido con el Bentley—, y a la vuelta fue momentáneamente detenido por la multitud que salía de la última función en el cine local. En medio del gentío estaba Mary, acompañada por un joven muy buen mozo, a quien Edgar había visto antes pero que en ese momento no pudo identificar. No habría pensado más en el asunto si Mary no hubiera mencionado indiscretamente la mañana siguiente que no había podido conseguir entrada para el cine y que había pasado una tranquila velada con una de sus amigas.

Aun Edgar, absorbido como estaba por el estudio de las estrellas variables, comenzó a sumar dos más dos y comprendió que su mujer estaba mintiendo gratuitamente. No dejó traslucir sus vagas sospechas, que dejaron de ser vagas luego del Baile de Cazadores local. Aunque odiaba esas funciones (y ésta, para su mala suerte, tenía lugar justo cuando U Orionis estaba en su mínimo, y se perdía algunas observaciones vitales), comprendió que ahora tenía una oportunidad de identificar al compañero de su mujer, pues todo el distrito estaría allí.

Fue muy fácil localizar a Rupert y entrar en conversación con él. Aunque el joven parecía un tanto incómodo, era una compañía agradable, y a Edgar le sorprendió encontrarlo muy simpático. Si su mujer debía tener un amante, aprobaba enteramente su elección.

Y así quedaron las cosas durante algunos meses, sobre todo porque Edgar estaba demasiado ocupado, estudiando y calculando un espejo de quince pulgadas. Dos veces por semana, Mary viajaba a la ciudad, ostensiblemente para encontrar a los amigos o para ir al cine, y volvía a casa poco antes de medianoche. Edgar podía ver las luces del automóvil a varios kilómetros de distancia en el páramo, los rayos que se movían hacia aquí y hacia allá mientras su mujer conducía de vuelta a casa, a una velocidad que siempre le parecía excesiva. Ésa era una de las razones por las cuales rara vez salían juntos; Edgar era un buen conductor pero cauteloso, y su cómoda velocidad de paseo estaba quince kilómetros por hora por debajo de la de Mary.

Unos cuatro kilómetros antes de la casa las luces del coche desaparecían durante varios minutos, pues una loma ocultaba la carretera. Allí había una curva peligrosa. En un trozo de carretera que más parecía de los Alpes que de la Inglaterra rural, la ruta

abrazaba la ladera de un risco y bordeaba un desagradable precipicio de treinta metros. Cuando el coche doblaba esa curva, los faros daban de lleno sobre la casa, y muchas noches mientras estaba sentado al ocular del telescopio, Edgar era cegado por el súbito brillo. Afortunadamente ese tramo de la ruta era muy poco utilizado durante la noche; de otra forma las observaciones habrían sido poco menos que imposibles, pues los ojos de Edgar tardaban de diez a veinte minutos en recobrase plenamente del golpe directo de los faros. Esto no era más que una pequeña molestia, pero cuando Mary comenzó a quedarse fuera cuatro o cinco noches por semana se convirtió en una terrible incomodidad. Algo, decidió Edgar, había que hacer.

No habrá escapado a vuestra observación, continuó Harry Purvis, que durante todo este asunto el comportamiento de Edgar Burton fue muy distinto al de una persona normal. Por cierto que cualquiera que podía cambiar su forma de vida tan completamente, de ocupado corredor de bolsa londinense a casi un recluso en los páramos de Yorkshire, forzosamente tenía que haber sido un poco raro, en primer lugar. No obstante, no me atrevería a afirmar que fuese algo más que un excéntrico hasta que las llegadas nocturnas de Mary comenzaron a

interferir en sus importantes observaciones. E incluso después, debemos admitir que hubo una cierta lógica demencial en sus actos.

Había dejado de amar a su mujer algunos años antes, pero se oponía a que se burlara de él. Y Rupert de Vere Courtenay parecía un joven simpático; rescatarlo sería un acto de caridad. Bueno, había una solución muy simple, que se le ocurrió a Edgar en un relámpago literalmente cegador. Y por literalmente quiero decir literalmente, pues fue mientras parpadeaba ante el brillo de los faros de Mary cuando Edgar concibió el único asesinato realmente perfecto que he encontrado. Es extraño cómo factores aparentemente irrelevantes pueden determinar la vida de un hombre; aunque odio decir algo contra la ciencia más antigua y más noble, es innegable que si Edgar no se hubiera convertido en astrónomo no se habría convertido nunca en asesino. Pues su afición le brindó parte de las motivaciones, y casi la totalidad de los medios...

Podía haber construido el espejo que necesitaba —entonces ya era un experto—, pero en este caso la exactitud astronómica era innecesaria, y era más simple recoger un reflector de segunda mano en uno de esos negocios de desechos de guerra, cerca de Leicester Square. El espejo tenía un metro de

diámetro, y le llevó solamente unas pocas horas de trabajo armar un pie para sostenerlo y colocar en su foco un arco voltaico tosco pero efectivo. Alinear el rayo de luz fue igualmente fácil, y nadie notó esas actividades, pues tanto su mujer como sus sirvientes daban por seguro que se dedicaba a sus experimentos.

Hizo una breve prueba final una noche oscura y sin nubes, y se instaló a esperar el regreso de Mary. No perdió el tiempo, por supuesto, sino que continuó las observaciones de rutina con un grupo selecto de estrellas.

Alrededor de medianoche todavía no había señales Mary, pero a Edgar no le importó, porque estaba obteniendo series magníficamente consistentes de magnitudes estelares. Todo iba bien, aunque no se detuvo a pensar por qué Mary llegaba tan tarde.

Finalmente vio las luces del coche que vacilaban en horizonte, y algo a regañadientes interrumpió las observaciones. Cuando el coche desapareció detrás de la loma, esperó con la mano en el conmutador. Su cálculo de tiempo fue perfecto: en el instante en que el automóvil dobló la curva y los faros lo deslumbraron, cerró el arco.

Encontrar un auto en la noche ya es desagradable, aun si uno está preparado para ello y viaja por un

camino recto. Pero si uno esta doblando una curva, *sabe* que no viene otro coche, y súbitamente se encuentra mirando directamente a una luz cincuenta veces más poderosa que cualquier faro... Bueno, los resultados son más que desagradables.

Eso era exactamente lo que Edgar había calculado. Apagó el reflector casi inmediatamente, pero las propias luces del coche le mostraron todo lo que quería ver. Miró cómo giraban hacia el valle y luego hacia abajo, cada vez más rápidamente, hasta que desaparecieron tras la cima de la loma. Hubo un resplandor rojo que duró algunos segundos, pero la explosión fue casi inaudible, lo que era mejor, pues Edgar no quería molestar a los sirvientes.

Desarmó el pequeño reflector y volvió al telescopio; no había completado las observaciones. Luego, satisfecho de un buen trabajo nocturno, se fue a la cama.

Su sueño fue profundo pero breve, pues una hora después comenzó a sonar el teléfono. Sin duda alguien había encontrado los restos del accidente, pero Edgar deseó que lo hubieran dejado hasta la mañana, pues un astrónomo necesita todo el sueño posible. Con cierta irritación levantó el teléfono, y pasaron varios segundos hasta que comprendió que su mujer estaba del otro lado de la línea. Lo llamaba



desde Courtenay Place, y quería saber qué había pasado con Rupert.

Aparentemente ellos habían decidido reconocer con franqueza todo el asunto, y Rupert (no debilitado por el fuerte licor), había aceptado ser un hombre y darle la noticia a Edgar. Iba a llamar en cuanto hubiera hecho eso y decirle a Mary cómo había reaccionado su marido. Ella había esperado todo lo posible con impaciencia y alarma crecientes hasta que por fin la ansiedad superó a la discreción.

Apenas necesito decir que el golpe al ya desequilibrado sistema nervioso de Edgar fue considerable. Mary, luego de hablar algunos minutos con su marido, comprendió que éste había enloquecido completamente. Recién a la mañana siguiente supo lo de Rupert.

A la larga creo que Mary tuvo bastante suerte. Rupert no era demasiado inteligente, y nunca hubieran hecho una buena pareja. Cuando la locura de Edgar fue debidamente certificada, Mary recibió un poder para disponer del patrimonio, y rápidamente se trasladó a Dartmouth, donde alquiló un piso encantador, cerca del Real Colegio Naval, y rara vez tenía que manejar ella misma el nuevo Bentley.

Pero estoy divagando, concluyó Harry, y antes que alguno de ustedes, escépticos, me pregunte cómo

sé esto, lo sé a través del comerciante que compró los telescopios de Edgar cuando lo encerraron. Es triste que nadie creyera su confesión. La opinión generalizada es que Rupert tomó demasiado, y que manejaba a demasiada velocidad por una carretera peligrosa. Eso puede ser cierto, pero prefiero pensar que no. Después de todo ésa es una forma aburrida de morir. Ser asesinado por un rayo mortal sería un destino más adecuado para un De Vere Courtenay, y en estas circunstancias no creo que nadie pueda negar que Edgar *usó* un rayo de la muerte. Fue un rayo, y mató a alguien. ¿Qué más quieren?

# La muerte y el senador

Washington nunca había estado más hermosa en primavera; y ésta era la última que él vería, pensó desolado el senador Steelman. Aun ahora, a pesar de todo lo que le había dicho el doctor Jordan, no podía aceptar la verdad. En el pasado siempre había habido una forma de escapar; ninguna derrota había sido definitiva. Cuando los hombres lo traicionaban los echaba; los arruinaba incluso, como advertencia a otros. Pero ahora la traición la tenía adentro; ya le parecía sentir el trabajoso latido del corazón que pronto callaría. Era inútil hacer planes para las elecciones presidenciales de 1976; quizás no viviera para ver la presentación de candidaturas...

Era el fin de los sueños y de la ambición, y no podía consolarse con la idea que para todos los hombres esas cosas deben terminar algún día. Era demasiado pronto para él; pensó en Cecil Rhodes, que siempre había sido uno de sus héroes, gritando: «¡Tanto para hacer, y tan poco tiempo!», al morir antes de los cincuenta años. Él ya era mayor que Rhodes, y había hecho mucho menos.

El automóvil lo alejaba del Capitolio; había en

eso algo de simbólico, y trató de apartar el pensamiento. Ahora pasaba por delante del Nuevo Smithsoniano, enorme complejo de museos que nunca había tenido tiempo de visitar, aunque había visto cómo crecía a lo largo de Mall durante los años que estuvo en Washington. Cuántas cosas había perdido, pensó amargamente, en su inexorable búsqueda del poder. Todo el universo del arte y la cultura había estado casi cerrado para él, y ésta era sólo una parte del precio que había pagado. Se había vuelto un extraño para la familia y para aquéllos que alguna vez fueron sus amigos. Sacrificó al amor en el altar de la ambición, y el sacrificio fue en vano. ¿Habría alguien en el mundo que llorara su partida?

Sí, había. El sentimiento de total desolación que lo oprimía se atenuó un poco. Al tomar el teléfono sintió vergüenza de tener que llamar a la oficina para conseguir ese número, cuando su mente estaba atiborrada de tantos recuerdos menos importantes.

(Allí estaba la Casa Blanca, casi deslumbradora bajo el sol primaveral. Por primera vez en su vida no le echó un segundo vistazo. Pertenecía ya a otro mundo, un mundo que nunca volvería a interesarle.)

El circuito del automóvil no tenía visión, pero no la necesitaba para sentir la leve sorpresa de Irene, y su placer todavía más leve.

—Hola, Renée. ¿Cómo están todos?

—Muy bien, papá. ¿Cuándo te veremos?

Era la fórmula cortés que siempre utilizaba su hija las raras ocasiones en que él llamaba. E invariablemente, excepto en la Navidad o en los cumpleaños, su respuesta era una vaga promesa de visitarlos en alguna indefinida fecha futura.

—Estaba pensando —dijo lentamente, casi disculpándose— si podría llevarme a los niños por una tarde. Hace mucho tiempo que no los saco a pasear, y tenía deseos de escaparme de la oficina.

—Por supuesto —respondió Irene, con alegría en la voz—. Les encantará. ¿Cuándo te gustaría llevarlos?

—Mañana estaría bien. Podría pasar alrededor de las doce, y llevarlos al zoológico o al Smithsonian, o a cualquier otro sitio que quisieran visitar.

Ahora Irene estaba verdaderamente alarmada, ya que sabía muy bien que él era uno de los hombres más ocupados de Washington, con el programa de trabajo planeado con semanas de anticipación. Ella estaría preguntándose qué sucedía, y esperaba que no adivinara la verdad. No había ninguna razón para que lo hiciera, pues ni aun su secretaria sabía de los agudos dolores que lo habían llevado a ese examen

médico largamente postergado.

—Sería maravilloso. Justo ayer hablaban de ti, preguntando cuándo volverían a verte.

Los ojos del senador se humedecieron, y se alegró del hecho que Renée no pudiera verlo.

—Estaré allá al mediodía —dijo apresuradamente, tratando de ocultar la emoción—. Cariños a todos. —Cortó la comunicación antes que ella pudiese contestar, y se reclinó contra el tapizado con un suspiro de alivio. Casi impulsivamente, sin planificación racional, había dado el primer paso para rehacer su vida. Había perdido a los hijos, pero el puente entre las generaciones permanecía intacto. Aunque no hiciese otra cosa, debía cuidar y fortalecer ese puente en los meses que le quedaban.

Llevar dos niños bulliciosos e inquisitivos a través del edificio de historia natural no era lo que el doctor le hubiera aconsejado, pero era lo que él quería hacer. Joey y Susan habían crecido mucho desde su último encuentro, y hacía falta rapidez física y mental para seguirlos. En cuanto entraron en la rotonda, se le escaparon, corriendo hacia el enorme elefante que dominaba el vestíbulo de mármol.

—¿Qué es eso? —preguntó Joey.

—Es un efelante, estúpido —respondió Susan, con la abrumadora superioridad de sus siete años.

—Ya sé que es un efelante —replicó Joey—. ¿Pero cómo se llama?

El senador Steelman examinó el letrero, pero no encontró ninguna ayuda. En una ocasión como ésta el temerario refrán «Equivocado a veces, indeciso nunca», era una segura guía de conducta.

—Se llamaba, em, Jumbo —dijo apresuradamente—. ¡Mira esos colmillos!

—¿Alguna vez tenía dolor de muelas?

—Oh, no.

—¿Entonces cómo se limpiaba los dientes? Mamá dice que si yo no me limpio los míos...

Steelman vio a dónde llevaba este razonamiento, y pensó que era mejor cambiar de tema.

—Hay mucho más para ver adentro. ¿Por dónde quieren comenzar: pájaros, víboras, peces, mamíferos?

—¡Víboras! —gritó Susan—. Yo quería tener una en una caja, pero papá dijo que no. ¿Crees que cambiaría de idea si tú se lo pidieras?

—¿Qué es un mamífero? —pregunto Joey, antes que Steelman pudiera pensar una respuesta.

—Vengan conmigo —dijo el senador firmemente—. Les mostraré.

Mientras caminaban por los pasillos y las galerías, los niños lanzándose de una sección a la otra, se sintió en paz con el mundo. No había nada como un museo para calmar la mente, para ver los problemas de la vida cotidiana en su real perspectiva. Aquí, rodeado por las maravillas y la infinita variedad de la Naturaleza, recordó verdades que había olvidado. Era sólo una criatura en un millón de millones que compartían este planeta Tierra. Toda la raza humana, con sus esperanzas y miedos, sus triunfos y locuras, podría no ser más que un incidente en la historia del mundo. De pie frente a los monstruosos huesos del Diplodocus (por una vez los niños callaron y miraron con asombrado respeto) sintió que los vientos de la Eternidad le soplaban a través del alma. Ya no podía tomar tan en serio las ambiciones, ni la creencia que él era el hombre que la nación necesitaba. *¿Qué* nación, después de todo? Este verano se cumplirían tan sólo dos siglos de la firma de la Declaración de Independencia; pero este viejo norteamericano había descansado en las rocas de Utah durante cien millones de años...

Cuando llegaron a la Sala de Vida Oceánica, con su dramática advertencia del hecho que la Tierra todavía poseía animales mayores de los que podía mostrar el pasado, el senador Steelman estaba



cansado. La ballena azul de treinta metros zambulléndose en el océano, y los otros veloces cazadores del mar, le recordaron las horas que había pasado en la pequeña cubierta reluciente, bajo una ondulante vela blanca. También en esa época había conocido la alegría, cuando el agua golpeaba la proa, y el viento suspiraba entre los aparejos. Hacía treinta años que no navegaba: ése era otro de los placeres terrenales que había abandonado.

—No me gustan los peces —se quejó Susan—. ¿Cuándo llegamos a las víboras?

—Pronto —dijo Steelman—. ¿Pero qué apuro tienes? Hay mucho tiempo.

Las palabras se le escaparon sin darse cuenta. Moderó sus pasos, mientras los niños corrían adelante. Entonces sonrió, sin amargura. En cierto sentido era verdad. *Había* mucho tiempo. Usados correctamente, cada día, cada hora, podía ser un universo de experiencias. En las últimas semanas de su vida comenzaría a vivir.

Por el momento nadie sospechaba nada en la oficina. Su paseo con los niños no había provocado demasiada sorpresa; ya había hecho cosas parecidas, cancelando citas repentinamente y dejando que su

personal se las arreglara. Su comportamiento no había cambiado todavía, pero en pocos días sería evidente que algo había pasado. Tenía el deber, con ellos y con el partido, de darles la noticia lo antes posible; sin embargo, debía tomar primero muchas decisiones personales.

Tenía otra razón para dudar. Durante su carrera rara vez había perdido una pelea, y en las estocadas y acometidas de la vida política no había dado cuartel. Ahora, enfrentando esta derrota definitiva, temía la compasión y las condolencias de sus muchos enemigos. Sabía que esa actitud era tonta; un vestigio de su terco orgullo, parte demasiado importante de su personalidad para desaparecer aun ante la sombra de la muerte.

Llevó el secreto del comité a la Casa Blanca y al Capitolio, y a través de todos los laberintos de la sociedad de Washington, durante más de dos semanas. Fue la mejor actuación de su carrera, pero no había quien pudiera apreciarla. Al cabo de ese tiempo había completado su plan de acción; sólo le quedaban por despachar unas pocas cartas escritas de su propia mano, y llamar a su mujer.

La oficina la localizó, no sin dificultades, en Roma. Todavía era hermosa, pensó, cuando apareció en la pantalla; habría sido una excelente Primera

Dama, y eso compensaría los años perdidos. Le había parecido que ella anhelaba esa posición, ¿pero de veras había comprendido alguna vez lo que ella quería?

—Hola, Martin —dijo ella—. Esperaba tus noticias. Supongo que quieres que vuelva.

—¿Estarías dispuesta? —preguntó Steelman, suavemente. La dulzura de su voz obviamente la sorprendió.

—Sería una tonta si me negara, ¿no es así? Pero si no te eligen quiero seguir por mi camino.

—No me elegirán. Ni siquiera presentarán mi candidatura. Eres la primera en saberlo, Diana. En seis meses estaré muerto.

La franqueza era brutal pero tenía un objeto. La fracción de segundo que tardaron las ondas de radio en llegar hasta los satélites de comunicación y volver a la Tierra nunca pareció tan larga. Por una vez había traspasado la hermosa máscara. Los ojos de la mujer se abrieron con incredulidad; y su mano voló a los labios.

—¡Estás bromeando!

—¿Con *esto*? Es la verdad. Mi corazón está agotado. El doctor Jordan me lo dijo hace un par de semanas. Es culpa mía, por supuesto, pero no hablemos de eso.

—Y por eso has estado paseando con los niños; me preguntaba qué habría pasado.

Tendría que haber adivinado que Irene hablaría con la madre de ella. Era una vergüenza para Martin Steelman que un hecho tan simple como mostrar interés en sus propios nietos pudiera causar curiosidad.

—Sí —admitió con franqueza—. Me temo que lo postergué demasiado. Ahora estoy tratando de recuperar el tiempo perdido. Ninguna otra cosa parece importante.

En silencio, se miraron a los ojos a través de la curva terrestre, y a través del desierto de los años que los separaban. Entonces Diana respondió, un tanto vacilante:

—Comenzaré a empacar inmediatamente.

Steelman se sentía muy aliviado ahora que ya se sabía la noticia. La compasión de sus enemigos no era tan dura de aceptar como había temido, ya que de la noche a la mañana había dejado de tener enemigos. Hombres que no le habían hablado en años, excepto para injurarlo, enviaron mensajes de indudable sinceridad. Viejas peleas se evaporaron, o resultaron estar fundadas en malentendidos. Era una pena tener que morir para aprender esas cosas...

También aprendió que, para un hombre público,

morir era un trabajo agotador. Había que nombrar sucesores, aclarar confusiones legales y financieras, concluir asuntos de estado y partidarios. La labor de una vida enérgica no podía terminar repentinamente, como una luz eléctrica que se apaga. Era asombrosa la cantidad de responsabilidades que había contraído, y lo difícil que era desligarse de ellas. Nunca le había resultado fácil delegar el poder (un defecto fatal, habían dicho muchos críticos, en un hombre que deseaba ser Jefe del Ejecutivo), pero ahora tenía que hacerlo, antes que se le escapara para siempre de las manos.

Era como si se le estuviera acabando la cuerda a un gran reloj, y no hubiera nadie para dársela de nuevo. Mientras regalaba sus libros, leía y destruía viejas cartas, cerraba cuentas y archivos inservibles, dictaba instrucciones finales y escribía notas de despedida, tenía a veces una sensación de completa irrealidad. No sentía dolor; nunca hubiese adivinado que no le quedaban años de vida activa por delante. Solamente unas pocas líneas en un cardiograma se interponían entre él y su futuro, como un gigantesco obstáculo. O como una maldición, escrita en un lenguaje extraño que sólo los médicos podían leer.

Ahora, Diana, Irene o su marido, llevaban los niños a verlo casi todos los días. En el pasado nunca

se había sentido cómodo con Bill, pero eso, lo sabía, había sido culpa suya. No podía esperar que un yerno reemplazara a un hijo, y era injusto culpar a Bill por no estar hecho a imagen de Martin Steelman, hijo. Bill tenía su propia personalidad; había cuidado de Irene, la había hecho feliz, y era un buen padre para sus hijos. Que careciera de ambición era un defecto —si de veras se lo podía llamar así— que el senador estaba dispuesto a perdonar.

Podía pensar incluso, sin dolor ni amargura, en su propio hijo, que había transitado por este camino antes que él, y que ahora yacía —una cruz entre muchas— en el cementerio de las Naciones Unidas de Ciudad del Cabo. Nunca había visitado la tumba de Martin; cuando tuvo tiempo, los hombres blancos no eran populares en lo que quedaba de África del Sur. Ahora, si lo deseaba, podía ir, pero no sabía si sería justo atormentar a Diana con semejante misión. Sus propios recuerdos no lo molestarían por mucho tiempo más, pero ella quedaría con los suyos.

Sin embargo, le hubiera gustado ir, y pensaba que ése era su deber. Más aún, sería un último obsequio para los niños. Para ellos serían tan sólo vacaciones en un país extraño, sin tristeza por un tío que nunca habían conocido. Steelman había comenzado a hacer los preparativos cuando, por segunda vez en un mes,

el mundo se trastornó.

Aun ahora, cuando llegaba a la oficina todas las mañanas, lo esperaba una docena de visitantes o más. Sin embargo, nunca había imaginado que el doctor Harkness estaría entre ellos.

La vista de esa figura delgada, alta, le hizo detenerse momentáneamente. Las mejillas se le encendieron y el pulso se le aceleró al recordar antiguas batallas a través de las mesas de las comisiones, las palabras airadas que habían resonado en los innumerables canales del éter. Luego se calmó; en lo que a él tocaba todo eso había terminado.

Al acercarse el senador, Harkness se levantó algo torpemente. El senador Steelman ya conocía esa turbación inicial: la había visto tantas veces en las últimas semanas... Todos los que encontraba estaban automáticamente en desventaja, siempre alertas para evitar el tema tabú.

—¡Doctor! —dijo—. ¡Qué sorpresa! No esperaba verlo por aquí.

No pudo resistir esa pequeña ironía, y le agradó que alcanzara su objetivo. Pero lo dijo sin amargura, como lo reconoció la sonrisa de Harkness.

—Senador —repuso Harkness, en voz tan baja que Steelman tuvo que inclinarse hacia adelante para oírlo—, tengo una información muy importante para

usted. ¿Podríamos hablar a solas por unos minutos? No llevará mucho tiempo.

Steelman asintió; ahora tenía sus propias ideas sobre lo que era importante, y sólo sentía una leve curiosidad por la visita del científico. El hombre parecía haber cambiado mucho desde su último encuentro, siete años antes. Se lo veía mucho más seguro de sí mismo, había perdido los nerviosos amaneramientos que lo habían convertido en un testigo tan poco convincente.

—Senador —comenzó, cuando estuvieron solos en la oficina privada—, tengo una noticia que puede conmoverlo bastante. Creo que usted puede ser curado.

Steelman se hundió pesadamente en el sillón. Esto era algo que nunca había esperado; desde el principio había prescindido de las esperanzas vanas. Sólo un loco luchaba contra lo inevitable, y él había aceptado su destino.

Durante un momento no pudo hablar; luego miró al antiguo adversario y jadeó:

—¿Quién le dijo eso? Todos mis médicos...

—No les haga caso; no tienen la culpa de estar diez años atrasados. Mire esto.

—¿Qué significa? No leo ruso.

—Es el último número de la *Revista de Medicina*



*Espacial* de la URSS. Llegó hace unos pocos días, e hicimos la acostumbrada traducción de rutina. Esta nota aquí, la que marqué, se refiere a un reciente trabajo en la Estación Mechnikov.

—¿Qué es eso?

—¿No lo *sabe*? Es el Hospital Satélite de los rusos, el que construyeron debajo del Gran Cinturón de Radiación.

—Siga —dijo Steelman, con voz seca y dura—. Había olvidado que la llamaban así.

Hubiera deseado terminar la vida en paz, pero ahora el pasado volvía a perseguirlo.

—Bueno, la nota en sí no dice mucho, pero se puede leer bastante entre líneas. Es una de esas insinuaciones que lanzan los científicos cuando no tienen tiempo para escribir un artículo documentado y para poder luego reclamar la prioridad. El título es: «Efectos terapéuticos de la falta de gravedad sobre las enfermedades circulatorias». Provocaron la enfermedad artificialmente en conejos y ratones blancos, y luego los llevaron a la estación espacial. En órbita, por supuesto, nada tiene peso; el corazón y los músculos casi no trabajan, y el resultado es exactamente el que traté de explicarle, años atrás. Incluso se pueden atajar casos extremos, y muchos pueden ser curados.

La pequeña oficina que fuera centro de su mundo, escena de tantas conferencias, cuna de tantos planes, se volvió repentinamente irreal. Los recuerdos eran más vívidos: regresaba a aquellas audiencias, en el otoño de 1969, cuando se revisaba —y frecuentemente se criticaba con dureza— la primera década de la Administración Nacional de la Aeronáutica y el Espacio.

Nunca había sido presidente de la Comisión Senatorial de Astronáutica, pero sí su miembro más vocal y efectivo. Allí había hecho su reputación de guardián del presupuesto público, de hombre duro que no podía ser embaucado por las utopías de científicos soñadores. Había sido un buen trabajo; desde ese momento nunca había estado alejado de los titulares. No era que estuviese predispuesto a favor o en contra del espacio y la ciencia, pero sabía distinguir un asunto candente cuando lo veía. Como si de pronto un grabador se hubiera puesto a funcionar en su mente, todo volvió...

—Doctor Harkness, ¿es usted Director Técnico de la Administración Nacional para la Aeronáutica y el Espacio?

—Así es.

—Tengo aquí las cifras de los gastos de la NASA durante el período 1959-69; son impresionantes. Hasta ahora el total es de ochenta y dos mil quinientos cuarenta y siete millones cuatrocientos cincuenta mil dólares, y el cálculo para el año fiscal 69-70 sobrepasa los diez mil millones. Quizá pueda usted darnos alguna indicación de los beneficios que podemos esperar de esto.

—Con mucho gusto, senador.

Así había comenzado, en un tono firme pero no hostil. La hostilidad vino luego. Ya entonces supo que era injustificada; toda gran organización tenía debilidades y fallas, y una que literalmente apuntaba a las estrellas jamás podía esperar sino un éxito parcial. Desde el principio se supo que la conquista del espacio sería por lo menos tan costosa en vidas y dinero como la conquista del aire. En diez años habían muerto por lo menos un centenar de hombres: en la Tierra, en el espacio, y sobre la árida superficie de la Luna. Ahora que la urgencia de los años sesenta había pasado, la gente preguntaba «¿Por qué?». Steelman era suficientemente astuto para verse a sí mismo como el portavoz de esa interrogante. Su actuación había sido fría y calculada; era conveniente tener una víctima propiciatoria, y el doctor Harkness tuvo la desgracia de recibir ese papel.

—Sí, doctor, comprendo los beneficios de la investigación espacial, que nos han llegado en la forma de mejores comunicaciones y pronósticos meteorológicos, y estoy seguro que todos los aprecian. Pero casi todo ese trabajo fue realizado con vehículos automáticos, no tripulados. Lo que me preocupa, lo que preocupa a mucha gente, son los crecientes gastos del programa Hombre en el Espacio, y su tan secundaria utilidad. Desde los proyectos Dyna-Soar y Apolo, hace casi una década, hemos disparado al espacio miles de millones de dólares. ¿Y con qué resultado? Que un simple puñado de hombres pueda pasar unas pocas e incómodas horas fuera de la atmósfera, sin lograr nada que no pueda ser obtenido mejor y más económicamente por cámaras de televisión y equipos automáticos. ¡Y las vidas que se han perdido! Ninguno de nosotros olvidará los gritos que oímos por la radio cuando el X-21 se quemó al reingresar en la atmósfera. ¿Qué derecho tenemos a enviar hombres a muertes semejantes?

Todavía recordaba el silencio de la cámara cuando terminó de hablar. Sus preguntas eran muy razonables, y merecían ser contestadas. Lo injusto era la forma retórica de su exposición y, sobre todo, que estuvieran dirigidas a un hombre que no podía

responderlas adecuadamente. Steelman no hubiese utilizado esas tácticas con un Von Braun o un Rickover; ellos le habrían pagado con la misma moneda. Pero Harkness no era un orador; si tenía sentimientos profundamente arraigados los guardaba para sí. Era un buen científico, un administrador capaz..., y un testigo desastroso. Había sido como matar peces en un barril. Los periodistas estaban encantados; nunca supo cuál de ellos inventó el apodo «Harkness el Desventurado».

—Doctor, ese plan suyo para un laboratorio espacial con una capacidad para cincuenta hombres, ¿cuánto dijo que costaría?

—Casi mil quinientos millones de dólares.

—¿Y el mantenimiento anual?

—No más de doscientos cincuenta millones.

—Cuando consideramos lo que ha sucedido con los cálculos previos, usted nos perdonará si vemos estas cifras con cierto escepticismo. Pero aún suponiendo que usted tuviera razón: ¿Qué obtendremos a cambio del dinero?

—Podremos establecer nuestra primera estación espacial de investigación a gran escala. Hasta ahora hemos tenido que experimentar con muy poco espacio, en vehículos inadecuados, generalmente cuando estaban ocupados en otra misión. Un

laboratorio satélite permanente, tripulado, es esencial. Sin él, el progreso es imposible. La astrobiología no puede comenzar...

—¿Astro qué?

—Astrobiología, el estudio de organismos vivientes en el espacio. Los rusos la iniciaron al enviar a la perra Laika en el *Sputnik II*, y todavía nos llevan ventaja en ese campo. Pero nadie ha hecho trabajos serios con insectos o invertebrados; en realidad en ningún animal excepto perros, ratones y monos.

—Entiendo. ¿Me equivocaría si dijese que usted quiere fondos para construir un zoológico espacial?

La risa en la sala del comité había ayudado a matar el proyecto. Y había ayudado a matarlo a él, comprendía ahora el senador Steelman.

Sólo podía culparse a sí mismo, pues el doctor Harkness había tratado, inútilmente, de subrayar los beneficiosos resultados que produciría un laboratorio espacial. Había enfatizado sobre todo los aspectos médicos, sin prometer nada pero señalando posibilidades. Había sugerido que los cirujanos podrían desarrollar técnicas nuevas en un medio en el cual los órganos no tenían peso; los hombres podrían vivir más tiempo, liberados del deterioro y agotamiento provocados por la gravedad, ya que el

esfuerzo del corazón y de los músculos se vería enormemente reducido. Sí, había mencionado el corazón; pero eso no le había interesado a Steelman: saludable, y ambicioso, y ávido de fama...

—¿Por qué vino a decirme eso? —dijo lentamente el senador—. ¿No podría dejarme morir en paz?

—Precisamente —dijo Harkness con impaciencia—. No hay que abandonar la esperanza.

—¿Porque los rusos curaron algunos ratones blancos y conejos?

—Han hecho mucho más que eso. El estudio que le mostré sólo citaba los resultados preliminares; ya está un año atrasado. No quieren despertar falsas esperanzas, así que lo guardan en el mayor silencio posible.

—¿Cómo lo sabe usted?

Harkness pareció sorprendido.

—Llamé al Profesor Stanyukovitch, mi igual jerárquico. Resultó que estaba arriba, en la Estación Mechnikov, lo que prueba la importancia de sus trabajos. Es un viejo amigo mío, y tuve el atrevimiento de mencionar el caso de usted.

El comienzo de la esperanza, cuando ha estado

ausente un largo tiempo, puede ser tan doloroso como su desaparición. A Steelman le costó respirar, y por un espantoso instante se preguntó si habría llegado el ataque final. Pero era tan sólo la excitación; la opresión del pecho se aflojó, el zumbido de sus oídos desapareció y escuchó la voz del doctor Harkness que decía:

—Él quería saber si usted podría ir a Astrogrado inmediatamente; le dije que le preguntaría. Si puede, hay un vuelo que sale de Nueva York mañana a las diez y treinta.

Había prometido a los niños llevarlos al zoológico al día siguiente; sería la primera vez en fallarles. Ese pensamiento le provocó un agudo sentimiento de culpa, y tuvo que hacer un esfuerzo de voluntad para contestar.

—Sí, puedo.

No vio nada de Moscú durante los pocos minutos que el gran jet tardó en bajar de la estratosfera. Durante el descenso apagaban las pantallas: la vista del suelo subiendo mientras la nave caía verticalmente sobre los reactores era muy desconcertante para los pasajeros.

En Moscú se trasladó a un avión cómodo, pero de



anticuado motor a turbohélice, y mientras volaba hacia el este internándose en la noche tuvo la primera oportunidad auténtica de reflexionar. Era muy extraño hacerse a sí mismo esa pregunta, pero..., ¿estaba de veras contento porque el futuro no fuese más algo completamente determinado? Su vida, que hasta hacía unas pocas horas había parecido tan simple, volvía a ser compleja, al abrirse una vez más a posibilidades que había aprendido a descartar. El doctor Johnson había tenido razón cuando dijo que nada calma más la mente de un hombre que la certidumbre del hecho que va a ser ahorcado a la mañana. Lo inverso era cierto sin duda: nada la trastornaba más que el pensamiento que la ejecución sería postergada.

Estaba dormido cuando aterrizaron en Astrogrado, la capital espacial de la URSS. Cuando el suave impacto del aterrizaje lo sacudió despertándolo, durante un momento no comprendió dónde estaba. ¿Había soñado que volaba a través del mundo en busca de la vida? No; no era un sueño, pero bien podía ser una empresa quimérica.

Doce horas más tarde seguía esperando la respuesta. Ya le habían tomado los últimos análisis; las manchas de luz en el cardiógrafo cesaron su funesta danza. La familiar rutina del examen médico, y las voces suaves y competentes de los doctores y

las enfermeras, ayudaron a tranquilizarlo. Y la sala de recepción, donde los especialistas le pidieron que esperara mientras conferenciaban, era muy tranquila, tenuemente iluminada. Sólo las revistas rusas, y los retratos de hirsutos pioneros de la medicina soviética, le recordaban que ya no estaba en su patria.

No era el único paciente. Había alrededor de una docena de hombres y mujeres de todas edades, sentados, leyendo revistas y tratando de parecer cómodos. Nadie conversaba, ni intentaba cruzar una mirada. En ese cuarto cada ser estaba en su limbo privado, suspendido entre la vida y la muerte. Aunque ligados por una desventura común, el vínculo no se extendía a la comunicación. Cada uno parecía tan separado del resto de la especie humana como si ya estuviese volando a través de los abismos cósmicos, donde estaba su única esperanza.

Pero en el rincón del fondo de la sala había una excepción. Una pareja joven —ninguno de los dos tendría más de veinticinco años— se acurrucaba con tanto dolor y desesperación que al principio Steelman se sintió fastidiado. Por terribles que fueran sus problemas, se dijo severamente, la gente debería ser más considerada. Deberían esconder las emociones, especialmente en un sitio como ése,

donde podían perturbar a otros.

El fastidio de Steelman pronto se convirtió en piedad, pues ningún corazón puede permanecer impasible durante largo tiempo ante un amor puro y abnegado, sumido en la desgracia. A medida que pasaban los minutos, en un silencio quebrado sólo por el crujido de papeles y el roce de sillas, su piedad creció hasta convertirse casi en obsesión.

¿Cuál sería la historia de la pareja? El muchacho tenía rasgos delicados, inteligentes: podía ser un artista, un científico, un músico..., no había forma de adivinarlo. La muchacha estaba embarazada; tenía uno de esos rostros sencillos, de campesina, tan comunes en las mujeres rusas. Estaba lejos de ser hermosa, pero la tristeza y el amor daban a sus rasgos una dulzura luminosa. A Steelman le costó apartar los ojos de ella, ya que de alguna forma —aunque no existía el menor parecido físico—, le recordaba a Diana. Treinta años atrás, cuando salían juntos de la iglesia, vio el mismo brillo en los ojos de su mujer. Casi lo había olvidado; ¿habría sido culpa de él o de ella que se desvaneciera tan rápido?

Sin aviso previo su silla vibró. Un rápido, súbito temblor recorrió el edificio, como si un gigantesco martillo hubiera golpeado el suelo, a muchos kilómetros de distancia. ¿Un terremoto?, pensó

Steelman; luego recordó dónde estaba, y comenzó a contar los segundos.

Cuando llegó a sesenta dejó de contar; quizá el aislamiento acústico era tan bueno que el ruido no llegaba a él, y sólo la onda expansiva que sacudiera el suelo indicaba que mil toneladas acababan de saltar al espacio. Pasó otro minuto, y entonces oyó un sonido lejano pero nítido, como el de una tormenta eléctrica rugiendo bajo el borde del mundo. El sonido venía de mucho más lejos de lo que había soñado; el ruido en la pista de lanzamiento debía superar toda imaginación.

Sabía, no obstante, que ese trueno no lo molestaría cuando él también subiera al cielo; el veloz cohete lo dejaría muy atrás. Tampoco el impulso de la aceleración le tocaría el cuerpo, que descansaría en un baño de agua caliente, más cómodo aún que este mullido sillón.

El estruendo lejano llegaba aún del espacio cuando se abrió la puerta de la sala de espera y la enfermera le hizo señas. Aunque sentía que muchos ojos lo seguían no miró atrás cuando salió a recibir la sentencia.

Los servicios de prensa trataron de ponerse en

contacto con él durante todo su viaje de vuelta desde Moscú, pero se negó a aceptar las llamadas.

—Digan que duermo y no debo ser molestado —dijo a la azafata. Se preguntó quién les habría informado, y se sintió molesto ante esa invasión de su vida privada. Sin embargo, había evitado durante años el aislamiento, y sólo en las últimas semanas había comenzado a apreciarlo. No podía culpar a los periodistas y comentaristas por suponer que era el mismo de antes.

Cuando el jet aterrizó en Washington lo estaban esperando. Los conocía a casi todos por el nombre, y algunos eran viejos amigos, sinceramente contentos por la noticia que había llegado antes que él.

—¿Cómo se siente, senador —dijo Macauley, del *Times*—, al saber que vuelve a la actividad? ¿Es cierto que los rusos pueden curarlo?

—*Creen* que pueden —respondió prudentemente—. Éste es un nuevo campo de la medicina, y nadie puede prometer nada.

—¿Cuándo irá al espacio?

—Esta semana, en cuanto haya arreglado algunos asuntos aquí.

—¿Y cuándo estará de vuelta..., si todo anda bien?

—Es difícil decirlo. Aun cuando todo salga bien,

estaré allá arriba por lo menos seis meses.

Involuntariamente el senador miró al cielo. Al alba o en el crepúsculo —incluso durante el día, si se sabía dónde mirar—, la estación Mechnikov constituía una vista espectacular, más brillante que cualquiera de las estrellas. Pero ahora había tantos satélites con esas características que sólo un experto podía distinguir uno de otro.

—Seis meses —dijo un periodista pensativamente—. Eso significa que usted no se presentará a las elecciones del setenta y seis.

—Pero sí a las de 1980 —dijo otro.

—Y a las de 1984 —añadió un tercero. La risa fue general; la gente ya hacía bromas con respecto a 1984, que una vez había parecido tan lejano en el futuro, pero que pronto sería una fecha igual a cualquier otra..., al menos así lo esperaban.

Oídos y micrófonos aguardaban la respuesta del senador. Steelman, al pie de la escalerilla, otra vez foco de la atención y la curiosidad, sintió que la vieja excitación le corría por las venas. ¡Qué regreso formidable, volver del espacio como un hombre nuevo! Le daría un encanto que ningún otro candidato podría igualar; había algo olímpico, casi divino, en esa perspectiva. Ya se sorprendió tratando de introducirla en consignas electorales...

—Denme ustedes tiempo para hacer mis planes —dijo—. Tardaré un poco en acostumbrarme a esto. Pero les prometo una declaración antes de abandonar la Tierra.

*Antes de abandonar la Tierra.* Una frase adecuada y dramática. Todavía saboreaba su ritmo mentalmente cuando vio a Diana que se acercaba desde los edificios del aeropuerto.

Ella ya había cambiado, como él mismo estaba cambiando; esa cautela y esa reserva en los ojos de Diana no habían estado allí dos días antes. Decían, tan claramente como palabras: ¿Va a suceder todo de nuevo? Aunque era un día caluroso sintió de pronto un escalofrío, como si se hubiese pescado un enfriamiento en aquellas lejanas estepas siberianas.

Pero Joey y Susan no habían cambiado cuando corrieron a saludarlo. Los alzó en los brazos y les hundió el rostro en el pelo, para que las cámaras no pudiesen ver sus lágrimas. Mientras los niños se pegaban a él con el amor generoso e inocente de la infancia, supo cuál tendría que ser su elección.

Sólo ellos lo habían conocido libre de la ambición de poder; así debían recordarlo, si alguna vez lo recordaban.

—Su conferencia, señor Steelman —dijo la secretaria—. La paso a su pantalla privada.

Steelman dio vuelta en su sillón giratorio y miró hacia el panel gris de la pared. El panel se dividió en dos secciones verticales. En el lado derecho se veía una oficina muy parecida a la suya, y a sólo unos pocos kilómetros de distancia. Pero en el izquierdo...

El profesor Stanyukovitch, vestido con ropas livianas —pantalón corto y camiseta—, flotaba en el aire, a treinta centímetros del asiento. Cuando vio que tenía compañía se asió de él con una mano, bajó y se sujetó con un cinturón. Detrás del profesor había hileras de equipos de comunicación; y detrás de los equipos, Steelman sabía, estaba el espacio.

El doctor Harkness habló primero, desde la pantalla derecha.

—Estábamos esperando noticias tuyas, senador. El profesor Stanyukovitch me dice que todo está listo.

—La próxima nave de abastecimiento —dijo el ruso— subirá en dos días. Me llevará de vuelta a la Tierra, pero espero verlo antes de dejar la estación.

La voz del profesor Stanyukovitch era



curiosamente aguda, debido a la tenue atmósfera de oxihelio que respiraba. Aparte de eso no se sentía a la distancia, ni había interferencias. Aunque el profesor estaba a miles de kilómetros, y volando en el espacio a seis kilómetros por segundo, podría haber estado en la misma oficina. Steelman oía incluso los motores eléctricos del equipo detrás de Stanyukovitch.

—Profesor —respondió Steelman—, quisiera hacerle algunas preguntas antes de ir.

—Por supuesto.

Ahora se notaba que Stanyukovitch estaba muy lejos. Hubo un considerable tiempo de espera antes que llegara la respuesta; la estación debía estar sobre el otro lado de la Tierra.

—En Astrogrado vi muchos otros pacientes en la clínica. Me estuve preguntando sobre qué base seleccionan ustedes a quienes serán tratados.

Esta vez la pausa fue mucho mayor que la debida a la lentitud de las ondas radiales. Luego Stanyukovitch, respondió:

—Bueno, los que tienen mayor probabilidad de curación.

—Pero el servicio debe ser muy limitado. Seguramente tienen muchos otros candidatos aparte de mí mismo.

—No entiendo bien —interrumpió el doctor Harkness, bastante impaciente.

Steelman miró la pantalla derecha. Era bastante difícil reconocer en el hombre que lo observaba al testigo que se había retorcido bajo su aguijón. La experiencia había templado a Harkness, lo había bautizado en el arte de la política. Steelman le había enseñado mucho y él había aplicado esos conocimientos tan duramente ganados.

Los motivos de Harkness habían sido obvios desde el comienzo. No habría sido humano si no paladeara esa dulcísima venganza, esa triunfante vindicación de su fe. Y como Director de Administración Espacial sabía muy bien que la mitad de sus luchas presupuestales estaría ganada cuando todo el mundo supiera que un posible Presidente de los Estados Unidos estaba en un hospital espacial ruso..., porque su propio país no tenía uno.

—Doctor Harkness —dijo Steelman suavemente —, éste es un problema mío. Estoy esperando su respuesta, profesor.

A pesar del tema, gozaba de la situación. Los dos científicos, por supuesto, compartían los mismos intereses. Stanyukovitch también tenía sus problemas; Steelman podía adivinar las discusiones en Astrogrado y en Moscú, y la avidez con que los

astronautas soviéticos habían aprovechado esa oportunidad. Oportunidad que, debe admitirse, habían ganado con creces.

Era una situación irónica, imposible de imaginar sólo doce años antes.

Allí estaban la NASA y la Comisión de Astronáutica de la URSS trabajando juntas, usándolo a él como un peón para un mutuo beneficio. No se sentía ofendido, pues en su lugar él hubiera hecho lo mismo. Pero no quería ser un peón; era un individuo que todavía tenía cierto control sobre su propio destino.

—Es muy cierto —dijo Stanyukovitch, a regañadientes— que aquí en Mechnikov sólo podemos tomar un número limitado de pacientes. En todo caso, la estación es un laboratorio de investigación, no un hospital.

—¿Cuántos? —preguntó Steelman implacablemente.

—Bueno..., menos de diez —admitió Stanyukovitch de muy mala gana.

Ése era un viejo problema, por supuesto, aunque nunca había imaginado que se le presentaría a él. Recordó un artículo periodístico de mucho tiempo atrás. Cuando acababan de descubrirla, la penicilina era tan escasa que si tanto Churchill como Roosevelt

la hubieran necesitado para salvar sus vidas sólo habrían podido tratar a uno de ellos...

*Menos de diez.* Había visto una docena esperando en Astrogrado. ¿Y cuántos más había en todo el mundo? Otra vez, como le había ocurrido tan a menudo en los últimos días, volvió a perseguirlo el recuerdo de aquellos amantes desesperados de la clínica. Quizás no pudiera ayudarlos; nunca lo sabría.

Pero sí sabía una cosa. Tenía una responsabilidad a la que no podía escapar. Era cierto que ningún hombre podía prever el futuro, ni las consecuencias de sus acciones. Sin embargo, si no hubiera sido por él, su propio país podría tener ya un hospital espacial dando vueltas más allá de la atmósfera. ¿Cuántas vidas norteamericanas pesaban sobre su conciencia? ¿Podía él aceptar la ayuda que le había negado a otros? En otra época lo hubiera hecho; pero ahora no.

—Caballeros —dijo—, puedo hablar francamente con ambos, porque sé que vuestros intereses son idénticos. —Vio que su ligera ironía no se les escapaba—. Aprecio la ayuda y las molestias que se han tomado; lamento que todo eso se haya desperdiciado. No, no protesten; ésta no es una decisión repentina y quijotesca de mi parte. Pienso que esta oportunidad debe ser dada a otra persona; especialmente en vista de mis antecedentes. —Miró

al doctor Harkness, que sonrió embarazado—. También tengo otras razones, de índole personal, y no es posible que cambie de parecer. Por favor no me crean grosero o ingrato, pero no deseo discutir más este asunto. Otra vez gracias, y adiós.

Cortó la comunicación; y mientras se desvanecía la imagen de los dos sorprendidos científicos, la paz volvió a su espíritu.

Imperceptiblemente, la primavera se fundió con el verano. Las esperadas celebraciones del Bicentenario llegaron y se fueron; por primera vez en años gozó del Día de la Independencia como un ciudadano cualquiera. Ahora podía sentarse y ver cómo actuaban los otros; o ignorarlos, si así lo deseaba.

Como los vínculos de toda una vida eran demasiado fuertes para romperlos, y porque sería la última oportunidad de ver a muchos viejos amigos, pasó horas visitando ambas convenciones y escuchando a los comentaristas. Ahora que veía a todo el mundo bajo la luz de la Eternidad, sus emociones ya no estaban en juego; comprendía los problemas, juzgaba las discusiones, pero se sentía ya tan alejado como un visitante de otro planeta. Las

pequeñas figuras que gritaban en la pantalla eran divertidas marionetas, que representaban una obra entretenida pero que ya no era importante. Por lo menos para él.

Pero era importante para los nietos, que algún día se moverían en el mismo escenario. No olvidaba eso; ellos eran su participación en el futuro, cualquiera fuese la extraña forma que éste pudiera tomar. Y para comprender el futuro era necesario conocer el pasado.

Ahora los estaba llevando a ese pasado, mientras el automóvil corría por el Memorial Drive. Diana iba al volante, con Irene al lado, mientras él, sentado con los niños, señalaba los lugares conocidos a lo largo de la autopista. Conocidos para él, pero no para ellos; aunque no fueran suficientemente grandes para comprender todo lo que veían, esperaba que recordarían.

El automóvil bordeó suavemente la marmórea quietud de Arlington (otra vez pensó en Martin, durmiendo al otro lado del mundo) y subió las colinas sin esfuerzo. Detrás de ellos, como una ciudad vista a través de un espejismo, Washington bailaba y temblaba en la bruma estival, hasta que la curva del camino la ocultó.

En Monte Vernon todo estaba tranquilo; había

pocos visitantes a principios de semana. Mientras dejaban el coche y caminaban hacia la casa, Steelman se preguntó qué pensaría el primer Presidente de los Estados Unidos si pudiera ver ahora su casa. Jamás debió haber soñado que entraría en el segundo siglo perfectamente conservado, isla inmutable en el presuroso río del tiempo.

Caminaron lentamente a través de los cuartos maravillosamente proporcionados, tratando de contestar lo mejor posible a las interminables preguntas de los niños, de asimilar el estilo de un modo de vida infinitamente más simple, infinitamente más pausado. (¿Pero habría parecido simple o pausado a aquéllos que lo vivieron?) Era tan difícil imaginar un mundo sin electricidad, sin radio, sin otra energía que la del músculo, el viento y el agua... Un mundo en el que nada se movía más rápidamente que un caballo al galope, y la mayoría de los hombres morían a pocos kilómetros del sitio donde habían nacido.

El calor, la caminata, y las preguntas incesantes demostraron ser más agotadores de lo que Steelman había imaginado. Cuando llegaron a la Sala de Música decidió descansar. En la terraza había unos atractivos bancos donde podría sentarse al aire fresco, y regalar los ojos con el verde césped del

prado.

—Búscame afuera —explicó a Diana— cuando hayas terminado con la cocina y los establos. Me gustaría sentarme un rato.

—¿Te encuentras bien? —dijo ella ansiosamente.

—Nunca me sentí mejor, pero no quiero exagerar. Además los niños me han exprimido; no se me ocurren más respuestas. Tendrás que inventar algunas; de todas formas la cocina es tu departamento.

Diana sonrió.

—Nunca fui demasiado buena en eso, ¿no es cierto? Pero lo haré lo mejor que pueda. Creo que no nos llevará más de treinta minutos.

Cuando lo dejaron solo, el senador Steelman caminó lentamente hacia el prado. Allí debía haberse detenido Washington, dos siglos antes, a mirar cómo el Potomac serpenteaba hacia el mar, pensando en las pasadas guerras y en los futuros problemas. Y allí Martin Steelman, trigésimoctavo Presidente de los Estados Unidos, podría haber llegado a detenerse unos pocos meses más tarde si el destino no hubiera querido otra cosa.

No podía afirmar que no tenía remordimientos, pero esos remordimientos eran pocos. Algunos hombres alcanzaban el poder y la felicidad; él nunca



tendría las dos cosas. Tarde o temprano, la ambición lo habría consumido. En las últimas semanas había conocido la satisfacción, y para eso ningún precio era demasiado alto.

Estaba todavía maravillándose de cómo se le acababa el tiempo cuando la Muerte cayó suavemente del cielo de verano.

## Problemas de horario

—No hay muchos crímenes en Marte —dijo el Detective Inspector Rawlings con un poco de tristeza—. En realidad, ésa es la principal razón de mi regreso a Scotland Yard. Si me quedara aquí más tiempo perdería la práctica.

Estábamos sentados en la principal sala de espera del Espaciopuerto de Fobos, mirando los riscos dentados y soleados de la pequeña luna. El cohete trasbordador que nos llevara desde Marte había partido hacía diez minutos, y comenzaba ahora la prolongada caída de vuelta a la esfera ocre que colgaba allá afuera contra las estrellas. En media hora subiríamos al vuelo regular hacia la Tierra, un mundo en el cual la mayoría de los pasajeros jamás había puesto los pies pero que seguían llamando «nuestra casa».

—De todas formas —continuó el Inspector— de vez en cuando se presenta un caso que hace la vida interesante. Usted es un comerciante en objetos de arte, señor Maccar; estoy seguro que usted oyó hablar del problema que hubo en Ciudad Meridiano hace un par de meses.

—No lo creo —replicó el rollizo hombrecillo de cutis aceitunado que yo había tomado por un simple turista que volvía. Quizá el Inspector había examinado ya la lista de pasajeros; me pregunté cuánto sabría de mí, y traté de repetirme que tenía la conciencia..., bueno, razonablemente tranquila. Al fin y al cabo todos pasaban *algo* por las Aduanas de Marte.

—Se ha mantenido bien en secreto —dijo el Inspector—, pero estas cosas no pueden ser ocultadas largo tiempo. El caso es que un ladrón de joyas terrestre intentó robar el mayor tesoro del Museo Meridiano: la Diosa Sirena.

—¡Pero eso es absurdo! —objeté—. Tiene un valor inapreciable, por supuesto, pero es solamente un trozo de piedra arenisca. Nadie lo compraría; sería lo mismo que tratar de robar la Mona Lisa.

El Inspector sonrió sarcásticamente.

—*Eso* ya sucedió una vez —dijo—. Quizás el motivo fuera el mismo. Hay coleccionistas que darían una fortuna por un objeto semejante, aun cuando sólo ellos pudiesen mirarlo. ¿No está usted de acuerdo, señor Maccar?

—Es cierto. En mi negocio se encuentra gente muy extravagante.

—Bueno, este tipo, que se llamaba Danny

Weaver, había sido muy bien pagado por un coleccionista. Y de no ser por un golpe de fantástica mala suerte lo habría conseguido.

La dirección del Puerto Espacial se disculpó por un nuevo retraso debido a las últimas verificaciones de combustible, y pidió a varios pasajeros que se presentaran a Informaciones. Mientras esperábamos a que finalizara el anuncio, recordé lo poco que sabía sobre la Diosa Sirena. Aunque nunca había visto el original, lo mismo que la mayoría de los otros turistas, tenía una réplica en mi equipaje. Esa réplica llevaba el certificado del Departamento Marciano de Antigüedades, garantizando que «esta reproducción a escala natural es una copia exacta de la llamada Diosa Sirena, descubierta en el Mare Sirenium por la Tercera Expedición, 2012 d. C. (A. M. 23)».

Es un objeto muy pequeño para haber causado tantas controversias. Mide sólo unos veinte centímetros de altura; uno no lo miraría dos veces si lo viera en un museo terrestre. Representa la cabeza de una mujer joven, de rasgos ligeramente orientales, lóbulos alargados, cabello ensortijado en bucles apretados al cráneo, labios algo separados en expresión de placer o sorpresa. Eso es todo. Pero es un enigma tan desconcertante que ha inspirado un centenar de sectas religiosas, y ha desesperado a más

de un arqueólogo. Pues una cabeza humana perfecta no tiene absolutamente ningún derecho a encontrarse en Marte, donde los únicos habitantes inteligentes eran crustáceos, «langostas marinas educadas», como gustan llamarlas los periódicos. Los marcianos aborígenes nunca estuvieron cerca de lograr vuelos espaciales, y de todos modos su civilización murió antes que el hombre existiera en la Tierra. No es extraño que la Diosa sea el misterio número uno del Sistema Solar. No creo que encontremos la respuesta mientras yo viva... Si la encontramos alguna vez.

—El plan de Danny era sencillísimo —continuó el Inspector—. Ustedes saben lo muerta que queda una ciudad marciana el domingo. Todo está cerrado, y los colonos permanecen en sus casas para ver la televisión transmitida desde la Tierra. Danny contaba con eso cuando se instaló en un hotel de Meridiano Occidental, en la tarde del viernes. Tendría el sábado para inspeccionar el Museo, el domingo para el trabajo, y en la mañana del lunes sería simplemente otro turista que dejaba la ciudad...

»El sábado temprano vagabundé por el pequeño parque y cruzó hacia Meridiano Oriental, en donde está el Museo. En el caso que ustedes no lo sepan, la ciudad lleva ese nombre porque está exactamente en la longitud de ciento ochenta grados; en una gran laja

de piedra del parque está grabado el meridiano principal, así que todos los visitantes pueden sacarse fotografías de pie sobre dos hemisferios al mismo tiempo. Es sorprendente cómo algunas personas se divierten con cosas tan simples.

»Danny pasó el día recorriendo el Museo, como cualquier otro turista resuelto a sacarle el jugo a su dinero. Pero a la hora del cierre no salió; se escondió en una de las galerías no abiertas al público, donde el Museo había estado haciendo una reconstrucción del Último Período de los Canales, quedándose sin dinero antes de terminar. Danny se quedó allí hasta cerca de medianoche, por si todavía quedaban visitantes en el edificio. Luego salió y se puso a trabajar.

—Un momento —interrumpí—. ¿Y el sereno?  
El Inspector rio.

—¡Mi querido amigo! En Marte no existen esos lujos. Ni siquiera había alarmas, pues, ¿quién podría molestarse en robar trozos de piedra? Es cierto que la Diosa estaba perfectamente sellada en una resistente vitrina de vidrio y metal, por si algún cazador de recuerdos se encaprichaba con ella. Pero incluso en el caso que la robasen el ladrón no tenía dónde esconderse, y por supuesto que si se notaba su desaparición serían registradas todas las personas al

salir.

Eso era cierto. Yo había pensado en términos terrestres, olvidando que cada ciudad marciana es un pequeño mundo cerrado bajo el campo magnético que la protege del vacío helado. Más allá de la protección electrónica está la atmósfera marciana, vacuidad absolutamente hostil donde sin protección un hombre moriría en segundos. Eso facilita la observancia de la ley; no es extraño que haya tan pocos crímenes en Marte...

Danny tenía un hermoso equipo de herramientas, tan especializadas como las de un relojero. El instrumento principal era una microsierra no mayor que un soldador, donde una batería ultrasónica impulsaba una hoja delgada como una oblea a un millón de ciclos por segundo. Esta herramienta atravesaba el vidrio o el metal como si fuesen de manteca, y producía un corte delgado como un cabello, lo cual era muy importante para Danny, ya que no debía dejar huellas de su maniobra.

»Supongo que ya han adivinado cómo pensaba trabajar. Iba a cortar la vitrina por la base y sustituir a la Diosa real por una de esas réplicas. Podría pasar un par de años antes que algún experto curioso descubriese la terrible verdad; mucho antes, el original habría viajado a la Tierra, perfectamente

disfrazado como una copia de sí mismo, con un genuino certificado de autenticidad. Bien pensado, ¿no?

»Debe de haber sido espantoso trabajar en la oscura galería con todas esas tallas de un millón de años y esos inexplicables artefactos alrededor. Un museo terrestre es desagradable de noche, pero por lo menos es..., bueno, humano. Y la Galería Tres, que alberga a la Diosa, es muy inquietante. Está llena de bajorrelieves, que representan a animales increíbles luchando entre ellos; parecen escarabajos gigantes, y la mayoría de los paleontólogos niegan categóricamente que puedan haber existido alguna vez. Pero imaginarios o no pertenecían a ese mundo, y no perturbaban tanto a Danny como la Diosa, que lo miraba fijamente a través de los siglos, desafiándolo a explicar su presencia. Le daba escalofríos. ¿Cómo lo sé? *Él* me lo dijo.

»Danny se puso a trabajar en esa vitrina con el cuidado de un tallador de diamantes que se prepara a cortar una gema. Le llevó casi toda la noche rebanar la puerta trampa, y ya casi amanecía cuando descansó y bajó la sierra. Todavía quedaba mucho por hacer, pero el trabajo más duro estaba concluido. Colocar la reproducción en la caja, comparando su aspecto con las fotos que en forma previsoramente había llevado, y



cubrir sus huellas, podría tomarle casi todo el domingo, pero eso no le preocupaba. Le quedaban otras veinticuatro horas y seguramente recibiría a los visitantes del lunes para confundirse con ellos y salir inadvertido.

»Por eso, su sistema nervioso sufrió un golpe terrible cuando a las ocho y media las puertas principales fueron ruidosamente desatracadas y los seis empleados del museo comenzaron a abrir.

»Danny se lanzó a la salida de emergencia dejando atrás herramientas, Diosas, todo. Otra gran sorpresa lo esperaba en la calle: ésta debería haber estado completamente desierta a esa hora del día, con todo el mundo en su casa leyendo los periódicos del domingo. Pero allí estaban los ciudadanos de Meridiano Oriental camino a las fábricas y a las oficinas en lo que obviamente era un normal día de trabajo.

»Cuando Danny regresó al hotel lo estábamos esperando. No tenía demasiado mérito deducir que sólo un visitante de la Tierra, y uno muy reciente, podía haber ignorado la más famosa peculiaridad de Ciudad Meridiano. Supongo que ustedes la conocen.

—Francamente, yo no —respondí—. No se puede ver mucho de Marte en sólo seis semanas, y nunca fui al este de Syrtis Mayor.

—Bueno, es absurdamente simple, pero no debemos ser muy duros con Danny; hasta los habitantes caen a veces en la misma trampa.

Es algo que no nos molesta en la Tierra, donde hemos podido arrojar el problema al Océano Pacífico. Pero en Marte, por supuesto, todo es tierra firme; y eso significa que *alguien* tiene que vivir con la Línea Internacional de Cambio de Fecha...

»Danny había salido de Meridiano Occidental. Allí era domingo..., y todavía era domingo cuando lo recogimos en el hotel. Pero allá en Meridiano Oriental, a un kilómetro de distancia, recién era sábado. La culpa la tuvo ese corto paseo a través del parque; ya les dije que tuvo muy mala suerte.

Hubo una larga pausa de silenciosa compasión; luego pregunté:

—¿Cuánto le dieron?

—Tres años —dijo el Inspector Rawlings.

—No parece mucho.

—Años marcianos; son casi seis de los nuestros. Y una multa enorme que, por extraña coincidencia, ascendió justo al valor de reembolso de su pasaje de regreso a la Tierra. No está en la cárcel, naturalmente; Marte no puede permitirse ese tipo de lujos improductivos. Danny debe trabajar para vivir, bajo discreta vigilancia. Ya les dije que el Museo

Meridiano no podía pagarle a un sereno. Bueno, ahora tiene uno. Adivinen quién.

—¡Todos los pasajeros deben prepararse para subir en diez minutos! ¡Por favor recojan su equipaje de mano! —ordenaron los altavoces.

Mientras íbamos hacia las compuertas, no pude evitar hacer otra pregunta.

—¿Y la gente que encargó ese trabajo a Danny? Seguramente había mucho dinero detrás suyo. ¿Los atraparon?

—Todavía no; taparon muy bien las huellas y creo que Danny dijo la verdad cuando afirmó que no podía darnos ninguna pista. De todas formas no es mi caso; como les dije, vuelvo a mi viejo trabajo en Scotland Yard. Pero un policía siempre tiene los ojos abiertos; igual que un comerciante en objetos de arte. ¿No es así, señor Maccar? ¿Se siente bien? Tome una de mis pastillas contra mareos espaciales.

—No, gracias —contestó el señor Maccar—. Estoy muy bien.

El tono de su voz era claramente hostil; la temperatura social parecía haber caído bajo cero en los últimos minutos. Miré al señor Maccar, y miré al Inspector. Y di repente comprendí que íbamos a tener un viaje muy interesante.



## Antes de Edén

—Supongo —dijo Jerry Garfield, apagando los motores—, que aquí termina la ruta.

El sonido de los reactores se desvaneció con un suspiro. Privado de su colchón de aire, el vehículo explorador *Ruina Errante* se posó en las escarpadas rocas de la Meseta Occidental.

No había forma de continuar: ni con los motores a reacción ni con los tractores podía S. 5 (para dar al *Ruina* su nombre oficial) escalar el acantilado. El polo sur de Venus estaba a tan sólo cuarenta kilómetros de distancia, pero podría haber estado en otro planeta. Tendrían que dar media vuelta y desandar el viaje de seiscientos kilómetros en ese paisaje de pesadilla.

El tiempo estaba sumamente despejado, con una visibilidad de casi mil metros. No era necesario el radar para ver los riscos; por una vez con los ojos era suficiente. La verdosa luz matutina traspasaba nubes que habían flotado intactas durante un millón de años, dando a la escena una apariencia submarina, y la forma en que la niebla borraba todos los objetos distantes aumentaba esa impresión. A veces era fácil

creer que se movían a través de un lecho marino poco profundo, y en más de una ocasión Jerry creyó haber visto peces flotando.

—¿Llamo a la nave, y digo que volvemos? — preguntó.

—Todavía no —dijo el doctor Hutchins—. Quiero pensar.

Jerry lanzó una mirada suplicante al tercer miembro de la tripulación, pero no encontró apoyo moral. Coleman era igual; aunque la mitad del tiempo los dos hombres discutían furiosamente, ambos eran científicos, y por lo tanto, en la opinión del terco ingeniero-navegante, ciudadanos no enteramente responsables. Si Cole y Hutch tenían la brillante idea de continuar, nada podía hacer, excepto registrar una protesta.

Hutchins iba de un lado para otro en la diminuta cabina, estudiando mapas e instrumentos. En un momento hizo girar el reflector hacia los riscos, y comenzó a examinarlos cuidadosamente con los binoculares. ¡No esperará que yo conduzca hasta allá arriba!, pensó Jerry. S. 5 es un tractor oruga, no una cabra montañesa...

De pronto Hutchins encontró algo. Lanzó una exclamación y se volvió hacia Coleman.

—¡Mira! —dijo excitado—. ¡A la izquierda de

esa marca negra! Dime qué ves.

Le entregó los binoculares, y Coleman miró.

—Maldición —dijo Coleman por fin—. Tenías razón. *Hay* ríos en Venus. Ésa es una cascada seca.

—Así que me debes una cena en Bel Gourmet cuando volvamos a Cambridge. Con champaña.

—No necesitas recordármelo. De todas formas no es caro. Pero todas tus teorías continúan siendo disparates.

—Un minuto —intervino Jerry—. ¿Qué es eso de ríos y cascadas? Todo el mundo sabe que no pueden existir en Venus. Nunca hace frío suficiente para que las nubes se condensen en el baño de vapor que es este planeta.

—¿Has mirado el termómetro últimamente? —preguntó Hutchins con engañosa suavidad.

—Estuve demasiado ocupado manejando.

—Entonces tengo novedades para ti. Bajó a ciento diez, y sigue bajando. No olvides que estamos casi en el polo, que es invierno, y que estamos a veinte mil metros sobre las tierras bajas. La suma de estos elementos ocasiona un ligero enfriamiento en el aire. Si la temperatura baja unos pocos grados más, tendremos lluvia. El agua estará hirviendo, por supuesto: pero será agua. Aunque George todavía no quiera admitirlo esto coloca a Venus en una situación

completamente diferente.

—¿Por qué? —preguntó Jerry, aunque ya había adivinado.

—Donde hay agua puede haber vida. Nos hemos apresurado al suponer que Venus es estéril, sólo porque el promedio de la temperatura está por encima de los doscientos cincuenta grados. Aquí hace mucho más frío, y es por eso que yo estaba tan ansioso por llegar al polo. Aquí, en las tierras altas, hay lagos, y quiero verlos.

—¡Pero agua *hirviendo*! —protestó Coleman—. ¡Nada podría vivir en eso!

—En la Tierra hay algas que lo logran. Y si hemos aprendido una cosa desde que comenzamos a explorar los planetas, es lo siguiente: dondequiera que la vida tenga la más remota posibilidad de sobrevivir, la encontrarás. Ésta es la única posibilidad que ha tenido en Venus.

—Ojalá pudiéramos comprobar tu teoría. Pero mira: no podemos escalar ese risco.

—Quizá no en el vehículo. Pero no será demasiado difícil escalar esas rocas, incluso vistiendo trajes térmicos. Todo lo que tenemos que hacer es caminar unos pocos kilómetros hacia el polo. De acuerdo con los mapas del radar el suelo es bastante llano más allá del borde. Podríamos hacerlo



en..., oh, doce horas como máximo. Todos hemos estado fuera durante más tiempo, y en condiciones mucho peores.

Eso era cierto. Las ropas protectoras diseñadas para mantener vivos a los hombres en las tierras bajas de Venus tendrían poco trabajo donde había sólo cuarenta grados más que en el Valle de la Muerte en el verano.

—Bueno —dijo Coleman—, conoces el reglamento. No puedes ir solo, y alguien debe quedarse aquí para mantener contacto con la nave. ¿Cómo lo arreglamos esta vez, ajedrez o cartas?

—El ajedrez lleva mucho tiempo —dijo Hutchins—, especialmente cuando son ustedes dos los que juegan. —Hurgó en la mesa de los mapas y sacó un mazo bastante usado—. Corta, Jerry.

—Diez de espadas. Espero que puedas superarlo, George.

—Yo también. Maldición: sólo cinco de bastos. Bueno, saludos a los venusianos.

A pesar de la seguridad de Hutchins, trepar el acantilado fue trabajoso. La cuesta no era demasiado empinada, pero el peso del equipo de oxígeno, los trajes térmicos refrigerados y el equipo científico, sumaban más de cincuenta kilos por hombre. La baja gravedad —trece por ciento más débil que la

terrestre— ayudaba algo, pero no demasiado, mientras ascendían con dificultad, descansaban en los bordes para recobrar el aliento y volvían a trepar en el crepúsculo submarino. La fosforescencia que los bañaba era más intensa que la de la luna llena en la Tierra. En Venus una luna sería un desperdicio, se dijo Jerry. Jamás sería vista desde la superficie, no había océanos que pudiese gobernar, y la eterna aurora era una fuente de luz mucho más constante.

Tuvieron que trepar más de setecientos metros antes que el suelo se nivelase hasta formar una suave inclinación, cruzada aquí y allá por canales claramente excavados por una corriente de agua. Luego de una corta búsqueda encontraron una hondonada suficientemente ancha y profunda para merecer el nombre de lecho de río, y comenzaron a seguir su curso.

—Acabo de pensar algo —dijo Jerry, luego de caminar unos cientos de metros—. ¿Y si adelante hubiera una tormenta? La idea de enfrentar una marejada de agua hirviendo no me gusta en absoluto.

—Si hay una tormenta —replicó Hutchins, algo impaciente, la oiremos. Habrá tiempo de sobra para llegar al terreno alto.

Sin duda tenía razón, pero Jerry no se sintió más feliz mientras seguían cuesta arriba el ondulado curso

de agua. Su inquietud había ido en aumento desde que pasaron la cumbre del risco y perdieron contacto radial con el coche explorador. En esa época estar aislado de los semejantes era una experiencia única y perturbadora. A Jerry no le había ocurrido nunca antes; incluso a bordo del *Lucero del Alba*, cuando estaban a ciento cincuenta millones de kilómetros de la Tierra, siempre podía enviar un mensaje a la familia y tener la respuesta en pocos minutos. Pero ahora unos cuantos metros de roca lo aislaban del resto de la humanidad; si algo les pasaba allí nadie lo sabría jamás, a menos que alguna expedición posterior encontrara los cuerpos. George esperaba el número de horas convenido; luego volvería a la nave..., solo. «Creo que no pertenezco al tipo de los pioneros —se dijo Jerry—. Me gusta manejar máquinas complicadas, y así me vi metido en los vuelos espaciales. Pero nunca me detuve a pensar a dónde me llevaría eso, y ahora es demasiado tarde para cambiar de idea...»

Habrían recorrido unos cuatro kilómetros hacia el polo, siguiendo los meandros del lecho del río, cuando Hutchins se detuvo a hacer observaciones y a juntar especímenes.

—¡Sigue descendiendo! —dijo—. La temperatura ha bajado a noventa y tres. Es por lejos la

temperatura más baja que se haya registrado en Venus. Ojalá pudiéramos llamar a George y hacérselo saber.

Jerry probó todas las longitudes de onda; trató incluso de alcanzar la nave (las imprevistas oscilaciones de la ionosfera del planeta posibilitaban a veces recepciones de larga distancia), pero no había ni el asomo de una onda de transmisión sobre el estruendo y los crujidos de las tormentas venusianas.

—Esto es mejor todavía —dijo Hutchins, y ahora estaba realmente excitado—. La concentración de oxígeno está subiendo: quince partes en un millón. En el vehículo era sólo de cinco, y en las tierras bajas casi no se lo puede detectar.

—¡Pero quince en un *millón*! —protestó Jerry—. ¡Nada podría respirar eso!

—Has entendido mal —explicó Hutchins—. Nada lo respira. Algo lo *produce*. ¿De dónde crees que sale el oxígeno de la Tierra? Lo produce la vida, plantas que crecen. Antes que hubiera plantas en la Tierra nuestra atmósfera era igual a ésta: una confusión de bióxido de carbono y amoníaco y metano. Luego la vegetación evolucionó, transformando lentamente a la atmósfera en algo que los animales podían respirar.

—Ya veo —dijo Jerry—. ¿Y crees que aquí ha comenzado el mismo proceso?

—Así parece. *Algo* no lejos de aquí está produciendo oxígeno, y la vida vegetal es la explicación más simple.

—Y donde hay plantas —meditó Jerry—, supongo que tarde o temprano aparecerán los animales.

—Sí —dijo Hutchins, empacando el equipo y siguiendo por la hondonada—, aunque eso lleva algunos cientos de millones de años. Puede que hayamos llegado demasiado temprano, pero espero que no.

—Todo eso está muy bien —respondió Jerry—. Pero ¿y si encontrásemos algo hostil? No tenemos armas.

Hutchins resopló disgustado.

—Y no las necesitamos. ¿Te has puesto a pensar en lo que parecemos? Cualquier animal saldría corriendo si nos viese.

Algo de razón tenía. La reluciente capa metálica de los trajes térmicos los cubría de pies a cabeza como una resplandeciente armadura. Ningún insecto tenía antenas más complicadas que las montadas en sus cascos y mochilas, y los anchos cristales a través de los cuales miraban al mundo parecían ojos vacíos

y monstruosos. Sí, había pocos animales en la Tierra que se detendrían a discutir con semejantes apariciones. Pero los venusianos podían tener otras ideas.

Jerry todavía estaba rumiando esto cuando llegaron al lago. Aun al primer vistazo no le hizo pensar en la vida que buscaban sino en la muerte. Se extendía como un espejo negro entre un pliegue de las colinas. La orilla lejana estaba oculta en una bruma eterna, y unas fantasmagóricas columnas de vapor se arremolinaban y danzaban en la superficie. Sólo faltaba, se dijo Jerry, la barca de Caronte esperando para llevarlos al otro lado. O el Cisne de Tuonela nadando majestuosamente de arriba para abajo mientras cuidaba la entrada al Infierno...

A pesar de todo, era un milagro: el primer curso de agua que el hombre había encontrado en Venus. Hutchins ya estaba de rodillas, casi en actitud de oración. Pero sólo estaba juntando gotas del precioso líquido para examinarlo con su microscopio de bolsillo.

—¿Hay algo ahí? —preguntó Jerry ansiosamente.

Hutchins movió la cabeza.

—Si lo hay, es demasiado pequeño para verlo con este instrumento. Te diré más cuando estemos de regreso en la nave.

Selló un tubo de ensayo y lo colocó en la bolsa, tan tiernamente como un minero que hubiese encontrado una pepita guarnecida de oro. Podía resultar —quizás lo fuera— nada más que agua. Pero también podía ser un universo de desconocidas criaturas vivientes, en la primera etapa de su viaje de mil millones de años hacia la inteligencia.

Hutchins no había caminado más de una docena de metros a la orilla del lago cuando se detuvo tan súbitamente que Garfield casi chocó con él.

—¿Qué pasa? —preguntó Jerry—. ¿Viste algo?

—Allí, esa roca oscura. La vi antes de detenernos en el lago.

—¿Qué tiene? A mi me parece una roca común.

—*Creo que ha crecido.*

Jerry recordaría ese momento toda su vida. Por alguna razón, no dudó ni un momento de las palabras de Hutchins; a esta altura podía creer cualquier cosa, incluso que las rocas crecían. El sentimiento de soledad y misterio, la presencia del oscuro y melancólico lago, el continuo estruendo de tormentas lejanas, y la vacilante luz verdosa de la aurora, le habían afectado la mente, preparándola para enfrentar lo increíble. Sin embargo no sintió miedo; eso vendría después.

Miró la roca. Estaba aproximadamente a ciento

cincuenta metros. Bajo la turbia luz esmeralda era difícil juzgar distancias o dimensiones. La roca —o lo que fuera—, estaba cerca de la cima de un cerro, y parecía una plancha horizontal de un material casi negro.

Había junto a esa una segunda mancha del mismo material, mucho más pequeña; Jerry intentó medir y memorizar la distancia que las separaba para detectar cualquier cambio.

Ni siquiera cuando vio que la distancia se reducía lentamente sintió alarma: sólo una excitada perplejidad. Recién cuando se desvaneció esa sensación, y comprendió que los ojos lo habían engañado, un terror de impotencia le atenazó el corazón.

Ésas no eran rocas que crecían o se movían. Lo que observaban era una marea oscura, una alfombra reptante que lenta pero inexorablemente se arrastraba hacia ellos sobre la cumbre del cerro.

El momento de pánico puro e irracional no duró, misericordiosamente, más que unos pocos segundos. El terror de Garfield comenzó a desvanecerse en cuanto reconoció la causa. Pues esa marea que avanzaba le había recordado, demasiado vívidamente, una historia leída muchos años atrás sobre los ejércitos de hormigas en el Amazonas, y la



forma en que destruían todo a su paso...

Pero cualquiera que fuera su naturaleza, esa marea se movía con demasiada lentitud para constituir un peligro, a menos que les cortara la línea de retirada. Hutchins la miraba atentamente a través del único par de binoculares que tenían. Era el biólogo y se mantenía firme en su puesto. No hay razón para que haga el papel de tonto, pensó Jerry, corriendo como un gato escaldado, si no es necesario.

—¡Por todos los cielos! —dijo finalmente, cuando la alfombra móvil estuvo a sólo cien metros de distancia y Hutchins no había proferido aún palabra ni movido un solo músculo—. ¿Qué es?

Hutchins se animó lentamente, como una estatua que vuelve a la vida.

—Perdóname —dijo—. Me había olvidado de ustedes. Es una planta, por supuesto. Al menos creo que sería mejor llamarla así.

—¡Pero se está *moviendo*!

—¿Por qué debería sorprendernos? Lo mismo hacen las plantas terrestres. ¿Alguna vez viste películas de la hiedra en cámara rápida?

—Pero se quedan quietas; no se arrastran por el paisaje a su alrededor.

—¿Y las plantas del plancton marino, que nadan

cuando lo necesitan?

Jerry se rindió; de todas maneras la maravilla lo había dejado sin palabras.

Siguió pensando que la cosa era una alfombra alta, adornada con borlas en las orillas. Variaba de espesor mientras se movía; en algunos sitios no era más que una película; en otros se apilaba hasta una altura de treinta centímetros o más. Al acercarse para ver la textura, Jerry pensó en el terciopelo negro. Se preguntó cómo sería al tacto, y entonces recordó que le quemaría los dedos aunque no le hiciera ningún otro daño. Se encontró pensando, con el aturdimiento que a menudo sigue a una súbita conmoción: Si *hay* venusianos nunca podremos darles la mano. Nos quemarían, y nosotros los congelaríamos.

Hasta ahora la cosa no había mostrado signos de haber notado la presencia de los hombres. Sólo había fluido hacia delante como la marea irracional que seguramente era. Si no fuera por el hecho que trepaba sobre pequeños obstáculos podría haber sido una inundación.

Y entonces, cuando estaba a sólo tres metros de distancia, la marea aterciopelada se detuvo. Siguió fluyendo a derecha e izquierda pero adelante se detuvo completamente.

—Nos está rodeando —dijo Jerry ansiosamente

—. Nos convendría retroceder, hasta estar seguros que ella es inofensiva.

Para su alivio, Hutchins retrocedió inmediatamente. Luego de una breve duda la criatura reanudó el lento avance, y la hendidura en su línea frontal desapareció.

Entonces Hutchins dio un paso adelante, y la cosa retrocedió lentamente. El biólogo avanzó y retrocedió media docena de veces, y en cada ocasión fue acompañado de un flujo y reflujo de la marea viviente. «Nunca imaginé —se dijo Jerry—, que viviría para ver a un hombre bailando un vals con una planta...»

—Termofobia —dijo Hutchins—. Reacción puramente automática. No les gusta nuestro calor.

—¡Nuestro calor! —protestó Jerry—. ¡Si en comparación somos carámbanos vivientes!

—Claro, pero nuestros trajes no.

«Qué estúpido —pensó Jerry—. Cuando estabas cómodo y fresco dentro de tu traje térmico te resultaba fácil olvidar que la unidad de refrigeración que llevabas a la espalda bombeaba una ráfaga de calor hacia fuera. No era de extrañar que la planta venusiana se hubiera apartado...»

—Veamos cómo reacciona a la luz —dijo Hutchins. Encendió la lámpara que llevaba en el

pecho, y un potente resplandor, puramente blanco, barrió la verdosa fosforescencia matutina. Jamás había brillado una luz blanca sobre la superficie del planeta Venus, hasta la llegada del Hombre. Ni siquiera de día. Como en los mares de la Tierra sólo había un crepúsculo verde, que se apagaba lentamente hasta llegar a la oscuridad total.

La transformación fue tan sorprendente que ninguno de los hombres pudo reprimir un grito de asombro. De golpe desapareció el negro profundo y sombrío de la espesa alfombra aterciopelada. En cambio, hasta donde llegaban las luces se extendía un llameante dibujo de gloriosos, vívidos rojos, guarnecidos de vetas doradas. Ningún príncipe persa podría haber ordenado nunca tapicería tan opulenta a sus tejedores, y sin embargo ésta era el fruto accidental de fuerzas biológicas. Claro que esos soberbios colores ni siquiera habían existido hasta que los hombres encendieron los reflectores, y desaparecerían de nuevo cuando la extraña luz de la Tierra dejara de conjurarlos.

—Tikov tenía razón —murmuró Hutchins—. Ojalá hubiera podido saberlo.

—¿Razón en qué? —preguntó Jerry, aunque parecía casi un sacrilegio hablar en presencia de tanta belleza.

—Allá en Rusia, hace cincuenta años, descubrió que las plantas de climas muy fríos tendían a ser azules y violeta, mientras que las de climas calurosos eran rojas o naranja. Predijo que la vegetación marciana sería violeta, y dijo que si había plantas en Venus serían rojas. Bueno, acertó en ambas cosas. Pero no podemos quedarnos aquí todo el día; tenemos trabajo que hacer.

—¿Estás seguro que es inofensiva? —preguntó Jerry, prudente otra vez.

—Completamente. No puede tocar nuestros trajes aunque quiera. De todos modos ya se va.

Eso era cierto. Podían ver ahora que la criatura —si era una sola planta, y no una colonia—, cubría un área circular de casi cien metros de diámetro. Barría el suelo como la sombra de una nube llevada por el viento; y allí donde había descansado las rocas estaban cubiertas de picaduras: innumerables agujeros minúsculos, grabados quizás por un ácido.

—Sí —dijo Hutchins, respondiendo a la observación de Jerry—. Así es como se alimentan algunos líquenes: segregan ácidos que disuelven la roca. Pero nada de preguntas, por favor. No hasta que volvamos a la nave. Tengo aquí trabajo para varias vidas, y sólo un par de horas para hacerlo.

Esto era botánica a la carrera... El delicado

borde de la enorme planta-cosa se movía con sorprendente rapidez cuando trataba de eludirlos. Era como si estuvieran enfrentando a un panqueque animado de media hectárea de extensión. Evitaba automáticamente el escape de calor de los trajes, pero no reaccionaba cuando Hutchins cortaba muestras o hacía pruebas. La criatura fluía constantemente hacia delante sobre colinas y valles, guiada por un extraño instinto vegetal. Quizá seguía un veta mineral; los geólogos aclararían eso cuando analizaran las muestras de roca que Hutchins había juntado antes y después del pasaje del tapizado viviente.

Había apenas tiempo para pensar o incluso para dar forma a las innumerables preguntas que provocaba el descubrimiento. Esas criaturas debían ser bastante comunes, para que ellos hubieran encontrado una tan rápidamente. ¿Cómo se reproducirían? ¿Por retoños, esporas, escisión o por algún otro medio? ¿De dónde sacaban la energía? ¿Qué familia, rivales o parásitos tenían? Pensar eso era absurdo, pues donde hay una especie debe haber miles...

Finalmente el hambre y la fatiga les obligaron a detenerse. La criatura que estudiaban podía comer recorriendo toda la superficie de Venus —aunque

Hutchins pensaba que nunca se alejaba demasiado del lago, ya que de vez en cuando se acercaba e introducía un zarcillo en el agua—. Pero los animales de la Tierra tenían que descansar.

Fue un gran alivio inflar la carpa presurizada, entrar en la cámara de presión y despojarse de los trajes térmicos. Por primera vez, mientras descansaban dentro de la diminuta esfera plástica, comprendieron la maravilla y la importancia del descubrimiento. El mundo que los rodeaba ya no era el mismo: Venus ya no estaba muerto, pues se había unido a la Tierra y a Marte.

La vida llamaba a la vida a través de los abismos del espacio. Todo lo que crecía o se movía sobre la superficie de cualquier planeta era un portento, una promesa del hecho que el Hombre no estaba solo en este universo de soles flameantes y giratorias nebulosas. Si hasta ahora no había encontrado compañeros con los cuales pudiera hablar, eso era muy natural, pues allá delante se extendían todavía muchos años luz inexplorados.

Mientras tanto debía cuidar y alentar la vida que encontrase, fuese sobre la Tierra, Marte o Venus.

Eso era lo que Graham Hutchins, el biólogo más feliz del Sistema Solar, se decía a sí mismo mientras ayudaba a Garfield a recoger los desperdicios y a

sellarlos dentro de una bolsa plástica de basura. Cuando desinflaron la carpa y emprendieron el viaje de regreso no había signo alguno de la criatura que habían estado examinando. Mejor así; podrían haberse sentido tentados de proseguir los experimentos, y el fin del plazo ya estaba incómodamente cerca.

No importaba; en pocos meses estarían de vuelta con un equipo de ayudantes, mucho mejor provistos y bajo la mirada de todo el mundo. La evolución había trabajado durante mil millones de años para hacer posible ese encuentro, y podía esperar un poco más.

*Durante un rato nada se movió en la nebulosa y verde fosforescencia del paisaje; no había hombres ni alfombra carmesí. Y de pronto, fluyendo sobre colinas talladas por el viento, reapareció la criatura. O quizás era otra criatura de la misma y extraña especie; nadie lo sabría nunca.*

*Se deslizó hasta el montón de piedras donde Hutchins y Garfield habían enterrado los desperdicios. Allí se detuvo.*

*No estaba perpleja porque no tenía mente. Pero las urgencias químicas que la impulsaban inexorablemente por la meseta polar, gritaban:*



*¡Aquí, aquí! En algún sitio, cerca, estaba el más precioso de todos los alimentos: el fósforo, ingrediente indispensable para encender la chispa vital. La alfombra comenzó a frotar las rocas, a escurrirse entre grietas y hendeduras, a arañar y escarbar con zarcillos exploratorios. Nada de lo que hacía estaba fuera de las posibilidades de cualquier planta o árbol en la Tierra. Pero se movía mil veces más rápido, llegando al objetivo y traspasando la película plástica en pocos minutos.*

*Y entonces se dio un banquete con una comida mucho más concentrada que toda la que había conocido hasta entonces. Absorbió los hidratos de carbono y las proteínas y los fosfatos, la nicotina de las colillas de cigarrillos, la celulosa de las tazas de papel y las cucharas. Descompuso todo eso y lo asimiló a su extraño cuerpo, sin dificultades, inofensivamente.*

*Al mismo tiempo absorbió todo un microcosmo de criaturas vivientes: las bacterias y los virus que, sobre un planeta más antiguo, habían evolucionado transformándose en mil enfermedades mortales. Aunque sólo unos pocos podían sobrevivir en esa atmósfera, eran suficientes.*

*Cuando la alfombra se arrastró de vuelta al lago, llevaba el contagio a todo su mundo.*

*En el momento en que el Lucero del Alba ponía rumbo a su lejano hogar, Venus estaba ya muriendo. Las películas y fotografías y especímenes que Hutchins llevaba victoriosamente, eran más preciosos aún de lo que él pensaba. Eran el único testimonio que existiría jamás del tercer intento de la vida por propagarse en el Sistema Solar.*

*Bajo las nubes de Venus la historia de la Creación había terminado.*

# Un ligero caso de insolación

Otra persona debería narrar esta historia: alguien que entienda el extraño tipo de fútbol que juegan en América del Sur. Allá en Moscú, Idaho, tomamos la pelota y corremos con ella. En la pequeña pero próspera república que llamaré Perivia, la golpean con los pies. Y eso no es nada, en comparación con lo que le hacen al árbitro.

Hasta la Vista, la capital de Perivia, es una hermosa y moderna ciudad enclavada en los Andes, a casi tres mil metros sobre el nivel del mar. Está muy orgullosa de su magnífico estadio de fútbol, que puede alojar a cien mil personas. Aun así, es apenas suficiente para dar cabida a todos los fanáticos que se presentan cuando hay un partido realmente importante, como el anual con la vecina república de Panagura.

Una de las primeras cosas que aprendí cuando llegué a Perivia, luego de varias aventuras penosas en zonas menos democráticas de América del Sur, fue que el partido del año anterior lo habían perdido a causa de la deshonestidad del juez. Aparentemente el juez había penado a casi todos los jugadores del

equipo, anulado un gol, y hecho todo lo necesario para que no ganara el mejor cuadro. Esta diatriba me hizo añorar mi tierra pero, recordando donde estaba, simplemente comenté:

—Deberían haberle pagado más.

—Lo hicimos —fue la amarga respuesta—, pero los panagueros hablaron con él después.

—Es una lástima —respondí—. Hoy día es difícil encontrar un hombre honesto que no cambie de comprador. El inspector de aduanas, que acababa de tomar mi último billete de cien dólares, tuvo la gentileza de sonrojarse debajo de las barbas mientras me hacía cruzar la frontera.

Las semanas siguientes fueron duras, aunque no es ésa la única razón por la cual preferiría no hablar de ellas. Pero pronto volví al negocio de las máquinas agrícolas, aunque ninguna de las máquinas que importaba se acercó jamás a una granja, y ahora cuesta muchísimo más de cien dólares cada vez que quiero pasarlas por la frontera sin que algún entrometido mire las cajas. Tenía mucho que hacer y lo que menos me preocupaba era el fútbol; sabía que mis costosos artículos importados serían utilizados en cualquier momento, y quería asegurarme que *esta* vez mis ganancias fueran conmigo cuando yo dejara el país.

A pesar de eso, apenas podía ignorar la excitación al acercarse el día del partido de revancha. En primer lugar, me obstaculizaba los negocios. Siempre que iba a una conferencia, arreglada con gran dificultad y gastos en un hotel seguro o en casa de algún simpatizante de confianza, la mitad del tiempo todo el mundo hablaba de fútbol. Era enloquecedor; y comencé a preguntarme si los peruvianos tomaban la política tan en serio como los deportes.

—¡Caballeros! —protestaba yo—. Nuestro próximo envío de sembradoras mecánicas giratorias será descargado mañana y, a menos que obtengamos ese permiso del Ministro de Agricultura, alguien puede abrir las cajas y entonces...

—No se preocupe, amigo —contestaba vivamente el general Sierra o el coronel Pedro—, eso ya está arreglado. Déjelo en manos del ejército.

Yo sabía que no era conveniente replicar: «¿qué ejército?» y durante los diez minutos siguientes tuve que escuchar una vehemente exposición de tácticas futbolísticas y la mejor forma de tratar a árbitros recalcitrantes. Nunca soñé —ni yo ni nadie— que ese tópico estaría íntimamente ligado a nuestro problema particular.

Desde entonces he tenido tiempo de reconstruir lo

que realmente había sucedido, aunque en aquel momento era muy confuso. La figura central del drama era indudablemente don Hernando Díaz, playboy millonario, fanático del fútbol, científico aficionado y, estoy seguro, futuro presidente de Peruvia. Debido a su afición a los autos de carrera y a las bellezas de Hollywood, que lo ha convertido en uno de los artículos de exportación mejor conocidos de su país, la mayoría de la gente supone que la etiqueta de «playboy» describe completamente a don Hernando. Nada, pero nada, podría estar más lejos de la verdad.

Yo sabía que don Hernando era uno de los nuestros, pero al mismo tiempo gran favorito del Presidente Ruiz, y que estaba por lo tanto en una posición poderosa pero delicada. Naturalmente, no lo había conocido nunca; él tenía que ser muy exigente con sus amigos y había muy poca gente interesada en conocerme a *mí*, a menos que no tuvieran otro remedio. Recién mucho más tarde supe de su interés por la ciencia; parece que tiene un observatorio privado que utiliza frecuentemente en las noches claras, aunque según los rumores, las funciones no son solamente astronómicas.

Don Hernando debe de haber necesitado todo su encanto y sus poderes de persuasión para convencer

al Presidente; si éste no hubiera sido también un fanático del fútbol, y no hubiera estado dolido por la derrota del año anterior, como todo periviano patriota, jamás habría aceptado. Pero la originalidad del plan debe haberlo atraído, aunque no le agradase mucho la idea de tener la mitad de las tropas fuera de acción durante la mayor parte de la tarde. No obstante, como se lo habrá recordado seguramente don Hernando, ¿qué mejor forma de asegurarse la lealtad del ejército que dándole cincuenta mil asientos para el partido del año?

Yo no sabía nada del asunto cuando me senté en el estadio ese día memorable. Si ustedes creen que yo no tenía deseo alguno de estar allí, aciertan. Pero el coronel Pedro me había dado una entrada, y era poco saludable herir los sentimientos no usándola. De modo que allí estaba yo, bajo el sol abrasador, abanicándome con el programa y escuchando los comentarios en mi radio portátil, mientras esperábamos a que comenzara el juego.

El estadio estaba repleto; su gran óvalo cóncavo era un apretado mar de rostros. Habían demorado un poco la entrada de los espectadores; la policía había hecho todo lo posible, pero lleva tiempo revisar a cien mil personas en busca de armas de fuego escondidas. El equipo visitante había insistido en

eso, para gran indignación de los locales. Pero las protestas se desvanecieron rápidamente cuando la artillería se amontonó en los puestos de control.

Fue fácil adivinar el momento exacto de la llegada del árbitro en su Cadillac blanco; escuchando los abucheos de la multitud se podía saber por dónde iba.

—¿Por qué no cambian al árbitro, si tanto les disgusta? —pregunté a mi vecino, un teniente tan joven que podía ser visto conmigo sin ningún problema.

Y el teniente se encogió de hombros resignadamente.

—Los visitantes tienen derecho a elegir. Nada podemos hacer.

—Entonces por lo menos deberían ganar los partidos que juegan en Panagura.

—Es cierto —coincidió—. Pero la última vez fuimos demasiado confiados. Jugamos tan mal que ni siquiera nuestro árbitro pudo salvarnos.

Me costaba sentir simpatía por alguno de los dos bandos, y me dispuse a soportar un par de horas de bullicioso aburrimiento. Pocas veces me equivoqué tanto.

Es cierto que el juego tardó en comenzar. Primero una banda sudorosa tocó los himnos nacionales,



luego los equipos fueron presentados al Presidente y su dama, luego el Cardenal bendijo a todo el mundo, luego hubo una pausa durante la cual ambos capitanes tuvieron alguna oscura discusión sobre el tamaño o la forma de la pelota. Pasé el período de espera leyendo el programa, una cosa cara hermosamente realizada que me había dado el teniente. De tamaño tabloide, impreso en excelente papel, generosamente ilustrado, parecía encuadernado en plata. Los editores difícilmente recuperarían el dinero, pero se trataba más de un problema de prestigio que de un problema económico. En todo caso, en ese «Recuerdo Especial de la Victoria» había una impresionante lista de suscriptores, encabezada por el Presidente. La mayoría de mis amigos también estaban, y noté con gran sorpresa que la cuenta del regalo de cincuenta mil ejemplares a nuestros gallardos combatientes había sido pagada por don Hernando. Parecía un intento algo ingenuo y caro de lograr popularidad. Lo de «Victoria» también me pareció prematuro, por no decir falto de tacto.

Comenzó el partido y el rugido de la enorme multitud interrumpió estas reflexiones. La pelota entró en acción, pero apenas había zigzagueado la mitad del campo cuando un periviano de camiseta azul hizo una zancadilla a un panagurano de rayas

negras. No pierden el tiempo, me dije; ¿qué hará el árbitro? Para mi sorpresa, no hizo nada, y me pregunté si en este partido habríamos conseguido que aceptara nuestros términos de pago.

—¿No fue eso una infracción, o como quiera que ustedes lo llamen? —pregunté a mi compañero.

—¡Bah! —respondió él, sin sacar los ojos del partido—. Nadie se preocupa por *ese* tipo de cosas. Además el coyote ni lo vio.

Eso era cierto. El árbitro estaba muy lejos, y parecía que le costaba seguir el juego. Sus movimientos eran claramente trabajosos, y me tuvieron perplejo hasta que adiviné la razón. ¿Alguna vez vieron ustedes a un hombre tratando de correr con un chaleco a prueba de balas? Pobre diablo, pensé, con la compasión de un bribón por otro bribón; te estás ganando el soborno. Yo tenía mucho calor con sólo estar sentado.

Durante los primeros diez minutos fue un partido bastante limpio, y no creo que haya habido más de tres peleas. Los peruvianos erraron un gol por muy poco; la pelota fue sacada con tanta elegancia que el frenético aplauso de los aficionados panaguranos (que tenían una guardia especial de la policía y una sección fortificada del estadio para ellos solos) casi no fue abucheado. Comencé a sentirme

desilusionado. Caramba, si se cambiaba la forma de la pelota este podía ser un amable juego en mi tierra.

Por cierto que la Cruz Roja casi no tuvo trabajo hasta que transcurrió la mitad del partido; entonces tres perivianos y dos panaguranos (o puede haber sido a la inversa), se fundieron en una magnífica pelotera de la que sólo sobrevivió uno gracias a su propia fuerza. Los heridos fueron sacados del campo de batalla en medio de gran barahúnda, y el partido se interrumpió mientras llegaban los reemplazantes. Esto originó el primer incidente de importancia: los perivianos se quejaron porque los heridos del otro lado fingían para introducir reservas frescas. Pero el árbitro fue inexorable: los nuevos hombres salieron al campo y el ruido de fondo descendió apenas por debajo del umbral del dolor al recomenzar el partido.

Pronto los panaguranos hicieron un gol, y aunque ninguno de mis vecinos llegó a suicidarse, varios parecieron casi a punto de hacerlo. La transfusión de sangre nueva aparentemente había vigorizado a los visitantes y las cosas se presentaban malas para el equipo local. Sus oponentes estaban pasando la pelota con tanta habilidad que las defensas perivianas resultaban porosas como un tamiz. Si todo continúa así, me dije, el árbitro puede permitirse ser honesto; su bando ganará de todas formas. Y para ser

justo, yo no había visto todavía signo alguno de parcialidad.

No tuve que esperar mucho. El equipo local bloqueó un ataque que amenazaba a su meta, y un poderoso puntapié envió la pelota como un cohete hacia el otro extremo del campo. Antes que alcanzase la cúspide de su vuelo, el agudo silbato del árbitro detuvo el juego. Hubo una breve consulta entre árbitro y capitanes, que casi de inmediato derivó en un desorden. Abajo, en el campo, todo el mundo gesticulaba violentamente, y la multitud rugía su desaprobación.

—¿Qué sucede ahora? —pregunté quejumbrosamente.

—El árbitro dice que nuestro hombre estaba en posición adelantada.

—¿Pero cómo, si está delante de su propio arco?

—¡Shhh! —dijo el teniente, que se negaba a perder tiempo informándome. No me callo fácilmente, pero esta vez lo hice, y traté de entender yo solo las cosas. Parecía que el árbitro había dado un tiro libre a los panaguranos, y yo comprendía cómo se sentían todos.

La pelota voló por el aire describiendo una hermosa parábola, rozó el poste y entró a pesar del salto del guardameta. De la multitud surgió un

poderoso rugido de angustia, que luego murió abruptamente quedando en su sitio un silencio aún más impresionante. Fue como si un gran animal hubiera sido herido, y estuviera esperando el momento de la venganza. A pesar del sol, casi a plomo, sentí de pronto un escalofrío, como si hubiera soplado un viento helado. Ni por todas las riquezas de los Incas cambiaría de lugar con el hombre que sudaba en el campo, envuelto en su chaleco a prueba de balas.

Perdíamos dos a cero, pero aún había esperanzas; todavía no había terminado el primer tiempo, y podían suceder muchas cosas antes del fin del partido. Los peruvianos estaban heridos en su amor propio y ahora jugaban con una intensidad casi demoníaca, como hombres que han aceptado un desafío.

El nuevo espíritu pronto dio sus frutos. El equipo local anotó un gol impecable en un par de minutos y la multitud enloqueció de alegría. Ahora yo gritaba con todo el mundo, diciéndole al árbitro cosas que ni siquiera sabía que podía decir en español. Íbamos uno a dos, y cien mil personas rezaban y maldecían para que llegara el gol del empate.

El gol llegó cuando ya terminaba el primer tiempo. En un asunto de tan graves consecuencias

quiero ser perfectamente justo. La pelota pasó a uno de nuestros delanteros, quien corrió unos quince metros con ella, eludió a un par de defensas con un magnífico juego de pies y pateó limpiamente hacia el arco. Apenas había caído la pelota de la red cuando volvió a sonar el silbato.

¿Y ahora qué?, me pregunté. No podía anular *eso*.

Pero lo anuló. La pelota, al parecer, había sido tocada con la mano. Tengo muy buenos ojos y no vi tal cosa. De modo que honestamente no puedo culpar a los peruvianos por lo que sucedió después.

La policía logró mantener a la multitud fuera del campo, aunque durante un minuto la cosa estuvo fea. Los dos equipos se separaron, dejando desnudo el centro del campo, excepto por la tozuda y desafiante figura del árbitro. Quizá estaba pensando cómo escaparía del estadio, y se consolaba con el pensamiento que con la finalización del partido podría retirarse para siempre.

El agudo toque de clarín tomó a todos por sorpresa; a todos menos a los cincuenta mil hombres adiestrados que lo esperaban con creciente impaciencia. La arena quedó instantáneamente en silencio; tan en silencio que se oía el ruido del tránsito fuera del estadio. Otra vez el clarín sonó y, allá enfrente, la inmensa extensión se desvaneció en

un cegador mar de fuego.

Grité y me tapé los ojos; por un espantoso momento pensé en bombas atómicas y me preparé inútilmente para la explosión. Pero no hubo sacudidas; sólo el parpadeante velo de llamas que durante largos segundos me golpeó incluso a través de los párpados cerrados; luego el clarín sonó por tercera y última vez, esfumándose el velo de llamas con la misma rapidez con que había aparecido.

Todo estaba ahora como había estado antes, salvo por un detalle de menor importancia. En el sitio del árbitro había ahora un pequeño montón humeante de donde surgía una delgada columna de humo que se enroscaba en el apacible aire.

¿Qué había sucedido? Me volví hacia mi compañero, que estaba tan conmovido como yo.

—*Madre de Dios*<sup>[1]</sup> —le oí murmurar—, no sabía que haría *eso*.

El teniente no miraba la diminuta pira funeraria sino el hermoso programa de recuerdo, abierto sobre las rodillas. Y entonces, súbitamente, entendí.

Aun ahora, después que me explicaron todo, me cuesta todavía creer lo que vi con mis propios ojos. Fue tan simple, tan lógico... tan increíble.

¿Alguna vez han molestado ustedes a alguien apuntándole con un espejo de bolsillo a los ojos?

Supongo que todo niño lo ha hecho; recuerdo la vez que se lo hice a una maestra, y el consiguiente castigo. Pero nunca imaginé qué pasaría si cincuenta mil hombres bien adiestrados hicieran la misma travesura usando cada uno de ellos un reflector de papel de estaño de medio metro cuadrado.

Un amigo mío que tiene una mente matemática lo resolvió; no es que necesite más pruebas, pero siempre me gusta llegar al fondo de las cosas. Nunca supe, hasta entonces, cuánta energía hay en la luz solar: en cada metro cuadrado de superficie iluminada hay más de un caballo de fuerza. La mayor parte del calor que caía sobre un lado del gran estadio fue desviado hacia la pequeña superficie que ocupaba el difunto árbitro. Incluso si pensamos en todos los programas que no apuntaban correctamente, el árbitro debe haber interceptado un calor de por lo menos mil caballos de fuerza. No puede haber sentido mucho: fue como si lo hubieran tirado en un alto horno.

Estoy seguro que nadie, excepto don Hernando, sabía lo que iba a suceder; a sus bien instruidos fanáticos se les había dicho que el árbitro solamente sería cegado y puesto fuera de acción por el resto del partido. Pero también estoy seguro que nadie tuvo remordimientos. En Peruvia juegan al fútbol con



pasión.

Lo mismo sucede con la política. Mientras el partido continuaba hacia su ahora predecible final, bajo la benigna mirada de un nuevo juez comprensiblemente más dócil, mis amigos trabajaban intensamente. Cuando nuestro victorioso equipo salió del campo (el resultado final fue catorce a dos), todo estaba arreglado. Casi no hubo disparos y, cuando el Presidente dejó el estadio, cortésmente le informaron que tenía un asiento reservado en el vuelo matutino a Ciudad de México.

Como me dijo el general Sierra cuando subí al mismo avión que su anterior jefe:

—Dejamos que el ejército ganase el partido de fútbol y, mientras estaba ocupado, nosotros ganamos el país. Así todo el mundo está contento.

Aunque yo era demasiado cortés para exteriorizar mis dudas, no pude dejar de pensar que ésta era una actitud un tanto miope. Varios millones de panaguranos estaban por cierto muy disgustados y, tarde o temprano, vendría el ajuste de cuentas.

Sospecho que ese día no está muy lejano. La semana pasada un amigo mío, experto mundial en su especialidad pero que prefiere trabajar por cuenta propia bajo un nombre falso, me confió indiscretamente un problema.

—Joe —dijo—, ¿para qué demonios querrá alguien que yo le fabrique un cohete guiado que pueda caber dentro de un balón de fútbol?

# Perra estrella

Cuando oí los frenéticos ladridos de Laika, mi primera reacción fue de fastidio. Me di vuelta en la litera y murmuré medio dormido:

—Cállate, perra tonta.

Ese nebuloso intervalo duró apenas una fracción de segundo; luego desperté, y volvió el miedo. Miedo a la soledad, y miedo a la locura.

Por un momento no me atreví a abrir los ojos. La razón me decía que nunca perro alguno había puesto pie en ese mundo, que Laika estaba separada de mí por una distancia de casi cuatrocientos mil kilómetros y, más irremediablemente aún, por cinco años de tiempo.

—Has estado soñando —me dije enojado—. No seas tonto y abre los ojos: sólo verás la pintura de la pared.

Tenía razón, naturalmente. El pequeño camarote estaba vacío, la puerta herméticamente cerrada. Yo estaba solo con mis recuerdos, abrumado por esa profunda tristeza que nos inunda a menudo cuando un sueño feliz se desvanece y es sustituido por la monótona realidad. El sentimiento de pérdida era tan

desolador que tuve deseos de volver a dormir. Felizmente no lo conseguí, ya que en esos momentos dormir hubiese significado la muerte. Pero eso no lo supe hasta cinco segundos después, y durante esa eternidad estuve de vuelta en la Tierra, buscando consuelo en el pasado.

Nadie descubrió jamás el origen de Laika, aunque el personal del Observatorio hizo algunas averiguaciones y yo publiqué varios anuncios en los periódicos de Pasadena. La encontré —bolita de pelusa perdida y solitaria—, acurrucada a la orilla del camino una tarde de verano, subiendo hacia Palomar. Aunque nunca me han gustado los perros, ni algún otro animal, era imposible dejar a esa desvalida criatura a merced de los coches que pasaban. Con algunos escrúpulos, y deseando haber tenido un par de guantes, la alcé y la puse en el baúl. No estaba dispuesto a arriesgar la tapicería de mi nuevo Vik' 92, y pensé que allí podría hacer poco daño. En eso no acerté del todo.

Luego de estacionar el automóvil en el Monasterio (la residencia de los astrónomos, donde viviría durante la semana siguiente), inspeccioné el hallazgo sin demasiado entusiasmo. Hasta ese momento había tenido la intención de entregarla al portero, pero entonces la perrita gimió y abrió los

ojos. Había allí tal expresión de confianza y desamparo que..., bueno, cambié de opinión.

A veces lamenté esa decisión, aunque nunca durante mucho tiempo. No tenía idea de los problemas que, deliberada o inocentemente, podía ocasionar un perro mientras crece. Mis cuentas de limpieza y compostura subieron. Nunca podía estar seguro de encontrar un par de medias sano, o un ejemplar sin masticar de la *Revista de Astrofísica*. Pero con el tiempo, Laika llegó a comportarse correctamente en la casa y en el Observatorio. Debe haber sido el único perro al que se haya autorizado a entrar en la cúpula de doscientas pulgadas. Acostumbraba echarse tranquilamente en la sombra durante horas, mientras yo hacía arreglos en la jaula, satisfecha de oír mi voz de vez en cuando. Los otros astrónomos también le tomaron cariño (fue el viejo doctor Anderson quien sugirió su nombre), pero desde el principio fue mi perra, y no obedecía a nadie más. Lo que no significa que siempre me obedeciera a mí.

Era un hermoso animal, alsaciana en un noventa y cinco por ciento. Supongo que ese cinco por ciento que faltaba fue lo que los llevó a abandonarla. (Todavía me enfurezco cuando pienso en eso, pero ya que nunca conoceré los hechos podría estar sacando

conclusiones falsas.) Fuera de las dos manchas oscuras que tenía sobre los ojos, casi todo su cuerpo era de un gris ahumado, y su pelo suave como la seda. Cuando erguía las orejas parecía increíblemente inteligente y viva; a veces, mientras yo hablaba de tipos espectrales o de la evolución de las estrellas con mis colegas, costaba creer que no estaba siguiendo nuestra conversación.

Aun ahora no puedo comprender por qué se encariñó tanto conmigo, ya que entre los seres humanos tengo muy pocos amigos. Sin embargo, cuando volvía al Observatorio luego de una ausencia, Laika enloquecía de felicidad. Saltaba sobre las patas traseras y me ponía las manotas sobre los hombros (que alcanzaba fácilmente), mientras lanzaba chillidos de alegría que no parecían muy apropiados para una perra tan grande. Odiaba dejarla más que unos pocos días, y aunque no podía llevarla conmigo en viajes a ultramar me acompañaba en la mayoría de los viajes cortos. Estaba conmigo cuando viajé al norte para asistir a aquel malhadado seminario en Berkeley.

Nos alojábamos en casa de unos conocidos de la Universidad. Aunque se mostraron corteses, evidentemente no habían contado con la idea de tener un monstruo en la casa. No obstante les aseguré que

Laika jamás causaba el menor problema, y con un poco de mala gana le permitieron dormir en la sala.

—Esta noche no necesitan preocuparse de los ladrones —dije.

—No tenemos ladrones en Berkeley —respondieron algo fríamente.

En medio de la noche pareció que se habían equivocado. Me despertó un ladrido de Laika, histérico y agudo, que sólo le había oído en otra ocasión: la primera vez que vio una vaca y no lograba comprender qué demonios era eso. Maldiciendo, aparté las sábanas y me lancé tropezando en la oscuridad de la casa desconocida. Mi principal preocupación era silenciar a Laika antes que ella despertase a mis anfitriones..., siempre que no fuese ya demasiado tarde. Si había habido un intruso, seguramente no estaba ya. Por lo menos así lo esperaba.

Durante un momento me quedé junto al interruptor, en lo alto de las escaleras, preguntándome si debía moverlo. Entonces gruñí:

—¡Cállate, Laika! —e inundé el sitio de luz.

La perra estaba arañando la puerta frenéticamente, y se interrumpía de tanto en tanto para lanzar ese histérico gáñido.

—Si quieres salir —le dije enojado—, no hay

necesidad de hacer tanto escándalo.

Bajé, corrí el pestillo, y Laika salió disparada hacia la oscuridad como un cohete.

Era una noche tranquila y silenciosa, y la luna menguante luchaba tratando de traspasar la niebla de San Francisco. Me quedé allí, envuelto en la bruma luminosa, mirando por encima del agua las luces de la ciudad, esperando a que volviese Laika para castigarla como se merecía. Estaba todavía esperándola cuando, por segunda vez en el siglo XX, despertó de su sueño la Falla de San Andrés.

Lo extraño es que no me asusté..., al principio. Recuerdo que pensé dos cosas antes de darme cuenta del peligro. Se me ocurrió que los geofísicos deberían habernos prevenido de *alguna* forma. Y luego me encontré pensando, con gran sorpresa: «¡No sabía que los terremotos hacían tanto ruido!»

Fue entonces, quizás, cuando supe que ése no era un temblor común; preferiría no recordar lo que sucedió después... La Cruz Roja no me sacó de allí hasta bastante avanzada la mañana, porque me negaba a separarme de Laika. Al mirar la casa destrozada donde estaban los cadáveres de mis amigos comprendí que le debía la vida. Pero no podía esperar que los pilotos de los helicópteros entendieran eso, y tenían todo el derecho a pensar



que yo estaba loco, como tantos otros que habían encontrado extraviados entre los incendios y las ruinas.

Después de eso no creo que hayamos estado nunca separados más que unas pocas horas. Me han contado, y lo creo perfectamente, que empecé a mostrar cada vez menos interés en la compañía de los seres humanos, sin ser activamente insociable o misántropo. Las estrellas y Laika llenaban todas mis necesidades. Acostumbrábamos a dar largos paseos por las montañas; fue la época más feliz de mi vida. Sólo había un problema; yo sabía (pero Laika no) que eso tenía que terminar muy pronto.

Habíamos estado planeando el traslado durante más de una década. Ya por los años sesenta se había comprendido que la Tierra no era lugar para un observatorio astronómico. Hasta los pequeños instrumentos experimentales colocados en la Luna habían superado ampliamente a todos los telescopios que escudriñaban el espacio a través de la oscuridad y la niebla de la atmósfera terrestre. La historia del Monte Wilson, de Palomar, de Greenwich, y de los otros nombres famosos, llegaba a su fin; todavía serían utilizados para entrenamiento, pero la avanzada de las investigaciones debía trasladarse al espacio.

Yo tenía que trasladarme con ella; por cierto que ya me habían ofrecido el puesto de subdirector del Observatorio del Lado Oculto. En unos pocos meses podría solucionar problemas en los que había estado trabajando durante años. Más allá de la atmósfera yo sería como un ciego al cual repentinamente le devuelven la vista.

Era absolutamente imposible, por supuesto, llevar a Laika conmigo. Los únicos animales en la Luna eran los necesarios para fines experimentales; podría pasar una generación antes que se permitiesen animales domésticos, e incluso entonces costaría una fortuna trasladarlos allá..., y mantenerlos vivos. Dar a Laika su acostumbrado kilo diario de carne tomaría, calculé, varias veces mi bastante cómodo salario.

La elección era simple. Podía quedarme en la Tierra, y abandonar la carrera. O podía ir a la Luna..., y abandonar a Laika.

Después de todo era sólo una perra. En doce años estaría muerta, mientras que yo estaría llegando a la cúspide de mi profesión. Ningún hombre cuerdo lo hubiera dudado; y sin embargo yo dudé, y si ahora usted no comprende por qué, es inútil que trate de explicarlo.

Hacia el final dejé que las cosas corrieran solas.

Cuando llegó la semana de la partida, aún no había hecho planes para Laika. El doctor Anderson se ofreció para cuidarla, y yo acepté torpemente, casi sin agradecerle. El viejo físico y su mujer siempre la habían querido, y temo que me consideraron indiferente y cruel, cuando la verdad era exactamente lo opuesto. Salimos juntos para un último paseo por las colinas; luego la entregué silenciosamente a los Anderson, y no volví a verla.

El despegue fue postergado veinticuatro horas, hasta que una gran tormenta solar abandonó la órbita terrestre; aun así, los cinturones de Van Allen estaban todavía tan activos que tuvimos que salir por la Abertura del Polo Norte. Fue un vuelo feo; aparte del acostumbrado problema con la falta de gravedad, íbamos todos medio borrachos a causa de las drogas antirradiactivas. La nave ya estaba sobre el Lado Oculto antes que yo me interesara en el viaje, de modo que me perdí el espectáculo de la Tierra hundiéndose en el horizonte. No lo lamenté; no quería nada que me hiciese recordar; mi única intención era pensar en el futuro. No obstante, no podía sacudirme ese sentimiento de culpa; había abandonado a alguien que me amaba y confiaba en mí, y no era mejor que aquéllos que habían dejado sola a Laika cuando era una cachorrita, junto a la polvorienta carretera de

Palomar.

La noticia de su muerte me llegó un mes más tarde. No se conocía la causa; los Anderson habían hecho todo lo posible, y estaban muy disgustados. Parecía que Laika simplemente había perdido interés en vivir. Durante un tiempo creo que a mí me sucedió lo mismo, pero el trabajo es un calmante maravilloso, y mi programa se estaba cumpliendo. Aunque nunca olvidé a Laika, durante un corto período el recuerdo dejó de dolerme.

¿Entonces por qué había vuelto a perseguirme cinco años después, en el Lado Oculto de la Luna? Buscaba la razón cuando el edificio metálico se estremeció como bajo el impacto de un poderoso golpe. Reaccioné sin pensar, y ya estaba cerrando el casco de mi traje de emergencia cuando los cimientos cedieron y la pared se abrió con un breve grito de aire que escapa. Como había apretado automáticamente el botón de Alarma General, perdimos sólo dos hombres, a pesar del hecho que el temblor —el peor registrado en el Lado Oculto— resquebrajó las tres cúpulas a presión del Observatorio.

Es casi innecesario que yo diga que no creo en lo sobrenatural; todo lo que sucedió tiene una explicación perfectamente racional, obvia para

cualquier hombre que posea el más leve conocimiento de psicología. En el segundo terremoto de San Francisco, Laika no fue el único perro que presintió la cercanía del desastre: se informó de muchos casos semejantes. Y en el Lado Oculto mis propios recuerdos debieron haberme dado esa extrema sensibilidad cuando mi siempre despierto subconsciente detectó las primeras y débiles vibraciones.

La mente humana tiene formas extrañas y laberínticas de funcionar; conocía la señal que más rápidamente despertaría en mí el conocimiento del peligro. Eso es todo lo que pasó; aunque en cierto sentido se podría decir que Laika me despertó en ambas ocasiones, no hay ningún misterio en eso, ningún aviso milagroso a través del abismo que ni el hombre ni el perro pueden cruzar.

Si de algo estoy seguro es de eso. Y sin embargo, a veces me despierto en el silencio de la Luna, y deseo que el sueño hubiera durado unos segundos más. Así podría haber vuelto a mirar aquellos luminosos ojos pardos, rebosantes de un amor tan altruista y tan generoso como no he encontrado en ninguna parte de éste o de otros mundos.

## El camino al mar

Caían las primeras hojas de otoño cuando Durven se encontró con su hermano en el promontorio junto a la Esfinge Dorada. Dejando el volador entre los arbustos, a la orilla del camino, subió a la cima de la loma y miró el mar. Un viento amargo soplabá en los páramos, amenazando con heladas tempranas, pero abajo, en el valle, Shastar la Hermosa permanecía tibia y protegida en la medialuna de sus colinas. Sus desiertos muelles soñaban en la pálida, menguada luz solar, mientras el azul profundo del mar le lamía suavemente los flancos de mármol. Al mirar una vez más las calles y jardines obsesivamente familiares de su juventud, Durven sintió que su resolución se debilitaba. Le alegraba encontrarse allí con Hannar, a un kilómetro de la ciudad, y no entre los paisajes y sonidos que le recordarían su juventud.

Hannar era una diminuta mancha en la cuesta, subiendo con su habitual lentitud. Durven podría haberlo alcanzado en un momento con el volador, pero sabía que ese gesto no sería agradecido. Así que esperó a sotavento de la gran Esfinge, a veces caminando rápidamente de uno a otro lado para

mantenerse caliente. En una o dos ocasiones fue a la cabeza del monstruo y miró el rostro erguido pensativamente sobre la ciudad y el mar. Recordó cómo cuando niño en los jardines de Shastar había visto la forma agazapada sobre la línea del horizonte, y se había preguntado si estaba viva.

Hannar no parecía más viejo que en el último encuentro, veinte años antes. Su cabello todavía era oscuro, y su rostro no tenía arrugas, pues pocas cosas alteraban la tranquila vida de Shastar y de su pueblo. Parecía amargamente injusto, y Durven, canoso a causa de los años de trabajo infatigable, sintió un rápido espasmo de envidia.

Se saludaron breve pero afectuosamente. Luego Hannar caminó hacia la nave, posada en su lecho de brezos y encogidas matas de aulaga. Golpeó el curvo metal con el bastón y se volvió hacia Durven.

—Es muy pequeño. ¿Hiciste todo el viaje en eso?

—No; sólo desde la Luna. Vine del Proyecto en un vuelo regular; la nave era cien veces más grande que ésta.

—¿Y dónde está el Proyecto..., o no quieres que lo sepamos?

—No es un secreto. Estamos construyendo las naves en el espacio, más allá de Saturno, donde la inclinación gravitatoria del Sol es casi plana y se

necesita poco impulso para enviarlas fuera del Sistema Solar.

Hannar señaló con el bastón las aguas azules, los mármoles coloridos de las torrecillas, y las amplias calles de tránsito lento.

—¿Lejos de todo esto, hacia la oscuridad y la soledad? ¿En busca de qué?

Los labios de Durven se apretaron en una línea fina y decidida.

—Recuerda —dijo tranquilamente— que ya he pasado toda una vida fuera de la Tierra.

—¿Y eso te ha dado felicidad? —continuó Hannar despiadadamente.

Durven no habló durante un rato.

—Me ha dado más —respondió finalmente—. He utilizado mis poderes al máximo, y he saboreado triunfos que nunca podrás imaginar. El día que la Primera Expedición regresó al Sistema Solar, valió toda una vida en Shastar.

—¿Crees —preguntó Hannar— que construirán ciudades más hermosas que ésta bajo esos soles extraños, cuando hayan dejado nuestro mundo para siempre?

—Si sentimos la necesidad, sí. Si no, construiremos otras cosas. Pero debemos construir. ¿Y qué ha creado tu pueblo en los últimos cien años?



—No pienses que porque no hayamos construido máquinas, porque hayamos dado la espalda a las estrellas, conformándonos con nuestro propio mundo, hemos estado ociosos. Aquí en Shastar desarrollamos una forma de vida que no creo que haya sido superada jamás. Hemos estudiado el arte de vivir; la nuestra es la primera aristocracia sin esclavos. Ése es nuestro logro, por el que la historia nos juzgará.

—Te lo concedo —replicó Durven—, pero nunca olvides que tu paraíso fue construido por científicos que tuvieron que luchar como lo hicimos nosotros para convertir sus sueños en realidad.

—No siempre triunfaron. Los planetas los derrotaron una vez. ¿Por qué deben ser más hospitalarios los mundos de otros soles?

Era una buena pregunta. Luego de quinientos años el recuerdo del primer fracaso todavía era amargo. ¡Con cuántas esperanzas y sueños se había lanzado el hombre hacia los planetas, en los últimos años del siglo xx, para encontrarlos no sólo estériles y muertos sino ferozmente hostiles! Desde los lentos fuegos de los mares de lava de Mercurio a los pavorosos glaciares de nitrógeno sólido de Plutón, no había dónde pudiera vivir sin protección fuera de su propio mundo; y a su propio mundo, luego de un siglo de lucha infructuosa, había regresado.

Sin embargo, la visión no había muerto por completo; luego de abandonar los planetas, algunos todavía osaron soñar con las estrellas. De ese sueño nació al Impulso Trascendental, la Primera Expedición, y ahora el embriagador vino del éxito largamente postergado.

—Hay cincuenta estrellas de tipo solar a diez años de vuelo desde la Tierra —respondió Durven—, y casi todas ellas tienen planetas. Ahora creemos que la posesión de planetas es casi tan característica de una estrella de tipo G como su espectro, aunque no sabemos por qué. Así que la búsqueda de mundos como la Tierra estaba destinada a tener éxito a su debido tiempo; no creo que hayamos sido especialmente afortunados al encontrar tan pronto a Edén.

—¿Edén? ¿Es así como han llamado a vuestro nuevo mundo?

—Sí; parecía adecuado.

—¡Los científicos son unos románticos incurables! Quizás el nombre esté muy bien elegido; no toda la vida de aquel primer Edén fue propicia al Hombre, ¿recuerdas?

Durven sonrió fríamente.

—También eso depende del punto de vista —respondió, señalando a Shastar, donde comenzaban a

brillar las primeras luces—. Si nuestros antecesores no hubieran comido del Árbol del Conocimiento, nunca habrías tenido esto.

—¿Y qué supones que le sucederá a eso ahora? —preguntó Hannar amargamente—. Cuando hayan abierto el camino a las estrellas, toda la fuerza y el vigor de la raza se escaparán de la Tierra como de una herida abierta.

—No lo niego. Ha sucedido antes, y volverá a suceder. Shastar seguirá el camino de Babilonia y Cartago y Nueva York. El futuro está construido sobre los escombros del pasado. La sabiduría radica en enfrentar ese hecho, no en luchar contra él. He amado a Shastar tanto como tú; tanto que ahora, aunque nunca volveré a verla, no me atrevo a bajar una vez más a sus calles. Me preguntas qué le sucederá, y te lo diré. Lo que estamos haciendo ahora solamente apresurará el fin. Hace veinte años, cuando estuve aquí por última vez, sentí que el ritual sin objeto de vuestras vidas me arruinaba la voluntad. Pronto sucederá lo mismo en todas las ciudades de la Tierra, pues cada una de ellas imita a Shastar. Creo que el Impulso no ha sido prematuro; quizás me creerías si hubieras hablado con los hombres que volvieron de las estrellas, y sintieron la sangre bullir nuevamente en las venas luego de todos

estos siglos de sueño. Pues tu mundo está muriendo, Hannar; lo que tienes ahora podrás mantenerlo todavía durante siglos, pero al final se escurrirá entre tus dedos. El futuro nos pertenece; te dejaremos tus sueños. Nosotros también hemos soñado, y ahora vamos a convertir nuestros sueños en realidad.

La última luz caía sobre el rostro de la Esfinge mientras el sol se hundía en el mar y dejaba a Shastar en la noche pero no en la oscuridad. Las anchas calles eran ríos luminosos que llevaban infinidad de manchas animadas; las torres y los pináculos estaban adornados con luces de colores, y una débil música sonaba en el viento, mientras un bote de paseo se hacía lentamente a la mar. Sonriendo, Durven miró cómo se alejaba del curvo muelle. Hacía quinientos años o más que el último barco mercante había descargado sus mercancías, pero mientras hubiera mar los hombres continuarían navegándolo.

Poco quedaba por decir; y pronto Hannar quedó solo sobre la loma, la cara vuelta hacia las estrellas. Nunca más vería a su hermano; el sol, que por unas horas había desaparecido de su vista, pronto se desvanecería para siempre de la vista de Durven cuando éste se alejara en el abismo espacial.

Apacible, Shastar resplandecía a la orilla del mar. Para Hannar, lleno de presentimientos, el fin de

esa ciudad parecía ya inminente. Las palabras de Durven eran ciertas; el éxodo estaba a punto de comenzar.

Diez mil años antes, otros exploradores habían salido de las primeras ciudades de los hombres para descubrir nuevas tierras. Las habían encontrado y nunca habían vuelto, y el Tiempo había devorado sus hogares desiertos. Eso ocurriría con Shastar la Hermosa.

Apoyándose fuertemente en el bastón, Hannar bajó lentamente por la cuesta hacia las luces de la ciudad. La Esfinge miró desapasionadamente cómo su figura se desvanecía en la distancia y la oscuridad.

Todavía miraba cinco mil años después.

Brant aún no tenía veinte años cuando expulsaron a su pueblo de sus hogares y lo llevaron hacia el oeste a través de dos continentes y un océano, llenado el éter con gritos lastimeros de ofendida inocencia. El resto del mundo mostró por ellos poca compasión, pues sólo ellos eran culpables, y no podían pretender que el Consejo Supremo había actuado duramente. El Consejo les había enviado una docena de avisos preliminares y no menos de cuatro ultimátums absolutamente definitivos antes de actuar de mala

gana. Entonces, un día, una pequeña nave con un gran emisor acústico se había estacionado repentinamente a cuatrocientos metros sobre el pueblo y comenzado a emitir varios kilovatios de ruido puro. Luego de unas pocas horas los rebeldes capitularon y comenzaron a empacar sus cosas. La flota de transporte se había presentado una semana más tarde y los había llevado, protestando todavía, a sus nuevos hogares en el otro lado del mundo.

Y así se había cumplido la Ley, la Ley que disponía que ninguna comunidad podía permanecer en el mismo sitio por más de tres generaciones. La obediencia implicaba cambio, destrucción de tradiciones, y desarraigo de antiguos y muy amados hogares. Ése fue el propósito de la Ley cuando fue ideada, cuatro mil años atrás; pero el estancamiento que buscaba impedir no podía ser detenido por mucho tiempo. Un día no habría organización central para hacerla cumplir, y las aldeas diseminadas se quedarían donde estaban, hasta que el Tiempo las devorase como había hecho con las anteriores civilizaciones, de las cuales eran herederos.

Al pueblo de Chaldis le llevó tres meses enteros construir nuevos hogares, eliminar dos kilómetros cuadrados de bosques, plantar innecesarios frutos exóticos, cambiar el curso de un río, demoler una

colina que les ofendía la sensibilidad estética. Fue una labor impresionante, y todo se les perdonó cuando, poco después, el Supervisor local hizo una gira de inspección. Entonces Chaldis observó con gran satisfacción cómo los transportes, las máquinas excavadoras, y toda la parafernalia de una civilización móvil y mecanizada trepaba al cielo. Apenas se había apagado el ruido de su partida cuando, como un solo hombre, la aldea descansó una vez más en la pereza de la cual esperaba sinceramente que nada la sacase durante por lo menos otro siglo.

Brant había disfrutado bastante de toda la aventura. Lamentaba, naturalmente, haber perdido el hogar que había formado su niñez; y ahora nunca escalaría la orgullosa, solitaria montaña que había vigilado su aldea natal. No había montañas en esta tierra; solamente lomas y valles fértiles donde los bosques se habían extendido sin límite durante milenios, pues ya no existía la agricultura. Hacía más calor, también, que en el viejo país, pues estaban más cerca del ecuador y habían dejado atrás los feroces vientos del norte. En casi todos los aspectos el cambio era positivo; pero durante un año o dos, el pueblo de Chaldis sentiría un cómodo halo de martirio.

Estos asuntos políticos no preocupaban a Brant en lo más mínimo. Toda la extensión de la historia humana, desde la Edad Media hasta el futuro desconocido, era mucho menos importante, en ese momento, que el problema de Yradne y sus sentimientos hacia él. Se preguntó qué estaría haciendo Yradne, y trató de idear una excusa para ir a verla. Pero eso significaría encontrar a los padres de ella, quienes lo turbarían con la cordial simulación del hecho que su visita era simplemente social.

Decidió entonces ir a la herrería, aunque sólo fuera para verificar los movimientos de Jon. Lástima lo de Jon; habían sido muy buenos amigos hasta hacía poco tiempo. Pero el amor era el peor enemigo de la amistad, y hasta que Yradne eligiera entre ambos, no saldrían de un estado de armada neutralidad.

La aldea se extendía cerca de un kilómetro a lo largo del valle, las nuevas casas dispuestas en calculado desorden. Algunas personas caminaban por allí sin prisa o charlaban en pequeños grupos bajo los árboles. A Brant le pareció que todos lo seguían con la mirada y hablaban de él mientras pasaba. Suposición que, en realidad, era correcta. En una comunidad cerrada de menos de mil personas de gran inteligencia, la vida privada era imposible.



La herrería estaba en un claro, al extremo de la aldea, donde su desorden general causaría la menor molestia posible. Estaba rodeada de máquinas rotas y a medio desarmar, que el Viejo Johan no había llegado a arreglar. Uno de los tres voladores de la comunidad, las desnudas costillas expuestas al sol, estaba en el mismo sitio donde lo habían dejado semanas atrás con un pedido de reparación inmediata. El Viejo Johan lo arreglaría algún día, pero sin apuro.

La ancha puerta de la herrería estaba abierta, y del interior brillantemente iluminado salían los chillidos del metal, mientras las máquinas inventaban alguna nueva forma, siguiendo la voluntad de su amo. Brant se abrió paso cuidadosamente entre las atareadas esclavas, y salió a la relativa tranquilidad del fondo del taller.

El Viejo Johan estaba sentado en un sillón excesivamente cómodo, fumando una pipa y con el aspecto de no haber trabajado ni un solo día en toda su vida. Era un pulcro hombrecillo de barba puntiaguda, y sólo sus ojos inquietos y brillantes mostraban signos de animación. Se lo podía tomar por un poeta menor —que era lo que él mismo se creía— pero nunca por el herrero de la aldea.

—¿Buscas a Jon? —dijo el viejo entre pitadas—.

Anda por ahí, haciendo algo para esa joven. No entiendo qué ven en ella, ustedes dos.

Brant se ruborizó, y estaba a punto de responder cuando una de las máquinas empezó a hacer un potente ruido. El Viejo Johan salió como un rayo del cuarto, y durante un minuto se oyeron a través de la puerta unos extraños estrépitos, y golpes y palabrotas. Pero muy pronto el Viejo estuvo de vuelta en su sillón, sin duda esperando que no lo molestasen por un buen rato.

—Déjame decirte algo, Brant —continuó, como si no hubiera habido interrupción alguna—. En veinte años será exactamente igual a su madre. ¿Lo pensaste?

Brant no lo había pensado, y titubeó. Pero veinte años es una eternidad para la juventud; si podía tener a Yradne en el presente, que el futuro se las arreglase solo. Así le respondió a Johan.

—Allá tú —dijo el herrero cordialmente—. Supongo que si todos hubiéramos mirado tan lejos, el género humano habría muerto hace un millón de años. ¿Por qué no juegan un partido de ajedrez, como gente razonable, para decidir quién la tendrá primero?

—Brant haría trampas —respondió Jon, apareciendo súbitamente en la entrada, y llenándola casi completamente. Era un joven grande, fornido, en

contraste con su padre, y llevaba una hoja de papel cubierta de dibujos de ingeniería. Brant se preguntó qué tipo de regalo estaría construyendo para Yradne.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó, con curiosidad que estaba lejos de ser desinteresada.

—¿Por qué debería decírtelo? —preguntó Jon de buen humor—. Dame una buena razón.

Brant alzó los hombros.

—Estoy seguro que no es importante; sólo quería ser cortés.

—No exageres —dijo el herrero—. La última vez que fuiste cortés con Jon tuviste un ojo negro durante una semana. ¿Recuerdas? —Se volvió a su hijo, y dijo bruscamente—: Veamos esos dibujos, para que te diga por qué no puede hacerse eso.

El viejo examinó los bosquejos críticamente, mientras Jon mostraba crecientes signos de desasosiego. En seguida, Johan bufó con desaprobación y dijo:

—¿De dónde piensas sacar los componentes? Ninguno de ellos es producido en serie, y la mayoría son submicroscópicos.

Jon miró el taller alrededor, esperanzado.

—No son muchos —dijo—. Es un trabajo simple, y me preguntaba...

—... si te dejaría hacer un lío con los

integradores para tratar de construir las piezas. Bueno, ya veremos. Mi talentoso hijo, Brant, trata de probar que tiene cerebro además de músculos, construyendo un juguete que ha sido obsoleto durante unos cincuenta siglos. Espero que puedas hacer algo mejor que eso. Cuando yo tenía vuestra edad...

La voz y los recuerdos del Viejo Johan se perdieron en el silencio.

Yradne había entrado deslizándose entre el bullicio del taller y los observaba desde la puerta con una débil sonrisa entre los labios.

Es probable que si Brant y Jon hubieran tenido que describir a Yradne, habría parecido que estaban hablando de dos personas completamente diferentes. Existirían superficiales puntos de semejanza, por supuesto. Ambos habían coincidido en que su cabello era castaño, sus ojos grandes y azules, y su piel del más raro color: un blanco casi perlado. Pero a Jon le parecía una criatura frágil, para ser mimada y protegida; mientras que para Brant, su confianza en sí misma y su completa seguridad eran tan obvias que no esperaba serle útil alguna vez. Parte de esa diferencia en la actitud, se debía a los quince centímetros de altura y veinte de torso con que lo aventajaba Jon, pero principalmente nacía de causas psicológicas más profundas. La persona que uno ama

nunca existe: es una imagen proyectada por los lentes de la mente sobre la pantalla que produce la menor distorsión. Brant y Jon tenían ideales muy diferentes, y cada uno de ellos creía que Yradne los encarnaba. Esto a ella no la hubiera sorprendido en lo más mínimo pues pocas cosas la sorprendían.

—Voy al río —dijo—. Pasé a buscarte en el camino, Brant, pero habías salido.

Ése era un golpe para Jon, pero ella pronto igualó las cosas.

—Pensé que habrías salido con Lorayne o alguna otra chica, pero sabía que encontraría a Jon en casa.

Jon pareció muy poco complacido por esa afirmación tan inexacta y gratuita. Enrolló los dibujos y corrió a la casa, gritando feliz por encima del hombro:

—¡Espérenme; no tardaré!

Brant no apartó los ojos de Yradne mientras se balanceaba incómodamente de un pie al otro. En realidad, ella no había invitado a *nadie* para ir con ella, y hasta que lo echaran explícitamente, se mantendría en su lugar. Pero recordó un antiguo refrán que decía que si dos eran compañía, tres eran lo opuesto.

Jon regresó, resplandeciente en una asombrosa capa verde con explosiones diagonales de rojo a los

lados. Sólo un hombre muy joven podía usar algo así con éxito, y Jon lo lograba apenas. Brant se preguntó si tendría tiempo de ir a la casa y ponerse algo más sorprendente aún, pero ése sería un riesgo demasiado grande. Sería huir ante el enemigo; la batalla podría haber terminado antes que él consiguiera sus refuerzos.

—Toda una multitud —señaló el Viejo Johan—. ¿Les importaría si los acompañase? —Los muchachos se turbaron, pero Yradne lanzó una risa alegre que hizo difícil que el viejo sintiese antipatía hacia ella. Johan se quedó en la puerta un rato, sonriendo mientras ellos se alejaban entre los árboles y bajaban la larga pendiente cubierta de pasto que llevaba al río. Pero pronto sus ojos dejaron de seguirlos, y se perdió en los sueños más inútiles que pueda tener el hombre: los sueños de la perdida juventud. Pronto dio la espalda al sol, y ya sin sonreír se hundió en el atareado tumulto del taller.

Ahora el sol se elevaba hacia el norte, pasando el ecuador, los días pronto serían más largos que las noches, y el invierno estaba definitivamente en fuga. Las incontables aldeas del hemisferio se preparaban para recibir la primavera. Con la muerte de las

grandes ciudades y el retorno a los campos y los bosques, el hombre había retornado también a muchas de las antiguas costumbres, latentes durante mil años de civilización urbana. Algunas de esas costumbres habían sido revividas deliberadamente por los antropólogos e ingenieros sociales del tercer milenio, cuyo talento había preservado tantos modelos de conducta a través de los siglos. Así que el equinoccio de la primavera lo recibían todavía con rituales que, a pesar de toda su sofisticación, habían parecido menos extraños al hombre primitivo que al pueblo de las ciudades industriales cuyo humo había manchado una vez los cielos de la Tierra.

Los preparativos para el Festival de la Primavera eran siempre objeto de mucha intriga y disputas entre las aldeas vecinas. Aunque significaban la interrupción de toda otra actividad por lo menos durante un mes, cualquier aldea se sentía muy honrada si era elegida como huésped de las celebraciones. Por supuesto que no se esperaba que una comunidad recién instalada, que todavía se estaba recobrando de su transplante, tomara semejante responsabilidad. El pueblo de Brant, no obstante, había ideado una forma ingeniosa de recobrar el favor y de borrar la mancha de su reciente deshonra. En un radio de ciento cincuenta

kilómetros había otras cinco aldeas, y todas habían sido invitadas a Chaldis para el Festival.

La invitación había sido redactada cuidadosamente. Sugería delicadamente que, por razones obvias, Chaldis no podía preparar un ceremonial tan elaborado como hubiera querido; esto significaba que si los invitados deseaban realmente divertirse, sería mejor que fueran a otra parte. Chaldis esperaba, como mucho, una sola presencia, pero la curiosidad de los vecinos venció su sentimiento de superioridad moral. Todos aceptaron encantados; y ahora Chaldis no podía evadir su responsabilidad.

En el valle no había noche, y se dormía poco. Por encima de los árboles, muy alta, ardía una fila de soles artificiales, con un constante brillo blanco azulado, que desterraba a las estrellas y a la oscuridad, desquiciando la natural rutina de todas las criaturas salvajes kilómetros a la redonda. Durante días cada vez más largos y noches cada vez más cortas, hombres y máquinas luchaban para terminar el gran anfiteatro, necesario para recibir a unas cuatro mil personas. En un sentido, al menos, eran afortunados: en ese clima no hacía falta techo o calefacción. En la tierra que habían dejado de tan mala gana, la nieve cubriría aún el suelo hasta fines



de marzo.

El gran día, el estruendo de la flota aérea despertó temprano a Brant. Se desperezó, cansado, dudando si acostarse de nuevo, y luego se vistió. Un puntapié a un conmutador escondido y el rectángulo de dúctil caucho espumoso, dos centímetros bajo el nivel del piso, fue completamente cubierto por una lámina plástica que salió de la pared. No había sábanas de las cuales preocuparse, porque el cuarto se mantenía automáticamente a la temperatura del cuerpo. En muchos sentidos la vida de Brant era más fácil que la de sus remotos antepasados, gracias a los esfuerzos incesantes y casi olvidados de cinco mil años de ciencia.

La luz que entraba a través de una pared traslúcida iluminaba suavemente el cuarto, increíblemente desprolijo. El único espacio libre en el suelo era el que ocultaba la cama, y quizá habría que limpiarlo otra vez al anochecer. Brant era un gran atesorador, y odiaba tirar cosa alguna, característica bastante inusual en un mundo donde pocas cosas tenían valor, pues podían ser fabricadas fácilmente. Pero los objetos que Brant juntaba no eran los que los integradores acostumbraban a crear. En un rincón había un pequeño tronco de árbol, apoyado contra la pared, parcialmente tallado en forma vagamente

antropomórfica. Esparcidos en el suelo se veían grandes trozos de piedra arenisca y mármol esperando el momento en que Brant decidiera trabajarlos. Las paredes estaban completamente cubiertas de pinturas, la mayoría abstractas. Se necesitaba poca inteligencia para deducir que Brant era un artista; pero no era tan fácil decidir si era un artista bueno.

Caminó entre los escombros y fue a buscar comida. No había cocina; algunos historiadores sostenían que había sobrevivido hasta el 2500 d. C., pero mucho antes la mayoría de las familias hacía sus propias comidas tan frecuentemente como sus ropas. Brant entró en la sala principal y se acercó a una caja metálica colocada en la pared a la altura del pecho. En el centro había algo familiar a cualquier ser humano de los últimos cinco siglos: un dial de diez números. Brant llamó a un número de cuatro cifras, y esperó. No sucedió absolutamente nada. Algo molesto, apretó un botón oculto, y el frente del aparato se abrió, mostrando un interior donde, según todas las reglas, debería haber un apetitoso desayuno. Estaba completamente vacío.

Brant podía llamar a la máquina central de alimentación y pedir que le explicaran lo sucedido, pero probablemente no obtendría respuesta. Lo que

había pasado era obvio: el departamento de provisiones estaba tan ocupado preparándose para el sobrepeso del día que tendría suerte si conseguía algo de desayuno. Despejó el circuito y probó otra vez con un número poco usado. Esta vez hubo un suave zumbido, un chasquido sordo, y las puertas se deslizaron mostrando una taza donde había una bebida oscura y humeante, unos sandwiches poco alentadores y una gran tajada de melón. Arrugando la nariz, y preguntándose cuánto tiempo tardaría la humanidad en deslizarse de nuevo hacia la barbarie, Brant engulló rápidamente el desayuno substitutivo.

Los padres de Brant dormían todavía cuando salió silenciosamente de la casa hacia la amplia plaza cubierta de césped, en el centro de la aldea. Era aún muy temprano, y el aire estaba frío, pero el día era diáfano y hermoso, con esa frescura que raramente queda después del rocío. Sobre el césped, varias naves vomitaban pasajeros que se reunían en círculos o salían en distintas direcciones, a mirar a Chaldis con ojos críticos. Mientras Brant miraba, una de las máquinas despegó rápidamente hacia el cielo, dejando un débil rastro de ionización. Un momento después la siguieron las otras; sólo podían transportar unas pocas docenas de pasajeros, y deberían hacer varios viajes antes que finalizara el

día.

Brant caminó hasta donde estaban los visitantes, tratando de parecer seguro de sí mismo aunque no tan distante como para desalentar todo contacto. La mayoría de aquellos extranjeros eran de su edad; los mayores llegarían a una hora más razonable.

Lo miraban con una curiosidad franca, que él devolvía con interés. Notó que la piel de ellos era mucho más oscura que la suya, y las voces más suaves y menos moduladas. Algunos tenían un poco de acento, pues a pesar de un lenguaje universal y de la comunicación instantánea existían aún variaciones regionales. Por lo menos Brant supuso que eran ellos quienes tenían acento; pero una o dos veces notó que sonreían cuando él hablaba.

Durante toda la mañana los visitantes se reunieron en la plaza y caminaron hasta la gran arena cruelmente recortada en el bosque. Había allí carpas y brillantes banderas, y muchos gritos y risas, pues la mañana era para la alegría de los jóvenes. Aunque Atenas (como un faro que se consume lentamente pero que no muere) había sido arrastrada por el río del tiempo durante diez mil años, las pautas deportivas apenas si habían cambiado desde aquellos primeros días olímpicos. Los hombres todavía corrían y saltaban y luchaban y nadaban; pero lo

hacían mucho mejor que sus antepasados. Brant era bueno en carreras de distancias cortas, y lograba finalizar tercero en los cien metros. Su tiempo estaba justo sobre los ocho segundos, lo que no era demasiado bueno, pues el récord era menos de siete. A Brant le hubiera sorprendido mucho saber que hubo una época en la que nadie en el mundo podría haber alcanzado esa cifra.

Jon se divertía mucho, tirando a jóvenes incluso más grandes que él sobre el paciente césped, y cuando se sumaron los resultados de la mañana Chaldis tenía más puntos que cualquiera de los visitantes, aunque había sido primero en pocos eventos.

Al acercarse el mediodía la multitud empezó a fluir como una ameba hacia el Claro de los Cinco Robles, donde los sintetizadores moleculares habían estado trabajando desde las primeras horas, para cubrir cientos de mesas con comida. Se había invertido mucho talento en preparar los prototipos, reproducidos con absoluta fidelidad hasta el último átomo; pues aunque la mecánica de la producción de alimentos había cambiado completamente, el arte del chef sobrevivía aún, logrando incluso victorias en las cuales la Naturaleza no participaba.

La principal atracción de la tarde era un largo

drama poético: un pastiche armado con considerable habilidad a partir de las obras de poetas cuyos mismos nombres estaban olvidados desde hacía siglos. Brant lo encontró aburrido, aunque algunos hermosos versos quedaron en su memoria:

*Pues las lluvias y ruinas del invierno han pasado,  
y todas las estaciones de nieves y pecados...*

Brant conocía la nieve, y se alegraba de haberla dejado. El pecado, no obstante, era una palabra arcaica, fuera de uso desde hacía ya tres o cuatro mil años, pero que tenía una connotación siniestra y emocionante.

No encontró a Yradne casi hasta el crepúsculo, cuando había comenzado el baile. Por encima del valle ardían ahora unas luces flotantes, inundando los bosques de cambiantes dibujos azules, rojos y dorados. En grupos de dos, y tres, y luego en docenas y cientos, los bailarines salieron al gran óvalo del anfiteatro, y lo transformaron en un mar de alegres y giratorias formas. En esto, por lo menos, Brant podía vencer completamente a Jon, y se dejó arrastrar por la marea del puro goce físico.

La música abarcaba todo el espectro de la cultura

humana. En un momento el aire vibró con el latido de tambores que podían haber llamado desde alguna jungla primitiva cuando el mundo era joven; y poco, después sutiles instrumentos electrónicos tejían intrincadas tapicerías de cuartos de tono. Las estrellas miraban pálidamente desde lo alto, cruzando el cielo, pero nadie las veía y nadie pensaba en el paso del tiempo.

Brant bailó con muchas jóvenes antes de encontrar a Yradne. Estaba muy hermosa, rebotante de alegría, y no demostraba ningún apuro en reunirse con él, cuando había tantos otros para elegir. Pero finalmente danzaron juntos en el remolino, y Brant sintió no poco placer pensando que Jon estaba quizá mirando con rabia desde lejos.

Salieron del baile durante una pausa de la música, porque Yradne anunció que estaba algo cansada. Eso a Brant le vino muy bien, y pronto estuvieron sentados bajo uno de los grandes árboles observando el flujo y reflujo de la vida alrededor, con la displicencia que aparece en momentos de completa tranquilidad.

Fue Brant quien rompió el encanto. Era necesario y podía pasar mucho tiempo antes que apareciera otra oportunidad.

—Yradne —dijo—, ¿por qué me has estado

evitando?

Ella lo miró con ojos grandes e inocentes.

—Oh, Brant —respondió—, qué injusto eres. ¡Sabes que eso no es cierto! Ojalá no fueras tan celoso; no puedes esperar que yo te siga *todo* el tiempo.

—¡Oh, está bien! —dijo Brant débilmente, preguntándose si se estaría comportando como un tonto. Pero ahora que había comenzado podía seguir.

—Sabes, *algún* día tendrás que decidir entre nosotros. Si continúas postergándolo quizás te quedas sola como tus dos tías.

Yradne soltó una risa cantarina, y sacudió la cabeza, muy divertida por la idea que alguna vez podía ser vieja y fea.

—Aunque tú seas demasiado impaciente —replicó—, creo que puedo confiar en Jon. ¿Has visto lo que me regaló?

—No —dijo Brant, con el corazón oprimido.

—¡Pero qué poco observador eres! ¿No has notado este collar?

Sobre el pecho, Yradne llevaba gran cantidad de joyas, suspendidas de la nuca por una delgada cadena de oro. Era un pendiente muy fino, pero no tenía nada de especial, y Brant no perdió tiempo en decir eso. Yradne sonrió misteriosamente, llevando los dedos



hacia el cuello, instantáneamente el aire fue invadido por la música, que primero se mezcló con la del baile y luego la cubrió completamente.

—Ves —dijo orgullosamente—, dondequiera que vaya ahora, tendré música conmigo. Jon dice que hay aquí tantos miles de horas de música que cuando se repita no lo sabré. ¿No es ingenioso?

—Quizás —dijo Brant de mala gana—, pero no es exactamente nuevo. En otra época todos acostumbraban llevarlo, hasta que no hubo silencio en parte alguna de la Tierra y tuvieron que prohibirlos. ¡Piensa qué caos si todos lo tuviéramos!

Enojada, Yradne se apartó de él.

—Otra vez el mismo; siempre celoso de algo que tú no puedes hacer. ¿Qué me has dado tú donde haya la mitad del talento o la utilidad de esto? ¡Me voy, y no trates de seguirme!

Brant quedó boquiabierto mirando cómo ella se alejaba, desconcertado por la violencia de esa reacción. Luego la llamó:

—¡Yradne, no quería...!

Pero ella ya se había ido.

Brant salió del anfiteatro de muy mal humor. Racionalizar la causa del estallido de Yradne no lo ayudaba en absoluto. Sus observaciones, aunque despechadas, eran ciertas, y a veces no hay nada más

molesto que la verdad. El regalo de Jon era un juguete ingenioso pero trivial, interesante tan sólo porque ahora era único.

Todavía sentía rabia por algo que ella le había dicho. ¿Qué le había dado a Yradne? Él no tenía más que las pinturas, y realmente no eran muy buenas. Ella no había mostrado ningún interés en esas pinturas cuando le ofreció algunas de las mejores, y fue muy difícil explicarle que no era un pintor de retratos y que preferiría no hacer un retrato suyo. Yradne nunca había comprendido eso, y había sido muy delicado no herir sus sentimientos. A Brant le gustaba inspirarse en la Naturaleza, pero nunca copiaba lo que veía. Cuando uno de sus cuadros estaba terminado (lo que sucedía a veces) el título era a menudo la única pista de la fuente de inspiración.

La música del baile aún vibraba alrededor, pero Brant había perdido el interés. Ver a otras personas que se divertían era más de lo que podía soportar. Decidió alejarse de la multitud, y el único lugar apacible que pudo recordar, fue río abajo, donde terminaba la brillante alfombra de musgo fosforescente que atravesaba el bosque.

Se sentó a la orilla del agua, tirando ramitas a la corriente y mirando cómo se alejaban río abajo. De

vez en cuando pasaban por allí otros ociosos, pero generalmente iban en parejas y no le prestaban atención. Brant los miraba con envidia, y pensaba con amargura en el insatisfactorio estado de sus asuntos.

Casi sería mejor, pensó, que Yradne eligiera a Jon y acabara así con sus sufrimientos. Pero ella no parecía preferir a ninguno de los dos. Quizás simplemente se divertía a costa de ellos, como decía alguna gente, especialmente el Viejo Johan; aunque también era probable que se sintiese de veras incapaz de elegir. Lo que faltaba, pensó Brant morosamente, era que uno de ellos hiciera algo realmente espectacular, imposible de igualar para el otro.

—Hola —dijo una voz suave detrás de él. Brant volvió la cabeza y miró por encima del hombro. Una niña de unos ocho años lo miraba fijo, la cabeza ligeramente inclinada, como un gorrión curioso.

—Hola —respondió Brant sin entusiasmo—. ¿Por qué no miras el baile?

—¿Y tú por qué no estás allí? —replicó ella rápidamente.

—Me siento cansado —dijo Brant esperando que ésa fuera una excusa adecuada—. No deberías correr sola por ahí. Podrías perderte.

—Estoy perdida —respondió la niña, feliz,

sentándose en la orilla, a su lado—. Me gusta.

Brant se preguntó de qué aldea sería. Era una hermosa criatura, aunque habría sido más hermosa todavía con menos chocolate en la cara. Parecía que la soledad de Brant había terminado.

La niña lo miró con esa desconcertante franqueza que, quizás afortunadamente, rara vez sobrevive a la infancia.

—Yo sé lo que te pasa —dijo súbitamente.

—¿Sí? —preguntó Brant con cortés escepticismo.

—¡Estás enamorado!

Brant dejó caer la rama que estaba a punto de tirar al río, y se volvió para mirar a su interlocutora. Ella lo observaba con una compasión tan solemne que toda la piedad que Brant sentía por sí mismo se deshizo de pronto en una carcajada. Eso pareció lastimar a la niña, y él se controló rápidamente.

—¿Cómo te diste cuenta? —preguntó Brant con gran seriedad.

—He leído sobre el asunto —replicó solemnemente—. Y una vez vi una película en la que había un hombre que bajaba al río y se sentaba allí igual que tú, y luego se arrojaba a él. Entonces se oía una música muy hermosa.

Brant miró pensativamente a esa niña precoz, y se sintió aliviado del hecho que no perteneciera a su

propia comunidad.

—Lamento no poder arreglar lo de la música — dijo gravemente—, pero de cualquier forma el río no es suficientemente hondo.

—Lo es más lejos —fue la servicial respuesta—. Esto es tan sólo un riachuelo; no crece hasta que deja los bosques. Lo vi desde el volador.

—¿Cómo es allí? —preguntó Brant, agradecido porque la conversación hubiera tomado un giro más inocuo. ¿Llega al mar?

La niña lanzó un disgustado resoplido, poco apropiado para una dama.

—Claro que no, tonto. Todos los ríos de este lado de las colinas desembocan en el Gran Lago. Sé que es tan grande como un mar, pero el *verdadero* mar está del otro lado de las colinas.

Brant sabía muy poco acerca de los detalles geográficos de su nuevo hogar, pero comprendió que la niña tenía razón. El océano estaba a menos de treinta kilómetros al norte, pero separado de ellos por una barrera de colinas bajas. Ciento cincuenta kilómetros tierra adentro se extendía el Gran Lago que llevaba vida a las tierras que habían estado desiertas antes que los ingenieros geólogos hubieran remodelado ese continente.

La niña-genio estaba haciendo un mapa con

ramitas y explicando pacientemente esos asuntos a su perezoso alumno.

—Aquí estamos nosotros —dijo—, y aquí está el río, y las colinas, y el lago está allá junto a tu pie. El mar se extiende por aquí..., y te contaré un secreto.

—¿Qué es?

—¡Nunca lo adivinarías!

—Supongo que no.

La voz de la niña se convirtió en un susurro confidencial.

—Si sigues la costa, que no está muy lejos de aquí, llegarás a Shastar.

Brant trató de parecer impresionado, pero no lo logró.

—¡Jamás escuchaste ese nombre! —gritó la niña, profundamente desilusionada.

—Lo lamento —replicó Brant—. Supongo que fue una ciudad, y oí hablar de ella en alguna parte. Pero existieron tantas, ¿sabes? Cartago y Chicago y Babilonia y Berlín. No puedo recordarlas a todas. Igual ya no existen.

—Shastar sí. Todavía está allí.

—Bueno, algunas de las últimas todavía están en pie, más o menos, y la gente las visita a menudo. A unos ochocientos kilómetros de mi antiguo hogar hubo una vez una gran ciudad, llamada...

—Shastar no es *cualquier* ciudad antigua — interrumpió la niña misteriosamente—. Mi abuelo me contó: él estuvo allí. No ha sido arruinada en absoluto, y todavía está llena de cosas maravillosas que ya nadie tiene.

Brant sonrió para sí mismo. Las ciudades desiertas de la Tierra habían originado leyendas durante siglos. Haría cuatro —no, cerca de cinco— mil años que había sido abandonada Shastar. Si sus edificios se mantenían aún en pie, seguramente ya no quedaba nada de valor en ellos. Parecía que el abuelo había estado inventando algunos cuentos de hadas para entretener a la criatura. Tenía toda la simpatía de Brant.

Sin advertir el escepticismo del muchacho, la niña siguió parloteando. Brant le prestaba poca atención, intercalando un cortés «sí» o «imagínate eso» según la ocasión. De repente, silencio.

Alzó los ojos y vio que su compañera observaba con gran disgusto la avenida de árboles que dominaba el paisaje.

—Adiós —dijo la niña, abruptamente—. Tengo que esconderme en otra parte: ahí viene mi hermana.

Se fue tan súbitamente como había llegado. Para su familia debe ser difícil cuidarla, pensó Brant. Pero le había hecho un favor disipándole la melancolía.

En pocas horas comprendió que había hecho mucho más que eso.

Simon estaba apoyado contra la jamba de la puerta, mirando pasar la gente, cuando llegó Brant buscándolo. El mundo aceleraba cuando tenía que pasar frente a la puerta de Simon, pues éste era un conversador infatigable, y una vez que atrapaba a una víctima no había escape durante una hora o más. Era muy raro que alguien se dirigiera voluntariamente a sus garras, como Brant ahora.

El problema de Simon era que tenía una mente de primera clase, y era demasiado haragán para usarla. Quizás habría sido más afortunado si hubiera nacido en un siglo más enérgico; todo lo que había podido hacer en Chaldis era afilar el ingenio a costa de otra gente, ganando por eso más fama que popularidad. Pero era indispensable, pues constituía un almacén de conocimientos, en su mayor parte muy exactos.

—Simon —comenzó Brant sin preámbulos—. Quiero aprender algo sobre esta región. Los mapas no me dicen mucho; son demasiado nuevos. ¿Qué había aquí en los viejos tiempos?

Simon se rascó la áspera barba.

—No creo que fuera demasiado diferente. ¿A



cuánto tiempo atrás te refieres?

—Oh, a la época de las ciudades.

—No había tantos árboles, por supuesto. Ésta fue probablemente una zona agrícola utilizada para producir alimentos. ¿Viste la máquina de labranza que desenterraron cuando se construyó el anfiteatro? Debe haber sido muy antigua; ni siquiera era eléctrica.

—Sí —dijo Brant impacientemente—. La vi. Pero dime algo sobre las ciudades de la región. De acuerdo con el mapa hubo un lugar llamado Shastar unos cientos de kilómetros al oeste, sobre la costa. ¿Sabes algo de eso?

—Ah, Shastar —murmuró Simon, haciendo tiempo—. Un lugar muy interesante; creo que incluso tengo una foto en alguna parte. Espera un momento, voy a ver.

Simon desapareció dentro de la casa unos cinco minutos. En ese tiempo efectuó una búsqueda intensiva en la biblioteca, aunque un hombre de la época de los libros difícilmente lo hubiera adivinado. Todos los archivos que Chaldis poseía estaban en una caja fuerte metálica de un metro de largo; contenía, encerrado perpetuamente en moldes subatómicos, el equivalente a mil millones de volúmenes impresos. Casi todos los conocimientos

de la humanidad, y toda la literatura sobreviviente, se escondían allí.

No era un simple almacén de sabiduría, pues tenía una bibliotecaria. Simon hizo su pedido a la incansable máquina y, capa por capa, comenzó la búsqueda a través de una red casi infinita de circuitos. Llevó sólo una fracción de segundo localizar la información que necesitaba, pues había dado el nombre y la fecha aproximada. Entonces descansó bajo una suave autohipnosis, mientras las imágenes mentales le inundaban el cerebro. El conocimiento permanecería en su posesión unas pocas horas solamente —el tiempo que lo necesitaba— y luego se desvanecería. Simon no deseaba alborotar su bien organizado cerebro con minucias, y para él toda la historia del apogeo y la caída de las grandes ciudades era una digresión histórica sin importancia. Era un episodio interesante, aunque lamentable y pertenecía a un pasado irreparablemente muerto.

Brant esperaba pacientemente cuando salió Simon con aspecto de sabio.

—No pude encontrar ninguna foto —dijo—. Mi mujer ha estado ordenando otra vez. Pero te diré lo que puedo recordar sobre Shastar.

Brant se instaló lo más cómodamente que pudo;

era probable que tuviera que quedarse allí durante un tiempo.

—Shastar fue una de las últimas ciudades que construyó el hombre. Ya sabes que las ciudades aparecieron muy tarde en la cultura humana: hará unos doce mil años. Crecieron en número e importancia durante varios miles de años, hasta que finalmente algunas alojaron a millones de personas. Es muy difícil para nosotros imaginar lo que debió haber sido vivir en lugares semejantes: desiertos de acero y piedra sin una brizna de césped en kilómetros. Pero eran necesarias antes que los transportes y las comunicaciones fueran perfeccionados, y las personas tenían que vivir las unas cerca de las otras para llevar a cabo las complicadas operaciones de comercio y fabricación de las cuales dependían sus vidas.

»Las ciudades realmente grandes comenzaron a desaparecer cuando el transporte aéreo se volvió universal. La amenaza de ataque en aquellos días lejanos y bárbaros ayudó también a dispersarlas. Pero durante largo tiempo...

—Yo estudié la historia de ese período — interrumpió Brant, no muy verazmente—. Sé todo sobre...

—... durante largo tiempo fueron muchas las

ciudades pequeñas unidas por vínculos más bien culturales que comerciales. Tenían poblaciones de varios miles y duraron siglos luego de la muerte de las gigantes. Es por esa razón que Oxford y Princeton y Heidelberg todavía significan algo para nosotros, mientras que ciudades mayores no son más que nombres. Pero incluso éstas estuvieron condenadas cuando la invención del integrador hizo posible que cualquier comunidad, por pequeña que fuese, pudiera fabricar sin esfuerzo lo que necesitaba para la vida civilizada.

»Shastar fue edificada cuando ya no había más necesidad, técnicamente, de ciudades, pero antes que la gente comprendiera que la cultura de las ciudades estaba llegando a su fin. Parece haber sido una obra de arte concebida y diseñada como un todo, y aquéllos que la habitaron fueron en su mayoría artistas. Pero no duró mucho; lo que finalmente la mató fue el éxodo.

Simon calló súbitamente, como si pensara con melancolía en aquellos siglos tumultuosos, cuando se había abierto el camino a las estrellas y el mundo se dividió en dos. A lo largo de ese camino se había ido la flor de la raza, dejando al resto detrás; y luego pareció que la historia había llegado a su fin en la Tierra. Durante mil años o más, los exiliados

regresaron fugazmente al Sistema Solar, ansiosos de hablar sobre soles extraños y planetas lejanos, y del gran imperio que algún día abarcaría toda la galaxia. Pero hay abismos que ni siquiera las naves más veloces pueden cruzar; y un abismo semejante se estaba abriendo ahora entre la Tierra y sus errantes criaturas. Tenían cada vez menos en común. Las naves regresaban cada vez con menos frecuencia, hasta que por fin pasaron generaciones enteras entre las visitas del exterior. Simon no había oído de ninguna por lo menos durante los últimos trescientos años.

No era habitual tener que aguijonear a Simon para que hablara. Brant señaló:

—De todas formas estoy más interesado en el lugar mismo que en su historia. ¿Crees que todavía está en pie?

—Estaba a punto de llegar a eso —dijo Simon, volviendo de sus sueños con un sobresalto—. Por supuesto que sí; construían bien en esa época. ¿Pero por qué estás tan interesado, se puede saber? ¿Habrás desarrollado repentinamente una abrumadora pasión por la arqueología? ¡Oh, creo que entiendo!

Brant comprendió la inutilidad de esconderle algo a un chismoso profesional como Simon.

—Tenía la esperanza —dijo a la defensiva— que

todavía hubiera cosas allí que valiera la pena ir a buscar, incluso después de todo este tiempo.

—Quizás —dijo Simon dubitativamente—. Debo visitarla algún día. Está casi en la puerta. ¿Pero cómo te las arreglarás? La aldea difícilmente te prestará un volador. Y no puedes ir caminando. Te llevaría por lo menos una semana llegar allí.

Pero eso era exactamente lo que Brant pensaba hacer. Como tuvo cuidado en señalar a casi todo el mundo en la aldea durante los días siguientes: una cosa no valía la pena si no se hacía de la forma difícil. No había nada como hacer una virtud de una necesidad.

Brant realizó los preparativos en un secreto sin precedentes. No deseaba ser demasiado explícito en cuanto a sus planes, por si alguna de las doce personas que tenía derecho a usar uno de los voladores de Chaldis decidía ver a Shastar primero. Que eso sucediese era naturalmente cuestión de tiempo, pero la febril actividad de los últimos meses había impedido ese tipo de exploraciones. Nada sería más humillante que entrar tambaleándose a Shastar luego de una semana de viaje, sólo para ser fríamente saludado por un vecino que había hecho la

excursión en diez minutos.

Por otro lado, era igualmente importante que la aldea en general, e Yradne en particular, comprendieran que estaba realizando un esfuerzo excepcional. Sólo Simon sabía la verdad, y de mala gana aceptó callarse por el momento. Brant esperaba haber distraído la atención de su objetivo verdadero, mostrando gran interés en el territorio al *este* de Chaldis, que también contenía varias reliquias arqueológicas de cierta importancia.

Era sorprendente la cantidad de comida y equipo que se necesitaba para una ausencia de dos o tres semanas, y los primeros cálculos lo arrojaron a un estado de profunda tristeza. Durante un tiempo pensó incluso en pedir prestado un volador, pero seguramente su pedido sería rechazado, y eso frustraría la finalidad de la empresa. Y sin embargo casi le resultaba imposible llevar todo lo que necesitaba para la excursión.

La solución hubiera sido obvia en una era menos mecanizada, pero Brant tardó algún tiempo en pensarla. La máquina voladora había matado todas las formas de transporte por tierra salvo una, la más antigua y versátil de todas; la única que se perpetuaba a sí misma y se las podía arreglar muy bien, como lo había hecho ya antes, sin ayuda alguna

de parte del hombre. Chaldis poseía seis caballos, un número más bien pequeño para una comunidad de ese tamaño. En algunas aldeas había más caballos que seres humanos, pero el pueblo de Brant, viviendo en una región salvaje y montañosa, había tenido muy pocas oportunidades de hacer equitación. El mismo Brant había montado a caballo sólo dos o tres veces en su vida, por brevísimos períodos.

El semental y las cinco yeguas estaban a cargo de Treggor, un hombrecillo que no tenía otro interés en la vida que los animales. No era uno de los intelectos sobresalientes de Chaldis, pero parecía muy feliz manejando su zoológico privado, el cual incluía perros de formas y tamaños diversos, un par de castores, varios monos, un cachorro de león, dos osos, un cocodrilo joven y otras bestias más comúnmente admiradas desde lejos. Sólo una pena le oscurecía la vida: hasta el momento no había podido conseguir un elefante.

Brant encontró a Treggor, como lo esperaba, apoyado en la puerta de la dehesa. Con él estaba un extraño, que le fue presentado como un aficionado a los caballos de una aldea vecina. La curiosa similitud entre ambos hombres, desde la forma de vestirse hasta las mismas expresiones faciales, hacía esa explicación innecesaria.



Siempre se siente un cierto nerviosismo frente a expertos innegables, y Brant bosquejó su problema con cierta timidez. Treggor escuchó gravemente y calló largo rato antes de responder.

—Sí —dijo lentamente, apuntando el pulgar hacia las yeguas—, cualquiera de ellas serviría..., si supieras cómo manejarlas.

Miró a Brant con cierta duda.

—Son como seres humanos; sabes; si no les gustas no puedes hacer nada con ellos.

—Absolutamente nada —repitió el extraño, con evidente fruición.

—¿Pero podrías enseñarme a manejarlos?

—Quizás sí, quizás no. Recuerdo a un joven igual que tú que quería aprender a montar. Los caballos simplemente no lo dejaban acercarse. No les gustaba, y no pudimos hacer nada.

—Los caballos *saben* —intervino el otro oscuramente.

—Así es —agregó Treggor—. Tienes que comprenderlos. Siendo así, no tienes por qué preocuparte.

Después de todo había mucho que decir a favor de la menos temperamental máquina, pensó Brant.

—No quiero montar —respondió con cierto temor—. Sólo quiero un caballo que lleve mi equipo.

¿El caballo se expondría a eso?

El leve sarcasmo fue completamente desperdiciado. Treggor asintió solemnemente.

—Eso no sería problema —dijo—. Todos dejarán que los llesves con un cabestro; todos menos Daisy. Nunca dejaría que la atrapases.

—¿Entonces piensas que podrías prestarme uno de los más dóciles..., durante un tiempo?

Treggor dio unos pasos, atormentado por dos deseos en conflicto. Estaba encantado del hecho que alguien quisiera usar sus amadas bestias, pero temía que pudieran sufrir algún daño. Todo perjuicio que pudiera sobrevenir a Brant era de importancia secundaria.

—Bueno —comenzó, inseguro—, es un poco delicado en este momento...

Brant miró las yeguas con más detenimiento, y comprendió por qué. Sólo una estaba acompañada por un potrillo, pero era obvio que esa deficiencia sería corregida pronto. Aquí había otra complicación que no había previsto.

—¿Cuánto tiempo estarás afuera? —pregunto Treggor.

—Tres semanas como máximo; quizás sólo dos.

Treggor hizo unos rápidos cálculos ginecológicos.

—Entonces puedes llevarte a Sunbeam—decidió—. No te creará problemas, es el animal más bueno que he tenido.

—Muchas gracias —dijo Brant—. Prometo que la cuidaré. ¿Te importaría presentarnos?

—No veo por qué debo hacer esto —refunfuñó Jon, de buen humor, mientras ajustaba las cestas sobre las suaves ancas de Sunbeam—, ya que ni siquiera me dices a dónde vas o qué esperas encontrar.

Brant no podría haber respondido a la última pregunta aunque hubiera querido. En los momentos más racionales sabía que no habría nada de valor en Shastar. Además, era difícil pensar en algo que su pueblo no poseyera ya, o que no pudiera obtener instantáneamente si lo deseaba. Pero la excursión misma sería la prueba —la más convincente que pudo concebir— de su amor por Yradne.

No había duda que ella estaba muy impresionada por sus preparativos, y él subrayó los peligros que estaba a punto de enfrentar. Sería muy incómodo dormir a campo raso, y tendría una dieta muy monótona. Hasta podía perderse y no volver a ser visto. ¿Y si todavía existieran bestias salvajes,

peligrosas, en las colinas o en los bosques?

El Viejo Johan, a quien no le interesaban las tradiciones históricas, protestó: era indigno que un herrero tuviera algo que ver con un sobreviviente tan primitivo como un caballo. A causa de eso Sunbeam lo mordió delicadamente, con gran habilidad y precisión, mientras él se inclinaba para examinar las herraduras. Pero Johan confeccionó rápidamente un juego de canastas, en las que Brant podría colocar todo lo que necesitaba para el viaje; incluso los materiales de dibujo, de los cuales no quiso separarse. Treggor lo asesoró en lo que se refería a los detalles técnicos del arnés, mostrando antiguos prototipos que consistían principalmente en cuerdas.

Todavía era de mañana temprano cuando terminaron los preparativos. Brant quiso que la partida fuera lo más discreta posible, y el éxito completo lo mortificó un poco. Sólo Jon e Yradne fueron a despedirlo.

Caminaron en pensativo silencio hasta el fin de la aldea y atravesaron el delgado puente metálico que cruzaba el río. Entonces Jon dijo ásperamente:

—Bueno, no vayas a romperte el pescuezo.

Le dio un apretón de manos y se fue, dejándolo solo con Yradne. Fue un hermoso gesto, y Brant lo apreció.

Aprovechando las preocupaciones del amo, Sunbeam comenzó a masticar ruidosamente entre los largos pastos de la ribera. Brant se balanceó torpemente sobre los pies. Luego dijo sin entusiasmo:

—Supongo que será mejor que me vaya.

—¿Cuánto tiempo estarás afuera? —preguntó Yradne. No llevaba el regalo de Jon; quizás ya se había cansado de usarlo. Brant así lo esperaba; luego comprendió que con la misma velocidad podría perder interés en lo que él le trajera al regreso.

—Oh, un par de semanas, si todo marcha bien —añadió oscuramente.

—Ten cuidado —dijo Yradne, algo preocupada— y no hagas nada imprudente.

—Trataré —respondió Brant, sin hacer todavía ningún movimiento para partir—, pero a veces hay que arriesgarse.

Esa desarticulada conversación podría haber durado mucho más si no hubiera intervenido Sunbeam. Brant recibió un súbito tirón en el brazo, y fue arrastrado a un trote veloz. Había recobrado el equilibrio e iba a despedirse cuando Yradne se acercó corriendo, le dio un gran beso y desapareció hacia la aldea antes que él se hubiera recuperado.

Cuando Brant ya no podía verla, Yradne caminó más lentamente. Jon todavía iba muy adelante, pero

no trató de alcanzarlo. La invadía un extraño sentimiento de solemnidad, fuera de lugar en esa mañana de primavera. Era muy agradable ser amada, pero tenía sus desventajas si se pensaba más allá del momento inmediato. Por un instante Yradne se preguntó si habría sido justa con Jon, con Brant..., aun consigo misma. Alguna vez tendría que decidirse; no podía posponerlo indefinidamente. Sin embargo le resultaba imposible, aunque se jugara la vida en ello, decidir a cuál de los muchachos prefería; y tampoco sabía si amaba a alguno de los dos.

Nadie le había dicho, y ella todavía no lo había descubierto, que cuando hay que preguntarse «¿Estoy realmente enamorada?», la respuesta siempre es «No».

Más allá de Chaldis, el bosque se extendía unos ocho kilómetros al este, luego se perdía en la gran llanura que atravesaba el resto del continente. Seis mil años atrás ese territorio había sido uno de los mayores desiertos del mundo, y su transformación constituyó uno de los primeros logros de la Era Atómica.

Brant se proponía ir hacia el este hasta salir del bosque, y luego doblar hacia las tierras altas del

norte. De acuerdo con los mapas había habido una vez una ruta a lo largo del espinazo de las colinas, que unía a todas las ciudades de la costa formando una cadena que terminaba en Shastar. Debía ser fácil seguir los rastros de esa ruta, aunque Brant no esperaba que hubiese sobrevivido a los siglos mucho de la carretera.

Se mantenía cerca del río, esperando que no hubiera cambiado su curso desde que se habían hecho los mapas. Era su guía y también su camino a través del bosque; cuando el bosque era muy espeso, él y Sunbeam podían siempre vadear el agua poco profunda. Sunbeam cooperaba mucho; no había pasto allí que la distrajera, de modo que se afanaba metódicamente sin necesidad de empujarla demasiado.

Después del mediodía los árboles comenzaron a escasear. Brant llegó a la frontera que, siglo tras siglo, había marchado a través de las tierras que el Hombre ya no deseaba conservar. Poco después el bosque quedó atrás, y salió a la llanura abierta.

Confirmó su posición en el mapa, y notó que los árboles habían avanzado una distancia apreciable hacia el este desde que aquél fuera dibujado. Pero había una ruta claramente marcada hacia el norte por las colinas bajas, a lo largo de las cuales corría la

antigua carretera, y debería poder alcanzarlas antes del anochecer.

A esta altura aparecieron ciertas dificultades de naturaleza técnica. Sunbeam, al encontrarse rodeada del más apetitoso pasto que viera en mucho tiempo, se detenía cada tres o cuatro pasos para arrancar un bocado. Como Brant iba sujeto a la brida por una cuerda más bien corta las sacudidas casi le dislocaban el brazo. Alargar la cuerda empeoró aún más las cosas, porque entonces ya no tenía control.

A Brant le gustaban mucho los animales, pero pronto estuvo claro que Sunbeam simplemente se aprovechaba de su bondad. Lo soportó durante un kilómetro, y luego fue hacia un árbol que parecía tener ramas particularmente finas y flexibles. Sunbeam miró cautelosamente desde el rabillo de sus límpidos ojos marrones cómo él cortaba una varilla fina y elástica y la sujetaba ostentosamente del cinturón. Entonces echó a andar tan velozmente que Brant apenas pudo seguirla.

Como decía Treggor, era una bestia muy inteligente.

La cadena de colinas que era el primer objetivo de Brant tenía menos de setecientos metros de altura, y el declive era muy suave. Pero había numerosas colinas y valles menores que atravesar camino a la



cima, y era casi de noche cuando llegaron al punto más alto. Al sur, Brant podía ver el bosque que habían atravesado y que ya no le ponía más obstáculos. Chaldis estaba en el medio, aunque sólo tenía una idea aproximada de su ubicación. Le sorprendió no poder distinguir los grandes claros que había hecho su pueblo. Hacia el sudeste, la llanura se extendía sin fin, un llano mar de césped manchado de bosquecillos. Cerca del horizonte Brant vio unos puntos diminutos y móviles y pensó en una gran manada de animales salvajes.

Hacia el norte, a sólo veinte kilómetros, bajando el largo declive y del otro lado de las tierras bajas, estaba el mar. Parecía casi negro a la luz del crepúsculo, excepto donde unos minúsculos rompientes lo manchaban de espuma.

Antes de la caída de la noche Brant encontró un hueco al abrigo del viento, ancló a Sunbeam a un vigoroso arbusto y plantó la pequeña carpa que el Viejo Johan había inventado para él. En teoría ésta era una operación muy simple, pero como mucha gente había descubierto antes, podía probar a fondo la destreza y la paciencia. Por fin todo estuvo listo, y se instaló para pasar la noche.

Hay cosas que nadie, por más inteligente que sea, puede anticipar, y que sólo pueden ser aprendidas

por la amarga experiencia. ¿Quién hubiera imaginado que el cuerpo humano era tan sensible a la casi imperceptible inclinación del suelo? Más incómodas aún eran las minúsculas diferencias térmicas entre un punto y otro, ocasionadas quizás por las corrientes de aire que parecían moverse libremente a través de la carpa. Brant podría haber soportado una temperatura más o menos uniforme, pero las imprevistas variaciones lo enloquecían.

Una docena de veces despertó del espasmódico sueño, o así le pareció, y hacia el alba su estado de ánimo había alcanzado el punto más bajo. Se sentía desgraciado y aterido como si no hubiera dormido bien durante días, y no habría sido necesaria mucha persuasión para hacerle abandonar toda la empresa. Estaba dispuesto, y lo hubiera hecho con gusto, a enfrentar peligros por la causa del amor; pero el lumbago era algo muy diferente.

Las incomodidades de la noche fueron pronto olvidadas en la gloria del nuevo día. En las colinas el aire fresco tenía un dejo a sal, que llegaba en el viento del mar. El rocío lo cubría todo, colgando espeso de cada brizna de césped; pero pronto sería destruido, cuando subiese el sol. Era bueno estar vivo; era mejor ser joven, y mejor aún estar enamorado.

Echaron a andar y en seguida llegaron a la carretera. Brant no la había encontrado antes porque estaba más abajo en el declive que llevaba al mar, y él esperaba encontrarla en la cima de la colina. Estaba soberbiamente construida, y los milenios casi no la habían tocado. La naturaleza había tratado vanamente de destruirla; aquí y allá había logrado enterrar unos pocos metros con un ligero manto de tierra, pero luego sus siervos se habían vuelto en su contra, y el viento y la lluvia la habían limpiado de nuevo. En una gran banda ininterrumpida, bordeando la orilla del mar, más de mil quinientos kilómetros, la carretera todavía unía las ciudades que el Hombre amara en su infancia.

Era una de las grandes carreteras del mundo. Una vez había sido sólo una senda por la cual las tribus salvajes bajaban al mar para trocar con astutos mercaderes de ojos brillantes, venidos de tierras lejanas. Luego había conocido a unos nuevos y más exigentes; los soldados de un poderoso imperio habían dado forma a la carretera a lo largo de las colinas, con tanta destreza que el recorrido que le dieron permaneció inalterado a través de los siglos. La habían pavimentado con piedras, para que sus ejércitos pudieran moverse más rápidamente que cualquiera de los ejércitos que el mundo había

conocido; y a lo largo de la carretera sus legiones habían sido arrojadas como centellas a la ciudad cuyo nombre llevaban. Siglos después, esa ciudad los había llamado en su agonía; y la carretera había descansado entonces durante quinientos años.

Pero habría aún otras guerras; bajo las banderas de la media luna, los ejércitos del Profeta se lanzarían hacia Occidente, sobre la cristiandad. Siglos más tarde todavía, la marea de los últimos y mayores conflictos se presentaría aquí, cuando monstruos de acero chocaron en el desierto, y del mismo cielo se derramó la muerte.

Los centuriones, los paladines, las divisiones acorazadas, incluso el desierto: todo desapareció. Pero la carretera permanecía, pues de todas las creaciones humanas era la más duradera. Demasiados siglos había soportado cargas; y ahora, a lo largo de sus mil quinientos kilómetros, no llevaba más tránsito que un muchacho y un caballo.

Brant siguió la carretera durante tres días, manteniéndose siempre a la vista del mar. Se había acostumbrado a las pequeñas incomodidades de la existencia nómada, y las noches ya no le resultaban intolerables. El tiempo era perfecto: días largos, cálidos, y noches templadas. Pero el encanto desaparecería pronto.

En la tarde del cuarto día calculó que estaba a menos de ocho kilómetros de Shastar. La carretera se alejaba ahora de la costa, para evitar un gran promontorio que asomaba hacia el mar. Más allá estaba la protegida bahía a lo largo de la cual habían construido la ciudad; después de las tierras altas, la carretera doblaba hacia el norte, trazando una gran curva y bajando sobre Shastar desde las colinas.

Cerca del crepúsculo Brant comprendió que no podía esperar ver su objetivo durante el día. El tiempo empeoraba, y amenazadoras nubes se acumulaban velozmente desde el oeste. Ahora caminaría cuesta arriba —pues la carretera subía lentamente después de cruzar el último cerro—, en las garras de un ventarrón. Si hubiera encontrado un lugar protegido habría acampado, pero a sus espaldas la colina estaba desnuda varios kilómetros, y la única salida era seguir adelante.

Frente a él, a lo lejos, sobre la cima misma del cerro, algo chato y oscuro se dibujaba en el cielo. La esperanza de encontrar protección alentó a Brant. Sunbeam, la cabeza baja contra el viento, se afanaba a su lado con igual determinación.

Estaban todavía a un kilómetro de la cumbre cuando comenzó a caer la lluvia, primero en fuertes gotas, luego en cantidades cegadoras. Sólo se veía a

unos pocos pasos, y eso cuando uno podía abrir los ojos en la atormentadora lluvia. Brant estaba tan mojado que ya ninguna humedad más podía incomodarlo; tan empapado estaba que el continuo aguacero le producía un placer casi masoquista. Pero el esfuerzo físico de luchar contra el ventarrón lo estaba agotando rápidamente.

Parecía que habían pasado siglos cuando la carretera se niveló y supo que había llegado a la cumbre. Esforzó los ojos en la oscuridad y pudo ver, no muy lejos, una gran forma oscura, que confundió con un edificio. Aunque estuviera en ruinas, aquello podía protegerlo de la tormenta.

La lluvia comenzó a disminuir mientras él se acercaba al objeto; arriba, las nubes se apartaban dejando pasar la última luz del cielo occidental. Eso fue suficiente para mostrar a Brant que lo que estaba delante suyo no era un edificio sino una gran bestia de piedra, agazapada en la cumbre de la colina, mirando fijamente el mar. No tenía tiempo de examinarla con más detenimiento, y rápidamente clavó la carpa al abrigo, lejos del alcance del viento que todavía bramaba furioso. Después de secarse se preparó la comida. La oscuridad era completa. Durante un rato descansó en aquel oasis pequeño y cálido, en el estado de dichoso agotamiento que sigue

a un duro y exitoso esfuerzo. Luego se animó, tomó una antorcha y salió a la noche.

La tormenta había alejado las nubes, y las estrellas brillaban en la noche. Al oeste se ponía una delgada luna creciente, siguiendo los pasos del sol. Al norte Brant presentía la insomne presencia del mar. Abajo, en la oscuridad, estaba Shastar, siempre golpeada por las olas. Pero por más que esforzó los ojos no pudo ver nada.

Caminó a lo largo de los flancos de la gran estatua, examinando el trabajo de albañilería a la luz de su antorcha. Era una construcción uniforme, sin interrupciones de juntas o grietas, y aunque manchada y descolorida por el tiempo no mostraba signos de deterioro. Era imposible adivinar la edad de aquella mole, podía ser más vieja que Shastar, o podía haber sido construida hacía sólo unos siglos. No había forma de adivinarlo.

El penetrante haz blanco azulado de la antorcha revoloteó sobre los húmedos y resplandecientes costados, y descansó sobre el gran rostro calmo y los ojos vacíos. Se lo podría describir como un rostro humano, pero después no había palabras. Ni hombre ni mujer, a primera vista parecía indiferente a todas las pasiones de la humanidad. Luego Brant vio que las tormentas de los siglos habían dejado sus huellas.

Incontables gotas de lluvia habían recorrido las duras mejillas, hasta marcar unas lágrimas olímpicas. Lágrimas, quizás, por la ciudad cuyo nacimiento y muerte parecían ahora igualmente remotos.

Brant estaba tan cansado que cuando despertó el sol ya estaba alto. Durante un rato permaneció inmóvil en la media luz, mientras recuperaba los sentidos y recordaba dónde estaba. Luego se levantó y salió parpadeando hacia la luz del día, protegiendo los ojos del resplandor.

La Esfinge parecía más pequeña que durante la noche, aunque seguía siendo impresionante. Brant vio por primera vez que era de color, de un rico y otoñal dorado, un color no natural en una roca. Por eso comprendió que no pertenecía, como había sospechado, a una cultura prehistórica. Había sido construida por la ciencia a partir de alguna sustancia sintética inquebrantable, y Brant adivinó que la creación de aquello debía estar a medio camino entre él y el fabuloso original que la había inspirado.

Lentamente, medio asustado de lo que podía descubrir, dio la espalda a la Esfinge y miró al norte. La colina descendía, y la carretera seguía el pronunciado declive, como impaciente de saludar al



mar. Y allá al final estaba Shastar.

Recibía el sol y lo reflejaba teñido de todos los colores que habían soñado sus arquitectos. Los espaciosos edificios, alineados a lo largo de las amplias calles, parecían no tocados por el tiempo. La gran banda de mármol que contenía el mar estaba intacta. Los parques y jardines, aunque cubiertos de malezas, no eran junglas todavía. La ciudad seguía la curva de la bahía unos tres kilómetros, y se estiraba un kilómetro tierra adentro. Según las normas del pasado era bastante pequeña, pero a Brant le pareció enorme, un laberinto inextricable de calles y plazas. Luego comenzó a discernir la oculta simetría de su diseño, a distinguir las principales avenidas, y a comprender el talento con que sus constructores habían evitado la monotonía y la discordia.

Durante largo rato Brant permaneció inmóvil en la cumbre, consciente sólo del milagro que se extendía ante sus ojos. Estaba solo en ese paisaje, una figura diminuta y humilde ante las conquistas de hombres más grandiosos. La sensación de historia, de visión de la larga cuesta que el hombre había escalado tan trabajosamente durante un millón de años o más, era casi abrumadora. En ese momento a Brant le pareció que desde la cima miraba sobre el Tiempo y no sobre el Espacio: y en sus oídos

susurraban los vientos de la eternidad que soplaban hacia el pasado.

Sunbeam parecía muy nerviosa cuando llegaron a los suburbios de la ciudad. En toda su vida no había visto nada parecido y Brant no podía evitar compartir ese desasosiego. Por menos imaginativo que uno sea, siempre hay algo siniestro en edificios que han estado abandonados durante siglos; y los de Shastar habían estado vacíos durante casi cinco mil años.

La carretera corría recta como una flecha entre dos altos pilares de metal blanco; como la Esfinge, estaban manchados pero intactos. Brant y Sunbeam pasaron bajo los silenciosos guardianes y se encontraron ante un edificio largo y chato que debió haber servido como punto de recepción a los visitantes.

Desde la distancia parecía que Shastar había sido abandonada tan sólo el día anterior, pero ahora Brant veía mil signos de desolación y descuido. La colorida piedra de los edificios estaba manchada con la pátina de los siglos; las ventanas bostezaban con ojos de calavera; aquí y allá había fragmentos de vidrio milagrosamente preservados.

Brant ató a Sunbeam fuera del primer edificio y

caminó hacia la entrada, atravesando la alfombra de escombros y suciedad. No había puerta, si es que alguna vez había existido, y pasó bajo el arco alto y abovedado entrando en una sala que parecía extenderse a lo largo de toda la estructura. A intervalos regulares, se abrían puertas a otras salas, y allá adelante una amplia escalera subía al único piso.

Le llevó casi una hora explorar el edificio, y cuando se fue estaba tremendamente deprimido. Su cuidadosa búsqueda no reveló nada. Todos los cuartos, grandes y pequeños, estaban completamente vacíos. Se había sentido como una hormiga caminando sobre los huesos de un esqueleto perfectamente limpio.

Afuera, a la luz del sol, se reanimó un poco. Ese edificio había sido quizá sólo una oficina administrativa, y nunca había contenido otra cosa que archivos y máquinas de información. En otros lugares de la ciudad las cosas podían ser diferentes. Aún así, la magnitud de la búsqueda lo aterraba.

Lentamente caminó hacia el paseo peatonal, recorriendo las amplias avenidas, admirando las altas fachadas de los edificios. Cerca del centro de la ciudad encontró uno de los muchos parques. Aunque cubierto de malezas y arbustos, todavía había considerables extensiones de césped, y decidió dejar

allí a Sunbeam mientras continuaba sus exploraciones. No era probable que se alejara mientras tuviera qué comer.

El parque era tan apacible que le costó dejarlo para sumergirse otra vez en la desolación de la ciudad. Había plantas diferentes a todas las que conocía. Eran las descendientes silvestres de las que el pueblo de Shastar había plantado siglos atrás. De pie entre las hierbas altas y las flores desconocidas, Brant escuchó por primera vez, traspasando la quietud de la mañana, el sonido que siempre asociaría con Shastar. Venía del mar, y aunque nunca lo había oído antes, llevó a su corazón una dolorosa sensación de reconocimiento. Donde ahora no sonaban otras voces, las solitarias gaviotas gritaban todavía tristemente sobre las olas.

Era claro que se necesitarían muchos días para hacer un simple examen superficial de la ciudad, y la primera cosa que había que hacer era encontrar dónde vivir. Brant dedicó varias horas a buscar el distrito residencial, hasta que comenzó a comprender que en Shastar había algo muy raro. Todos los edificios que visitaba estaban, sin excepción, concebidos para el trabajo, la diversión o fines similares. Pero ninguno había sido concebido *para ser habitado*. La solución se le ocurrió lentamente.

Cuando comenzó a conocer la distribución de la ciudad notó que en casi todas las esquinas había estructuras bajas, de un solo piso, casi idénticas. Eran circulares u ovales, y tenían muchas aberturas que permitían entrar desde todas direcciones. Cuando Brant se metió por una de ellas, se encontró frente a una fila de puertas metálicas, cada una con una hilera de lámparas indicatorias a su lado. Y así supo dónde había vivido el pueblo de Shastar.

Al principio, la idea de casas subterráneas le produjo repulsión. Luego superó el prejuicio, y comprendió que todo eso era muy razonable e inevitable. No había necesidad de atiborrar la superficie ni de tapar la luz del sol con edificios diseñados para los simples procesos mecánicos de comer y dormir. Poniendo todo eso bajo tierra, el pueblo de Shastar había podido construir una ciudad noble y espaciosa, manteniéndola sin embargo tan pequeña que podía ser recorrida en una hora.

Los ascensores no funcionaban, naturalmente, pero había escaleras de emergencia que bajaban a la oscuridad. Alguna vez todo ese mundo subterráneo debió haber sido de una luminosidad cegadora, pero Brant dudó antes de bajar los escalones. Tenía la antorcha pero nunca antes había estado bajo tierra, y le horrorizaba la idea de perderse en alguna de las

catacumbas subterráneas. Luego se encogió de hombros y comenzó a descender. Después de todo no había peligro si tomaba las precauciones más elementales. Y aunque se perdiera, había cientos de otras salidas.

Descendió al primer nivel y se encontró ante un largo y amplio corredor que se extendía hasta donde penetraba el rayo de luz. A ambos lados había hileras de puertas numeradas, y Brant probó casi una docena antes de encontrar una que se abriera. Lenta, casi reverentemente, entró en el pequeño hogar.

Estaba limpio y ordenado, pues no había polvo o suciedad que pudiera asentarse allí. Los cuartos, hermosamente proporcionados, carecían de muebles. Luego de un siglo de éxodo, no había quedado nada de valor. Algunos accesorios semipermanentes se encontraban aún en su sitio: el distribuidor de alimentos, con su familiar dial selectivo, era tan notablemente parecido al de su propio hogar que su visión casi aniquiló los siglos. El dial giraba todavía, aunque rígidamente, y de haber aparecido una comida en la cámara de materialización casi no se hubiera sorprendido.

Brant exploró otros hogares antes de regresar a la superficie. Aunque no encontraba nada de valor sentía un creciente parentesco con la gente que había

vivido allí. Sin embargo todavía los consideraba inferiores, pues el hecho que ellos habitaran una ciudad —por hermosa y espléndidamente diseñada que fuera—, significaba para Brant un símbolo de barbarie.

En el último hogar que visitó había un cuarto vívidamente coloreado, con un fresco de animales danzantes alrededor de las paredes. Las pinturas eran de un humor que debió haber deleitado los corazones de los niños. Brant examinó las pinturas con interés, pues era la primera obra de arte representativo que encontraba en Shastar. Estaba a punto de marcharse cuando notó una diminuta pila de polvo en un rincón del cuarto, y al inclinarse a mirar se encontró con los fragmentos todavía reconocibles de una muñeca. No quedaba nada sólido, salvo unos pocos botones de color, que se convirtieron en polvo cuando los levantó en las manos. Se preguntó por qué esa triste reliquia habría sido abandonada por su dueña; luego salió en puntas de pie a la superficie y a las calles solitarias pero luminosas. Nunca más volvió a la ciudad subterránea.

Hacia el atardecer regresó al parque para ver si Sunbeam no había cometido diabluras, y se dispuso a pasar la noche en una de las casitas diseminadas en los jardines. Allí, entre flores y árboles, casi podía

imaginar que estaba otra vez en su casa. Durmió mejor que nunca desde que había abandonado Chaldis, y por primera vez en muchos días sus últimos pensamientos no fueron para Yradne. La magia de Shastar ya estaba trabajando en su mente; la infinita complejidad de la civilización que había simulado despreciar lo estaba cambiando más velozmente de lo que imaginaba. Cuanto más se quedara en la ciudad más se alejaría del muchacho ingenuo aunque seguro de sí mismo que entrara en ella tan sólo unas horas antes.

El segundo día confirmó las impresiones del primero. Shastar no había muerto en un año, ni siquiera en una generación. Su pueblo se había ido lentamente cuando se desarrollaron nuevas formas sociales —¡cuán antiguas ahora!— y la humanidad regresó a las colinas y los bosques. No habían dejado nada atrás, salvo esos monumentos de mármol a una forma de vida desaparecida para siempre. Si hubiera quedado algo de valor los miles de exploradores curiosos que la habían visitado en los cincuenta siglos transcurridos ya se lo habrían llevado. Brant encontró muchos rastros de sus predecesores; sus nombres estaban tallados en las paredes, por toda la ciudad, pues éste es un tipo de inmortalidad que los hombres nunca han podido resistir.



Por fin, cansado de la infructuosa búsqueda, bajó a la costa y se sentó en el ancho rompeolas. El mar, pocos centímetros debajo, estaba completamente sereno y era de un azul cerúleo. Estaba tan límpido y tranquilo que se veían los peces nadando en la profundidad: en un lugar vio los restos de un buque, tendido de costado mientras las algas marinas ondeaban como largos cabellos verdes. Sin embargo, pensó, deben haber ocasiones en las que las olas truenan sobre estas paredes macizas. Pues detrás suyo, el ancho parapeto estaba cubierto de una espesa alfombra de piedras y conchas, lanzadas allí por los ventarrones de los siglos.

La paz de la escena le dio una lección inolvidable: comprendió la futilidad de la ambición que lo rodeaba. Desapareció así todo sentimiento de desilusión o fracaso. Aunque Shastar no le había dado nada de valor material Brant no se quejaba del viaje. Sentado allí, en el muelle, de espaldas a la tierra, los ojos deslumbrados por el azul cegador, se sentía alejado de los viejos problemas, y recordaba sin dolor, con desapasionada curiosidad, todos los pesares y la ansiedad que lo habían angustiado los últimos meses.

Volvió lentamente a la ciudad, luego de caminar un rato a lo largo del mar, y regresó por una nueva

ruta. Pronto se halló ante un gran edificio circular, cuyo techo era una baja cúpula de algún material traslúcido. Miró el edificio con poco interés, pues estaba emocionalmente exhausto, y decidió que probablemente era otro teatro u otra sala de conciertos. Casi había pasado la entrada cuando algún oscuro impulso lo desvió, y atravesó el abierto umbral.

Adentro la luz se filtraba por el techo con tanta facilidad que Brant casi tuvo la impresión de estar al aire libre. Todo el edificio estaba dividido en numerosos salones, cuya finalidad comprendió con súbita emoción. Los delatores rectángulos sin color mostraban que las paredes habían estado una vez cubiertas de cuadros; era posible que hubiera quedado alguno. Brant, todavía seguro en su sentimiento de superioridad, no esperaba impresionarse demasiado..., y por eso el golpe fue enorme.

La llamarada de color a lo largo de toda la gran pared lo sacudió como una fanfarria de trompetas. Durante un momento quedó paralizado en el umbral, incapaz de comprender el significado de lo que veía. Luego, lentamente, comenzó a desenredar los detalles del tremendo e intrincado mural que tan súbitamente había explotado ante su vista.

Tenía casi treinta metros de largo, y era sin comparación alguna la cosa más hermosa que Brant había visto en su vida. Shastar lo había asustado y abrumado y sin embargo, extrañamente, aquella tragedia no lo había conmovido. Pero esto le golpeaba directamente el corazón, y hablaba un lenguaje que él podía entender; entonces los últimos vestigios de su condescendencia hacia el pasado se dispersaron como hojas en un ventarrón.

Los ojos se movían naturalmente de izquierda a derecha recorriendo la pintura, para seguir la curva de tensión hasta su momento de clímax. A la izquierda estaba el mar, de un azul tan profundo como el agua que golpeaba a Shastar. Y una flota de extrañas naves, conducidas por hileras de bancos de remos y por ondulantes velas, se esforzaba por llegar a la tierra distante. La pintura no sólo cubría kilómetros de espacio sino quizá años de tiempo. Ahora las naves habían llegado a la costa, y allí, en la vasta llanura, acampaba un ejército; los muros de la ciudad-fortaleza que estaba sitiando empequeñecían las banderas y las tiendas y los carros. Los ojos escalaban esos muros todavía inviolados y se posaban, como estaba calculado, en

la mujer que miraba desde allí arriba al ejército que la había seguido a través del océano.

Inclinada hacia delante para escudriñar las murallas, el viento jugaba con su pelo, envolviéndole la cabeza en una niebla dorada. Se leía en su rostro una tristeza tan profunda que ninguna palabra podía expresar, pero que sin embargo no afectaba aquella increíble belleza; una belleza que mantuvo a Brant hechizado durante largo tiempo, impidiéndole apartar los ojos. Cuando finalmente lo logró, siguió la mirada de la mujer bajando los muros aparentemente inexpugnables, hasta el grupo de soldados que trabajaba bajo su sombra. Los soldados estaban reunidos alrededor de algo tan reducido por la perspectiva que pasó un tiempo antes que Brant comprendiera de qué se trataba; era una imagen inmensa de un caballo, montado sobre ruedas para moverlo fácilmente. No le recordó nada a Brant, que rápidamente volvió a la solitaria figura del muro. Ahora veía que esa figura era el eje alrededor del cual estaba balanceado todo el gran dibujo. Pues mientras sus ojos recorrían la pintura, llevándolo al futuro, se encontraba con almenas en ruinas, el humo de la ciudad incendiada manchando el cielo, y la flota volviendo a su hogar, cumplida la misión.

Brant se quedó allí hasta que casi no podía ver

por la falta de luz. Desaparecido el impacto inicial, examinó la gran pintura más atentamente, y buscó en vano la firma del artista. También buscó algún encabezamiento o título, pero estaba claro que no lo había habido nunca..., quizás porque la historia era demasiado conocida y no hacía falta. En los siglos intermedios, sin embargo, algún otro visitante arañó dos líneas de poesía en la pared:

*¿Es éste el rostro que lanzó mil barcos  
e incendió las torres de Ilium?*

¡Ilium! Era un nombre extraño y mágico..., pero no significaba nada para él. Se preguntó si pertenecería a la historia o a la fábula, sin saber cuántos antes que él habían luchado con el mismo problema.

Al salir a la luz crepuscular, todavía llevaba en los ojos esa triste, etérea belleza. Quizás si Brant no hubiera sido un artista, y no hubiera estado tan susceptible, la impresión no lo habría abrumado tanto. Sin embargo, ésa era la sensación que el desconocido maestro había pretendido crear, como el Fénix, con las cenizas de una gran leyenda. Había capturado, y la mostraba a los siglos futuros, esa belleza cuyo servicio es la finalidad de la vida, y su

única justificación.

Brant se quedó un largo rato sentado bajo las estrellas, mirando cómo se hundía la luna creciente tras las torres de la ciudad, y acosado por preguntas cuya respuesta no sabría nunca. Todos los otros cuadros de la galería habían desaparecido; estarían tan esparcidos que era inútil buscarlos, no sólo en todo el mundo sino en todo el universo. ¿Cómo serían, comparados con la única obra de genio que ahora debía representar para siempre el arte de Shastar?

Brant volvió a la mañana, luego de una noche de sueños extraños. En su mente se había formado un plan tan descabellado y ambicioso que al principio trató de no tomarlo muy en serio; pero no lo dejaba en paz. Casi de mala gana armó el pequeño caballete plegable y preparó las pinturas. Había encontrado en Shastar una cosa que era al mismo tiempo única y hermosa. Quizás tuviera el talento de llevar un débil eco de esa cosa de vuelta a Chaldis.

Era imposible, por supuesto, copiar más que un fragmento del gran fresco, pero el problema de la selección era fácil. Aunque nunca había intentado un retrato de Yradne, ahora pintaría una mujer que, si de veras había existido, era polvo desde hacía cinco mil años.

Varias veces se detuvo a considerar esa paradoja, y al final pensó que la había resuelto. Nunca había pintado a Yradne porque dudaba de su propio talento, y porque temía las críticas de ella. Aquí no tendría esos problemas, se dijo Brant. No se detuvo a pensar cómo reaccionaría Yradne cuando volviera a Chaldis llevando como único regalo el retrato de otra mujer.

La verdad era que pintaba para sí y para nadie más. Por primera vez en su vida se encontraba directamente con una gran obra de arte clásico, y estaba un poco aturdido. Hasta entonces había sido un aficionado; quizás nunca llegaría a ser más que eso, pero por lo menos haría el esfuerzo.

Trabajó todo el día sin descanso, y la total concentración en el trabajo le dio cierta paz espiritual. Para el anochecer había esbozado los muros del palacio y las almenas, y estaba a punto de comenzar el retrato mismo. Esa noche durmió bien.

A la mañana siguiente perdió casi todo el optimismo. Le quedaban pocas provisiones, y quizás el pensamiento de estar trabajando contra reloj lo inquietó. Todo parecía marchar mal: los colores no coincidían, y la pintura, que se había mostrado tan promisorio el día anterior, se volvía menos satisfactoria cada minuto que pasaba.

Para empeorar las cosas faltaba luz, aunque

apenas era mediodía, y Brant supuso que afuera el cielo estaba nublado. Descansó un rato con la esperanza que aclarase nuevamente, pero como eso no sucedía comenzó nuevamente el trabajo. Era entonces o nunca: a menos que pudiese hacer bien ese cabello, abandonaría todo el proyecto...

La tarde se desvaneció rápidamente, pero en su furiosa concentración Brant apenas notó el paso del tiempo. Una o dos veces le pareció oír sonidos distantes, y se preguntó si se estaría preparando una tormenta, pues el cielo estaba aún muy oscuro.

No hay experiencia más escalofriante que el súbito presentimiento de ya no estar solo. Sería difícil decir qué impulsó a Brant a dejar lentamente el pincel y volverse, más lentamente aún, hacia la gran puerta de entrada, a diez metros de su espalda. El hombre había entrado casi imperceptiblemente, y a Brant le fue imposible adivinar cuánto tiempo hacía que lo observaba. Un momento más tarde a ese hombre se le unieron otros dos, que tampoco intentaron pasar de la puerta de entrada.

Brant se levantó lentamente, con el cerebro hecho un torbellino. Durante un momento casi pensó que fantasmas del pasado de Shastar habían regresado para perseguirlo. Luego predominó la razón.

Después de todo, ¿por qué no podía encontrar



otros visitantes allí, si él mismo lo era?

Dio unos pasos adelante, y uno de los extranjeros hizo lo mismo. Cuando estuvieron a pocos metros de distancia el otro dijo en voz muy clara, hablando con bastante lentitud:

—Espero no haberlo molestado.

No era un comienzo demasiado dramático. Brant estaba algo perplejo por el acento del hombre; es decir, por el excesivo cuidado con que pronunciaba las palabras. Casi parecía como si esperara que de otro modo Brant no lo entendería.

—Está bien —replicó Brant, hablando también lentamente—. Pero me dieron una sorpresa; no esperaba encontrar a alguien aquí.

—Nosotros tampoco —dijo el otro con una ligera sonrisa—. No teníamos idea que todavía viviera alguien en Shastar.

—Pero yo no vivo en Shastar —explicó Brant—. Soy un visitante, igual que ustedes.

Los tres cambiaron miradas, como si compartieran alguna broma secreta. Luego uno de ellos sacó un objeto metálico del cinturón y dijo unas pocas palabras, demasiado suavemente para que Brant las oyera. Brant pensó que quizá otros miembros del grupo estaban en camino, y le molestó que le interrumpieran tan completamente la soledad.

Dos de los extranjeros se acercaron al gran mural y comenzaron a examinarlo críticamente. Brant se preguntó qué pensarían. Le molestaba compartir el tesoro con quienes no sentían la misma veneración, con quienes lo considerarían sólo una hermosa pintura. El tercer hombre se quedó a su lado y comparó, lo más discretamente posible, la copia que Brant había hecho del original. Los tres parecían evitar la conversación deliberadamente. Hubo un largo y embarazoso silencio; luego los otros dos se acercaron.

—Bueno, Erlyn, ¿qué te parece? —dijo uno, señalando la pintura con la mano. Parecía que por el momento habían perdido todo interés en Brant.

—Es un muy buen primitivo de fines del tercer milenio, tan bueno como cualquiera de los que tenemos. ¿No estás de acuerdo, Latvar?

—No exactamente. No diría que es de fines del tercer milenio. Por ejemplo, el tema...

—¡Oh, tú y tus teorías! Pero quizás tengas razón. Es demasiado bueno para ese último período. Pensándolo bien lo situaría alrededor del 2500. ¿Qué dices, Trescon?

—Estoy de acuerdo. Probablemente Arcon o alguno de sus alumnos.

—¡Tonterías! —dijo Latvar.

—¡Disparates! —resopló Erlyn.

—Oh, está bien —replicó Trescon de buen humor—. Sólo he estudiado ese período durante treinta años, mientras que ustedes lo miran ahora por primera vez. De modo que me inclino ante vuestra sabiduría.

Brant había seguido la conversación, cada vez más desconcertado.

—¿Acaso ustedes tres son artistas? —preguntó finalmente.

—Por supuesto —replicó Trescon majestuosamente—. ¿Por qué, si no, estaríamos aquí?

—No seas un maldito mentiroso —dijo Erlyn, sin siquiera levantar la voz—. No serás un artista aunque vivas mil años. Sólo eres un experto, y lo sabes. Los que pueden, crean. Los que no pueden, critican.

—¿De dónde han venido? —preguntó Brant, algo débilmente. Nunca había conocido gente como esos hombres extraordinarios. Eran de mediana edad, aunque parecían tener un gusto y un entusiasmo infantiles. Todos sus movimientos y gestos eran ampulosos, y cuando hablaban entre ellos lo hacían tan rápidamente que a Brant le resultaba difícil comprenderlos.

Antes que pudieran contestarle hubo otra interrupción. En el umbral aparecieron una docena de

hombres que al ver la gran pintura se detuvieron momentáneamente. Luego se apresuraron a reunirse con el pequeño grupo que rodeaba a Brant.

—Aquí lo tienes —dijo Trescon, señalando a Brant—. Hemos encontrado a alguien que puede contestar a tus preguntas.

El hombre al cual se había dirigido Trescon miró a Brant atentamente, echó un vistazo a la pintura inconclusa, y sonrió un poco. Luego se volvió a Trescon y alzó las cejas interrogativamente.

—No —dijo Trescon sucintamente.

Brant empezaba a sentirse molesto. No comprendía lo que estaba ocurriendo, y eso era desagradable.

—¿Les importaría decirme de qué se trata todo esto? —dijo.

Kondar lo miró con expresión insondable. Luego dijo tranquilamente:

—Quizás podría explicarte mejor las cosas si salieras.

Habló como si nunca tuviera que pedir una cosa dos veces; y Brant lo siguió sin decir palabra, mientras los demás se aglomeraban detrás suyo. En la entrada, Kondar se hizo a un lado, y le indicó a Brant que pasara.

Todavía estaba extrañamente oscuro, como si una

nube de tormenta hubiera tapado al sol. Pero la sombra que cubría completamente a Shastar no era la de una nube.

Una docena de pares de ojos observó a Brant mientras éste miraba al cielo, tratando de calcular el tamaño real de la nave que flotaba sobre la ciudad. Estaba tan cerca que se perdía el sentido de perspectiva; uno sólo era consciente de las vastas curvas metálicas que se perdían en el horizonte. Debería oírse algún sonido, alguna indicación de la energía que mantenía a esa estupenda masa en reposo sobre Shastar; pero sólo había el silencio más profundo que Brant hubiese conocido jamás. Hasta el grito de las gaviotas había cesado, como si también ellas se sintieran intimidadas por el intruso que usurpaba sus cielos.

Finalmente Brant se volvió hacia los hombres reunidos detrás suyo. Sabía que esperaban su reacción, y entonces comprendió aquel comportamiento curiosamente distante aunque no hostil. Para esos hombres que gozaban de poderes divinos, él no era más que un salvaje que casualmente hablaba el mismo idioma. Era un sobreviviente de su propio y casi olvidado pasado, y les recordaba la época en que sus antepasados habían compartido la Tierra con los de él.

—¿Ahora comprendes quiénes somos? — preguntó Kondar.

Brant asintió.

—Han estado fuera largo tiempo —dijo—. Casi les habíamos olvidado.

Brant volvió a mirar hacia el gran arco metálico que tapaba el cielo, y pensó que era muy extraño que el primer contacto, luego de tantos siglos, fuera allí, en esa perdida ciudad de los hombres. Pero parecía que Shastar era muy bien recordada entre las estrellas, pues ciertamente Trescon y sus amigos parecían conocerla muy bien.

Y entonces, lejos, hacia el norte, los ojos de Brant fueron atraídos por un súbito reflejo. Atravesando la franja de cielo que había bajo la nave pasó otro gigante metálico que podría haber sido su gemela, aunque empedecida por la distancia. Cruzó velozmente el horizonte, y en pocos segundos desapareció de la vista.

De modo que ésta no era la única nave. ¿Cuántas más habría? De alguna forma este pensamiento le recordó la gran pintura, y la flota invasora moviéndose con tan letal propósito hacia la ciudad condenada. Y con ese pensamiento llegó a su alma, arrastrándose desde las profundidades de la memoria racial, el miedo a los extraños que en una época

habían sido la maldición de toda la humanidad. Brant se volvió a Kondar, y gritó en forma acusadora:

—¡Ustedes están invadiendo la Tierra!

Durante un momento nadie habló. Luego Trescon dijo, con algo de malicia en la voz:

—Prosiga, comandante; tendrá que explicarlo tarde o temprano. Ésta es una buena ocasión para practicar.

El comandante Kondar exhibió una preocupada sonrisa que primero tranquilizó a Brant, y luego lo llenó de horribles presentimientos.

—Nos haces una gran injusticia, joven —dijo gravemente—. No estamos invadiendo la Tierra. La estamos evacuando.

—Espero —dijo Trescon, que había tomado un protector interés en Brant— que *esta* vez los científicos hayan aprendido una lección, aunque lo dudo. Dicen simplemente «ocurrirán accidentes», y luego de arreglar un lío provocan otro. El Campo Sigma es hasta el momento su fracaso más espectacular, pero el progreso nunca se detiene.

—¿Y qué sucederá si choca con la Tierra?

—Lo mismo que ocurrió con el aparato de control al liberarse el Campo: se diseminará

uniformemente a través del cosmos. Y lo mismo ocurrirá con ustedes, a menos que los saquemos a tiempo.

—¿Por qué? —preguntó Brant.

—No esperas una respuesta técnica, ¿no es cierto? Es algo que tiene que ver con la Indeterminación. Los antiguos griegos, o quizás fueron los egipcios, descubrieron que no se puede definir la posición de un átomo con precisión absoluta. El átomo tiene una pequeña pero finita probabilidad de estar en cualquier parte del universo. El pueblo que creó al Campo esperaba usarlo para propulsión. Cambiaría las probabilidades atómicas, tal como se presentaban entonces, de modo que una nave espacial en órbita alrededor de Vega decidiría súbitamente que en realidad debía estar girando alrededor de Betelgeuse.

»Bueno, parece que el Campo Sigma sólo hace la mitad del trabajo. Simplemente *multiplica* las probabilidades: no las organiza. Y ahora se mueve al azar entre las estrellas, alimentándose de polvo interestelar y de ocasionales rayos de sol. Nadie ha logrado inventar una forma de neutralizarlo, aunque existe una horrible sugerencia de crear un gemelo y preparar una colisión. Si intentan eso, sé exactamente qué sucederá.



—No veo por qué deberíamos preocuparnos — dijo Brant—. Todavía está a diez años luz de distancia.

—Diez años luz es demasiado cerca para algo como el Campo Sigma. Está describiendo zigzags al azar, en lo que los matemáticos llaman el Paso del Borracho. Si tenemos mala suerte estará aquí mañana. Pero las probabilidades para que la Tierra no sea tocada son de veinte a uno. En pocos años podrán volver al hogar, como si nada hubiera sucedido.

*¡Como si nada hubiera sucedido!* Cualquiera cosa que deparara el futuro, la vieja forma de vida habría desaparecido para siempre. Lo que ocurría en Shastar debía estar pasando, de una forma u otra, en todo el mundo. Brant miró asombrado las extrañas máquinas que rodaban sobre las espléndidas calles, limpiando escombros de siglos y preparando a la ciudad para ser habitada nuevamente. Como una estrella casi extinguida puede encenderse de pronto en una última hora de gloria, así, durante unos pocos meses, Shastar sería una de las capitales del mundo, alojando al ejército de científicos, técnicos y administradores que habían bajado del espacio.

Brant comenzaba a conocer muy bien a los invasores. El vigor de esos hombres, su

prodigalidad, y el deleite casi infantil con que tomaban sus poderes sobrehumanos, no dejaban nunca de sorprenderlo. Éstos, sus primos, eran los herederos de todo el universo; y todavía no habían agotado sus maravillas ni se habían cansado de su misterio. A pesar de toda su sabiduría, en muchas de las cosas que hacían había aún sentimiento de experimentación, de alegre irresponsabilidad incluso. El mismo Campo Sigma era un ejemplo. Habían cometido un error, no parecía preocuparles en absoluto, y estaban completamente seguros que tarde o temprano arreglarían las cosas.

A pesar del tumulto que se había desatado sobre Shastar, y ciertamente sobre todo el planeta, Brant había continuado tozudamente con su tarea. Le daba algo fijo y estable en un mundo de valores cambiantes, y como tal se aferraba a ella desesperadamente. De vez en cuando Trescon o sus colegas lo visitaban y aconsejaban; en general, esos consejos eran excelentes, aunque no los seguía siempre. Y ocasionalmente, cuando estaba fatigado y deseaba descansar los ojos o la mente, dejaba las amplias galerías y salía a las transformadas calles de la ciudad. Los nuevos habitantes tenían una característica: aunque no estarían allí más que unos pocos meses, no habían ahorrado esfuerzos para

hacer de Shastar una ciudad limpia y eficiente, y para darle una cierta belleza que habría sorprendido a sus constructores.

Luego de cuatro días —el tiempo más largo que había dedicado jamás a un solo trabajo—, Brant se detuvo. Podía seguir retocando indefinidamente, pero si lo hacía sólo empeoraría las cosas. No del todo descontento con su trabajo, salió en busca de Trescon.

Como siempre encontró al crítico discutiendo con sus colegas sobre qué se debería salvar del arte acumulado por la humanidad. Latvar y Erlyn habían amenazado con la violencia si se subía a bordo un solo Picasso más, o si se tiraba otro Fra Angélico. Brant, que no había oído hablar de ninguno de los dos, no tuvo escrúpulos en hacer su propio pedido.

Trescon permaneció en silencio ante el cuadro, mirando de vez en cuando el original. Su primera observación fue completamente inesperada.

—¿Quién es la joven? —dijo.

—Usted me dijo que se llamaba Helena —comenzó Brant.

—Quiero decir la que has pintado *realmente*.

Brant miró su pintura, y luego el original. Era curioso que no hubiera notado antes esas diferencias, pero indudablemente había rastros de Yradne en la

mujer que mostraba en los muros de la fortaleza. No era ésa la copia exacta que había intentado hacer. Su corazón y su mente habían hablado por sus dedos.

—Ya veo lo que quiere decir —contestó lentamente—. Hay una joven en mi aldea; en realidad vine aquí para encontrar un regalo para ella, algo que la impresionara.

—Entonces has estado perdiendo el tiempo —respondió Trescon rudamente—. Si te quiere, te lo dirá pronto. Si no, no la conseguirás. Es así de simple.

Brant no lo consideraba tan simple, pero decidió no discutir.

—No me ha dicho lo que piensa —se quejó.

—Promete —respondió Trescon prudentemente—. En otros treinta años..., bueno, veinte, puedes llegar a algo, si continúas. Por supuesto que la pincelada es muy tosca, y que esas manos parecen un racimo de bananas. Pero tienes un dibujo vigoroso, y me parece muy bien que no hayas hecho una copia exacta. Cualquier tonto puede hacerlo; esto muestra que tienes alguna originalidad. Lo que necesitas es más práctica y, sobre todo, más experiencia. Bueno, creo que eso podemos ofrecértelo nosotros.

—Si significa irme lejos de la Tierra —dijo Brant—, no es la experiencia que quiero.

—Te hará bien. ¿No te emociona la idea de viajar a las estrellas?

—No; sólo me asusta. Pero no puedo tomarlo seriamente, pues no creo que puedan obligarnos a ir.

Trescon sonrió, algo torvamente.

—Ya se moverán rápidamente cuando el Campo Sigma aspire la luz de las estrellas del cielo. Y quizá sea una buena cosa cuando suceda: Tengo el presentimiento que llegamos justo a tiempo. Aunque muchas veces nos hemos burlado de los científicos, ellos nos han liberado para siempre del estancamiento que estaba apoderándose de tu raza.

»Debes irte de la Tierra, Brant; ningún hombre que haya vivido toda su vida sobre la superficie de un planeta ha visto las estrellas, sólo ha visto sus débiles fantasmas. ¿Puedes imaginar lo que significa flotar en el espacio en medio de uno de los grandes sistemas múltiples, con soles de colores que flamean alrededor? Yo lo he hecho; y he visto estrellas flotando en anillos de fuego carmesí, como vuestro planeta Saturno, pero mil veces más grandes. ¿Y puedes imaginar la noche en un mundo cerca del corazón de la Galaxia, donde todo el cielo brilla a causa de la niebla estelar que todavía no ha dado nacimiento a soles? Vuestra Vía Láctea es sólo un puñado de soles de tercera categoría; ¡espera a ver la

Nebulosa Central!

»Éstas son las maravillas, pero las pequeñas cosas son bellas también. Toma hasta la última gota de lo que el universo puede ofrecer; y si así lo deseas, vuelve a la Tierra con tus recuerdos. Entonces puedes comenzar a trabajar; entonces, y no antes, sabrás si eres un artista.

Brant estaba impresionado, pero no convencido.

—Según *ese* argumento —dijo—, el arte no podría haber existido antes de los viajes espaciales.

—Hay toda una escuela crítica basada en esa tesis; por cierto que los viajes espaciales fueron una de las mejores cosas que le sucedieron al arte. Viajar, explorar, conocer otras culturas: éstos son los grandes estímulos para toda actividad intelectual. —Trescon señaló el mural—. El pueblo que creó esta leyenda era marino, y el tráfico de medio mundo pasaba a través de sus puertos. Pero luego de unos pocos miles de años el mar fue demasiado pequeño para la inspiración o la aventura, y llegó la hora de salir al espacio. Bueno, el momento ha llegado para ti también, te guste o no.

—No me gusta. Quiero vivir con Yradne.

—Las cosas que la gente quiere, y las cosas que le convienen, son muy diferentes. Te deseo suerte con tu pintura; no sé si desearte suerte en tu otro empeño.

El gran arte y la felicidad doméstica son mutuamente incompatibles. Tarde o temprano tendrás que elegir.

*Tarde o temprano tendrás que elegir.* Esas palabras resonaban todavía en la mente de Brant mientras caminaba trabajosamente hacia la cima de la colina, contra el viento que bajaba por la gran carretera. Sunbeam estaba enojada porque las vacaciones habían terminado, y se movía aún más lentamente de lo que exigía la cuesta. Pero poco a poco el paisaje se abrió a su alrededor, el horizonte se acercó al mar, y la ciudad comenzó a parecer más y más un juguete construido con ladrillos de colores. Un juguete dominado por la nave que colgaba allá arriba sin esfuerzo ni movimiento.

Brant la vio en su totalidad por primera vez, pues ahora flotaba casi al mismo nivel de sus ojos y podía abarcarla de una sola mirada. La forma de la nave era casi cilíndrica, pero terminaba en complejas estructuras poliédricas, cuyas funciones estaban más allá de toda conjetura. La gran parte curva posterior estaba erizada de salientes, estrías, y cúpulas igualmente misteriosas. Allí había potencia y practicidad, pero nada de belleza, y Brant la miró con disgusto.

Ese triste monstruo que usurpaba el cielo... ¡Si tan sólo desapareciera, como las nubes que flotaban a su lado! Pero no se desvanecería porque él lo quisiera. Brant sabía que él y sus problemas no tenían importancia ante las fuerzas que ahora estaban en juego. Ésta era la pausa en que la historia contenía el aliento, el silencioso instante entre el relámpago y la llegada del primer golpe. Pronto sonaría el trueno, dando la vuelta al mundo; y pronto podría desaparecer el mundo, mientras él y su pueblo serían exiliados sin hogar entre las estrellas. Ése era el futuro que no quería enfrentar; el futuro que temía más profundamente de lo que Trescon y sus compañeros —para quienes el universo había sido un juguete durante cinco mil años— podían comprender.

Parecía injusto que tuviera que suceder en su época, luego de todos esos siglos de paz. Pero los hombres no pueden negociar con el Destino, y escoger paz o aventura según su deseo. Otra vez habían llegado al mundo la Aventura y el Cambio, y él debería sacar de eso el mejor partido, como lo habían hecho sus antepasados al comienzo de la era espacial, cuando las primeras y frágiles naves habían asaltado las estrellas.

Saludó a Shastar por última vez. Luego dio la espalda al mar. El sol resplandecía ante sus ojos, y la



carretera parecía velada por un brillante, trémulo resplandor, y temblaba como un espejismo o como el reflejo de la luna sobre aguas estremecidas. Durante un momento Brant se preguntó si sus ojos lo habían estado engañando; luego vio que no era ilusión.

Hasta donde podía ver, la carretera y el suelo a ambos lados estaban tapizados de incontables telarañas, tan frágiles y delgadas que sólo el brillo del sol revelaba su presencia. El último kilómetro Brant había caminado entre ellas con tanta facilidad como si fueran espirales de humo.

Durante la mañana, las arañas llevadas por el viento debieron haber caído por millones desde el cielo. Y cuando miró hacia el azul, Brant pudo ver fugaces resplandores de luz solar sobre sedas flotantes: viajeros tardíos que pasaban volando. Sin saber a dónde ir, esas diminutas criaturas se habían aventurado hacia un abismo más hostil e insondable que ninguno de los que enfrentaría Brant cuando llegara el momento de despedirse de la Tierra. Era una lección que recordaría las semanas y los meses siguientes.

La esfinge se hundió despacio en el horizonte, uniéndose con Shastar más allá de la medialuna menguante de las colinas. Brant se volvió una sola vez para mirar el monstruo agazapado, cuya vigilia

de siglos llegaba ya a su fin. Luego caminó lentamente hacia el sol, mientras unos dedos impalpables le rozaban la cara una y otra vez: los hilos de seda arrastrados por el viento que soplaba desde el hogar.

# Notas

[1] En español en el original. (*N. del T.*) <<